

DAVID CRONENBERG

Consumidos



Lectulandia

En esta primera novela del cineasta David Cronenberg, dos periodistas poco escrupulosos, Naomi y Nathan, se adentran en una turbia aventura que reúne muchos ingredientes de las películas que convirtieron al autor en uno de los directores de culto de finales del siglo xx.

Aristide Arosteguy, un intelectual francés, ha sido acusado de matar y mutilar a su esposa Célestine, filósofa también, que llevaba tiempo obsesionada por la posibilidad de tener el pecho izquierdo lleno de insectos. Pero el cadáver no se ha encontrado y Arosteguy ha huido a Tokio. ¿Se ha comido el cadáver de Célestine para no dejar pistas? ¿Se trata de una farsa macabra? ¿Hay una conspiración norcoreana para atraer o secuestrar a pensadores franceses? En sus respectivas investigaciones, los periodistas se encuentran con una eslovena de cuerpo imponente y acribillado por tumores malignos; un oportunista con el pene doblado en ángulo por una enfermedad; una chica que cae en trances masoquistas y se arranca la carne con un cortaúñas; un cirujano megalómano cuyas operaciones parecen autopsias; un enigmático cineasta refugiado o secuestrado en Corea del Norte. Mientras Naomi busca a Arosteguy en Tokio, Nathan viaja a Toronto para averiguar qué relación hay entre la joven que se come a sí misma y una enfermedad que le ha contagiado la eslovena. Pero los personajes siempre saben más de lo que dicen y no hay forma de sonsacarles nada, los diálogos combinan el sarcasmo, el absurdo y el humor negro, se habla de Sartre y del uxoricidio de Louis Althusser, se repasan temas como el deseo de sufrir amputaciones y se desarrollan los elementos básicos del canon de Cronenberg, que contrapone a la estética clásica, basada en la armonía, una estética basada en la asimetría, la deformidad y la patología.

Escrita con un corrosivo sentido de la búsqueda de la identidad, la novela abunda en angustiosas descripciones de objetos propios del consumo tecnológico. Naomi es un caso típico de alienación: no sólo no puede hablar de nada sin consultarlo antes en la red sino que cree que fuera de la red no hay ningún conocimiento. Y su relación con Nathan es casi puramente informática, con algún que otro encuentro carnal para mantener la ilusión. Sátira espeluznante o ejercicio lúdico, la novela de David Cronenberg no dejará indiferente a ningún lector.

Lectulandia

David Cronenberg

Consumidos

ePub r1.0

Titivillus 24.05.16

Título original: *Consumed*
David Cronenberg, 2014
Traducción: Antonio-Prometeo Moya

Editor digital: Titivillus
Aporte original: Spleen
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Carolyn

1

Naomi estaba en la pantalla. Para ser más exactos, estaba en el apartamento que se veía en la ventana QuickTime de la pantalla, el pequeño, desordenado y docto apartamento de Célestine y Aristide Arosteguy. Allí estaba, sentada enfrente de ellos mientras ellos, instalados en un viejo sofá —¿de color burdeos?, ¿de pana?—, hablaban con un entrevistador situado fuera de campo. Y con los blancos auriculares en los oídos, también estaba acústicamente en casa de los Arosteguy. Percibía la profundidad de la estancia y la tridimensionalidad de las cabezas de la pareja, cabezas sagaces de rostro sensual, una pareja parecida, como hermano y hermana. Percibía el olor de los libros amontonados en las estanterías que había detrás de ellos, el fuerte calor intelectual que emanaban. Todo lo que había en el encuadre estaba bien enfocado —efecto del vídeo, de los pequeños sensores CCD o CMOS; la naturaleza del medio, se dijo Naomi—, con lo que se intensificaba la impresión de profundidad de la habitación, los libros y las caras.

Célestine estaba hablando, con un Gauloises encendido en la mano. Tenía las uñas pintadas con esmalte purpúreo —¿o eran negras? (la pantalla tenía tendencia a empurpurarse)— y se había recogido el pelo en un moño artísticamente descuidado del que le colgaban greñas sueltas hasta el cuello.

—Bueno, sí, cuando una ya no tiene deseos, está muerta. Incluso desear un producto, un artículo de consumo, es mejor que no desear nada. Desear una cámara, por ejemplo, aunque sea barata y hortera, basta para mantener a distancia a la muerte. —Una sonrisa traviesa, una chupada al cigarrillo con aquellos labios—. Siempre que el deseo sea auténtico, claro. —Un chorro de humo silencioso y una risa tonta.

Célestine tenía sesenta y dos años, pero según el modelo de las intelectuales europeas, no según el de las norteamericanas de los centros comerciales del Medio Oeste. A Naomi le impresionaba su exquisitez, el estilo y el aire dramático que irradiaba, la perfección con que combinaban sus joyas cinéticas y aquella elegante inclinación en el sofá. Hasta entonces no había oído hablar a Célestine, sólo en los últimos tiempos había aparecido en la red gracias a un puñado de entrevistas, y sólo, naturalmente, a consecuencia del asesinato. Su voz era áspera y sensual, su inglés seguro y juguetón, y mortalmente preciso. La muerta intimidaba a Naomi.

Célestine se volvió lánguidamente hacia Aristide. De su boca y su nariz salieron con parsimonia volutas de humo que avanzaron hacia él, como el evanescente testigo que se cede en una carrera. Aristide tomó una bocanada de aire antes de hablar, inhaló el humo y prosiguió el razonamiento de la mujer.

—Aunque nunca se haya tenido o nunca se haya usado a pesar de tenerla. La cuestión es desearla. Esto se ve en los niños de pocos meses. Tienen deseos muy vehementes. —Mientras hablaba se toqueteaba la corbata que asomaba por el cuello de pico de su elegante jersey de cachemir. Como si acariciase a uno de aquellos niños vehementes y el gesto explicase la bienaventurada sonrisa que iluminaba sus rasgos.

Célestine lo miró unos momentos y esperó a que terminasen las caricias para volverse hacia el entrevistador invisible.

—Por eso decimos que la verdadera literatura de la era moderna es el manual de instrucciones. —Se adelantó hacia el objetivo, dejó al descubierto el canalillo, voluptuosamente sembrado de pecas, y alargó la mano para coger algo fuera de campo. Cuando volvió a apoyar la espalda en el sofá llevaba en la mano del cigarrillo un pequeño y grueso folleto blanco. Lo hojeó acercando la cara, como si fuera miope (o como si oliese el papel, o la tinta), hasta que encontró la página y se puso a leer—: «Flash automático sin corrección de ojos rojos. Úsese esta modalidad para fotos sin personas o cuando se quiera fotografiar instantáneamente sin la función de ojos rojos». —Célestine emitió una risa sonora y áspera, y repitió, esta vez con mucha teatralidad—: «Úsese esta modalidad para hacer fotos *sin personas*». —Un movimiento de cabeza y los ojos cerrados para sentir a fondo el valor de las palabras—. ¿Qué escritor del siglo pasado ha sido capaz de crear un texto tan estimulante y conmovedor como éste?

La ventana en que estaban encuadrados los Arosteguy se encogió hasta adquirir el tamaño mínimo y pasó a ocupar el rincón inferior izquierdo de la ventana de un informativo. Los ya diminutos Arosteguy siguieron charlando relajadamente, cada uno recogiendo el rebote del otro como expertos jugadores de frontón, aunque Naomi ya no oía lo que decían. En cambio, oía las serias palabras del informador que hablaba en la ventana principal:

—Fue en este mismo apartamento de Célestine y Aristide Arosteguy, un apartamento cercano a la célebre Sorbona de París, donde se encontraron los tristes y descuartizados restos de una mujer identificada más tarde como la propia Célestine Arosteguy. —El teleobjetivo de la cámara se centró en el amable y dicharachero Aristide de la ventana pequeña—. Su marido, el famoso filósofo y escritor francés Aristide Arosteguy, no pudo ser localizado para hacer declaraciones. —Aristide desapareció bruscamente y en su lugar se vieron unas crudas imágenes de la cocina, filmadas seguramente de noche con cámara manual y luz directa. Las imágenes se maximizaron y la ventana del informador se retiró al ángulo superior derecho.

Los agentes del equipo técnico, con guantes negros de cirujano, sacaban del frigorífico unas bolsas de plástico de superficie escarchada, fotografiaban las sucias cacerolas y sartenes que había en el horno, inspeccionaban platos y cubiertos.

—Fuentes que prefieren permanecer en el anonimato —prosiguió el minimizado informador— nos han explicado que hay indicios que sugieren que algunas partes del cadáver de Célestine Arosteguy fueron guisadas en la cocina de la mujer y posteriormente comidas.

Corte a plano general de un imponente edificio municipal, subtulado «Préfecture de Police, Paris».

—El jefe superior de policía, Auguste Vernier, ha hablado sobre la posible huida del país de Arosteguy.

Corte a una entrevista con el jefe superior de policía, un sujeto extrañamente frágil y con gafas, en lo que parecía un ancho pasillo abarrotado de periodistas. Su voz francesa, emocionalmente compleja y afectada, desapareció rápidamente para dar paso a una voz gutural, más despreocupada y con acento norteamericano:

—El señor Arosteguy es una institución nacional, al igual que *Madame Célestine Moreau*. Ambos eran un ideal francés, la pareja filosófica. La muerte de ella representa una catástrofe nacional. —Corte a la agitada multitud de periodistas que vociferan preguntas enarbolando cámaras y grabadoras, y vuelta al jefe superior—. Aristide Arosteguy dejó el país para dar una serie de conferencias por Asia tres días antes de que se encontraran los restos de su esposa. Por el momento no tenemos ningún motivo concreto para considerarlo sospechoso de este crimen, aunque, naturalmente, nos gustaría interrogarlo. Es verdad que no sabemos con exactitud dónde está. Lo estamos buscando.

El gemido de la cinta giratoria sacó a Naomi de la Jefatura Superior de Policía y la devolvió a la zona de recogida de equipajes del aeropuerto Charles de Gaulle. La multitud que esperaba se adelantó cuando la cinta transportadora se puso en movimiento. Alguien golpeó el portátil de Naomi, el ordenador le resbaló por las espinillas y le arrancó de los oídos los auriculares de tapón. Había estado sentada en el borde de la plataforma por la que corría la cinta y había sufrido las consecuencias. Tuvo que recuperar su querido MacBook Air doblando los pies hacia arriba e izando el ordenador con la punta de las zapatillas deportivas. El informe sobre los Arosteguy proseguía imperturbable en la ventana, pero Naomi cerró el portátil y por el momento lo dejó en modo reposo.

Sonó el iPhone y Nathan supo que era Naomi por los timbrazos, que reproducían el croar de una rana de San Antonio africana; a ella le había parecido erótico y se lo había mandado por correo electrónico. Nathan estaba en cuclillas en el húmedo y arenoso suelo de hormigón de un pasillo trasero de la Clínica Molnár, con las manos en la bolsa de la cámara que tenía delante, buscando algo que sospechaba que se había llevado Naomi, de modo que era lógico que ella lo llamase ahora, pues su radar extrasensorial solía funcionar del modo más imprevisible. Siguió rebuscando con una mano y con la otra empuñó el móvil.

—Naomi, qué hay. ¿Dónde estás?

—Por fin en París. Estoy en un taxi camino del Crillon. ¿Y tú?

—En un pegajoso pasillo de la Clínica Molnár de Budapest, buscando en la bolsa de la cámara aquel macroobjetivo de ciento cinco milímetros que compré en el aeropuerto de Frankfurt.

Ligerísima pausa que, por lo que Nathan sabía, no tenía nada que ver con la posible culpabilidad de Naomi en relación con el objetivo, sino con la circunstancia de estar escribiendo a otra persona por la BlackBerry mientras hablaba con él.

—Bueno..., no lo encontrarás en la bolsa porque lo tengo yo acoplado a mi propia cámara. Te lo pedí prestado en Milán, ¿recuerdas? Estabas convencido de que no ibas a necesitarlo.

Nathan respiró hondo y maldijo el momento en que había convencido a Naomi de que se olvidara de Canon y se pasara a Nikon para poder compartir el *hardware*; la pasión por las marcas era el pegamento emocional de las parejas con obsesiones crónicas. Menudo error. Dejó de rebuscar en la bolsa.

—Claro. Es lo que pensé. Esperaba que el préstamo hubiera sido una alucinación. Mi sueño más recurrente es que te regalo mis cosas.

Naomi dio un bufido.

—¿Te quedas muy colgado sin él? ¿Has descubierto de pronto que necesitabas un macro?

—Iba a fotografiar una operación. Nunca imaginé que me permitirían entrar aquí, pero están contentísimos de que lo documente todo. Quería el macro para el equipo supletorio. Estoy convencido de que habrá muchas rarezas médicas húngaras a las que sacar buenos primeros planos. Puede que no por el hecho en sí, sino por la referencia. Para nuestros archivos.

Pausa multitarea o interrupción aleatoria del ritmo de la conversación que sacaba a Nathan de quicio. Pero era Naomi, así que había que pasar por el aro.

—Lo siento. ¿Cómo iba a saberlo?

—No importa. Seguro que tú lo necesitas más que yo.

—Mi necesidad siempre es mayor que la tuya. Soy una persona muy necesitada. Quería el macro para fotografiar retratos. He concertado varios encuentros clandestinos con elementos de la policía francesa. Quiero que se les vea hasta el último poro de la cara.

Nathan se apoyó con abatimiento en la pared del húmedo pasillo. Así pues, iba a tener que contentarse con el objetivo *zoom* de 24-70 mm para la cámara principal, la D3. ¿Podía enfocarse muy de cerca con aquello? Seguramente sí, lo suficiente. Además, si de veras necesitaba acercarse, podía recortar los archivos de imagen de la D3. Vivir con Naomi le había enseñado a aguzar su ingenio.

—Oye, cariño, me sorprende que quieras mancharte las manos en serio con humanos de verdad. ¿Qué ha sido de esas fuentes de la red que encontrabas navegando? ¿Qué ha sido de la comodidad de ese periodismo virtual que te permitía trabajar en pijama? No tendrías necesidad de desplazarte hasta París. Podrías estar en cualquier sitio.

—Si pudiera estar en cualquier sitio, estaría en París.

—Oye, ¿has dicho el Crillon? ¿Vas a hospedarte allí o vas a ver a alguien?

—Las dos cosas.

—¿Eso no es tirar la casa por la ventana?

—Tengo un contacto secreto. No me costará *un seul sou*.

A Nathan se le soltaron inmediatamente los frenos interiores de los celos a la

antigua usanza familiar. No porque los contactos secretos de Naomi fueran siempre hombres, sino porque todos eran superficiales y en cierto modo amenazadores y peligrosos. Quien quisiera rastrear la incesante ramificación de su red social necesitaría utilizar un programa fractal particularmente complejo que registrase cada minuto de su jornada.

—Bueno, supongo que eso es interesante —dijo Nathan con una falta de entusiasmo cuyo objetivo era prevenirla.

—Sí, es genial —dijo Naomi, sin percatarse.

Al final del pasillo se abrió una puerta metálica de superficie porosa y un hombre con bata de cirujano y perfilado a contraluz hizo una seña a Nathan.

—Señor, venga a cambiarse de ropa. El doctor Molnár le espera.

Nathan asintió con la cabeza y levantó la mano para indicar que se daba por enterado. El otro imitó su gesto con rapidez y desapareció, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Bueno, el cáncer me llama. Tengo que irme. Cuéntame de qué se trata en dos segundos o menos.

Otra irritante pausa multitarea —¿o era que Naomi estaba organizando sus pensamientos?—, al cabo de la cual dijo la joven:

—Jugoso asesinato-suicidio caníbal con sexo criminal y filosofía francesa. ¿Y lo tuyo?

—Todavía el polémico tratamiento húngaro del cáncer de mama con implante de corpúsculos radiactivos. Te adoro.

—*Je t'adore aussi*. Llámame. Adiós.

—Adiós. —Nathan apagó el móvil y abatió la cabeza. Enciérrame en este lóbrego pasillo y nunca me encontrarás. Así debía ser. Porque siempre aparecía aquel momento de tenaz resistencia interior, aquel miedo a hacer lo que se avecinaba, aquella repugnancia a entrar en acción, a enfrentarse al riesgo y al fracaso. Pero el cáncer lo llamaba y su voz era persuasiva.

En la pequeña pero suntuosa habitación del ático del Hôtel de Crillon, Naomi permanecía echada en un recargado diván situado junto a una estrecha puerta de cristales que daba a un balcón del tamaño de un felpudo. Desde aquel balcón había fotografiado el patio de luces, coronado en lo más alto por una intrincada red de alambres que ahuyentaban a las palomas, y prestado particular atención a los detalles de su decadencia, *comme d'habitude*. No importaba lo lujoso que fuera aquel hotel: se podía confiar en que el paso del tiempo sorprendiera con maravillosas texturas. Tras haber distribuido la BlackBerry, las cámaras, el iPad, las tarjetas de CompactFlash con y sin adaptador SD, los objetivos, las cajas de pañuelos, los estuches, los bolígrafos y rotuladores, los útiles de maquillaje (mínimos), tazas y vasos con restos de café y zumos, cargadores de todas las formas y tamaños, los dos

portátiles, la gruesa grabadora digital Nagra Kudelski de aluminio bruñido, los cuadernos, las agendas y las revistas alrededor del petate y la mochila, repasó las últimas fotos con Adobe Lightroom mientras veía otro vídeo relacionado con los Arosteguy que acababa de aparecer en YouTube. Y en otra ventana de la pantalla, junto a una foto del podrido marco de la ventana del hotel con el gastado toldo de franjas blancas y verdes, se veía otra exposición intrigante: una panorámica de 360 grados del apartamento de los Arosteguy, que Naomi manipulaba medio distraída con la almohadilla táctil del portátil, ampliando o desplazando la imagen, y básicamente paseándose por el abarrotado y caótico domicilio profesoral.

Allí estaba el sofá que había visto en el vídeo anterior, en aquel momento rayado por las franjas de luz que entraban por un trío de ventanas pequeñas por las que Naomi creyó ver un sector de la Sorbona al otro lado de la calle. Detrás del sofá destacaban los estantes abarrotados de libros, aunque si giraba la imagen noventa grados veía más libros, y montones de periódicos, cartas, revistas, documentos, encima de todos los muebles visibles, incluso en el fregadero de la cocina, incluso en el suelo. Sonrió al comprobar la ausencia de aparatos electrónicos modernos: pero, eso sí, había un reproductor de casetes, un pequeño televisor de tubo de rayos catódicos, con formato 4:3 (¿sería en blanco y negro?) y un teléfono con cable. Aquello le gustó porque le parecía el marco idóneo para una dinámica pareja filosófica francesa que recordaba más a Sartre y Beauvoir que a Bernard-Henri Lévy y Arielle Dombasle. Los Arosteguy parecían salidos por lo menos de los años cincuenta. (Ya veía a Simone Signoret, con su imponente sensualidad, interpretando el papel de Célestine en una película, pero sólo si conseguía proyectar la inteligencia de Beauvoir; no estaba segura de quién interpretaría a Aristide). Penetrar en sus vidas era penetrar en el pasado y era allí adonde Naomi quería ir. No buscaba un espejo, esta vez no.

Un párrafo visible debajo de la ventana de la panorámica confirmaba que efectivamente era el apartamento antes del asesinato, según la documentación presentada por un estudiante de Aristide que era un experto en Internet —y que evidentemente utilizaba Panorama Tools y un objetivo de ojo de pez, advirtió Naomi— y que había preparado una tesis que relacionaba la filosofía del Consumismo Evolutivo de los Arosteguy con el estilo de vida relativamente ascético de la pareja. El redactor del párrafo señalaba escuetamente que Hervé Blomqvist, autor de la tesis, no había conseguido el máster al que aspiraba. Naomi había encontrado un foro de Internet, dirigido por estudiantes de Célestine, que tenía el estilo de una película de la Nueva Ola francesa de los años sesenta. Blomqvist era un contribuyente asiduo que adoptaba la pose del clásico inconformista francés, según el modelo del actor Jean-Pierre Léaud. Insinuaba que mientras preparaba la licenciatura había sido amante de Aristide y de Célestine y que había sido castigado por atreverse a utilizar su papel en la vida privada de los Arosteguy para asegurar lo que, según confesión propia, era «una tesis parasitaria y lamentablemente insustancial». Naomi se envió una nota

electrónica para contactar con Blomqvist, el único sistema mnemotécnico que parecía funcionarle. Todo lo demás se perdía en la maraña del Gran Nido, como Nathan llamaba a la nube de caos que la envolvía.

La tercera ventana visible en la pantalla de Naomi era una entrevista celebrada en la cocina del sótano —una estancia de forma realmente extraña— de la pareja responsable del mantenimiento diario de toda la vivienda de los Arosteguy. Destacaba en la habitación un cilindro de hormigón tan abultado que era como si por fuera hubiese una escalera de caracol que se hubiera empotrado allí. Pegados a esta columna pintada de verde claro, una francesa baja y fornida y su tímido y bigotudo marido respondían al entrevistador que permanecía fuera de campo. La voz sorprendentemente juvenil de la mujer bajó pronto de volumen para que se oyese a la dobladora. La voz de ésta, más madura, más de matrona, parecía encajar mejor con la cara de la empleada doméstica.

—Nunca —dijo la dobladora—. Nadie habría podido interponerse entre ellos dos. Naturalmente, los dos tenían muchas aventuras. Venían aquí, los chicos y las chicas, al apartamento de arriba, el que tenemos encima de nosotros. A veces los oíamos reír cuando bajaban por la escalera, mientras Mauricio y yo desayunábamos en la cocina. Mauricio es mi marido. —Una sonrisa tímida—. Es mexicano.

Con encantadora y nerviosa torpeza, Mauricio saludó a la cámara.

—Hola, hola —dijo en inglés.

La mujer —torpemente identificada entonces como «*Madame* Tretikov, empleada doméstica» mediante un grueso subtítulo frontal— prosiguió:

—Dormían aquí. Vivían aquí. A veces, sí, sus amantes eran estudiantes. Pero no siempre. —Se encogió de hombros—. Para los estudiantes era cuestión de política y filosofía, como siempre. Las dos cosas. Estaban de acuerdo. Los Arosteguy nos lo explicaron a mí y a Mauricio y fueron muy correctos, muy agradables.

Naomi maximizó la ventana del clip de la entrevista. Llena la pantalla, se imaginó en la cocina, de pie junto a la cámara, mirando a la pareja, mirando el desportillado esmalte de la parte frontal de la cocina, los armarios de madera hinchada por la humedad, los húmedos paños que sobresalían de los cajones abiertos de la cubertería. Incluso percibía el olor de la grasa y la humedad de la parte inferior de la escalera.

Como si estuviera de acuerdo con la ampliación de la imagen, el cámara acercó el objetivo al rostro de la mujer, y lo acercó porque vio que se le humedecían los ojos, como un tiburón que corre hacia la sangre. La mujer soportó el primer plano mordiéndose el tembloroso labio inferior, las lágrimas ya en sus mejillas. Afortunadamente, la dobladora no se esforzó por imitar la voz trémula de la doméstica.

—Eran fascinantes, muy inteligentes —dijo—. No se tenían celos, no se peleaban. Eran como una sola persona. Ella estaba enferma, ¿entiende? Se estaba muriendo. Yo se lo veía en los ojos. Seguramente era un tumor cerebral. Pensaba mucho todo el tiempo. Siempre escribía, no paraba de escribir. Creo que fue un

crimen por compasión. Ella le pidió que la matara y él lo hizo. Y luego, sí, claro, se la comió. —Pronunciadas estas palabras, la doméstica aspiró una profunda y titubeante bocanada de aire, se secó los ojos con el raído trapo de los platos que llevaba en la mano desde el principio y sonrió. Naomi sufrió un sobresalto e inmediatamente se puso a analizar aquel gesto en la ventana del correo que había dejado abierta en un rincón de la pantalla—. No podía dejarla ahí arriba, en la vivienda —prosiguió la mujer. Su sonrisa era beatífica; había recibido una revelación y tenía que comunicarla—. Quería tener consigo el máximo de ella, por eso se la comió y luego huyó con ella dentro.

Las gafas médicas le estorbaban. Nathan apenas podía ver por el visor de la vieja Nikon D3, ya que las lentes de plástico le quedaban demasiado lejos del ojo, y resbalaban y se le corrían hacia la nariz cuando apretaba el visor contra la lente, y la banda elástica que sujetaba las gafas le tiraba del pelo, y le arrugaba el gorro de cirugía, de papel azul claro.

—Todo cambió desde la aparición del sida —le había explicado el doctor Molnár—. Desde entonces, la sangre se volvió más peligrosa que la mierda. No podíamos permitir que nos entrara en los ojos, en los lagrimales. Por eso adoptamos estas gafas de esquiar, para llevarlas en el quirófano y deslizarnos —en este punto hizo un gesto de zambullida con el brazo y el tronco— sobre los baches de los cuerpos de nuestros pacientes. —El doctor Molnár se inclinó para acercarse a la grabadora Nagra SD que colgaba del cuello de Nathan, en el estuche de cuero de correas negras de estilo *bondage*, y murmuró al cordiforme micrófono estereofónico que parecía un crustáceo—: No sea tímido, Nathan. Soy un vanidoso de la hostia. Acérquese. Enfoque bien el objeto. Es la regla número uno del fotógrafo, ¿no? Hacer que destaque el objeto.

—Eso dicen —repuso Nathan.

—Claro que cuando usted me escribió me dijo que era un periodista médico que por culpa de la «creciente marea de la tecnología mediática» se veía obligado a ejercer también de fotógrafo, de filmador y de ingeniero de sonido, así que es posible que se sienta un poco agobiado. Yo lo guiaré.

Naomi, además, había comprado por su cuenta una de las grabadoras, un modelo ML que ya se había retirado del mercado (se llevaría el gran disgusto de su vida cuando se enterase) en el aeropuerto Schiphol de Ámsterdam. Las tiendas de electrónica de los aeropuertos se habían vuelto su debilidad, aunque por lo general no las visitaban al mismo tiempo. Llegaron a tal punto que se intuían el uno al otro entre las cajas de adaptadores de enchufes y tarjetas microSD. Intercambiaban notas sobre mejorar sus reservas de objetivos y cámaras automáticas en Ferihegy, Schiphol o Da Vinci. Y se dejaban listas de compras en *e-mails* y mensajes de texto, mencionando los mejores precios localizados y superados.

—Me gustaría quitarme las gafas, doctor Molnár. No se diseñaron para los

periodistas-fotógrafos.

—Llámeme Zoltán, por favor. Y puede quitarse las gafas, naturalmente, Nathan. En cualquier caso, ese armatoste de cámara le protegerá los ojos. —El doctor Molnár se echó a reír (en opinión de Nathan fue una risa con flema, poco sana) y se volvió para dirigirse hacia el otro lado de la mesa de operaciones, más allá de la fila de ventanas abiertas y protegidas que dejaba entrar el sordo zumbido de la calle y unos cuantos haces de temprana luz matutina que pintaban las cochambrosas paredes de baldosas.

Nathan fotografió un par de veces al doctor Molnár mientras éste bailoteaba con un lenguaje corporal que transmitía el placer que le producía que lo retrataran.

—No es normal que haya ventanas abiertas en un quirófano —observó Nathan, incapaz de contener la lengua.

—Sí, bueno, es que la infraestructura del hospital es un caos y el aire acondicionado no funciona. Por suerte, tenemos la opción ventana. Este edificio es muy viejo. —El médico ocupó su posición al lado de la mesa de operaciones, flanqueado por dos ayudantes masculinos, y movió las manos sobre la mesa como si invocara un espíritu—. Pero usted mismo puede ver que tenemos un instrumental muy bonito. De primera clase, último modelo. —Nathan se puso a hacer fotos detallistas del equipo y acabó concentrándose en la cara de la paciente, oculta por un bastidor envuelto en tejido quirúrgico, también de color azul claro, que separaba la cabeza del resto del cuerpo. Aquella cabeza parecía dormida y no anestesiada, y era muy hermosa. Pelo negro corto, pómulos esclavos, boca ancha, barbilla delicadamente puntiaguda y hendida. Durante unos segundos se resistió a fotografiarla.

—Veo que no necesita cambiar los objetivos. El último fotoperiodista que tuvimos aquí tenía un cinturón lleno de lentes y objetivos. No hacía más que quitar y poner objetivos a la cámara, con mucha gesticulación cinematográfica.

—Es usted muy observador —dijo Nathan. Saltaba a la vista que no se podía agasajar demasiado al doctor Molnár y Nathan sentía una satisfacción retorcida buscando formas indirectas de hacerlo—. A veces voy con una cámara supletoria con un objetivo para macrofotografías. Pero estos teleobjetivos modernos han superado con creces la calidad de los objetivos antiguos. ¿Ha estudiado usted fotografía?

El doctor Molnár sonrió detrás de la mascarilla.

—Soy copropietario de un pequeño restaurante que hay en un hotel del centro de Pest. Debería usted verlo. Sería un invitado especial. Las paredes están cubiertas con fotos de desnudos que he hecho yo, aunque yo no sabría utilizar esa cosa —dijo, señalando la Nikon con unos fórceps de forma curiosa—. Soy rigurosamente analógico. Película de formato medio y eso es todo. Es lenta, grande y tosca, y los detalles son exquisitos, como verá usted mismo. Puede lamerlos. Incluso saborearlos. —Se formó un bulto en la parte de la mascarilla donde la lengua había sobresalido de la boca para ilustrar el concepto que tenía el médico de la fotografía. Ya había dejado bien sentado, durante sus primeras conversaciones con Nathan, que lo que le había

atraído inicialmente de la cirugía era su dimensión sensual; la sensualidad era el principio rector de todos y cada uno de los aspectos de su vida. Se estaba asegurando de que Nathan no lo olvidara.

Con un amable sentido de la continuidad —que a Nathan se le antojó característicamente húngaro—, el doctor Milnár dijo:

—¿Conoce a nuestra paciente, Nathan? Es eslovena. *Une belle slave*. —Miró por encima de la barrera textil y se dirigió a la aislada cabeza con un desarmante ímpetu coloquial—: Dunja, ¿conoce a Nathan? Le firmó una autorización y ahora está aquí con nosotros, en el quirófano. ¿Por qué no le saluda?

Nathan pensó al principio que el buen médico se burlaba de él; Molnár había exagerado el desenfado de su exclusivo estilo quirúrgico y la verdad era que hablar con una paciente anestesiada podía calificarse de molnariano. Pero Nathan se llevó una sorpresa cuando los ojos de Dunja se abrieron entre parpadeos, los labios y la lengua de la mujer se movieron como si estuviera sedienta, y luego tragó aire como si fuera a bostezar.

—Ah, está con nosotros —exclamó Molnár—. Preciosa mía. Hola, querida.

Nathan, con los pies enfundados en un resbaladizo calzado de papel, dio un paso atrás para no interponerse en el extraño intercambio de fluidos íntimos que se estaba produciendo entre la paciente y el médico. ¿Estarían liados? ¿Podía llamarse a aquello modalidad húngara de tratar a los enfermos? Molnár se llevó a la tapada boca la punta de los dedos forrados de látex y trasladó el beso con filtro a los labios de Dunja. La mujer rio suavemente, resbaló por la pendiente del sueño y volvió a despejarse.

—Hable con Nathan —dijo Molnár, retirándose con una reverencia. Tenía cosas que hacer.

Dunja se esforzó en concentrar la mirada en Nathan, un proceso tan electromecánico que pareció fotográfico. Y de súbito dijo:

—Claro, hágame fotos así. Es cruel, pero quiero que las haga. Zoltán es muy travieso. Un médico travieso. Vino para entrevistarme y pasamos mucho tiempo juntos en mi casa, que está —otra risa drogada— en algún lugar de Eslovenia. Ya no me acuerdo.

—Liubliana —dijo Molnár desde los pies de la mesa quirúrgica, donde estaba clasificando instrumental con sus colegas.

—Gracias, doctor pícaro. Usted sabe que si no recuerdo nada es por su culpa. Le gusta drogarme.

Nathan se puso a fotografiar la cara de Dunja. Ésta se volvía hacia la cámara como un girasol. Nathan lamentó la decisión que había tomado respecto de no utilizar videocámara en sus misiones, una promesa maniática que tenía que ver con las preocupaciones por el almacenamiento del material, los periféricos y otras cuestiones tecnomisteriosas. Naturalmente, si hubiera podido permitirse la adquisición de las nuevas D4, que también tenían función filmadora..., pero no podía correr a la misma

velocidad que el inexorable río de lava de la tecnología, por muy desesperadamente que lo deseara. Naomi nunca era tan quisquillosa. No era desconfiada. Había comprado en Heathrow una videocámara china de alta definición pero sin marca y se había descargado un oscuro programa asiático de edición para trabajar con los archivos difíciles. Aunque hubiera tenido que hacer fotos con la BlackBerry, habría captado con todo su áspero granulado las graciosas curiosidades que acababa de oír. Bueno, sí. Él tenía la grabadora a mano y podía añadir un archivo de sonido a cada fotografía, utilizando el micro de la cámara en un caso extremo.

—¿Nathan? Me parece usted muy guapo —dijo Dunja, y volvió a dormirse.

Nathan preparó una foto de 24 mm en contrapicado, con la cara de Dunja en primer término y el anestesista —fornido, velludo, callado— detrás de ella.

—Nathan, olvídese de la cara. Usted quiere verle los pechos. Venga aquí.

Nathan hizo la foto, se incorporó y se reunió con el doctor Molnár. Éste apartó la sábana quirúrgica —naranja, no estaba claro por qué— que cubría el pecho de Dunja. Tenía unos senos muy generosos, muy azules y muy irreales bajo la fría luz de la lámpara de tubos que había encima de la mesa. El deseo de captar el efecto de aquella luz era exactamente el motivo por el que Nathan apenas se servía del *flash*, que habría eclipsado la cualidad de la luz ambiental. Sobre cada pecho había una docena de tubitos blancos de plástico, semejantes a alambres, que se introducían en la carne, dando al conjunto el aspecto de un paraguas vuelto al revés por un fuerte viento.

—Fotografíelos. Esto es mejor que lo otro. Si le salen bien, revelaré las fotos y las colgaré en mi restaurante.

—¿Expone fotos médicas en el restaurante?

—No, no. Las suyas quizá sean las primeras. ¿Cree que revolverán las tripas a los clientes?

—A mí me las revolverían. Se lo garantizo.

El doctor Molnár rompió a reír. El efecto neumático de su hilaridad infló y desinfló la mascarilla quirúrgica. La risa lo dobló por la cintura. Nathan pensó que la mascarilla no tardaría en rajarse. Miró al resto de los presentes en el quirófano. Uno le guiñó el ojo y se encogió de hombros. Eran cosas del doctor Molnár. No había que alarmarse. Molnár se enderezó y consiguió dominarse, aunque no sin esfuerzo.

—¿Le he escandalizado? Aquí nos gusta bromear. Da buenas vibraciones a un quirófano. En otra época, las operaciones eran espectáculos casi teatrales.

—Sí —respondió Nathan—, eso me dijo usted. —Se llevó la cámara a la cara, lamentando la falta del macroobjetivo. Se acercaría todo lo que permitiera el enfoque y luego recortaría la foto. Vistos de cerca, los pechos se volvían completamente animales, tal vez marinos, conectados de aquel modo a los tubos de alimentación. Nathan empezó a pensar que quizá hubiera vapores de anestesia flotando en la sala, alterando sus percepciones. Sacudió la cabeza para ahuyentar la ocurrencia.

—¿Es que quiere escandalizarme, doctor Molnár? —preguntó, recorriendo despacio los multitraspasados pechos de la mujer, con los dedos en el diafragma y

moviéndolo con delicadeza. Como de costumbre, tenía la nariz aplastada contra la pantalla de LCD de la parte posterior de la cámara (se servía de su ojo más potente, el izquierdo) y hablaba por la comisura derecha de la boca, como los fumadores que expulsan el humo desviando los labios de quien tienen delante—. Tengo la impresión de que sí quiere.

—Lo que quiero es ser ameno —confesó el doctor Molnár, recogiendo un pequeño recipiente de acero inoxidable. Hurgó en el interior con el dedo índice, como un prospector que cribara material en busca de oro—. Para que lo mencione en su gran artículo del *New Yorker*. Siempre he querido que hablen de mí en la sección «Anales de la Medicina». Es bueno para el oficio y bueno para mi vanidad.

Nathan rio sin dejar de apretar el disparador.

—¿El *New Yorker*? Eso es picar muy alto. Yo hago esto por si hay suerte.

—Picar muy alto, bonita expresión. Pero todos vivimos de esperanza. La mía es el *New Yorker*.

—La mía también, hablando con franqueza. Por desgracia, mis méritos no llegan a tanto. Yo no coseché éxitos en la facultad de medicina.

Molnár dejó de hurgar y levantó los ojos para mirar a Nathan a través del objetivo de la cámara.

—Yo tampoco. Pero eso no me ha impedido tener una brillante trayectoria profesional. Estoy convencido de que tampoco será un impedimento para usted.

Nathan no podía dejar de mirar a Dunja para comprobar si oía la conversación. Movía la cabeza de un lado a otro, como en sueños, y en su boca se dibujaban diversas modalidades de sonrisa, pero tenía los ojos cerrados. Estaba en otra parte. Molnár lo comprendió inmediatamente.

—Lo sabe todo sobre mí. Adquirí mis conocimientos de medicina en una época turbulenta para Europa Oriental. Las cosas eran... regularmente irregulares en aquellos tiempos. Los norteamericanos no lo entienden. ¿Quiere ver lo que hay aquí? Con esto hay para una buena foto. De las que pican muy alto.

Molnár le alargó el recipiente metálico para que Nathan viese las docenas de perdigones de escopeta que había dentro. Agitó el recipiente y los perdigones rodaron con un rumor sordo. Sería una buena foto..., sobre todo con el macro de 105 mm que tenía Naomi. Nathan estiró el objetivo *zoom* a 70 mm y luego lo redujo a 24, sabiendo que en ninguno de los dos extremos se acercaría lo suficiente para hacer el retrato ideal de nada que tuviera delante. Sin embargo, si lo mantenía al mínimo, las manos de Molnár se volvían interesantes, sobre todo cuando impulsaba los perdigones con el dedo. Claramente nudosas y artríticas incluso enguantadas, los nudillos y las articulaciones, grotescamente hinchados, parecían trastos vestidos de látex transparente. (¿Habría vapores de anestesia en la sala?). Sí, las manos eran ahora el objeto a fotografiar. ¿Hasta qué punto podían ser eficaces aquellos dañados miembros en el curso de una operación? Se preguntó si habría alguna concesionaria de Nikon cerca del hotel. Probablemente le cobrarían un ojo de la cara, pero ¿cuándo

volvería a ver a Naomi? Necesitaba aquel macroobjetivo. Cuando se dio cuenta, comprendió que se estaba obsesionando por el nivel macroscópico del quehacer médico, aunque no sabía qué haría con el resultado. En el ramo había muchos especialistas en medicina que hacían una labor rutinaria, profesional, fea. No eran artistas. Pero ¿lo era Nathan?

—Es bonito, pero ¿qué estoy viendo, Zoltán?

—Me dispongo a realizar una tumorectomía múltiple. La paciente tiene muchos tumores en los pechos, pero no son muy agresivos y en consecuencia, ondeando la bandera rosa de la conservación de los pechos, extirparé únicamente los tumores, dejando los senos en su sitio. Por consiguiente, voy a inyectar en cada pecho ciento veinte perdigones radiactivos, que en realidad son isótopos de yodo radiactivo, en este caso yodo 125, encerrados en estas cápsulas de titanio, para rodear con ellos los tumores. —Molnár estiró el brazo y barrió el aire con él para señalar las máquinas y monitores que había alrededor de la mesa de operaciones—. Aquí tenemos un sistema de monitorización ultrasónico tridimensional. Tenemos que localizar cada grumo, con una exactitud de centésimas de milímetro, en un caótico espacio interior. Me siento como si volase en un avión sin más guía que un radar.

Nathan rodeó a Molnár y se situó a su espalda. Encontró un ángulo excelente que captaba en primer término las manos de Molnár y la humeante bandeja, y al fondo los acribillados pechos de Dunja. La luz que llegaba de arriba en combinación con la exquisita sensibilidad de la D3 a la escasa luminosidad le daban suficiente profundidad de campo para enfocar a la vez el primer término y los pechos. Cada vez que hacía una foto, el chasquido del obturador compuesto de fibra de carbono y Kevlar repercutía en las baldosas pulidas de la sala. Molnár hablaba a gritos para que lo oyeran todos:

—Menos mal que no está filmando una película, tengo que decírselo. Los pechos de esta mujer se volverán radiactivos muy pronto y la película se habría velado.

2

Naomi pensaba que acabaría encontrando a Hervé Blomqvist en alguna casa de comidas de los alrededores de la Sorbona, algo apropiado para una película de Truffaut, con mesas de hierro y mármol, acorde con la imagen de inconformista a lo Jean-Pierre Léaud que se había hecho viendo las apariciones de Blomqvist en la red. Pero cuando se dio cuenta estaba en L'Obélisque, uno de los restaurantes del Crillon, el único sitio donde el muchacho la vería cuando se enterase de que ella se hospedaba en el hotel. Por suerte, el joven no parecía conocer la existencia del otro restaurante del hotel, Les Ambassadeurs, que antiguamente había sido el salón de baile de los duques de Crillon y era más caro. Los folletos del hotel decían que L'Obélisque era un establecimiento informal, una especie de taberna, pero sus paneles de madera y sus camareros uniformados de negro y con la insignia dorada del Crillon —una C mayúscula de estilo modernista y con una corona encima— intimidaban a Naomi por su boato. Había desdoblado su anónimo vestido camisero de algodón negro, el que guardaba para casos de emergencia, y sacado de la maleta los zapatos de tiras y tacón de cuña, los que por no tener tacón de aguja no corrían peligro de engancharse en las grietas de las calles adoquinadas de Europa. Y allí estaba ella, cabreada.

Poco antes había estado inmóvil delante de la ornamentada puerta principal del hotel, apoyada en lo que le había parecido una caja de empalmes eléctricos, metálica, de color verde. Enfrente, al otro lado de la calle, estaba el recinto de la embajada de Estados Unidos. Estaba enviando un mensaje de texto a Blomqvist a propósito de su inminente reunión cuando notó que algo le rozaba el hombro. Se volvió y vio ante sí a un policía francés, armado con un subfusil ametrallador. Había abandonado el puesto que ocupaba en una esquina de la embajada y cruzado la estrecha calle a espaldas de Naomi, y ahora estaba junto al bordillo de la acera, muy serio y muy fuera de lugar con las gafas de sol y el uniforme azul oscuro, el chaleco antibalas y la armadura parecida a la de un crustáceo que le cubría los hombros, las piernas y los pies. A la altura de la clavícula llevaba unas esposas de plástico, tipo brida, sujetas por los pliegues de la hombrera, listas para entrar en acción. Sólo le faltaba el casco, aunque llevaba en su lugar un gorro cuartelero.

—¿Qué hace aquí parada y manipulando el teléfono móvil? —preguntó.

Era muy joven y muy guapo, y sonreía, pero no con cordialidad. En el pecho llevaba un emblema rojiblanco en forma de escudo en el que ponía: «Police Nationale, CRS». Su especialidad era la represión de los disturbios. Naomi lo sabía, pero la calle, que llegaba a la place de la Concorde, estaba absolutamente tranquila y la plaza, ocupada por turistas indiferentes. Incluso se veía a un ridículo grupo de estadounidenses que se mantenían en precario equilibrio en la base giroscópica de sendos Segways mientras escuchaban las instrucciones del guía, antes de meterse en la endiablada corriente del tráfico.

—Espero a un amigo —dijo Naomi en un francés más titubeante del que hablaría

menos de una semana después—. Me hospedo en el hotel, el Crillon, aquí mismo —añadió sin convicción, señalando a sus espaldas, tras lo cual se enfadó consigo misma por proporcionar aquella información gratis.

El policía apartó una mano del arma e hizo un movimiento de despeje, para alejarla igual que si fuera una niña.

—Espere a su amigo allí, al otro lado de la puerta del hotel. Apártese de esta caja de control.

Naomi se dio cuenta entonces de que había estado apoyada en la caja de control de un pivote de acero que se levantaba del asfalto cuando se pasaba una tarjeta de seguridad y que bloqueaba el tráfico de la travesía, entre el hotel y la embajada. El recinto de la embajada estadounidense, acordonado por barreras metálicas y pequeños postes de hormigón con remates de bronce, era un nido de avispas. Agítelo por su cuenta y riesgo. Para vengarse a la chita callando, Naomi, apostada en la ventana de un pasillo de su planta del hotel, había hecho multitud de fotos con teleobjetivo de las ventanas de la embajada. Casi todas las ventanas de la embajada estaban oscurecidas, pero sintió un estremecimiento al pensar que no tardarían en irrumpir en su habitación del ático, derribando la puerta a patadas para detenerla con violencia y ponerle aquellas absurdas esposas de plástico, y quizá incluso una capucha en la cabeza. El episodio la había afectado por algún motivo, pero ¿tenía éste que ver con América en Francia, con la ofensa contra la autoridad en general, con los policías excitantes o sólo con fantasías de *bondage*/víctima/humillación? Resolvió investigar para escribir un artículo sobre el erotismo de las Compagnies Républicaines de Sécurité. En París se publicaba una revista gay que se moriría por tenerlo; si es que no lo tenían ya.

El clon de Jean-Pierre Léaud se coló en su espacio visual y tomó asiento. Sonrió y —cómo no— se apartó de la frente un rebelde mechón de pelo moreno y lacio. Naomi sufrió una conmoción al verlo con un traje ajustado y una corbata estrecha. Y con camisa blanca. Y empuñaba un maletín marrón de lo más tradicional que depositó cuidadosamente en el suelo, apoyándolo en la pata de la mesa. La observó fijamente durante un momento, asomó la mano por el borde de la mesa y la alargó por entre los vasos de agua coloreados de rojo y amarillo y por entre las velas. A Naomi no le extrañó la titubeante tentativa de darle un apretón de manos al estilo intelectual.

—Hola —dijo él—. Tú eres Naomi Seberg, un bonito apellido de actriz de cine. Estoy seguro de que has adivinado ya que soy Hervé Blomqvist.

En el intercambio de mensajes que había seguido a su primer contacto en el foro de Célestine A., relativamente público, habían acordado que hablarían en inglés. Necesitaba practicar, había aducido él, y no se expresaría en francés.

—No he tenido que adivinar nada —respondió Naomi porque he visto vídeos en que apareces. Tú mismo me enviaste un par.

El joven retiró la mano, deshaciendo con cuidado el camino recorrido. Arrugó el

entrecejo con concentración burlona y frunció los labios. Sabía hacerse el chico mono.

—Desde siempre he tenido la ilusión de que era imposible captarme en vídeo. Me refiero a mi esencia. —Se sentía muy joven junto a ella, aunque tenía veinticinco años, sólo seis menos que Naomi. Había entrado muy pronto en los medios académicos franceses, pero, como suele ocurrir, la madurez en otros campos no había ido tan deprisa y probablemente se había sacrificado. Todo esto desde el foro, y se lo habían dicho amigos bienintencionados pero críticos, a él y a cualquier provocador informático dispuesto a aprovecharlo. Como Naomi.

—Creo que tienes razón en eso de tu esencia —dijo Naomi—. No tengo ni la menor idea de cuál puede ser. Pero tu cara... La reconozco. Lo que no reconozco es el traje y la corbata. En la red siempre vas con tejanos y camiseta. ¿Te has vestido así por mí?

—Es la primera vez que cruzo la puerta del Crillon. Tenía miedo de que me descubrieran y me echaran. El traje es de mi hermano. Es abogado. No es corriente que una periodista se hospede en el Crillon, ¿no crees?

—Sería poco corriente que una periodista pagara por hospedarse en el Crillon, es verdad.

—¿No pagas tú?

—No con dinero.

—¿Con sexo?

Naomi se echó a reír. Con su mejor carcajada, con la que siempre esperaba que saliera cuando se reía. Ronca y sinceramente alegre, y era así porque Hervé era muy iluso, bárbara e infantilmente iluso.

—No, con sexo no. Con fotografías.

—Ah, claro. Fotografías. —Hervé se llevó los dedos a las sienes y cerró los ojos—. ¿Es café eso que tomas?

—Sí. Un expreso doble. ¿Quieres uno?

—Me gustaría dar un sorbo del tuyo, si no te molesta. Necesito un poco, pero no demasiado. —Abrió los ojos y sonrió—. Una pizca de migraña. —*Migraine*. Pero lo pronunció como los británicos.

Naomi se encogió de hombros y empujó su taza por la mesa.

—No faltaría más.

Hervé cogió la taza y aspiró el aroma con ostentación.

—Mmm. Es peligroso. Me excita mucho. —Esta vez pronunció como le dio la gana, pero no tenía sentido que Naomi le hiciera comentarios, a pesar de que Hervé, durante el intercambio de mensajes, se había mostrado ferviente partidario de las «correcciones lingüísticas implacables». Dio un sorbo al café con exagerada actitud sensual, moviendo más de la cuenta los labios y la lengua, mirándola fijamente a los ojos mientras lo hacía. Naomi cerró los ojos y cabeceó. Se sentía como si fuera su madre. Cuando volvió a mirarlo, adoptó una fingida expresión seria, de flirteo

asesino. Sacó la grabadora del bolso, la encendió y la puso en la mesa.

—Hervé —dijo—, te estoy grabando ahora, tal como acordamos, y mi primera pregunta es: ¿fue así como estuviste con Célestine Arosteguy?

Se quedó helado un segundo y bajó la taza.

—¿Como estuve? Yo era yo, como siempre. No entiendo qué quieres decir.

—Te comportas conmigo de un modo muy seductor. ¿Sedujiste a tu profesora o te sedujo ella?

—Ya entiendo —respondió el joven—. Quieres representar el papel de Célestine conmigo. Te identificas con ella.

—No. No estoy representando nada. Lo que quiero es saber cómo era estar con ellos, con los Arosteguy. De labios de alguien que lo sabe. Y ése eres tú.

—Tuvimos una relación sexual muy intensa, pero no sólo sexual. Aunque a ti sólo te interesa la sexualidad, ¿verdad que sí? Tú quieres una entrevista sensacionalista. Quieres hacerles daño, ¿verdad?

—¿Por qué crees eso? —Naomi estaba sinceramente desconcertada y Hervé se dio cuenta—. Ya abordamos ese asunto en la red. Pensé que me comprendías.

—Y te comprendí —dijo Hervé—. Pero no te creí en ningún momento. Lo bien que te enrollabas, lo mucho que los querías, lo mucho que su filosofía y su relación amorosa te inspiraban.

—Entonces, ¿por qué estás aquí, dando sorbos de mi café?

Un escueto y galicano encogimiento de hombros.

—Quería saber cómo era una habitación del Hôtel de Crillon.

Al final pidieron el servicio de habitaciones. Mientras esperaban Hervé accedió a posar para que lo fotografiaran sentado en el diván que estaba junto al balcón abierto del dormitorio. Naomi, cámara en ristre, se movía en cuclillas de un lado a otro, buscando el ángulo revelador. Utilizaba la Nikon D300s, prima hermana de la D3 de Nathan. Era más compacta y ligera, y Naomi valoraba sobre todo su discreción y manejabilidad. La luz, amortiguada, entraba suave, tamizada por la alambrada contra las palomas y el reflejo contenido del patio, y realzaba la feminidad de las facciones del joven. Éste sabía estar ante el objetivo, como Naomi había esperado, dada la promoción que se había hecho en los foros de los Arosteguy, que había supuesto incontables vídeos y fotos fijas que documentaban los muchos estados de ánimo y las muchas cavilaciones de Hervé Blomqvist. Su punto fuerte, en general, era timidez/misterio y Naomi sabía cómo servirse de la luz natural y de los ángulos, de la frente, de las oscuras y pobladas cejas, de los transparentes ojos castaños de aquel delgado rostro, para que aquello surtiera efecto.

—Entonces, ¿para qué vas a utilizar estas fotos mías? —Hervé hablaba entre foto y foto, atento al ritmo de Naomi para que no lo pillara en medio de un movimiento bucal poco favorecedor—. ¿Piensas hacer un libro de fotos de los Arosteguy? ¿De

esos que la gente coloca sobre la mesa de centro?

—La verdad es que no sé lo que voy a hacer. ¿Se te ocurre a ti alguna cosa?

—Se me ocurre una. Pero creo que te asustará.

Naomi se detuvo y apoyó la cámara en sus rodillas. Se sentía rara con aquel vestido, pero al menos se había quitado los zapatos. Miró a Hervé, que le sonreía con ojos bondadosos y descentrados, como un cura. Irritante.

—Venga —dijo Naomi—. Oigámoslo.

Hervé se puso en pie y empezó a deshacerse el nudo de la corbata.

—Te propongo un libro donde salgan todos los amantes que tuvieron los Arosteguy, empezando por mí. Y todos saldrán desnudos. Y contarán qué sintieron follando con ellos. Y explicarán qué influencia tuvieron en su vida Célestine y Aristide.

Naomi se había sentado en el suelo, con la espalda apoyada en los pies de la cama.

—¿Tienes intención de desnudarte? —preguntó.

—Sí —respondió Hervé.

—¿Quieres que te fotografíe desnudo?

—Sí.

—No voy a acostarme contigo. Te lo digo en serio. No voy a hacerlo.

Hervé se había quitado la corbata, la chaqueta y la camisa, y estaba desabrochándose el cinturón, una horterada que parecía de piel de cocodrilo, con una hebilla de dos pasadores y doble fila de agujeros que por lo visto le estaba causando problemas. Tenía el pecho estrecho y lampiño, como Naomi había imaginado. Ah, aquellas películas de la Nouvelle Vague.

—Si te acuestas conmigo te enseñaré algo especial que a Célestine le gustaba mucho. Le gustaban cosas poco frecuentes.

Naomi levantó la cámara y se puso a hacer fotos espontáneas y sin preparación.

—Me gusta tu cámara —dijo Hervé—. Parece de fibra de carbono. ¿Lo es?

—No. El chasis es de magnesio. —Dejó de apretar el disparador, sopesó la Nikon y se la pasó de una mano a la otra—. Pero tengo la sensación de que la de fibra de carbono no tardará en salir al mercado. Sería estupendo que fuese más ligera aún. —Volvió a llevarse la cámara al ojo y siguió haciendo fotos—. ¿Y Aristide? ¿Había algo especial que le gustara?

Hervé consiguió soltar la hebilla y sus pantalones cayeron. Llevaba calzoncillos negros de Calvin Klein. Naomi había esperado algo más exótico.

—Sí, desde luego —dijo el joven, sacando los pies de los pantalones—. Será un poco más difícil, pero también podré enseñártelo.

Dunja estaba recostada en una cama de la sala de recuperación, en el sótano de la Clínica Molnár. Había una docena de camas, escuálidas, primitivas, asquerosas, pero

no había nadie más en la sala, sólo ella y Nathan. Él estaba sentado en una inestable silla de plástico al lado de la cama, con la cámara en las rodillas, con la grabadora colgando todavía de su cuello. La lucecita roja del encendido, semejante a un rubí, se reflejaba en la sábana de Dunja, así de oscura estaba la sala. Dunja no había salido de su somnolencia, pero Nathan sospechaba que se debía más al cansancio emocional que al efecto de la anestesia. La mujer lo señaló con la cabeza.

—No esperaba las fotos. En el quirófano. Creí que se limitaría a tomar notas en un cuaderno, como los periodistas normales.

—Ahora todos somos fotoperiodistas. Ya no basta con escribir. Tenemos que aportar imágenes, sonido, movimiento. Espero que no le importe.

Dunja se estiró y hubo algo voluptuoso en el gesto, a pesar de la deprimente y raída bata de hospital y del catéter de derivación que tenía en el brazo.

—No me importa. Dentro de poco será lo único que quede, así que cuanto más, mejor. Algo por lo que recordarme.

—¿Por qué dice eso? ¿No confía en el doctor Molnár?

La mujer se echó a reír.

—Fíjese en este sitio. Es mi estrategia de último recurso. Nadie más se atrevería a operarme. El doctor Molnár es el único que tiene la arrogancia suficiente para intentarlo. Puede usted citar mis palabras.

—Las citaré.

—¿Y usted? ¿Tanto le impresiona el doctor Molnár que ha venido desde Nueva York para escribir sobre él?

Esta vez le tocó reír a Nathan.

—Lo vi en un documental sobre trasplantes ilegales de órganos. Era muy altivo, muy interesante. Vine para hablar con él del tráfico internacional de órganos y luego averigüé que iba a intervenir en una operación de mama. Aún no sé qué clase de artículo escribiré, pero eso es habitual en mí. —Levantó la cámara—. ¿Puedo hacerle una foto?

—¿Por qué no? Envíe mis imágenes a través de Internet para que lleguen al universo, donde seguiré viviendo de manera incorpórea.

Nathan comprobó la luz por el visor, luego aumentó el valor ISO al máximo, 25 600. (La nueva D4, la que no tenía, podía fotografiar a un valor ISO de 409 600, algo inaudito —podía ver en la oscuridad—, pero daba miedo sólo de pensarlo). Las fotos saldrían con mucho ruido, granuladas y con manchas, pero tendrían una calidad pictórica, quizá puntillista o impresionista. La cámara, sin saber por qué, se volvía más sensual, más instrumental, en aquel escenario. Empezó a hacer fotos.

Dunja suspiró.

—Claro que no estaré muy presentable que digamos durante toda la eternidad. ¿Quiere que pose de alguna forma particular? No soy tímida.

Nathan pensó en lo que habría dicho Naomi ante una propuesta así. En el fondo era una fotógrafa de modas, quizá incluso una fotógrafa de ricos y famosos —¿una

paparazzi?—, y no se cortarían un pelo si tuviera que dar instrucciones a una persona tan dócil como Dunja.

—No quiero que adopte poses de ninguna clase. La idea es que usted actúe como si no supiera que estoy aquí.

Nathan se puso en pie y se movió alrededor de la mujer postrada, fotografiándola con el objetivo muy abierto, con poca profundidad de campo, mientras las flotantes imágenes del rostro femenino se introducían en su cerebro. Los ojos de Dunja eran de una negrura tangible, parecían capaces de mirar directamente al objetivo sin que se notara que lo veían. Asombroso.

Nathan hizo una pausa y se acercó al estuche de la cámara. Introdujo la mano en busca del *flash*.

—Le haré unas cuantas con *flash* reflejo para estar totalmente seguros. No hay mucha luz aquí. —Deslizó el pie del *flash* en la doble guía de la cámara y lo encajó—. Si continúa haciendo lo que hacía, nos apañaremos. —Tiró de la lengüeta de plástico del *flash*, para dar luz a los ojos, y apretó el disparador.

—Vaya. Ahora, con el *flash*, me siento como una estrella de cine —dijo Dunja—. Y quiero que vea mis partes más agraciadas. —Se abrió la bata y le enseñó los pechos, salpicados de moraduras y de puntitos rojos hinchados. Nathan dejó de hacer fotos inmediatamente—. ¿Qué pasa? —añadió la mujer—. ¿Le parecen feos? ¿Demasiado horribles?

—No, al contrario. Son..., bueno, demasiado atractivos. En sentido fetichista. Algo así. Quizá demasiado Helmut Newton. Creo que no sabría cómo utilizar esas fotos, entiéndame, en un artículo médico.

—Entonces hágamelas para su uso personal —propuso Dunja—. Para que me recuerde luego con más simpatía. —Le dedicó su sonrisa más cálida y de sus ojos brotaron lágrimas. No se las limpió—. ¿Funciona esa cámara bajo el agua?

Dunja salpicó a Nathan. Había apuntado a la cámara y falló, aunque le mojó las perneras de los tejanos. La mujer se las arreglaba para seguir teniendo un aspecto voluptuoso con aquel traje de baño de la clínica, de algodón gris, en parte porque la tela era fina y se le pegaba a la piel. Llevaba el pelo totalmente recogido bajo un gorro de baño blanco de goma.

—Estaba convencida de que no iban a permitirle hacer fotos aquí —dijo riendo—. Y encima va con tejanos.

Nathan estaba acuclillado junto a una estilizada fuente de piedra, en forma de cabeza de león, que derramaba agua mineral en la piscina. Se incorporó y siguió a Dunja, que avanzaba por el borde del extremo menos profundo.

—Conseguí que el doctor Molnár moviera algunos hilos. Por lo que parece, dejarme entrar con tejanos fue lo más difícil. Pero ¿y usted? Las demás mujeres llevan gorro de ducha de color azul. Tampoco usted va con el atuendo reglamentario.

—La matrona de los vestuarios es muy estricta, pero es medio eslovena, de Jesenice, la ciudad natal de mi padre. Le expliqué que necesitaba un gorro especial para que no me entrase agua en los oídos. La hice llorar. Creo que se ha enamorado de mí.

Estaban en la piscina principal del Hotel Gellért de Buda, en la orilla montañosa del Danubio. Era una instalación grande, más parecida a un fastuoso salón de baile modernista que a una piscina, y estaba flanqueada por una serie de columnas dobles de mármol con multitud de tallas, arcos y una espaciosa galería superior con balcones cubiertos de adornos de los que colgaban helechos. La suave luz de la mañana se colaba por el abovedado techo de cristal amarillo.

—¿Y ese traje de baño? —preguntó Nathan—. ¿También es suyo?

—¿No le gusta? Los alquilan aquí. Creo que fueron diseñados por estalinistas.

En el fondo embaldosado de la piscina se pusieron en marcha unos motores y toda la superficie se convirtió en un espumeante y sulfuroso *jacuzzi*. Dunja se sumergió bajo la efervescencia del agua y desapareció, dejando a Nathan al acecho en el borde, siguiendo su rastro entre los demás bañistas, que chapoteaban con lentitud y regularidad o se quedaban encima de cualquiera de los múltiples chorros que brotaban del suelo. Esquivaba las columnas y las sillas de plástico con respaldo de abanico que estaban repartidas aleatoriamente a lo largo del pasillo abovedado. Cuando Dunja emergió riendo, con el traje de baño como una segunda piel de comunista sexualmente austera, Nathan volvió a apretar el disparador de la cámara y el obturador tableteó como un subfusil ametrallador, sin hacer caso de las cautelosas miradas de los bañistas sorprendidos en la línea de fuego. Posando en todo momento para la cámara, Dunja salió de la piscina y se sentó en una silla, *su* silla, evidentemente, porque se rodeó los hombros con la toalla que colgaba del respaldo. Nathan acercó otra silla y se sentó a su lado.

—O sea que se hospeda usted aquí, en este hotel.

—Es parte del viaje organizado por la Clínica Molnár —respondió Dunja—. Comprende pasajes de clase preferente en la compañía Malév. Vuelo directo desde mi ciudad de los profundos bosques de Eslovenia. ¿Dónde se hospeda usted?

—En el Holiday Inn. Mi presupuesto tiene un límite.

—¿Es bonito?

—Bueno —dijo Nathan—, allí se puede aparcar un autobús. Lo cual es estupendo si se tiene un autobús.

La mujer se quitó el gorro de baño, dejó que cayera sobre su regazo como una medusa y se peinó los negros mechones con los dedos.

—Debería hospedarse aquí. ¿No le gustaría ver al menos mi habitación? Para su artículo. Como es lógico, podrá hacerle fotos. Es muy... protohúngaro.

—¿No va a probar los baños termales? Se supone que son muy saludables.

—Bueno, ya lo hice nada más llegar. La verdad es que no creo que ahora me beneficien mucho. Además, el doctor Molnár los prohíbe. Creo que si me caliento

demasiado, los perdigones se me saldrán de los pechos como si fueran espinillas. Mañana volverá a verme. No quisiera que se enfadase. Ni siquiera le diré que me he bañado.

La habitación de Dunja resultó decepcionante. Era grande e insípidamente cómoda, con una bonita vista parcial del monte Gellért, históricamente estratégico, y de la siniestra y desparramada ciudadela de piedra que lo coronaba, aunque Nathan había esperado algo más exótico que aquella notoriedad burguesa. La verdad es que había esperado una *suite* de hotel que concentraran la piscina y los barrocos baños termales.

Dunja, en cambio, no resultó decepcionante. Posó en albornoz, mirándose en el espejo que había detrás del escritorio. El albornoz estaba abierto y la mujer se sostenía los pechos, uno con cada mano, palpándose con pericia clínica, sin sensualidad. Nathan, sentado en la cama, fotografió su imagen en el espejo.

—¿Y bien? Mis pechos son ahora oficialmente radiactivos. No se me permite abrazar a mujeres embarazadas por lo menos durante tres meses. ¿Qué opina usted? Desde un punto de vista periodístico.

—No lo sé. ¿Puede abrazar a hombres no embarazados? —Sin dejar de hacerle fotos. El incesante chasquido de la cámara se había convertido en parte de su conversación. Nathan apretaba el botón del disparador con el índice a modo de exclamación, de remache situacional, de pregunta.

Dunja se volvió hacia él con el albornoz todavía abierto, las manos todavía en los pechos.

—Nathan, estoy muy enferma. ¿No le excita eso?

—Pues verá usted —todavía haciendo fotos—, como estudiante de medicina fui un desastre. Ahora soy periodista médico. De modo que sí, supongo que la enfermedad me excita en cierto modo.

Dunja se acercó a él, le quitó la cámara de las manos con amabilidad y la dejó en el escritorio, detrás de ella.

—¿Y la muerte? Podría estar muriéndome. ¿Te excita eso? —Le cogió las manos y se las llevó a los pechos—. Me duelen un poco, como puedes imaginar. Me han clavado en ellos doscientos cuarenta cápsulas de titanio. Igual que una lluvia de meteoritos y una ducha de polvo cósmico. Mira. Fíjate en las marcas de la aguja. Soy como una yonqui poco común, loca por el titanio. —Se echó a reír—. No seas tímido. Agradecen que los aprieten un poco.

Nathan le apretó los pechos con cuidado y la besó. Un segundo después, Dunja apartaba la boca.

—He descubierto que a casi todos los hombres les repugna la enfermedad, sobre todo cuando empieza a ser visible. —Cogió nuevamente las manos de Nathan y se las llevó a la ingle—. ¿Notas los ganglios, lo grandes que son? Me está cambiando la silueta. Empiezo a tener una silueta no humana. Yo tenía un novio en Liubliana,

llevábamos juntos ocho años. Cuando me los notó, me dijo que le daban escalofríos, literalmente..., bueno, en esloveno. Luego me notó éstos. —Le subió las manos hasta su cuello y las apretó bajo la mandíbula—. ¿Los notas? Están duros, ¿eh?

—Sí —dijo Nathan—. Te los vi cuando te bañabas.

—Me estropean el cuello, ¿verdad? Antes tenía una mandíbula muy fuerte, muy elegante. Ahora está floja y parezco un sapo viejo. No, peor, porque ni siquiera son simétricos. Un sapo viejo y desproporcionado. Por eso me dejó mi novio y se lio con una turista alemana a la que estaba enseñando la ciudad. Trabajaba de guía en verano. Ahora vive con ella en Düsseldorf. Hacen senderismo. Marike es una mujer muy sana. Me envió un libro de poesías de Heine, que era de allí. Mi ex dice que su alemán ha mejorado mucho y espera que el tratamiento médico me vaya bien. Muy considerado, ¿verdad?

Nathan le rodeó el cuello con las manos y la besó con vehemencia. La mujer volvió a apartarse, esta vez riendo.

—¿Eres un anormal o esto forma parte de tu investigación? ¿Siempre tienes relaciones sexuales con tus objetos de estudio?

—No eres mi objeto de estudio. El doctor Molnár es mi objeto y no voy a tener relaciones sexuales con él.

—La próxima vez que lo veas podrías preguntarle por qué tengo los ganglios hinchados. Según él es el cáncer, pero en el fondo nadie sabe qué causa la hinchazón. Me da en la nariz que escurre el bulto. Creo que tengo cáncer por todas partes, no sólo en los pechos. Mira. —Se alejó de él un par de pasos, se quitó el albornoz y levantó los brazos—. ¿Los ves? En las axilas. Son tan grandes que parecen tetas. —Dejó caer los brazos y se encogió de hombros—. Quién sabe, puede que te guste una mujer con cuatro tetas.

Dio media vuelta y se dirigió a la cama.

—Si haces el amor conmigo, ¿quién sacará las fotos? —Se tendió en la cama con languidez, con la cabeza apoyada en una mano.

—Encontraré la manera, si eso es lo que quieres en realidad. La cámara tiene un temporizador. —Al lado del escritorio había un aparador ancho con un televisor encima, flanqueado por estriadas columnillas griegas de madera, como si la pantalla fuera un oráculo. Debajo había dos portezuelas. Cuando Nathan las abrió, comprobó que se trataba del minibar; estaba lleno de arañazos y contenía una bandeja de madera con tentempiés y aperitivos varios. Sacó la bandeja y se puso a mirar el caótico muestrario. Eligió una caja negra de cartón con franjas rojas y le dio la vuelta en busca de alguna etiqueta—. Lo difícil será pillar bien los detalles porno. Podríamos pedir ayuda al conserje. O averiguar qué hace el doctor en este momento. Parece un buen conocedor de los desnudos fotográficos.

—¿Qué buscas? —preguntó Dunja.

—Creo que tienen aquí algo llamado Botiquín del Placer. Con lubricantes, condones y cosas parecidas.

Dunja se incorporó y se quedó sentada.

—Nathan, olvídalo, por favor. Ya tengo suficiente tecnología empotrada en el cuerpo. —Lo dijo con suavidad.

—¿En serio? Entonces, ¿tú no...?

—Yo no nada. Estos dos últimos años no han hecho más que bombardearme con radio. No ha sobrevivido nada dentro de mí. Créeme. Además, no tengo mucho futuro por el que preocuparme, o sea que si tienes una gonorrea o algo peor, me trae sin cuidado.

Hervé estaba sentado en el diván, con las piernas cruzadas y el viejo MacBook Pro de Naomi en las rodillas. Había vuelto a ponerse la camisa, la corbata y los Calvin Klein. Naomi, en la cama, enviaba un *e-mail* con la BlackBerry a un tal doctor Phan Trinh, médico personal de Célestine, y cuya dirección acababa de darle Hervé. El joven estaba resultando más útil de lo humanamente concebible y Naomi empezaba a sospechar que era una especie de chivato de la policía en la Sorbona que había estado informando sobre los Arosteguy, que, aparte de todo lo demás, eran activistas políticos de la oposición. «Distinguido doctor Trinh», tecleó, «¿tendría inconveniente en hablar conmigo con absoluta garantía de confidencialidad sobre el estado de salud de Célestine Arosteguy? Creo que el objetivo de muchos rumores destructivos ha sido menoscabar la reputación de esta maravillosa mujer, y siendo yo también mujer...».

Hervé se levantó inesperadamente del diván y empezó a abanicarse la ingle con un ejemplar de *Les Inrockuptibles*, una revoltosa y divertida revista francesa de cine y cultura que había llevado consigo en el maletín de su hermano. Estaba muy orgulloso de una breve reseña cinematográfica que había escrito para la revista, la primera que le publicaban, y que había leído alto y despacio a Naomi, estallando en carcajadas cada vez que llegaba a una deliciosa muestra de su insolencia.

—Mierda. Hay algo en tu ordenador que ha querido agarrarme los cojones.

Sin apartar los ojos de su propia pantalla, ella —mamá Naomi— respondió:

—Ya te dije que no te sentaras de ese modo. Yo siempre siento un cosquilleo procedente de algún extraño campo magnético cuando lo tengo en el regazo y el disco duro da vueltas, y eso que no tengo cojones. Si creías que tu enfermedad de La Peyronie era mala, espera a que se te declare un cáncer de huevos.

—Si fue bueno para Lance Armstrong es bueno para mí. En Francia hay mucha gente que cree que el tratamiento que siguió lo transformó en un monstruo superveloz de ciencia ficción, incluso antes de tomar las drogas deportivas habituales.

—Si tú lo dices... —Naomi se limitó a sacudir la cabeza. Lance y el ciclismo habían desempeñado un papel importante en su vana tentativa de seducirla. Resultó que su arma sexual secreta era la enfermedad de La Peyronie, que Hervé creía haber adquirido hacía dos veranos recorriendo la difícil ruta del Tour de Francia en una

bicicleta Colnago de fibra de carbono. La verdad era que para ser un chico tan delgado tenía buenos músculos; desentonaban tanto en el conjunto de su anatomía que parecían implantes o imágenes generadas por ordenador. Naomi se llevó una grata impresión cuando el chico se quitó los pantalones, pero no era un espectáculo suficientemente novedoso para que ella acabase en la cama. Tampoco lo era su pene, sólo pintoresco a medias.

Hervé ya había hecho averiguaciones sobre su dolencia, por lo menos sabía su nombre —François de La Peyronie había sido cirujano del rey Luis XV (¡qué resonancia!)—, pero a Naomi le pareció muy selectivo en lo que retenía, más romántico que médicamente sagaz. Ella había hecho su propia investigación en la red y averiguado que la enfermedad en cuestión consistía en el misterioso crecimiento de una placa fibrosa dura y rígida en un lado del pene, inmediatamente por debajo de la piel, que lo doblaba de un modo exagerado cuando se ponía erecto. En la versión personal de Hervé, los dos tercios superiores de su largo y delgado órgano incircunciso se doblaban noventa grados a la derecha, con lo que la punta quedaba mirando hacia la cadera derecha. ¿Había tejido cicatrizal a consecuencia del traumatismo? La idea de un pene con cicatrices, resultado de las guerras de los sexos, tenía su tosco encanto. ¿Era una agresión al sistema inmunológico? No tan atractivo.

Hervé pensaba que era un problema derivado del ciclismo. Al principio había pedido a Naomi que le dejara el portátil porque quería enseñarle su bicicleta, cuyas fotos estaban colgadas en una de sus muchas páginas web. Todavía desnudo, volvió la pantalla hacia ella para que viese una foto encantadora de una bici de carreras muy ornamentada que colgaba de unos ganchos forrados de caucho y atornillados en la pared de la salita de su casa.

—Éste es el artilugio responsable. Es tan bonito que cuesta creer que me haya hecho una cosa así. —Pasó a los primeros planos detallistas—. ¿Ves ese símbolo del trébol, como el de las barajas? Es el logotipo de la Colnago. El sillín no forma parte del equipo original. Tuve que ponerlo. La fibra de carbono igual. No es muy generosa, pero es increíblemente ligera. Soy adicto a la fibra de carbono.

Hervé le había descrito la evolución de su actitud ante su modificado órgano sexual, cuyo torcimiento, por lo visto, había aparecido de sopetón una mañana, mientras se duchaba y tenía fantasías eróticas. Al principio, como es lógico, se horrorizó. Su vida sexual había terminado, se había vuelto ridícula.

—Recibía por *e-mail* mucha publicidad sobre cómo alargar el pene, endurecerlo y hacerlo más grueso. Yo me reía de esas cosas. Pero de la noche a la mañana, sin previo aviso, deseé que me llegara un anuncio sobre cómo enderezarlo. Habría sopesado la posibilidad, aunque hubiera tenido que enviar la polla a Nigeria por FedEx. —Fue la primera vez que logró su propósito de hacer reír a Naomi.

Desde aquella mañana había cultivado la abstinencia; le daba vergüenza no sólo la dobladura de su instrumento, sino también la turbación burguesa que se había adueñado de él. Incluso la masturbación se había convertido en una monstruosidad.

Fueron los Arosteguy quienes lo rescataron de la desesperación sexual, aunque se trató de un efecto secundario de lo que ambos hicieron con su desesperación filosófica, más peligrosa aún. En ocasiones, los Arosteguy daban una conferencia juntos, por lo general en el modesto Amphithéâtre Turgot, con su suelo en acusada pendiente y sus sencillos pupitres de madera. Pero de tarde en tarde reunían a la corte en el esplendoroso Grande Amphithéâtre, con su luz cenital, con sus centenares de bancos y asientos tapizados de verde abarrotados de estudiantes, y fue en una de estas conferencias donde Hervé concibió la idea de afrontar su nuevo problema mediante un tratado filosófico en que se enfocaba el cuerpo como una mercancía, un concepto que estaba en el centro de la política de los Arosteguy.

Inevitablemente, el cambio de impresiones con la pareja al final de la conferencia se tradujo en una invitación a una clase privada en el piso de ambos, algo cuya intención era deliciosamente conocida por todos. Los dos estaban sinceramente emocionados por el uso que hacía el joven de su propia realidad física para adentrarse en el fuerte oleaje de la especulación arosteguiana. También les emocionaba la perspectiva de su entropía, que Célestine llamaba «mi pene de murciélago», aunque las subsiguientes investigaciones de Hervé en Internet no arrojaron ninguna validación de aquel cariñoso apelativo. Las imágenes que halló revelaban que los murciélagos, sobre todo los frugívoros, como los paniques, tenían una polla larga, recta y muy humanoide cuya temible simetría cubría la suya de vergüenza. Los murciélagos, además, eran capaces de lamerse el glande, para tenerlo limpio, mientras estaban colgados boca abajo, y encima parecía que les gustaba. El primer encuentro sexual que anunció la arrolladora presencia de Hervé en la vida de los Arosteguy apareció descrito con algún detalle en la página de Facebook del muchacho, aunque el elemento quiróptero se había suprimido.

Hervé estaba arrodillado delante del diván, manipulando el malévolos portátil a prudente distancia, con el brazo estirado.

—Muy bien, Naomi. Ya tengo algo maravilloso para ti.

Naomi estaba terminando la petición para el doctor Trinh, cuya foto acababa de encontrar, y no era *un* doctor. En una foto de despacho destinada a proclamar la humanitaria competencia de una clínica particular se veía a una vietnamita pequeña, limpia y perfecta, vestida con un elegante traje sastre que sonreía en el teléfono de Naomi.

—¿Y qué es, Hervé?

Hervé se puso de lado en la alfombra para poder apoyarse con estudiada indiferencia cinematográfica en la puerta del balcón.

—Acabo de hablarle de ti a Aristide Arosteguy. Quiere que te reúnas con él en Tokio.

En el aparcamiento del Holiday Inn había unos cuantos autobuses turísticos, enormes

y vacíos. Nathan, que acababa de bajar del microbús de enlace del hotel, los dejó atrás cargado con las bolsas del material fotográfico y con el iPhone en la mano. Naomi le había enviado un mensaje de texto diciéndole que la llamara lo antes posible, pero por alguna razón había muy poca cobertura en el interior del microbús. Nada más apearse la había llamado.

—¿Qué tal tu bonito y caro albergue?

—Apropiado —dijo Naomi—. ¿Y el tuyo?

—Lo estoy mirando en este mismo momento. Digamos que es... funcional. Más apropiado.

—¿Más?

—Sí. Porque sé que el tuyo es demasiado bueno para un periodista.

—Es otra vez el maldito problema de la niña rica. Y hablando de niñas, ¿qué tal era la tuya? Tu paciente.

—Guapa. Realmente guapa.

—¿Al estilo de las condenadamente guapas?

—Al estilo eslavo.

—Eso suena peligroso —dijo Naomi. Y hablaba en serio.

—Era peligrosa. Radiactiva, en sentido literal. La seducción de la desintegración. ¿Y Arosteguy? Lo he visto en entrevistas. Totalmente destrozado. Un tío fascinante, con ese estilo de intelectual francés que me carga.

—Te lo contaré cuando lo encuentre. Nadie sabe dónde está, ni siquiera el jefe superior de policía. —Naomi, por alguna razón, quería silenciar su nueva conexión con Arosteguy, aunque era justamente el motivo por el que había llamado a Nathan. ¿Había sido por el comentario sobre la belleza eslava?—. De todos modos, creo que Célestine será nuestro principal artículo de septiembre. Es más seductora. Guapa pero muerta siempre mata. —*Matar* era lo que más gustaba en la principal revista para la que trabajaba Naomi, *Notorious*, cuyo director, Bob Barberien, era igualmente notorio por sus estrambóticas peroratas de borracho, que acababan convirtiéndose en artículos sensacionalistas que había que leer; generalmente se referían a asesinatos inconcebibles. *Notorious* imitaba a una revista de escándalos de los años cincuenta, *Confidential*, por sus agresivas portadas y su tipografía retro. A Naomi le encantaba su irresponsabilidad y su ingenuidad irónica; las suyas se inspiraban en ellas.

—Vale, pero ¿tendrá algo interesante que decir? ¿«Maté a mi mujer y luego me la comí»? ¿Cómo lo enfocas tú?

—Parece que nadie quiere que sea cierto —dijo Naomi—. Hay un extraño sentido de la protección hacia la pareja, a nivel nacional. Todo son negaciones, incluso por parte de la policía. Por lo que he averiguado hasta ahora, es posible que uno de los estudiantes que se acostaba con ella la matara por celos. —Se le había ocurrido que quizá Hervé supiera algo sobre eso. O que él mismo fuera el asesino.

—Y ya se sabe que los estudiantes no comen como es debido. Entro en el ascensor en este momento. Si se corta la conexión te llamaré yo. —La habitación de

Nathan estaba en el segundo piso, que era el último, y la conexión se cortó. Esperó a estar en la habitación para marcar el número—. Deduzco entonces que las únicas fotos que has hecho con mi macroobjetivo son de la pantalla de tu portátil.

—Muy gracioso. ¿Y tú qué? ¿Vas a mandarme fotos de tu paciente condenadamente guapa?

Una ligerísima pausa por parte de Nathan, que pese a todo dolió a Naomi.

—Solamente hice unas cuantas durante la operación. De todos modos, no creo que ella me deje. Se sentía enferma y fea.

—Eso no te ha parado nunca los pies —dijo Naomi, tanteando el terreno.

—Esta vez sí. Me los ha parado en seco.

Naomi hizo una larga pausa antes de decir:

—Me muero por verte. ¿Ámsterdam o Frankfurt?

—Que sea Ámsterdam. Tengo pagado el vuelo de enlace a Nueva York. Aterrizo el 14. ¿Te sirve?

—El 14 me sirve. Hasta entonces, cariño.

—Hasta entonces, cariño.

Apagó el teléfono. Así era la vida con Naomi: incorpórea. Nathan se dio cuenta de que el único indicio de dirigirse a su habitación había sido la falta de cobertura que se había producido en el ascensor. Sin oler, sin ver, sin oír. Había estado dentro del teléfono y Naomi había sido una voz en su cerebro. Sentado ante el portátil, repasó las fotos que había hecho a Dunja: la operación, la piscina, el contacto sexual en la habitación del hotel de ella. No le molestó que las fotos le excitaran de un modo extrañamente objetivo, como si hubiera encontrado un alijo de fotos eróticas de famosas que no hubieran saltado todavía a la prensa mayoritaria. Nathan era un entendido en su propia sexualidad y los entresijos y recovecos de ésta le divertían y complacían. Y hablando de fotos, Dunja estaba guapa y condenada, y nunca tanto, curiosamente, como en las instantáneas que le había hecho después en el restaurante de Molnár, en la orilla de Pest. No había dejado de pensar que había algo perverso en el empeño de la mujer en ir allí, a un restaurante que era propiedad de su oncólogo, un local con las paredes llenas de fotos de sus pacientes desnudas, y mientras ella estaba en mitad de un tratamiento de choque. Peor aún, el propio doctor Molnár había amenazado con reunirse allí con ellos, para mimarlos, para explicarles los insoportables detalles de los platos que iba a servirles personalmente; incluso era posible, había insinuado con un malicioso destello en los ojos, que se quedara allí, junto a la mesa especial del rincón, esperando a que abrieran la boca y saborearan, con exquisita delicadeza y sensualidad, el primer bocado.

Cuando llegaron no vieron al doctor Molnár. El jefe de camareros no pudo darles la mesa del rincón y no tenía instrucciones de tratarlos con especial deferencia, en realidad ni siquiera les habían reservado mesa. Era un alivio —incluso habría sido preferible verse obligados a buscar otro restaurante—, pero había una mesa libre, por lo menos había dos sillas juntas delante de una hilera de pequeñas mesas cuadradas.

Se instalaron en la parte exterior, de cara a un espejo enmarcado y a dos clientes solitarios que no se prestaban la menor atención. El espejo les permitía comer, hablar y observar las reacciones del otro, como si fueran personajes de aquellas encantadoras películas checoslovacas de los años sesenta. La asignación al azar de los asientos los liberaba asimismo de la obligación de mirar las espantosas y escandalosas fotos de Molnár —una ancha columna enlucida les tapaba la pared de enfrente—, que eran retratos de pacientes captadas en momentos de mayor desprotección —si es que no estaban drogadas—, por un ojo clínico y obscenamente experto en la desnudez física y emocional. Un poco a regañadientes, Nathan tuvo que enseñar la tarjeta de Molnár para que el jefe de comedor le permitiera utilizar la cámara en el deprimente establecimiento, que inexplicablemente se llamaba La Bretonne. Sus primeras tentativas de documentar el arte del buen doctor fueron obstaculizadas por dos camareros y un ayudante, convencidos, sin duda, de que aquellas fotos eran un valioso tesoro en peligro de copiarse y divulgarse de manera ilegal. Mientras encuadraba las fotos de Molnár en el visor, Nathan se sintió turbado al darse cuenta de que reaccionaba ante ellas con una profunda y desesperada tristeza. Algunas de las que había hecho a Dunja habrían encajado sin problemas entre aquellas mujeres —todas eran mujeres clavadas en la oscura y mal tallada madera de las paredes, y que lo vinculaban con el doctor Molnár de un modo inquietante. Tuvo que admitir que aquellas grandes fotos en blanco y negro eran atractivas; el fino granulado de la película de formato medio, con su acentuado contraste y las delicadas sombras creadas por la emulsión de plata en el papel de hilo, producía un asombroso efecto hiperrealista.

Volvió con Dunja desde la otra punta del restaurante. La mujer sostenía una copa de vino tinto con ambas manos, unas preciosas manos de dedos largos y más grandes que las suyas, según había advertido. Percibía la chocante diferencia cuando se cogían de las manos. Levantó la Nikon con rapidez y le hizo unas cuantas fotos; el chasquido del obturador quedó ahogado por los elevados murmullos de la gente y los tintineos de la cubertería. Pero Dunja alzó los ojos y lo miró con tanta cólera que Nathan se quedó sin habla. Así castigado, se sentó junto a ella y guardó la cámara en la bolsa, que dejó en el suelo, entre sus pies, ya que no se fiaba del ruidoso trasiego de clientes y camareros que había a sus espaldas. Serían aquellas instantáneas, tomadas exclusivamente con la iluminación de las velas de la mesa y la cálida incandescencia de los apliques de la pared que la mujer tenía delante, las que le revelarían un dolor y una desesperación que no había visto en las que le había hecho en circunstancias mucho más indiscretas. Iba a morir pronto; lo sabía en toda su profundidad, la cámara había reavivado su conciencia de la situación y ésta seguía grabada en su cerebro.

—Nathan —dijo—, ¿ha sido la primera vez que has hecho el amor con una muerta?

Nathan alargó la mano hacia su copa, que aún no había tocado.

—¿Te refieres a ti? —dijo, dando un sorbo al vino. Lo notó áspero. No era bueno—. Tú no estás muerta. Lo he comprobado personalmente.

—No, pero cuando muera, ¿te acordarás de haber tenido relaciones sexuales con una mujer que ya estará muerta? —Esbozó una sonrisa peligrosamente inocente—. ¿Será la primera vez para ti?

—Sí, exceptuando a mi madre. Falleció cuando yo tenía catorce años.

—Me refiero a otra clase de relación sexual. Las fantasías freudianas no cuentan. —Hizo una pausa. Nathan tomó otro sorbo para llenar el intervalo, y con nerviosismo, advirtió con alguna sorpresa. Y con un extraño mareo—. Mientras te esperaba en la habitación del hotel —prosiguió Dunja—, vi un documental sobre la naturaleza. Un cervatillo había quedado atrapado en la nieve y no podía escapar. Un oso gris lo descubría y se abalanzaba sobre él por detrás. El cervatillo miraba a su alrededor. Tenía los ojos dilatados y mucho miedo. El oso, con mucha suavidad, le apresó el hocico con las fauces. Era una postura muy sexual. Amor por detrás. El oso amaba al cervatillo, era evidente. Le desgarró la garganta y lamió al moribundo animal con auténtica pasión. Pensé en nosotros dos.

La doctora Trinh se estaba volviendo japonesa. La culpa era de Hervé, naturalmente. La posibilidad de encontrarse con Aristide Arosteguy en Tokio poseía una enorme densidad gravitatoria, suficiente para distorsionar todos los matices del presente de Naomi. Y allí, en el pulcro consultorio de la doctora, sito en la médicamente postinera rue Jacob, en el Sexto Distrito, la distorsión se manifestaba en un sutil corrimiento de sus delicadas facciones vietnamitas y de la extraña pronunciación de su inglés hacia los más toscos rasgos y la dicción escolar japonesa de Yukie Oshima, una vieja amiga de Naomi que vivía en Tokio. Naomi había calculado ya que Yukie tendría que ser una importante aliada en cualquier iniciativa Tokio/Arosteguy que quisiera emprender y le costaba no pensar en la cambiante doctora Trinh como..., bueno, como en una Yukie en París. Pero la doctora Trinh no era una aliada.

—Por favor, guarde la cámara —dijo cuando vio que Naomi se ponía la Nikon en el regazo—. Me he arrepentido cada vez que me han grabado o fotografiado. Hablo con usted sólo para reparar el daño que esa demente señora de la limpieza ha hecho al hablar de Célestine Arosteguy. Seguramente también me arrepentiré de esto.

Naomi acarició la cámara como para dar a entender que era intrínsecamente inofensiva.

—En realidad es sólo una prueba de que verdaderamente hablo con usted. Se sorprendería si supiera cuántas entrevistas son solamente retazos de Internet que se juntan y se presentan como entrevistas en directo. —Naomi imaginó que Nathan reía entre dientes y cabeceaba a sus espaldas mientras ella decía aquello. En cierto modo, Naomi era de una generación más joven que la de Nathan, aunque tenían la misma edad. Nathan parecía haber aprendido su sentido de la ética periodística de los

reporteros de las películas antiguas. Para Naomi, navegar por Internet y coger cosas de aquí y de allá era una forma de periodismo completamente válida, sin que su horizonte de fuentes abiertas presentara ningún nubarrón ético. No ser fotografiada diariamente, ni siquiera por ella misma, no ser grabada ni filmada, ni ponerse a merced de los turbulentos vientos de la red, era arriesgarse a no existir. Sabía que era insincera con la doctora Trinh al decirle aquello de las pruebas, pero el único efecto que saberlo tenía sobre ella era que se sintiera más profesional. Era el estilo de la red y resultaba liberador.

La doctora Trinh era más terca de lo que parecía.

—Incluso las fotos y las grabaciones pueden trucarse hoy en día, de modo que lo que dice usted no tiene sentido aquí en mi consultorio. Guarde la cámara y la grabadora, esa cosita que le cuelga del cuello y que veo anunciada en todas las revistas de modas, o ya puede salir por esa puerta. —Su cara y su voz eran totalmente impersonales mientras hablaba. Naomi sintió que se le encendían las mejillas porque la piel le transmitía su nerviosismo antes de que su cerebro o sus tripas lo registraran.

—Bueno, podemos hacerlo extraoficialmente, si así se siente usted más cómoda —dijo Naomi, descolgándose la Olympus que casi nunca usaba, una micrograbadora reluciente como un piano en miniatura que reservaba para las grabaciones furtivas y que guardó junto con la cámara en la bolsa de ésta con toda la despreocupación de que fue capaz. Detestó su inestabilidad, la facilidad con que oscilaba entre la confianza entusiasta y la inseguridad pisoteada y sin esperanza. Puede que los fármacos la ayudaran. Aunque lo dudaba. Sintió de repente la necesidad suicida de preguntar a la doctora si tenía pacientes bipolares, pero la doctora Trinh no estaba hecha para cooperar por iniciativa propia, por lo menos no con ella.

—No hay en esta situación ni en usted nada que haga que me sienta cómoda. Hablemos de esa mujer de la limpieza, *Madame Tretikov*, la rusa.

—Sí, sí. La mujer de mantenimiento... parecía convencida de que Célestine Arosteguy tenía un tumor cerebral. —Naomi pudo ya levantar la mirada de la bolsa de la cámara y devolver el golpe, aunque con suavidad—. Que yo sepa, doctora Trinh, y espero pronunciar bien su apellido, usted no es especialista en tumores, por ejemplo no es oncóloga, ¿verdad?

La doctora aspiró una profunda bocanada de aire.

—¿Qué es ese alfiler que lleva? ¿Para qué sirve?

Naomi estaba totalmente desconcertada. ¿Un alfiler? Ah, claro.

—¿Este alfiler? —Se quitó la dorada insignia del Crillon que le había dado su contacto del hotel y lo arrojó sobre el cuaderno de tapas de piel que había en la mesa de la médica—. Es la insignia del Hôtel de Crillon. Me he hospedado allí. Se sujeta con este imán redondo. ¿Lo ve? Son muy agradables en ese hotel. No tienen prejuicios clasistas.

La doctora Trinh cogió la insignia y la observó con una intensidad inusual. Su paranoia empezaba a emocionar a Naomi, le parecía más tranquilizadora que

ofensiva, ya que la ayudaba a recuperar el polo bueno de su ciclotimia. Significaba que la médica tenía algo que ocultar o al menos que proteger.

—¿Pensaba... pensaba que podía ser un micrófono?

La doctora Trinh volvió a dejar la insignia sobre el cuaderno y se olvidó inmediatamente de su existencia.

—Célestine Arosteguy no tenía ningún problema médico. Nada que no fueran los achaques propios de una mujer de su edad. Yo era su médica particular y quien la enviaba a los especialistas cuando lo necesitaba. Si hubiera tenido un tumor... yo lo habría sabido.

Naomi se moría de ganas de sacar el cuaderno del bolso, el que tenía la espiral en la parte superior y cuya cubierta de cartón estaba decorada con un *collage* de páginas de periódico. Los vendían con título incorporado, «Cuaderno de Periodista/Bloc de Journaliste»; era un regalo de Nathan, naturalmente, pero Naomi sentía en la piel lo delicado de la situación y no se atrevía.

—¿Cuáles diría usted que son los achaques propios de una mujer de su edad?

La doctora Trinh sonrió, pero dio la impresión de que no lo hacía sin algo de sufrimiento.

—Supongo que podría encontrar la respuesta consultando en Internet las páginas sobre menopausia.

En el cerebro de Naomi se produjo entonces una pequeña explosión privada, consecuencia de la inesperada yuxtaposición mental de «menopausia» y «crimen», dos cosas que no había relacionado hasta entonces ni por asomo. Necesitaba recordar aquella minúscula revelación y profundizar en las más duras realidades de la menopausia y la feminidad, un lugar que no había pensado visitar en ningún momento. Ideó un indicador especial, un piloto que se encendiera en su mente cada vez que se hablara de la edad de Célestine.

—¿Por qué cree usted que la casera de los Arosteguy pensaba que Célestine tenía un tumor cerebral? ¿No resulta extraño que una persona corriente invente una cosa así?

—¿Conoce usted a esa señora, la tal Tretikov?

—He visto una entrevista que le hicieron.

—Sí, claro. —Se puso en pie y se pasó las pequeñas manos por la pechera del traje, como si *Madame* Tretikov se la hubiera cubierto de migas—. Sí, es una persona corriente que sin darse cuenta se ha valido de la capacidad de Internet para crear una nueva realidad relacionada con *Madame* Arosteguy. Y sus palabras nos han causado a mí y a mis colegas mucho pesar, se lo aseguro. —Una leve risa de desprecio—. Es la típica anciana supersticiosa que cree que pensar demasiado, incluso meditar sobre determinados asuntos, puede producir un tumor cerebral. Y quiero que usted lo desmienta. Por eso he accedido a hablar con usted. —Hecha la declaración, aquella mujer estatuilla volvió a sentarse y adoptó la misma postura del principio—. Los medios nos acusan ahora de negligencia en el tratamiento que administrábamos a una

mujer considerada un monumento nacional. Hablan de diagnóstico equivocado, de descuido, de presiones políticas para obligarnos a pasar por alto su gravísimo estado, etcétera, etcétera.

—¿Y todo eso es falso?

—Absolutamente todo.

—¿Y Célestine no le dijo a su marido que tenía un tumor cerebral y no le pidió que la matase?

Al oír aquello, la doctora Trinh sonrió con tristeza y Naomi pensó que sonreía con sinceridad por primera vez. Fue una sonrisa que le iluminó los ojos y le alteró la respiración, y en cierto modo invocó la presencia terrenal de Célestine Arosteguy en aquel escrupuloso y controlado consultorio.

—Célestine decía siempre que estaba condenada y que padecía una enfermedad terminal. Se lo decía a sus estudiantes, a mí, a todo el mundo. No era una queja, entiéndame. Era casi una promesa. Pero es que cualquiera que leyese sus escritos atentamente se daría cuenta de que no se refería a una enfermedad física.

La doctora Trinh seguía sonriendo cuando bajó los ojos para mirarse las manos de muñeca, perdida en recuerdos secretos de la condenada, la femenina Célestine, y Naomi deseó borrarle la sonrisa, castigarla por sonreír. Sobre todo estaba irritada consigo misma por no haber leído ni siquiera un resumen de los escritos de los Arosteguy y no estar por tanto en condiciones de replicar a aquella evasiva de la doctora. Las armas que necesitaba, sin embargo, estaban a mano.

—¿Y si pidió a otra persona que la matara? —Naomi recordó entonces que hacía poco había dicho «pues mátame» mientras hablaba con Nathan, que una vez más se quejaba de no disponer del macroobjetivo para hacer retratos, el mismo que ella tenía en la bolsa de su cámara en aquellos momento; aunque dudaba que aquellas ocurrencias formaran parte del vocabulario habitual de Célestine.

—Desde luego que no.

—Pero alguien la mató. ¿Quién cree usted que fue?

—No lo sé. Célestine tenía muchas amistades.

—Eso me sorprende. ¿Cree que la mató alguna de sus amistades?

—Conocía a mucha gente.

—Pero usted no cree que la matara una persona desconocida.

—De eso no sé nada.

—Ella le decía a usted, su médica particular, que tenía una enfermedad terminal, ¿y usted piensa que lo decía en sentido filosófico? ¿No la tomaba en serio?

La doctora Trinh había estado hablando con los ojos clavados en las manos, pero en aquel instante los levantó para mirar a Naomi y buscar los indicios que le confirmasen la estupidez de aquella periodista, la profunda ignorancia de los americanos.

—Fue una afirmación existencialista —dijo la doctora Trinh— que resumía la sentencia de muerte bajo la que todos vivimos. Sentía inclinación por Schopenhauer y

a veces caía en una especie de romanticismo fatalista. Traté de convencerla de que releyera a Heidegger, no muy diferente en determinados aspectos, los aspectos alemanes, pero al menos habría representado un alejamiento de ese enfermizo gusto asiático por la desesperanza cósmica. —Como invocado desde el éter por la última frase, un diminuto crucifijo de plata que le colgaba de la pulsera que llevaba en la muñeca izquierda recibió un inesperado haz de luz solar que se había reflejado en un espejo del rincón y bañaba la mesa. Naomi se fijó en el crucifijo. Su amiga Yukie también era cristiana, una rareza que en cierto modo había defraudado a Naomi. Sintoísmo, confucianismo, taoísmo, budismo, bueno. Sería mucho más interesante. ¿Qué pulseras llevarían en tales casos?—. Pero —prosiguió la doctora— no aceptaba su posición política, su relación con el nazismo, su antisemitismo. En ese punto discrepábamos, en creer que la posición política del ciudadano no anula el valor de su filosofía. Ella no entendía que fuera posible separar las dos cosas. Una actitud totalmente francesa, desde luego.

Naomi la miró a los ojos y respondió a su sonrisa de complicidad consigo misma con otra equivalente, aunque no confiaba en poder disimular los indicios de su repentino descenso en espiral, producido por el arrepentimiento que sentía por haberse puesto a hablar con otro ser humano y además vivo. Si hubiera estado delante de su portátil, habría hecho averiguaciones sobre aquellos dos germanos, curioseado al respecto, pero en un contexto estrictamente oral ni siquiera sabía cómo se escribían sus nombres y mucho menos responder inteligentemente a la doctora Trinh. Con Hervé habría podido marcarse un farol, por brillante que fuera el muchacho. Era Nathan el que poseía educación clásica, o como quiera que se llamase. Él era el que leía. ¿Dónde estaba? Pero delante de aquella mujer, Naomi se esforzaba por mantener la cabeza fuera del agua. La única forma de salir del paso era presentar batalla.

—¿Han hecho la autopsia a Célestine para saber si tenía o no un tumor cerebral?

—¿Basándose en el diagnóstico de una mujer de la limpieza? Lo dudo.

—¿Conoce el informe que dice que después de cortar la cabeza a Célestine se la abrieron para extraerle el cerebro? ¿Por qué cree que haría eso el asesino o asesinos?

En los labios de la doctora Trinh seguía bailoteando una sonrisa, pero ya no era la de antes. Ésta decía: «Supe que eras mi enemiga desde que entraste en este despacho, y aquí tengo la prueba, y me alegro de saber cuánta razón tenía». La doctora Trinh se puso en pie y se limpió las migas de la pechera con más fuerza que la vez anterior, porque ahora eran migas muy sucias, grasientas y desagradables, desprendidas por la propia Naomi. El pequeño crucifijo de plata (¿habrían convertido a Vietnam los misioneros católicos franceses?) osciló en el extremo de la cadena como un hombre recién ahorcado. Pese a todo, Naomi no pudo contenerse.

—Doctora Trinh, hablando extraoficialmente, ¿le pidió Célestine que la matase y luego se la comiera? ¿Tal vez como una especie de sacramento femenino y piadoso?

La doctora Trinh salió de detrás de la mesa por primera vez y se dirigió a la puerta. La abrió sin decir palabra para que Naomi se fuera. Naomi se fijó en los

zapatos de la otra. Eran de tacón de aguja, con una correa alrededor del tobillo, con un cosido y una forma muy severos, pero llamativos y con muchos colores —rojo, amarillo, azul, verde, negro—, como periquitos australianos. Naomi salió del despacho sin dejar de pensar que aquellos zapatos tenían un profundo significado.

3

El doctor Molnár había dispuesto que se le ascendiera a la clase preferente de élite — ¡la sala Duna Club!— en su vuelo a Ámsterdam en la compañía Malév. A pesar de todo, Nathan no hizo más que deambular sin descanso por el espacio de acero y vidrio común y corriente de la Terminal 2A del aeropuerto Ferihegy. A diferencia de Naomi, que se habría enterrado en su portátil en cuanto hubiera llegado, Nathan consideraba los tiempos muertos de los aeropuertos una buena ocasión para observar a la gente; pero aquel día, un día estival frío y lluvioso cuya lóbreguez parecía haberse filtrado hasta el aeropuerto, la única persona a la que Nathan observaba era Dunja, que no paraba de moverse en la pantalla de su mente. Arrastrando el maletín de la cámara como si fuera un cochecito de juguete, la oía decir las terribles e indignantes cosas que según ella no podía evitar, pero que no había podido decir a nadie hasta que había conocido a Nathan.

—¿Qué haré cuando me dejes? ¿Quién me querrá?

—No soy tan especial. Si yo te deseo... Estás estupenda. Tendrás todos los amantes que te apetezca.

—Hay muchas mujeres con cáncer en la actualidad. ¿Crees que podría ponerse de moda una nueva estética? ¿La belleza del cáncer? Me refiero a si podría haber una elegancia heroinómana, una estética de la drogadicta que desea la muerte. Las mujeres que no tienen cáncer podrían pedir a sus cirujanos plásticos que les implantaran falsos ganglios bajo la mandíbula y en el cuello. Y en las axilas. Y en la ingle. Toda esa hinchazón sería muy *sexy*. Y serviría como tratamiento antienvjecimiento, porque tensaría la piel del cuello de pavo. ¿Quién se negaría? Y las joyas, perdigones de titanio incrustados en las tetas. *Bondage* sadomaso.

Dunja siguió hablando en su cabeza mientras Nathan se enzarzaba en otro diálogo paralelo, igualmente interior e igualmente con ella, acerca de la salud y la evolución, acerca de la teoría que afirma que las ideas de belleza no se limitaban a ser ideas, sino que eran intuiciones indicativas del potencial reproductor y en consecuencia de la juventud; acerca de los genes egoístas que usaban nuestros cuerpos como medios para perpetuarse; acerca de que los genes del cáncer quizá podrían tener también sus razones en favor de la inmortalidad reproductiva y en consecuencia ejercer una tremenda presión para que se acepten a nivel cultural ideas de belleza que hasta ahora han sido tabú, ideas que se utilizaban para delimitar las enfermedades y la proximidad de la muerte, pero que actualmente podrían fascinar, seducir, imitar la juventud, la lozanía y la salud, con lo que la pequeña fantasía de Dunja relativa a la formación de una cultura alrededor de su situación desesperada podría, en teoría... No era una conversación que hubieran sostenido realmente, pero si él fuera Naomi, seguramente enviaría a Dunja mensajes de texto o *e-mails* inmediatamente, recurriendo a aquella corriente de semiconciencia naomínica que le había caído encima con tanta frecuencia en los cuatro años que llevaban juntos.

Naomi no permitía que nada quedase sin consecuencias y para ello utilizaba su poderosa y exclusiva mezcla de tecnología y brujería, mientras que la mayor alegría de Nathan consistía en desconectar, en borrar al prójimo de su lista de Amigos y dejarlo colgado en el éter del ciberespacio. Naomi pensaba que Nathan era cruel con sus amistades; Nathan pensaba que Naomi era compulsiva y obsesivamente posesiva. Pero ¿qué era Dunja? A pesar de la cuestión sexual y la intimidad, Dunja era el tema de un artículo y las personas que eran temas para Nathan solían tratar de mantenerse en contacto con él, a veces aferrándose, con una desesperación repulsiva y poco sana, a aquel momento particular de su vida; no podían admitir que su hora había pasado, que el artículo sobre su misterioso y provocativo estado de salud se había publicado y que Nathan había salido de su vida definitivamente. Las personas sobre las que escribía Naomi solían acabar entre rejas o ejecutadas, lo cual limitaba el reflujo, como lo llamaba Nathan. Dunja estaba convencida de que moriría al cabo de unos meses, lo cual también representaba una limitación del reflujo.

Habían sostenido su última conversación en la horripilante sala de recuperación de la Clínica Molnár, después de que le hubieran abierto los pechos y le hubieran extirpado muchos tumores bajo la fría luz azul del quirófano que transformaba su carne en silicona y su sangre en pasta púrpura. Nathan se sentó en la misma silla de plástico, aunque esta vez Dunja estaba en la cama cercana a la puerta y había otros tres pacientes en la sala, haciendo leves ruidos y quejándose.

—¿Te gustó? —preguntó la mujer—. Resultó más fácil para mí sabiendo que tenía un público con criterio.

—Molnár parecía seguro del éxito. Esa parte me gustó —respondió Nathan.

Dunja se echó a reír.

—Molnár sólo hablaba de la mecánica de las extirpaciones. Ése es su éxito. Sabe que no voy a durar mucho, pero en el fondo no cree que eso sea problema suyo.

—¿Te dolería ser más optimista?

—Vamos, Nathan. Lo que duele es que te pongas sentimental y vulgar. ¿Por qué lo haces?

—¡Ay!

—¿Hiciste buenas fotos? ¿Eran escandalosas? ¿Las pondrá Molnár en su pared para incitar a sus clientes a comer su gulash? ¿Te hago un retruécano? Contra la gula, gulash.

—Lo pillo, lo pillo —dijo Nathan, todavía dolido, incapaz de sonreír. Si Dunja se recuperaba, ¿de qué hablarían? ¿De su ilusión por volver a la facultad de arquitectura de la Universidad de Liubliana y construir casas de lujo con su padre a orillas del río Sava? ¿Sería eso muy vulgar y sentimental?—. Algunas fotos de la operación salieron muy bien. No estoy seguro de que te gusten, pero si quieres te las enviaré por correo electrónico.

Dunja cogió las manos de Nathan entre las suyas y tiró de él hacia la cama. Nathan trató de arrastrar la silla, pero era poco sólida; se dobló, se torció y se volcó,

dejándolo medio acucillado en el aire, como un *jockey*. La mujer volvió a reír. Nathan dio un paso al frente y se sentó en la cama. El lateral metálico se le clavó en la nalga y de nada le sirvió cambiar de postura para distribuir el peso.

—¿Te pusiste cachondo cuando Zoltán me abrió los pechos? Casi lo convencí para que me pusiera anestesia local, pero al final se rajó.

A Nathan le gustaba que Dunja empleara ocasionalmente aquella jerga de los años sesenta y quería preguntarle quién le había enseñado a hablar en inglés, pero ningún momento le parecía oportuno.

—Dunja, no soy un sádico. No soy fanático del *bondage*. La verdad es que me deprimió verte con la carne abierta. —Dunja permaneció en silencio, muda. Lo que acababa de decirle Nathan, que su sexualidad era normal, no era lo que ella quería oír; él sabía que lo tomaría como un rechazo. Habló con mucha suavidad, deslizándose por una superficie de hielo aviesamente delgada—. Cuando te recuperes, cuando estés curada del todo, seguirás siendo muy atractiva para mí. Quiero decir que tu enfermedad y el tratamiento no es lo que te vuelve sexualmente atractiva y hermosa.

Las grandes y elegantes manos de la mujer cubrieron las de Nathan, las apretaron con suavidad y tiraron de ellas, como estrechándolas a cámara lenta, como si tratara de dialogar con él a través de ellas, con la esperanza de que sus razones sin palabras le subieran por los brazos y le llegaran al corazón.

—Nathan, ay, Nathan. Eres realmente muy tierno y encantador. Pero en los genes tengo marcadores que dicen que el cáncer se reproducirá en otros lugares, que habrá metástasis. Y lo tengo por todo el cuerpo, en los ganglios que palpaste y acariciaste, y tú sabes que es verdad. No voy a salir de ésta, de verdad que no.

—Pero Molnár me dijo...

—Molnár es un hombre muy extraño y excéntrico. Es un cirujano, un mecánico. No quiere saber nada de las cosas que no puede atacar con su maquinaria. Me llevé una gran sorpresa al despertar y ver que aún tenía pechos. Estaba segura de que se entusiasmaría tanto que los cortaría de raíz. Casi me llevé una decepción al verlos, y también al comprobar que sólo presentaban cicatrices de una batallita sin importancia. Me ha remitido a otra clínica, una de Luxemburgo. Me parece un gesto muy elemental, muy propio de Molnár, pero tengo un marcador en el cerebro que dice que también estoy destinada a ir allí, para que me hagan de todo hasta que muera.

A Nathan no se le ocurría otra cosa que mirarla fijamente a los ojos, pues en aquellos momentos se sentía muy sentimental y muy vulgar, y en consecuencia incapaz de decir nada. ¿Es que estaba en condiciones de hablar de los conceptos clásicos del arte, de la belleza basada en la armonía, una concepción situada en los antípodas de las teorías modernas, posteriores a la Revolución Industrial, posteriores al psicoanálisis, que se basaban en la enfermedad y la disfunción? ¿Podía aducir razones en favor del nuevo yo enfermo de Dunja, presentándolo como la forma más

vanguardista de la belleza femenina? Nathan no se atrevió, pero Dunja sí.

—Aunque siga viva, ya no tengo nada con lo que seducir, exceptuando el aroma de la agonía. Ése será mi perfume mortal. Y quiero que sea eso lo que te seduzca, ¿entiendes? Porque es mi futuro y no quiero vivirlo sola. No te extrañe pues si te llamo para que des consejos a mi próximo amante. Podría querer que lo animaras a que entre en mí sin miedo. O a lo mejor te llamo una noche para pedirte que tomes un avión hasta donde yo esté, para que me estrangules mientras me follas por detrás. ¿Por qué no? ¿Por qué desperdiciar la ocasión? —Hizo una pausa. Sus ojos no cesaban de buscar desesperadamente los de Nathan. Esbozó una sonrisa extraña, una sonrisa encantadora—. ¿Acudirías, Nathan? ¿Vendrías a verme si te llamara?

Nathan se dirigió a las puertas de cristal corredizas de la sala de espera del Club Duna de Malév. Al entrar recordó que Naomi le había dicho «pues márame», mientras él se quejaba por algo relacionado con su teléfono móvil. Al acercarse al mostrador de recepción pensó en estrangular a Naomi mientras se la follaba por detrás. Sus manos detrás de la nuca de ella, tirando del cinturón del albornoz del hotel. Sus manos poderosas alrededor del largo cuello de Naomi. El rostro femenino contorsionado por una hermosa, boquiabierta y aterradora expresión de éxtasis, y el Nathan de la fantasía consciente de que aquello era el final de la sexualidad, de que no podría haber más sexualidad después de aquel acto sexual. En el mostrador, una matrona exageradamente fea y excesivamente uniformada —aquel cursi pañuelo rojo con estampados de pequeñas alas, estilizadas y multicoloreadas— explicó a Nathan por qué la fotocopia del carnet de miembro y otros documentos esotéricos que le había dado Molnár no eran válidos y por qué ella, en consecuencia, tenía que negarle la entrada a la tierra prometida de la sala de espera del Club Duna. Al alejarse con el equipaje y dirigirse hacia la puerta de embarque, Nathan no pudo sino maravillarse de la molnariana perfección de todo aquello.

El aeropuerto Charles de Gaulle estaba sufriendo amplias reformas. Después de haber recorrido kilómetros por paralizados pasillos móviles, Naomi tuvo que tirar de su equipaje con ruedas para subir un tramo doble de peldaños —el pequeño ascensor de cristal era para uso exclusivo de personas discapacitadas—, luego ascender a una plataforma con sillas de cafetería (pero no mesas) repartidas de cualquier manera, donde las consumiciones se sacaban automáticamente de una solitaria, ladeada y enorme máquina de refrescos, y a continuación bajar más escaleras que la llevaron hasta una densa masa de viajeros aturdidos que permanecían de pie en un pasillo sin asientos, a cierta distancia de un vestíbulo de espera que tampoco tenía asientos. El horror de la situación se acentuaba por culpa de la casi imposibilidad de sacar el portátil y abrirlo sin golpear ninguna cabeza. Sacó la BlackBerry Q10 del bolsillo lateral del maletín de la cámara. Lo prefería al iPhone de Nathan en cualquier contexto con intercambio intensivo de mensajes como solían ser los suyos; necesitaba

botones reales, físicos (no podías teclear en un iPhone si tenías unas uñas decentes), y temía el posible derrumbe inminente del imperio BlackBerry. Así de peligrosa era la vida del ferviente consumidor de tecnología.

Mientras encendía el Q10 recordó con una aguda subida de adrenalina que había olvidado la insignia del Crillon en la mesa de la doctora Trinh, de lo nerviosa que estaba al irse del consultorio. El olvido era particularmente irritante porque el día y medio que había pasado en París después de la visita había estado presidido —un extraño sabor metálico en la boca y una distorsión general de los colores, como en un aura de migraña— por la derrota. No sólo no había sonsacado nada útil a la médica de Célestine, sino que además había chocado con los límites de su intelecto, o al menos de su formación, y se sentía magullada por el golpe.

¿O acaso se estaba subestimando? La insignia del Crillon, por ejemplo. Imaginó a la doctora Trinh cogiéndola de la mesa con unas viejas y plateadas pinzas quirúrgicas norvietnamitas y enviándola a su laboratorio favorito de contraespionaje para que lo analizaran. No obstante, era un pretexto perfecto para volver a contactar con la doctora, siempre que Naomi idease una táctica más eficiente para tratar con ella. También podía enviar a Hervé a recogerla, pertrechado con algunas inocentes preguntas de inconformista francés, y como procederían de él, la doctora se sentiría suficientemente segura para responderlas. ¿Hasta qué punto podía confiar en Hervé en el papel de colaborador? Como si se tratase de una respuesta, la señal de correo del Q10 empezó a emitir destellos. Era él.

«No causaste buena impresión a la doctora Trinh», había escrito. «Le faltó tiempo para ponerse en contacto conmigo y decirme que me alejara de ti porque era evidente que querías infamar la memoria de nuestra muy querida Célestine. También dijo que no le pareciste muy inteligente o que te consideraba simplemente americana, no estaba segura, y que te serviste de tácticas de choque que le recordaron la política militar de Estados Unidos en Vietnam. Le pregunté si posaría desnuda para mí, para el libro cuya idea te gustó. Dijo que su cultura se lo prohibía. Tuvimos una bonita charla sobre la asimilación cultural y la sensualidad de Oriente. No creo que se preste».

Naomi se puso a mover los pulgares a toda velocidad.

«Me decepciona enterarme de la opinión que tiene la doctora de mí. ¿En serio habló de la guerra de Vietnam?».

«Ja, ja, ahí te duele, ¿eh? No, me lo he inventado. Pero dijo que no se fiaba de ti, que olvidaste adrede en su consultorio una insignia o algo parecido, como un indicador o presencia simbólica. No sé qué quiso decir».

«¿En serio le dijiste que posara desnuda para tu libro?».

«Sí, eso es verdad».

«¿Significa eso que era amante de Célestine?».

«Sí. Una vez estuve en la cama con las dos. Algún día te lo contaré. Fue muy interesante. Me hizo pensar en Karl Marx».

«¿Había alguien en la vida común de los Arosteguy que ellos no...?».

En el pasillo de paredes de cristal el calor era insoportable. El incesante reparto de codazos irritados por parte de los pasajeros que querían recuperar el equipaje o iban a tomar otro avión aumentaba la hostilidad general. Alguien golpeó con el pie el equipaje de Naomi y le dio con el hombro tan fuerte que la muchacha sintió la dureza del hueso y el músculo —fue fortuito, un castigo, y Naomi ahogó una exclamación— y pulsó sin querer el botón de «enviar» del teléfono. Otras personas trataron de colarse por el hueco dejado por Naomi al adelantarse a causa del golpe y la separaron de la bolsa de la cámara. Giró sobre sus talones, se interpuso en el camino de los que tenían tanta prisa y bregó para volver junto a su equipaje. Justo entonces vio la marquesina de una máquina de venta automática y, ya con el equipaje en la mano, se lanzó hacia aquel oasis.

En el rincón de la habitación, entre el minibar y el mueble de la tele, había dos equipajes sin abrir: dos maletines con cámaras, dos mochilas, dos pequeñas maletas negras Samsonite de cuatro ruedas, con acabado de falso tejido de fibra de carbono (Nathan y Naomi aspiraban a tener una Rimowa Topas, la erótica maleta alemana de aluminio maleable, pero por el momento estaba fuera de su alcance). No era tanto que tuvieran el mismo gusto en cuestiones de equipo cuanto que contribuían al mismo consumismo; lo que los empujaba hacia la misma mercancía era una dialéctica consumista. Era lo que Naomi estaba pensando con la parte flotante de su cerebro mientras le chupaba la polla a Nathan —deliciosa hasta el cansancio, con poca curvatura, no un órgano mutante en ningún aspecto, sino un pene clásico, circuncidado a la moderna en la habitación 511 del Hotel Hilton del aeropuerto Schiphol de Ámsterdam. Le extrañó haber pensado sin percatarse en términos marxistas, porque hasta ese momento en la máquina de venta automática en que había encontrado los tres libros de los Arosteguy —ediciones baratas en inglés americano, preparadas de prisa y corriendo para aprovechar el escándalo del canibalismo filosófico casi no había oído hablar de *Das Kapital* ni de Karl Marx. Sin embargo, aquellos libros pequeños, de letra grande y atractiva y muy fáciles de leer, como manuales de instrucciones sobre partes del cerebro secretas hasta entonces, hicieron que se sintiera como una marxista nata. No es que los libros trataran de marxismo, pero el vocabulario de Marx apuntalaba los conocimientos, evidentemente profundos, que tenían los Arosteguy sobre el consumismo actual, y los que tenía Naomi, según se comprobó.

Dado que no había ningún vuelo directo que habría recorrido el trayecto París-Ámsterdam en hora y pico, tuvo que sufrir la terrible experiencia de un viaje de siete horas con escala en Frankfurt. Pero el tiempo se disolvió de la manera más curiosa, porque en vez de vagabundear entre las dispersas tiendas de alta tecnología de aquel aeropuerto que parecía una cocina de acero inoxidable de anuncio de televisión,

salpicada de brotes de zonas *wifi*, Naomi acabó instalada en una sala de espera, sumergida en el hondo mar interior de los Arosteguy —un cálido mar que alimentaba un arrecife de coral habitado por las más asombrosas e interesantes criaturas—, prosiguiendo la zambullida que había empezado en el avión que había tomado en París. Cuando sacó la cabeza del agua se había transformado en una alocada, radiante y vehemente arosteguiana.

Los tres libros —*Dinero de ciencia ficción*, *Consumismo apocalíptico: manual de instrucciones* y *Sangre laboral: Marx y el horror*— yacían ahora inocentemente en la mesa que había junto a la ventana, cuando Nathan, de manera imprevista y hasta cierto punto antideportiva, eyaculó en la boca de Naomi una crema espesa y agria. Fueron sus pechos, mejor dicho, cuatro pechos, los dos de Naomi y los dos de Dunja, superpuestos, los que fermentaron en el cerebro de Nathan y descargaron el resultado, a través de su pene, en la cálida y distraída boca de Naomi. O eso le pareció a Nathan, que hizo suyos el *jet lag* y la distracción de Naomi y mezcló sus pechos, que bailaban deliciosamente mientras ella mamaba, con los de Dunja, que eran más grandes y estaban mutilados; incluso es posible que se sumaran los ganglios de las axilas de Dunja —¿seis tetas?— al conjunto. Tenía la cabeza apoyada en los antebrazos y ni siquiera tocaba los pechos de Naomi. Fue la distancia lo que hizo posible aquel alucinante contrachapado de tetas e inútil su habitual dominio de las corridas. ¿De veras había intentado ejercer aquel dominio? ¿Era como un perrito que castiga a su ama por llegar a casa demasiado tarde y tenerlo encerrado en la cocina? Naomi no se tragaba la leche, a menos que estuviera muy borracha. Naturalmente, tenía sus motivos. Era más porno dejar que le chorreara de la boca, que formara un pringoso puente entre sus labios y el pene y el vello púbico. Fue lo que hizo entonces, en absoluto sorprendida, pero quizá intrigada por aquella traición a la rutina, que consistía en decidir los dos, antes de que los labios apresaran el glande, si era un calentamiento o una acción contundente. A Naomi no le gustaban las sorpresas sexuales. Siempre estaba dispuesta a jugar, pero quería estructura.

Por eso fue una sorpresa para Nathan que Naomi, limpiándose la boca con el dorso de la mano, dijera:

—¿Qué piensas de Marx y el crimen, Than? —Sin reproches sexuales y recuperando su forma infantil de llamarle, Than, que sugería un estado mental asexual y con el pulgar en la boca.

—Bueno, no estoy seguro, Omi. Supongo que es un tema muy amplio. ¿Has estado meditando sobre eso? ¿Sobre Marx? Es la primera vez que lo haces, ¿no?

Naomi se dio la vuelta para ponerse de espaldas, aplastada por la enormidad. El techo era una mancha de yeso que daba vueltas. Casaba con su estado mental.

—He estado meditando sobre los Arosteguy.

—¿Son marxistas?

—Los he leído. Me doy cuenta de que no tengo cultura. Me atemoriza y me deprime. Me hace daño a la cabeza. Necesito Internet para leerlos. Y es estimulante.

No sé con exactitud qué son. Eran. Ella está requetemuerta. Y desmembrada. — Naomi se cubrió los ojos con los brazos, para no ver el opresivo techo—. Omi, Than.

Nathan se estaba limpiando el pene superficialmente, con la punta de la sábana, una costumbre que Naomi se había obligado a considerar adorable. ¿Era una manifestación pasivo-agresiva? ¿La aplazaba cuando ella se tragaba el semen? No se acordaba.

—Somos nosotros —dijo Nathan—. Omi Than. Parece el nombre de una ginecóloga vietnamita.

Naomi cabeceó por debajo de los antebrazos.

—Muy extraño que digas eso. Muy extraño.

—¿Por?

—Porque hay una ginecóloga vietnamita en mi vida. O casi. —Apartó los brazos y volvió a rodar en la cama para quedar de cara a Nathan con los labios todavía pegajosos—. La médica de cabecera de Célestine. Doctora Phan Trinh. Por lo menos conocía íntimamente la vagina de su paciente.

—¿Y es marxista? ¿O criminal?

—¿La doctora Trinh? No, pensaba en Aristide cuando he dicho eso.

—¿Marxista y criminal?

Naomi se bajó de la cama y se agachó junto al maletín de la cámara. Mientras abría la cremallera y hurgaba en su interior le resbalaron unas gotas de líquido espeso que aterrizaron en la moqueta.

—Pensaba más en el sentido de marxista y *por lo tanto* criminal. Quiero decir que su forma de escribir, la de los dos, me confundió, hizo que me sintiera inteligente y profunda, y tú sabes lo seductor que es eso para mí, tú mismo te serviste de ello para llevarme a la cama la primera vez. —Se dejó caer de espaldas en la cama con un iPhone 5s en la mano—. Déjame fotografiarte mientras te limpias la polla.

Nathan la miró con incredulidad.

—Tienes el maletín repleto de material fotográfico, el más moderno y perfecto del mundo, ¿y quieres fotografiarme las partes pudendas con un iPhone?

—Desde Charles de Gaulle. Es una consecuencia lógica de mi deseo de incorporeidad, por otra parte bien documentado por ti. Me gustaría tirar el maletín de la cámara a la basura y viajar sólo con esto, con esta herramienta. También filma imágenes de alta definición. Y puedes editarlo en el teléfono, mientras vuelas. Enfoque táctil. Doble *flash* led. Bloqueo con la huella dactilar. Macroobjetivo bárbaro. Mira. —Se inclinó hasta quedar a unos centímetros del glande y se puso a hacer fotos, emitiendo unos chasquidos muy agradables que recordaron a Nathan el ave lira australiana, que imitaba los chasquidos de las cámaras de los *paparazzi* del bosque para seducir a la hembra. ¿O era algo más siniestro? ¿Era el iPhone un organismo malévolo y proteico, la célula madre de los móviles, que se burlaba de quien tenía cámaras con obturadores físicos de verdad, cuyo chasquido no se podía eliminar? ¿Que prometía reemplazar todos los artilugios de la tierra con su

personalidad metamórfica: abridores de puertas de garaje, cronómetros solares, mandos a distancia de la tele, afinadores de guitarra, mandos de llaves para el coche, módulos de GPS, fotómetros, niveles de burbuja y cualquier otra cosa que se le ocurra a uno?—. Y ahora *mit Blitzlicht*. —Los diodos incrustados en la vítrea superficie posterior del teléfono bañaron el capullo de Nathan con 5400 grados Kelvin de luz diurna de un color azul frío. Nathan creyó sentirla y todo. Naomi se llevó el teléfono a la cara—. Ya ves que el *flash* se reduce para la macrofotografía. Perfectamente expuesta, se adapta a la temperatura de color ambiente, no te apaga la polla, por así decirlo. —Se apartó el teléfono de la cara para ver la foto y, atraída por su inexorable fuerza, besó la imagen. Sus labios dejaron restos de semen en la pantalla. Fetichismo de la mercancía en estado puro.

Nathan se dio la vuelta para ponerse encima de Naomi y miró la foto por encima de su hombro. Le pasó fugazmente por la cabeza aquella foto de las iguanas follando en una soleada roca de las islas Galápagos. Naomi movió adelante y atrás la Galería de Fotos con el dedo índice, y cosa extraña, sin que la uña produjera ningún ruidito, y repasó con increíble rapidez una docena de diversas modalidades, con *flash*, sin *flash*, macro y micro, y también algunas *mit* vistas escrotales.

—Esto me está poniendo muy nervioso, Omi. Existencialmente inestable.

Naomi se puso a editar las fotos con una aplicación retro muy cuca que hizo que la polla pareciera captada por una Kodak Instamatic de los años sesenta y luego por una Polaroid de los ochenta.

—Eso que dices suena bien, Nathan, pero ¿qué coño significa? No pasa nada. Te devolveré tu supermacroobjetivo. Ya no me hace falta.

—Son las palabras más aterradoras que has pronunciado en tu vida. —Nathan enterró la cara en el cuello de Naomi y se lo frotó con la nariz de un modo conmovedor y desesperado. Habló con la boca pegada a su salada nuca—. Vas a devolverme mi superpolla. Ya no te hace falta.

Naomi arrojó el teléfono sobre la almohada y se dio la vuelta hasta quedar vientre contra vientre. Nathan recordó vagamente aquella película francesa de los años cincuenta en que salían unos vecinos de Saint-Tropez follando en la playa.

—Estás muy tenso. No tienes por qué.

—Antes has dicho algo en alemán. ¿Desde cuándo lo hablas?

—Los Arosteguy. Leyéndolos.

—¿Por qué no francés?

—Marx era alemán. *Das Kapital*. Ellos lo citan. Lo traducen.

—¿Marx habló del *Blitzlicht*? ¿Entendía de fotografía con *flash*?

—Era un polímata. Un pensador lateral.

—O sea que fue Marx. El tipo que obligó a tu francés a matar y comerse a su esposa.

—Obligarlo quizá no. Inducirlo. Inspirarle. Así lo interpreto yo.

—Eso es otra cosa. Porque tú eres la que no lee. Libros. —Naomi quiso apartar a

Nathan moviendo los hombros, pero Nathan relajó totalmente los músculos y quedó encima de ella como un peso muerto, como la iguana aquella—. ¿Dónde tienes la BlackBerry?

—Me ahogo.

—Yo también. ¿Dónde? —Naomi le tiró del pelo para apartarle la cabeza y Nathan giró el tronco—. Porque, y te lo diré antes de que me lo preguntes, porque has abandonado a tu fiel BlackBerry, tu vieja amiga y amante, la única indiferente a tus largas uñas, la has dejado porque ahora tienes otro juguete exótico con el que entretenerte. —Se abalanzó sobre la mano izquierda de Naomi, le abrió los dedos, le acarició las yemas y el borde de las uñas—. Sí, es eso, y te has cortado las uñas por primera vez desde que estamos juntos y no para bailar *El último tango en Schiphol*. Sino para tener relaciones sexuales con la pantalla táctil del iPhone. —Soltó la mano de Naomi, que con un reflejo de protección se la escondió bajo la cadera—. Y sé que decías en serio lo de dejar la Nikon; Nikon, el símbolo de nuestra rebeldía consumista, no Sony, ni Canon, la insignia de nuestro profesionalismo, la sexotecnología que compartimos. Y ahora te vas con iPhone, que mola un huevo con sus ocho megapíxeles, obturador giratorio con efecto gelatina y *flash* sin reflejo. Y encima me dejas, te vas a Tokio para tener un rollete con el filósofo heleno-francés, que te matará y te comerá las tetas. Y fotografiará tu cadáver con tu iPhone.

—Es realmente detestable que digas todo eso. Guau. —Le dio una patada con ambos pies al mismo tiempo, como una gata boca arriba—. Nunca habías sido tan mezquino conmigo. —Naomi bajó de la cama, recogió el iPhone de la almohada y se puso a borrar las fotos de la polla de Nathan, una tras otra, con violentas pulsaciones de uñas cortas en el icono de la papelera, mientras canturreaba—: Pene de Nathan, borrar, borrar, borrar...

Pero, claro, un pene no es tan fácil de borrar, y al cabo de muy poco tiempo el de Nathan estaba felizmente instalado dentro de Naomi. Nathan se había divertido la primera vez que se percató de lo que luego llamaría «acto sexual con tema». Fue vertiginoso e irreal, como un salón erótico de Las Vegas (o al menos como él imaginaba que era esta ilusoria entidad), y había ocurrido después de ver *Rebelión a bordo*, la versión con Marlon Brando, y su compañera sexual era Sheila Dahms, que tenía unos ojos y un pelo suficientemente oscuros para justificar la fantasía del salón erótico con tema tahitiano, los tambores, las olas, los muslos cubiertos de hierbajos y los pechos almizcleños. Le parecía estar bajo el agua con ella, hacía calor y humedad, soplaba la brisa, se oían tambores, y sintió el primer suspiro de Oriente en sus nalgas desnudas... Después, cuando ella se incorporó de un salto y se fue al cuarto de baño a mear y tal vez a darse una ducha, como hacían entonces los dos, volvió rodeada de luz y dijo: durante un segundo pensé que eras Marlon y que llevabas todavía las polainas blancas y aquellos zapatos con hebillas, y que estábamos bajo el agua.

Nunca había sido así con Naomi. Naomi no parecía practicar actos sexuales con tema, nunca. Admitía tener distracciones durante el acto, quedarse pensando en discusiones que había sostenido con su madre o su hermana, incluso sentir que le aumentaban la ira y el cabreo hasta llegar al orgasmo. Nathan no podía imaginar que una cosa así pudiera ser cierta, pero ella juraba que lo era. ¿Estaba ocultando su propia versión del acto sexual con tema? Quizá fantaseara con gente famosa, por ejemplo que follaba con alguna estrella de *rock* todavía impúber, de un sexo u otro, y no se atrevía a confesarlo. De vez en cuando jugaba a adivinar el tema de Nathan en momentos concretos, pero él casi nunca se lo decía, se lo guardaba, lo mantenía tan en secreto como ella cuando alegaba que algunas de sus cosas sexuales eran demasiado íntimas, y él detestaba esta actitud, él quería entrar en todas sus facetas, mancillarlas, que fueran también parte de él. Y como aquella vez el tema, naturalmente, era Dunja, Dunja, la cirugía y la mutilación sexual, no tenía intención de ponerse temático, sobre todo porque lo de la duplicación le había afectado, porque había sido muy vívida. Prefirió ser el cirujano húngaro que introducía los perdigones radiactivos en los pechos de Naomi con la boca, sujetándolos con los dientes, apretándolos, hundiéndolos en la carne. Y los pechos de Naomi se transformaron en los de Dunja y Naomi pasó a ser una combinación de ella misma, de Dunja y de alguien más —¿tal vez Sheila, que se ofrecía a regresar del remoto pasado?—, y él se transformó en Arosteguy y se dio miedo, pues su idea de aquel hombre pasaba a través de Naomi, de Internet y de las fotos que había encontrado suprimiendo el filtro de seguridad, fotos que nadie querría ver porque se adherían al interior del cráneo y lo desgarraban. Y aquella página web llamada libradecarne.com dedicada a la masticación de pechos. Nathan/Arosteguy se comía sus pechos arrancándolos del tronco con los dientes, y se corría otra vez, con tanta voluptuosidad que le aterrorizaba.

Naomi lo apartó.

—¿Qué coño haces? ¿Me estás mordiendo en serio? —Se cogió el pecho izquierdo para buscar huellas de dientes en la parte inferior—. No puedo creerlo.

—No he sido yo. Ha sido Arosteguy. —Encogimiento de hombros de Naomi—. Tema sexual. Ya sé que crees que no existen.

—No me van. Yo no tengo fantasías sexuales.

—Un tema sexual no es lo mismo que una fantasía...

Nathan no tardó en tener en las manos la D300s de Naomi y se puso a hacer fotos con poses. Naomi seguía desnuda, pero tenía cubiertas las piernas con las sábanas para que sólo se le viesen los muslos.

—Vale, ¿te haces ya una idea? —dijo Nathan detrás de la cámara—. Estoy trabajando en un teatro de operaciones y tú eres uno de los personajes. ¿De qué va mi artículo?

—Mmm. Me has cubierto las piernas con una sábana.

—No sólo las he cubierto.

—Las has... ocultado.

—No sólo ocultado. —Nathan pulsó ruidosamente el disparador para subrayar lo que faltaba.

Naomi dilató los ojos.

—Las has amputado.

—Ah —exclamó Nathan.

Naomi se removió ligeramente y toqueteó la sábana.

—¿Es ese artículo sobre personas que quieren amputarse alguna parte del cuerpo porque creen que no tiene la forma que debiera tener?

—Y vagan por la tierra en busca de un médico que les corte un brazo o una pierna perfectamente sanos. Un brazo y una pierna.

—O si no se los cortan ellas mismas con una motosierra o una escopeta. Entiendo. ¿Cómo se llama eso?

—Apotemnofilia.

—Ya. Vulgarmente, trastorno dismórfico corporal.

—Amputación psicoterapéutica.

—Trastorno de identidad de los que se mutilan voluntariamente, con un enfoque de bioética. Parece sabroso.

—Hablando de ética —dijo Nathan, acercándose a Naomi con la cámara—, creo que tengo un ramalazo de acrotomofilia. ¿Qué puedo hacer?

—No sé —dijo Naomi con algo de inquietud—. Sólo he entendido lo de «filia».

—Significa atracción sexual por las personas amputadas.

Nathan le hoció los muslos. Naomi apartó la sábana de golpe y se sentó en la cama.

—Creo que has conseguido darme miedo. —Alargó la mano—. Devuélveme la cámara.

—Oh.

—Yo no toco los temas médicos. Tú sí. ¿Lo recuerdas? Yo trabajo con crímenes. Es más limpio.

—A veces cuesta separarlos. Pero creía que ibas a regalármela. Creía que ibas a apañarte con el iPhone. ¿Lo recuerdas? Así tendría un equipo suplementario.

Naomi chasqueó los dedos de la mano extendida, Nathan le devolvió la cámara y la muchacha se puso a borrar las fotos.

—Creo que no has recogido la pelota y eso sí es un crimen —dijo Nathan.

Naomi bajó de la cama y guardó la Nikon en el maletín. Habló de cara a la pared, dándole la espalda.

—Oye, ¿no tenías que ir a Ginebra para..., para qué era? ¿Una conferencia sobre mutilaciones genitales en el mundo? Francamente, creo que eso es más interesante que lo de las amputaciones. Durante un tiempo hubo muchos artículos sobre eso y luego el tema cayó en el olvido. Es interesante ver lo que ocurre con la información sobre enfermedades, se ponen de rabiosa actualidad y luego se archivan. La política de la mutilación genital, la ablación del clítoris, eso sí que es un tema candente y de

actualidad.

—Gracias por el estímulo. Pensaba que mi artículo sobre apotemnofilia iba en esa misma dirección. Pero no importa. El artículo sobre la conferencia de Ginebra se ha cancelado. No, me quedaré en el hotel y terminaré lo del método húngaro, sólo por si en Europa hubiese algo que se me hubiera escapado y tuviese que aprovecharlo. Mandaré aviso a mi agente y le suplicaré vergonzosamente que me consiga algo para el *New Yorker*...

—Sigue siendo Lance, ¿no?

—Sí, el viejo Lance de siempre. Luego quizá me vaya a Nueva York. Adonde tú no estés.

—Detesto esa parte.

—¿Te refieres a lo del *New Yorker*?

—Me refiero a que tengamos que despedirnos —dijo Naomi, sentándose en el suelo y jugando con el iPhone, todavía sin mirar a Nathan.

Éste se puso en pie y se apoyó en el alféizar de la ventana.

—Y tú me dejarás tranquilo en otra habitación de hotel —dijo.

Naomi alzó los ojos y dio un respingo, como sorprendida al verlo, como si hubiera descubierto un pájaro exótico posado en la ventana. Le hizo una foto con el móvil, sin *flash*, utilizando la opción Alto Rango Dinámico.

—Te dejo desolado y tranquilo. Me vuelvo a París.

Nathan estaba terminando la comida del servicio de habitaciones. En un sitio llamado *escandalosmediaticos.com* había una página dedicada al doctor Zoltán Molnár. Su iPhone vibró en aquel momento y respondió.

—Hola, soy Nathan.

—¿Nathan? —dijo una vocecita femenina.

—¿Sí?

—Soy yo, Dunja.

—¿Dunja? ¿Dónde estás?

—En casa. Ya sabes, en Eslovenia.

—Entiendo. —Una pausa engorrosa. La mujer tenía una voz demasiado débil para que Nathan se sintiera a gusto—. ¿Cómo estás?

Dunja tragó aire entre jadeos para darle a entender que había estado llorando antes de llamarlo.

—Nathan, creo que te contagié una enfermedad. Lo siento mucho.

—¿Que me contagiaste? ¿Quieres decir literalmente?

—La enfermedad de Roiphe, Nathan. El doctor Molnár acaba de llamarme para decírmelo. Ha aparecido por casualidad en unos análisis... —La tenue voz se detuvo en este punto, en el aire, ingrávida.

Casi sin pensar o, mejor dicho, porque el pensamiento supone memoria e

información, Nathan se puso a buscar en Google la enfermedad de Roiphe y al cabo de unos segundos apareció en la pantalla un listado de referencias. Sus dedos volaban sobre el teclado.

—¿Roiphe? —dijo con voz matizada por el espíritu polémico de la red—. Nadie ha tenido la enfermedad de Roiphe desde 1968.

La voz de Dunja sonó con la contundencia de la lógica irrefutable.

—Hace mucho que sufro inmunodeficiencia y la tengo. Y ahora tú también, creo. Seguramente.

—¿La enfermedad de Roiphe sobrevivió a toda la radiación?

—La radiación no sirve contra la enfermedad de Roiphe.

—No —dijo Nathan—. Lo estoy viendo.

—¿Lo estás viendo? ¿En el ordenador? ¿En Internet?

Una foto del doctor Barry Roiphe en la portada de la revista *Time* de mayo de 1968. Parecía tímido, un tipo desgarrado, un James Stewart con gafas. El tema de portada decía en chillonas letras amarillas: «Dr. Barry Roiphe: Sexo y Enfermedad». Dunja se puso a sollozar y eran sollozos sonoros, líquidos, globulares. Nathan pensó durante una fracción de segundo que los sollozos procedían del propio doctor Roiphe y su ladeada sonrisa se disculpa se transformó en un rictus de pesar y vergüenza.

—¿Qué fue de él? —preguntó Nathan.

—¿De quién? —dijo Dunja.

—Del doctor Barry Roiphe.

Nathan estaba meando y le dolía. Habló con el dolor:

—Ay, joder, ay, mierda, ¡esto duele en serio! Barry, Barry, ¿qué te habré hecho yo?

La orina se debilitó, titubeó y goteó tristemente. Nathan se sacudió el pene con furia y alargó la mano hacia la bolsa de los útiles de afeitar. Sacó una lupa de buen tamaño que tenía un redondel de leds alimentados con pilas, la orientó hacia el lavabo, encendió los leds, apoyó el pene en el borde de loza y se inspeccionó la punta. Le vino a la cabeza la palabra «supurar».

—Joder —murmuró—. ¡Joder, joder, joder!

Al volver abatido a la sala de espera del aeropuerto Schiphol, se sentó con el portátil cerrado mientras otros navegaban con entusiasmo profesional. No había terminado el artículo húngaro, el artículo esloveno, sobre Dunja. La habitación del hotel había empezado a parecerle una sala de hospital, un centro provisional para víctimas de una epidemia. El teléfono sonó con el croar que indicaba que era Naomi. Tendría que pensar en cambiar aquella tonalidad. La de aquella especie de rana en peligro de extinción. Espeluznante, simbólica, algo malo. Abrió el móvil para responder.

—Sí, hola, Nathan.

—Suenan a aeropuerto. ¿Estás en un aeropuerto?

—Sí. Me fui temprano. ¿Tú estás en casa?

—Bueno, en el Crillon. No es exactamente mi casa lejos de casa. Es cómodo.

—Apostaría a que sí. Pareces tensa.

En la pantalla del portátil de Naomi había un mosaico de horripilantes fotos en blanco y negro bajo el encabezamiento «Imágenes de la Escena del Crimen de Arosteguy». Se veía el tronco de Célestine Arosteguy, incompleto, porque le faltaban pedazos; media nalga; la zona blanda del ombligo. Huellas de mordiscos por todas partes.

—He vuelto a mi habitación, estoy sola y alucino.

A Nathan le sorprendió que Naomi comentase que estaba sola, porque nunca lo decía; con medios sociales, la red, el teléfono, la cámara, la grabadora nunca parecía sentirse sola.

—¿Sí? ¿Y cómo es eso?

—Bueno, por las fotos oficiales de la escena del crimen de Célestine Arosteguy. Son nauseabundas. ¿Cómo pudo el tipo hacer una cosa así? No puedo creerlo. Es un personaje muy atractivo, pero... No sé. Quizá. Joder. Te mando la dirección de Internet.

—Mejor no. —Una mujer africana llegó con un carrito recogiendo botellas, vasos, latas, periódicos. Se llevó el capuchino de Nathan antes de que éste lo terminase—. No estoy de humor.

Naomi se levantó de la silla y se dirigió a la cama. Se metió bajo el edredón sin desvestirse, sin descalzarse siquiera.

—Necesito que me aconsejes, Than. Tienes que ver este material. No puedo tenerlo en la cabeza yo sola. Es que se comió algunas partes de ella. Bueno, ya lo sabía, pero ahora lo estoy viendo.

Nathan abrió el Air, el modelo de tercera generación sin ranura para tarjeta SD. En realidad era un ordenador heredado de Naomi. Ella necesitaba la ranura. La necesitaba para fotos, sobre todo ahora que aquellas tarjetas se habían vuelto omnipresentes, incluso en las cámaras profesionales. Nathan no se decidía a pulsar el botón de encendido.

—¿Es esta horrible soledad que siento sin ti o es en realidad el duro borde metálico de la añoranza existencial que hay debajo?

—Es el parloteo del aeropuerto.

—Es posible.

—Bueno, cariño, todo es por mí. Procura no salirte por la tangente. Siéntelo.

—Lo siento.

—Pronto estarás otra vez en casa y volverás a sentirte a gusto —dijo Naomi.

Nathan empezó a notar que los demás viajeros desviaban los ojos hacia él. ¿Por qué escuchaban?

—No voy directamente a Nueva York. Me han desviado a Toronto. Ya sabes,

Canadá.

Naomi sintió bajo el edredón una punzada de... ¿sería angustia de separación? Su nido no estaba suficientemente habitado. Bajó de la cama y se puso a recoger chismes electrónicos que dejaba encima del edredón conforme los encontraba.

—Pero aún no has despegado. Te mandaré la dirección y el material.

Reconstruido el nido, con sus murallas, su foso y su puente levadizo, volvió a meterse bajo el edredón.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué Toronto? ¿Es por el hospital Sunnybrook?

La voz de Nathan descendió algunos decibelios. La paranoia se atrincheró en su cerebro, como siempre que sentía el estremecimiento que acompañaba la germinación de una gran idea para un artículo.

—¿Te acuerdas de la enfermedad de Roiphe?

—Sí, claro. Aquello que acabó con Wayne Pardeau. Pero la eliminaron, ¿no? Se extinguió. Sólo quedaron unas muestras en tubos de acero inoxidable. Después, *pas grand-chose*, que yo recuerde.

—En sí misma, tal como entendemos las enfermedades, *pas grand-chose* en última instancia. Pero no se extinguió.

—¿Tienes algo importante en ese sentido?

Nathan contuvo bruscamente la respiración, pero Naomi no se dio cuenta.

—Digamos que es convincente. Tengo algo convincente.

Naomi tenía ya delante las mismas páginas que Nathan había visto —con el Air, no con el viejo MacBook Pro por el momento— y miraba la casa de Roiphe en Toronto con Google Earth. Una mansión de pega de construcción reciente, un pastiche *kitsch* del estilo victoriano de la peor especie. En fin. ¿Qué podía esperarse? Un viejo médico judío canadiense con algún dinero. Pero bonita calle con árboles.

—Roiphe está allí, ¿no? En Toronto. Y vas a verlo.

Nathan había oído el repiqueteo del teclado de Naomi, pero impulsado por su inexpresable culpabilidad quiso felicitarla.

—Para no escribir artículos médicos lo has hecho muy bien. A ver qué tal esto. ¿Conoces el nombre de pila de Roiphe?

—¿Estamos jugando a Dedos Rápidos o estamos pensando? —Dedos Rápidos era su forma personal de referirse a la sustitución de la memoria y la inteligencia por las búsquedas en Google.

—Demasiado tiempo para encontrar el nombre de pila, imagino.

—En este preciso momento estoy viendo el careto de Barry —dijo Naomi—. James Stewart metido a rabino. El Templo de la Flor Sagrada o algo así en mi pasado toronteo. ¿Conoces el nombre de pila de Alzheimer? Sin dedos.

—Claro: Alois. Pero ¿sabías que el ayudante de Alzheimer era el Creutzfeldt de la enfermedad de CreutzfeldtJakob? Ya sabes, la versión humana de la enfermedad de las vacas locas. Más o menos.

—Había olvidado a qué te dedicas.

Nathan, que ya empezaba a maquinar cosas —y sus maquinaciones se producían cuando le explicaba algo a Naomi, lo cual formaba parte de su intimidad, aunque no le preocupaba si el proceso no funcionaba en sentido contrario—, se inclinó hacia el enmoquetado de la sala, acercando el móvil al suelo. No quería que le leyeran los labios.

—¿Qué pasaría si ese tipo, Barry Roiphe, el tipo que ha dado nombre a la enfermedad, qué pasaría si tuviera la suerte de descubrir otra enfermedad reciente? ¿La llamarían enfermedad de Roiphe 2?

—¿Eso sería tener suerte? —Naomi saltaba de una cosa a otra, en la mano izquierda tenía el iPad y bajo la derecha el teclado del Air, las dos máquinas conectadas a la red, y mientras tanto recibía jugosos mensajes en el iPhone. El más jugoso: «Saludos desde Tokio, Naomi. Aquí tienes la dirección de *e-mail* que querías: hmatsuda@j.u-Tokyo.ac.jp. Hablaremos pronto». El avatar que aparecía en la ventanilla del mensaje era una foto real de una agraciada joven japonesa, enmarcada como un retrato a la antigua; en la base del marco había una placa de bronce en tres dimensiones con una firma: «Besos, Yukie».

Nathan también saltaba de una cosa a otra y en aquel momento estaba enfrascado en una conversación imaginaria con el doctor Barry Roiphe.

—Que su concreto campo de estudio toque una fibra pública ayuda a conseguir becas de investigación, ¿verdad?

—¿Es eso? —dijo Naomi—. ¿Va a ser ése tu anzuelo? ¿Enfermedad de Roiphe 2: La secuela? —Naomi nunca era cruel adrede, sólo cuando la atacaban, pero cuando navegaba su atención se diluía en el desdén. Nathan, sin embargo, quería promover su artículo de cara a Roiphe, no de cara a Naomi.

—Pero es un anzuelo *estupendo*. Quiero decir que se trata de la fama médica y de todo lo que acarrea. Se trata de la política de las subvenciones médicas, del control de la derecha religiosa, etcétera. Se trata de tener un nombre tan conocido que llegue a inspirar más temor del que inspiró el de Creutzfeldt. ¿Qué clase de hombre querría una fama así? ¿Se deprimiría si se encontrase una cura y su nombre desapareciera de los titulares?

—Es factible. ¿No será demasiado sensacionalista? ¿Lo has colocado ya?

—Es otro trabajo especial. Autofinanciado. A mí me parece que encajaría bien en el *New Yorker*. En «Anales de la Medicina», ¿no crees?

—Siempre dices lo mismo.

—Esto es diferente.

—Y tiene algo que te tira.

—Algo. Será eso.

Incitada por el mensaje de Yukie, Naomi se había olvidado inmediatamente de Roiphe y había localizado más páginas sobre la escena del crimen de Arosteguy, todas turbias y con tufillo a infección vírica y a falsos URL rusos y chinos. Que las páginas fuesen morbosas y violentas parecía lógico, incluso raramente tranquilizador.

Como si sus pensamientos pasaran directamente de las yemas de sus dedos a la pantalla táctil, el iPad (ella lo llamaba El Sucio) le puso delante un primer plano de la cercenada cabeza de Célestine, que estaba en el pequeño frigorífico de la casa de los Arosteguy.

—Ay, joder —dijo Naomi—. Acabo de pillar otra atrocidad del caso Arosteguy, pero creo que son fotos hechas por el propio asesino. No veo en ellas el menor rastro de los técnicos de la policía. Pero ¿quién las habrá subido? Te mandaré también esta dirección.

Nathan se puso en pie y se estiró. En el vestíbulo sonó algo parecido al anuncio de un vuelo. No era el suyo, pero mantuvo un poco alejado el teléfono, para que el micro recogiera el eco metálico y hubiera más autenticidad, y volvió a acercárselo a la boca. La disonancia de la enfermedad le estaba afectando.

—Bueno, ya las miraré en Toronto. Tengo que irme ya. Están anunciando mi vuelo. Te adoro. No te vengas abajo.

—*Je t'adore aussi.* —Naomi tocó el botoncito rojo de Fin y al instante volvió a casa de los Arosteguy.

Nathan bajó de un taxi Beck, calabaza y menta, en Forest Hill Village, el barrio de Toronto, delante del restaurante Coach, sobre cuya puerta colgaba un gastado y grasiento cucharón con la silueta de un coche de cuatro caballos. Ancianos con andadores avanzaban arrastrando los pies mientras entraban y salían muchachas con el uniforme gris y burdeos de la cercana Bishop Cornwall School. Sin cámara ni grabadora visible, Nathan cruzó las dos series de puertas y se quedó junto a la caja registradora National, toda una antigüedad: bronce repujado, teclas de cristal con claves cromáticas, base de mármol y madera.

Un hombre que habría podido ser uno de sus antiguos clientes subió despacio una escalera situada detrás y se acercó a él.

—¿Le atienden ya? —dijo, dejando caer un cuaderno de pedidos detrás de la adornada máquina y pulsando la tecla Sin Venta, de color naranja. Se abrió el cajón de la National y sonó una campanilla.

—¿Está el doctor Roiphe?

El individuo —¿propietario?, ¿encargado?— esbozó una sonrisa de sarcasmo resoplante sin levantar la mirada y alzó un sujetador de billetes de plomo para repasar con el pulgar los que había en un compartimento del cajón.

—¿Cree que esto es un consultorio?

Nathan fue al grano.

—Tenía que encontrarme aquí con él, pero no lo veo. Doctor Barry Roiphe.

—Si no lo ve es que está ciego —dijo el hombre, todavía sin levantar los ojos y perforando el aire con el índice.

—Me parece que veo un dedo —dijo Nathan.

El hombre bajó el dedo y señaló un oscuro reservado del fondo. En él había sentado un hombre larguirucho, canoso y con unas grandes gafas de plástico, enemigas de la moda. Pantalón de franela y chaqueta de punto. Sombrero de paja.

—Me he equivocado. Tiene usted buena vista.

—Gracias.

Nathan se dirigió al reservado de Roiphe y se quedó quieto un momento, mientras el otro se esforzaba por ver algo a través de una costilla de cerdo, absorto como estaba y con la cara pegada al plato. Nathan, con mucha discreción, se balanceó sin mover los pies y observó al hombre. Obviamente, había visto conferencias, entrevistas y material documental en que aparecía Roiphe, y había leído artículos académicos —sin pizca de humor que solían incluir fotos que se remontaban al momento en que el doctor, de la promoción del 57, se había licenciado por la facultad de medicina de la Universidad de Toronto. Pero no lo había reconocido: la postura caída, las grandes gafas bifocales con semilunetas para leer que distorsionaban los ojos, el curioso sombrero que llevaba. La cabeza de Roiphe acabó irguiéndose, los ojos se movieron detrás de los cristales, las gafas se curvaron sobre el accidentado

caballete de la enrojecida nariz. Parecía desconcertado. ¿Qué hacía allí aquel joven? ¿Era un camarero?

—¿Doctor Roiphe? Nathan Math. Gracias por acceder a este encuentro.

Un instante de demora, como en las antiguas conversaciones telefónicas transatlánticas, y luego unos labios delgados que sonreían.

—Ah, sí. Siéntese, siéntese. Estoy dando cuenta de unas costillas. Están duras, pero necesito hacer ejercicio. —Roiphe movía las mandíbulas con comicidad; el efecto era grotesco. Nathan se introdujo en el estrecho espacio del reservado y sintió a través de los tejanos la áspera textura del asiento rayado—. ¿Le apetece algo?

—No, no, gracias —dijo Nathan—. Espero no robarle tiempo a sus pacientes.

—Oh, no. El hombre necesita comer, ¿no cree? Además, estoy más bien retirado. Bueno, todavía practico un poco. Sólo para no perder la costumbre. Me he vuelto un poco remendón y otro poco experimentador. En fin, dígame otra vez. ¿A qué se debe todo esto?

Por la investigación que había efectuado, Nathan había calculado que Roiphe respondería si daba un enfoque muy melodramático a su vida y a su obra, y se presentó como un promotor de sí mismo, fracasado pero todavía ávido.

—Durante un momento deslumbrante fue usted el rey del miedo —dijo.

Los ojos de Roiphe adoptaron una expresión de alerta.

—¿Qué? ¿De qué está hablando?

—De la Roiphe. La enfermedad de Roiphe. Usted llenó la portada de la revista *Time*.

Irritado, Roiphe volvió a las costillas de cerdo. Masticaba de un modo que sugería la presencia de una dentadura postiza, pero Nathan no estaba seguro. Las mandíbulas del doctor se movían de lado; quizá fuera un estilo de comer. Sin dejar de masticar, Roiphe pareció cambiar de actitud, parpadeó, habló.

—Yo no, por todos los santos. La enfermedad. No identifique usted una cosa con la otra. Y la política que había alrededor de la enfermedad. Todo sexualidad, histeria total, muy americano. —Se limpió la boca con una servilleta de papel muy fina. Los brotes pilosos de su mal afeitada barbilla la desgarraron, por lo que en realidad se limpió los labios con los dedos. Se los chupó mientras los observaba con suspicacia y ojos bizqueantes, como si tratara de enfocar un bichejo particularmente nocivo—. ¿Por qué exactamente quería hablar conmigo?

Nathan supuso que tenía que suavizar el drama.

—Estoy escribiendo un artículo sobre la fama médica. La que asusta. Ya sabe, Alzheimer, Parkinson. Nombres que la gente teme oír. Que la gente tiene miedo de oír en labios de su médico.

El doctor lanzó una carcajada, un rugido breve y líquido que roció la mesa de migajas de cerdo.

—La enfermedad de Roiphe era una polla goteante o un chocho hediondo. No estaba en la misma liga.

—Pero podía ser mortal si no se trataba. Por ejemplo, Wayne Pardeau murió de la enfermedad de Roiphe.

—¿Quién?

—Wayne Pardeau —dijo Nathan—. Un famoso cantante *country*.

—No he oído hablar de él en mi vida. Seguramente lo mataron las drogas. Es lo que suele ocurrir.

—¿Tiene usted algún complejo de inferioridad en relación con la enfermedad de Roiphe? ¿No era suficientemente potente para llevar su nombre?

—Es usted un joven muy extraño. Se expresa como un titular de periódico amarillo de la época victoriana. Supongo que habrá oído hablar de la prensa amarilla. Da la impresión de que la practica.

—¿Le molestó que en cierto momento se dijera que se había conseguido una curación? ¿Que la enfermedad se borrara de la faz de la tierra? ¿No se sintió usted relegado a una especie de olvido médico? ¿Que ya sólo fuera de interés histórico?

Roiphe rascó obsesivamente con el cuchillo de la mantequilla la salsa de manzana de las costillas, envolvió éstas en una servilleta y se las guardó en el bolsillo. Nathan estaba seguro de que la grasa había goteado ya y manchado la chaqueta de punto.

—Tal vez debería hablar con el doctor Alzheimer, mientras pueda. Supongo que pagará usted la cuenta.

Nathan salió del reservado medio doblado y sin darse cuenta bloqueó el atestado pasillo. Sacó un papel rosa muy bien doblado, el resultado de un análisis.

—Doctor, por favor, échele un vistazo a esto.

Movido por un antiguo reflejo, Roiphe le quitó el informe de la mano, lo desdobló y se puso a leer con la cara pegada al papel y la cabeza ladeada, como si en vez de leerlo lo estuviese oliendo. Nathan había pasado una semana conociendo Toronto, preparándose para la entrevista con Roiphe, y uno de sus paseos había incluido una visita a una clínica de Queen Street West para hacerse análisis de enfermedades de transmisión sexual. Ardía de impaciencia por empezar a someterse a los veintiocho días de Ciprofloxacino, con diarrea suave, irritación genital y posibles pero improbables episodios de confusión, ruptura de tendones y conducta psicótica.

—Se diría que tiene un contagio agudo de enfermedad de Roiphe. Supongo que se ha reactivado. Sus triglicéridos tampoco son para enorgullecerse. —Alzó los ojos y sacudió el papel antes de devolverlo, como para limpiarlo de polvo o de ácaros—. ¿Significa eso que le debo algo, o que me lo debe usted a mí?

Nathan se esforzó por descubrir los ojos de verdad alrededor de las semilunetas para leer. Entonces se le ocurrió que a una distancia tan corta, que no parecía turbar al doctor en absoluto, tal vez fuera preferible mirarlo directamente a través de las semilunetas. El resultado fue un espasmódico movimiento de cabeza que sugería una extrema rigidez por parte de Nathan.

—Me gustaría comentar con usted la historia de mi infección —dijo sin aliento, con una opresión en el pecho.

Roiphe profirió otra carcajada que sonó concretamente a ladrido de Jack Russell.

—La historia de mi... —Negó con la cabeza—. Mire, hijo. Hace mucho que dejé el campo de las enfermedades venéreas, si es ése su plan de ventas. La verdad es que me interesa poco. Ése es el verdadero problema. Pero Parkinson..., ése sí que fue un hombre interesante.

—¿Por qué no deja que lo decida yo? ¿Qué clase de pacientes tiene en la actualidad? ¿Con qué está experimentando?

Roiphe observó fijamente a Nathan durante un segundo, con la mandíbula adelantada y los labios fruncidos, y se quitó las gafas. Sus ojos eran grandes y vidriosos incluso sin las lunetas bifocales, pero además tenían el color turquesa más sorprendente y antinatural, y esto impresionó a Nathan. Estaba seguro de que aquellos ojos veían cosas que los ojos normales no podían.

—Pásese mañana por casa, si le viene bien. Está a la vuelta de la esquina. Tengo el consultorio en casa. Mañana. No demasiado temprano. Nunca he sido madrugador, aunque no me crea. No necesita anunciarse.

Rodeada por el mármol del cuarto de baño de la *suite* del Crillon, Naomi estaba meando en la taza y le dolía. Se vio en el espejo de la puerta quejándose de dolor como una niña.

—¡Ay, ay, ay! ¡Me duele! —Se miró las bragas blancas de algodón, un poco deshilachadas por el elástico, y vio una mancha como de mahonesa en la entrepierna—. ¡Joder, joder, joder!

Ya sentada en la cama con el Air en el regazo, con otras bragas, una compresa debidamente apretada dentro de las bragas y unos pantalones ajustados de torero, Naomi observaba otro clip que había bajado de Internet, éste con Arosteguy dando una conferencia y en esta ocasión con el sonido quitado. Miraba con atención la imagen de Arosteguy cuando, de súbito, saltó de la cama y se puso a preparar una sesión de creación de imagen.

No estaba segura de haber dicho en serio alguna vez que iba a devolverle a Nathan el equipo de la Nikon para cabalgar luego hacia el horizonte bajo el sol poniente con la BlackBerry, el iPhone, el iPad y el portátil como único material para crear imagen —¿había algo ahora que no hiciese fotos y filmara?—, y cuando había llegado el momento de abrir la puerta de la habitación que habían compartido en Schiphol, no había dudado en llevárselo. No se sentía una profesional sin el equipo de la Nikon. Y no habría podido hacer lo que estaba haciendo ahora: poner dos unidades inalámbricas de *flash* Speedlight —con difusores para suavizar la iluminación encima del *flash*— en una silla y en el tocador, luego la cámara en un trípode al lado del portátil, luego ajustar el temporizador y luego hacer fotos de sí misma, artísticamente iluminada por los *flashes* y la suave luz de la ventana.

Luego, otra vez en la cama, repasando las fotos con Photo Mechanic, su

visionador de imágenes favorito, se decidió por unas cuantas en que aparecía guapa pero malhumorada, inteligente y concentrada. Se rio de las variantes sin sostén, pero no se decidió a borrarlas. La luz que caía sobre sus pechos era suave y voluptuosa, y cabía la posibilidad de que no salieran tan bien en el futuro, aunque ¿qué hacía ese lunar debajo del pecho izquierdo? ¿Era mayor que la última vez que lo había visto? ¿Estaba más rojo? ¿Más rosa? ¿Menos simétrico? Amplió la zona del lunar, lo encerró en una ventana suficientemente grande para abarcar el cerco ligeramente más claro que lo rodeaba, fechó la ventana y la guardó con la extensión TIFF en el archivo de «Horror Corporal», donde almacenaba imágenes de todas las partes de su cuerpo que le daban miedo, las partes sospechosas, inestables e inconstantes. Ahora, a acabar con el trastorno por déficit de atención con hiperactividad. Concentración. Volver al *e-mail*.

«Estimado *Monsieur* Aristide Arosteguy, le escribo este mensaje y le adjunto varias fotos que acabo de hacerme con la misma finalidad que usted comenta en su maravilloso e iluminador ensayo online “Anatomía de un Objeto Perfecto”. Mi intención es sencilla, aunque el resultado podría ser complejo: quiero ir donde se encuentre usted, entrevistarle y fotografiarlo».

Releyó el mensaje varias veces, adelantando el tórax para añadirle diplomacia y rehacer pasajes con elegancia. El ensayo de Arosteguy trataba de los fines del consumidor y de la belleza posible que podía igualar o superar la belleza natural, dada la nueva condición industrial-tecnológica del ser humano. La belleza natural se había vuelto retrógrada y nostálgica. Los objetos reales de la innata sed de belleza eran ahora mercancías, productos industriales. Naomi no estaba segura de que las fotos de ella posando con algunos de sus objetos domésticos dijeran nada sobre la anatomía de un objeto perfecto, pero confiaba en su propia belleza lo suficiente para creer que Arosteguy, que a fin de cuentas era francés y griego, querría recibirla en Tokio. Añadió dos de las mejores fotos sin sostén a la lista de «adjuntar» y pulsó Enviar.

Nathan estaba en el centro del barrio de Forest Hill, delante de lo que Naomi, en son de burla, había llamado mansión de pega. Un rápido giro a izquierda y derecha le confirmó lo que había visto en el taxi. La mansión de Roiphe no estaba sola; la calle estaba llena de torrecillas de piedra sintética con adornos de cobre y tejados de pizarra de aspecto auténtico, aunque habría que decir que también estaba bien representada alguna variante de los mausoleos neovictorianos. Nathan se puso al hombro el estuche del trípode y tiró del perezoso maletín de la cámara por el sendero de lajas que conducía a la puerta principal. El porche de piedra estaba sombreado por una cubierta modernistoide de cristal coloreado, en forma de abanico. La puerta principal era grande, madera exótica y cristal esmerilado. Buscaba el timbre cuando se abrió la puerta con un zumbido de cerradura de vacío. En el umbral había una

esbelta y preciosa mujer vestida con una inquietante bata blanca de algodón de manga larga y cuello alto. Tendría alrededor de treinta años.

—Hola —dijo Nathan—. Soy Nathan Math. —La mujer se limitó a mirarlo con indiferencia. Pausa incómoda—. Yo, bueno, tengo una cita con el doctor Roiphe. —Ninguna reacción—. Una cita con el doctor.

La mujer tenía unos ojos tan grandes que se achicaron con suspicacia sin reducirse de tamaño.

—Usted no tiene cita con el doctor.

—¿Ah, no?

—El doctor no acepta pacientes nuevos. Usted es nuevo. Y sería un paciente nuevo.

—No, no, claro que no —dijo Nathan con un júbilo un poco exagerado. La mujer lo estaba poniendo nervioso sin haber hecho nada hasta el momento—. No soy un paciente. Soy periodista. Escribo sobre asuntos médico-sociales. Vengo a entrevistarle. Al doctor Roiphe. Sobre su trayectoria profesional.

—¿Qué me pasa a mí? —preguntó la mujer, echándose atrás el pelo con la mano, endureciendo la voz de un modo apenas perceptible.

—¿Qué?

—Haga un diagnóstico. Alguna preparación médica tendrá usted, ¿no? Si no la tuviera, ¿cómo podría escribir nada interesante sobre el doctor?

—Preparación médica. Alguna sí. ¿Es que está usted enferma?

—Pues claro que sí. No sería paciente si no tuviera alguna enfermedad.

—¿Es usted paciente? ¿Del doctor Roiphe?

Se le ocurrió a Nathan que la mujer estaba a punto de darle con la puerta en las narices y estaba calculando la respuesta que le convenía dar cuando una voz irritada resonó en las profundidades de la casa. Nathan pudo apreciar el mármol de los suelos del edificio por la acústica de aquel berrido.

—¿Chase? —exclamó el doctor Roiphe—. ¿Es nuestro *paparazzi* particular? ¡Que pase!

—Bienvenido, señor Math. Entre, por favor —dijo Chase, repentinamente cordial. Abrió del todo e hizo una reverencia burlona cuando Nathan pasó por delante de ella, golpeando el marco de la puerta con el estuche del trípode y tirando del maletín de ruedas, que dio un salto y un giro al pasar por encima del umbral de granito. La mujer se inclinó hacia él—. Consunción. Eso me parece *a mí* por lo menos.

La cara femenina estaba desagradablemente cerca de la suya.

—¿Consunción? ¿Quiere decir tuberculosis?

—No. Quiero decir consunción —todavía entre susurros, todavía demasiado cerca. Se enderezó, sonrió y añadió—: ¡Sígame! —con otra voz, demasiado elevada y demasiado declamatoria, dio media vuelta y se internó en la casa, mientras Nathan pugnaba por ir tras ella.

Distribución con pasillo central, escalera de madera pulimentada y por todas partes suelos de mármol con vetas blancas y negras. Chase viró a la izquierda y se quedó al otro lado de la puerta de la sala de estar, aguardando con paciencia exagerada a que Nathan la alcanzase con el maletín. La habitación estaba amueblada de un modo muy tradicional, como correspondía a una mansión francesa filtrada por una fantasía victoriana, aunque se trataba de otro nivel de falsificación, porque era como si la casa se hubiera comprado con el atrezo improvisado por la inmobiliaria y no se hubiera tocado en ningún momento. La mujer señaló un mullido sillón de orejas tapizado en seda.

—Usted se sentará ahí —dijo.

—¿Y dónde estará usted? —preguntó Nathan, descolgándose el trípode del hombro y procurando no derribar los animales de cerámica de la mesa auxiliar que había junto al sofá que hacía juego con el sillón que le habían asignado.

—Estaré en el limbo, Nathan. Venga a verme allí cuando tenga ganas.

Cuando Nathan levantó los ojos del equipo que acababa de dejar en el suelo, Chase había desaparecido, dejándolo solo, imaginando la expresión de su rostro y preguntándose si se le habría insinuado. Cuando tomó asiento en el sillón indicado se sintió más bien optimista en lo relativo al comportamiento de la joven, cuya rareza sugería espontáneamente que tenía algo que ver con aquella cosa de Roiphe, con aquel Roiphe que no era tan importante como Parkinson.

Roiphe apareció por unas puertas vidrieras que daban a un pequeño patio interior embaldosado. Se volvió para cerrar las puertas, un poco temblonas por el mal ajuste del pestillo, y recibió al incorporado Nathan con la mano estirada. Tras el consiguiente apretón, Nathan volvió a sentarse y Roiphe hizo lo propio en el sofá.

—Nathan.

—Doctor Roiphe.

—Por favor, llámeme Barry. Siempre me ha parecido una extravagancia que los americanos llamen de por vida «señor presidente» a los expresidentes. Yo estoy retirado, ya lo sabe.

—Menos en el caso de... Chase, ¿no?

Roiphe pareció desconcertado.

—¿Chase?

—La joven que me ha asignado este sillón. Ha dicho que era paciente de usted.

Roiphe se dobló hasta que se tocó las rodillas con el pecho. Nathan, sobresaltado, pensó que le había dado un ataque al corazón, hasta que el doctor levantó el tórax y el otro le vio la cara desfigurada por una risa muda. El sonido no brotó hasta pasados unos momentos: una carcajada rugiente, profunda, sincera, adornada con silbidos de flema.

—Bueno, sí —dijo, todavía sacudiéndose—. Es una forma de verlo.

—No es paciente suya.

—Sea lo que sea, es sin duda un pozo de sorpresas. Y ésa no la conocía. Pero no.

—Se inclinó hacia delante y se apoyó en las rodillas para acercarse un poco a Nathan—. Es mi hija. Pero según y cómo, los padres siempre están haciendo diagnóstico de los hijos, ¿no le parece? De modo que creo que ha dicho la verdad, metafóricamente hablando. Pero como ya le he dicho, eso no se lo había oído decir hasta ahora.

—¿Vive aquí con usted? —En opinión de Nathan, la extrañeza general de la situación le permitía formular aquella pregunta.

Roiphe se soltó las rodillas y se retrepó sobre los cojines.

—Me da la sensación de que esto es ya el comienzo de la entrevista, ¿me equivoco? La nueva forma de arte. El arte de la entrevista. —Señaló vagamente el maletín—. ¿Lleva ahí la cámara? Usted dijo que era fotoperiodista. Me gusta la palabra. *Fotoperiodista*.

Nathan alargó la mano hacia el maletín, abrió la cremallera y puso al descubierto una apretada colección de objetivos, *flashes*, cables espirales de *flash* y útiles de limpieza. Sacó la Nikon de su nicho acolchado, con el objetivo de 24-70 mm ya acoplado, y la sostuvo en la mano.

—Es una SLR digital, si es que entiende estos términos. Cámara digital réflex de objetivo único. Significa que el ojo humano, cuando mira por el visor, ve exactamente lo que enfoca el objetivo. Está en circulación desde hace mucho, desde luego, primero con película y ahora digital, pero ésta es la última modalidad. Bueno, casi la última. Es difícil estar al día en cuestiones tecnológicas cuando el presupuesto es limitado. Es pesada y seguramente ya está anticuada. Pero ella no lo sabe. ¿Es demasiada información?

—Joder, no —dijo Roiphe, alargando la mano para pedir la cámara—. En mis tiempos era aficionado a fotografiar la naturaleza. Pero no he llegado a entenderme con la cosa digital. —Nathan reprimió el deseo de negarle la cámara y se la tendió—. Éste es un terreno en el que quizá pudiera usted enseñarme algo. Organizaríamos aquí una especie de toma y daca. —Nathan contrarrestó su preocupación por el equipo instalando delante de Roiphe, en la mesita de centro, la grabadora suiza Nagra Kudelski SD. Aquella grabadora, sensible como una radio y terriblemente cara, era una pasada para un periodista de prensa escrita (aunque últimamente ya no existía esta actividad en estado puro). Nathan la había visto en una máquina de venta automática del aeropuerto de Zúrich y no había podido resistirse. Tanto él como Naomi utilizaban la tecnología para realzar su credibilidad como profesionales, y Nathan sabía que ella no iba a renunciar nunca a sus Nikon para quedarse con un iPhone hasta que hubiera una forma reconocida de seguir en la brecha estando en la onda pero siendo profesional. Demasiada inseguridad por medio, la eterna sensación de adoptar poses de entendidos. Mientras calculaba qué micrófono de enchufe utilizar (el cordiforme estéreo era bueno para ambiente con voz, lo cual habría sido interesante si Chase hubiera estado presente, pero el mono era mejor para grabar voz sin interferencias), Nathan observaba de reojo a Roiphe, que toqueteaba con torpeza el parasol del objetivo y trataba de quitar la tapa del extremo.

—¿Quiere quitar la tapa del objetivo? Apriete en el centro. Es de muelle.

Roiphe rio por lo bajo y quitó la tapa. Nathan puso en encendido la aguja del Control Automático del Aumento en el lateral de la Nagra, imaginando que controlar manualmente los niveles de la grabación sería un incordio. Roiphe, por su lado, consiguió activar la Nikon después de curiosear y toquetear sus múltiples interruptores, botones y ruedecillas, y en un abrir y cerrar de ojos se puso a hacer fotos a Nathan, acercando y alejando alegremente el objetivo como un niño con un juguete nuevo.

—Bueno —dijo cuando el espejito hubo subido y bajado una treintena de veces—, parece que funciona. Supongo que una cámara siempre es una cámara. Ah, fíjese en esto. Es usted, aquí, en esta tele pequeñita que hay detrás. Mmm. Hay algo siniestro en usted. ¿Lo ve? En los ojos. —Devolvió la cámara a Nathan, que consideró que tenía que evaluar su propia imagen para no ser maleducado. Roiphe tenía razón. Nathan parecía un sujeto impresentable e indigno de confianza, aunque dentro de un concepto sombrío de la belleza.

—Buenas fotos —dijo—. Muy buenas.

La última que había hecho Roiphe era un primer plano de la Nagra. El doctor la señaló con el índice torcido.

—No ha encendido eso todavía, ¿verdad?

—No. ¿La enciendo ya?

—Aún no —dijo Roiphe, apoyando las manos en las rodillas y adelantando el tórax para adoptar la postura de las confidencias—. Tenemos que hacer un trato.

—¿Un trato?

—Claro —dijo Roiphe, arrastrando la palabra para darle un aire callejero algo cómico—. ¿*Ineresado*?

Nathan también se adelantó para corresponder al clima de complicidad y juntó las manos como un niño de coro.

—Esto..., desde luego.

Roiphe lanzó una carcajada seca.

—No está *del todo* seguro, ¿eh? Pero lo estará. Escuche. Hace tiempo que quiero escribir un libro. Sí, sí, sorpréndase. No soy bueno escribiendo. No es lo mío, lo confieso. Chase lo ha investigado a usted en Internet... Es una chica muy lista. Ha leído ya la mitad de lo que usted ha escrito. Y se nos ha ocurrido algo, a ella y a mí. ¿Conoce la obra de Oliver Sacks? ¿*El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*? ¿*Despertares*? De éste se hizo una gran película con Robert de Niro. ¿*Un antropólogo en Marte*?

—Conozco su obra y he hablado con él en varias ocasiones.

—¿De veras? —Las tupidas cejas de Roiphe se alzaron con escepticismo.

Nathan tenía que responder, tenía que demostrarlo.

—Sí. Tiene ese raro problema del termostato. Siempre tiene un exceso de calor. Siempre sale del restaurante para quedarse en la calle. Por eso le gusta bañarse en los

fríos lagos de montaña. Tengo previsto hacerle una entrevista. Y calza unos zapatos muy raros. —Nathan había sentido una vergüenza instantánea nada más soltar lo del termostato. Por lo que sabía, era verdad, pero mencionarlo olía a deseo frenético de impresionar.

Roiphe estaba emocionadísimo.

—¡Soberbio! ¡Titánico! Oliver Sacks es médico, neurólogo, y también un brillante escritor. Yo soy médico, usted es escritor. Math más Roiphe igual a Sacks. ¿Lo pillas? Yo fui neurólogo antes, usted lo sabe, no urólogo en el sentido que le da la gente. Yo estaba especializado en dolores genitales, y, ¡ay!, allí estaba la enfermedad de Roiphe esperándome.

—Datos que yo no sabía. —Aliviado, Nathan hizo acopio de todo su entusiasmo para decir, como si por fin lo entendiera todo—: Entonces... ¡vamos a colaborar en un libro! —pero se sintió inquieto al comprender en el acto las posibles complicaciones que aquello entrañaba.

—Fama médica —dijo Roiphe—. Su tema. ¿Quiere llegar al meollo del asunto? Ésta es su gran oportunidad.

—Pero ¿un libro sobre la vida de usted? ¿Sobre su obra? ¿Sus años de jubilación? Roiphe se hundió pesadamente en los cojines con funda de seda.

—¿Pretende ser sarcástico?

—Es que me he puesto nervioso. Me preocupa la posibilidad de que el tema me engulla por completo. Ya nos lo advierten en la facultad de periodismo. —Nathan dejó escapar una deplorable risita cuyo objeto era dar a entender que se daba cuenta de que su comentario era superficial y paranoico—. Podría ser un caso clásico.

—No es nada de eso. Hablo de una colaboración de verdad. Yo no lo censuro a usted. Usted no emite juicios sobre mí.

—Muy bien —dijo Nathan—. Muy bien. No es exactamente lo que yo pensaba, pero es interesante. Soy maleable y flexible, bien lo sabe Dios. Pero usted piensa en un tema concreto, ¿no? En algo muy específico.

—Mis experimentos. Mi trabajo reciente. Con mi sujeto más reciente.

—¿Quién es?

—Mi hija, naturalmente —dijo Roiphe—. Chase. Pero usted. Buenos instintos. Los necesitaremos para lo que se avecina.

Naomi iba en el Boeing 777 que había partido del aeropuerto Charles de Gaulle y estaba previsto que aterrizara en el Narita de Tokio. Tenía el portátil en la bandeja del asiento y en la pantalla se veía una foto del elegante lavabo de primera clase que había hecho con el iPhone. Le gustaba en particular la pequeña orquídea metida en el lechoso vaso de cristal pegado al espejo, aunque sospechaba que era artificial. Nathan se quejaba en su oído: «Pasas volando por encima de mí y yo sin enterarme. Estoy destrozado».

Naomi hablaba con normalidad por el teléfono del avión, reprimiendo la tentación de alzar la voz para sobreponerse al zumbido del aparato. No le gustaba oír lo que decían los demás. Y como compañero de asiento tenía a un holandés alto y ancho —había visto su *paspoort* burdeos al salirse de la bolsa de su ordenador y caer en el asiento de ella— que estaba casi pegado a Naomi, porque no iban en primera clase, sino en lo que allí llamaban Premium Economy, que daba derecho a algo llamado Sky Shell Seat. «Cuando se va de París a Japón se vuela hacia oriente, no hacia occidente».

«Ay, joder, eso significa que te alejas de mí», dijo Nathan. Estaba sentado ante la mesa de su habitación del Bloor-Yorkville Holiday Inn, tratando de no deprimirse, hablando por el micro del portátil con una aplicación de VozIP. En pantalla tenía una de las fotos de desnudo apotemnófilico que le había hecho a Naomi; en realidad hablaba con la foto. Ella no había conseguido borrarlas todas.

—¿Por qué ese súbito romanticismo? ¿Qué está pasando ahí, en Toronto? ¿Debería preocuparme?

—Aquí las cosas son extrañas y te echo de menos, eso es todo —dijo Nathan.

El holandés pidió un cóctel de vermut y vodka. No era el primero que tomaba. Era un tipo muy alto y Naomi no estaba segura de que no estuviera escuchándola.

—Háblame de esa extrañeza.

—El síndrome de Roiphe. Una cosa nueva, nada que ver con la vieja enfermedad de Roiphe. Es en lo único que ha trabajado este último año. No sé si lo ha inventado o quiere definirlo. No quiere hablar al respecto con nadie más y no me dará el menor indicio de lo que supone si no accedo a pactar con él lo del libro. —Nathan le había escrito un *email* detallándole la estratagema del libro para que le diera su opinión. En opinión de Naomi, podría ser la coyuntura perfecta para que Nathan saliese de la rutina periodística. Un libro, aun en el caso de que acabara siendo un e-book, no podía ser nada malo.

—¿Y es realmente su hija? ¿Vive con él y él la observa y analiza? ¿Es ella su tema de estudio?

—Chase, así se llama —dijo Nathan, comprendiendo por primera vez la cómica oportunidad del significado de aquel nombre en inglés: caza—. Tal parece ser la situación.

Llegó el cóctel de vodka del holandés con una taza de cosas romboidales para picar que parecían frutos secos. Con los auriculares puestos, el tipo estaba viendo un estrafalario teleconcurso japonés en la pantalla del respaldo del asiento delantero y Naomi se preguntó sin mucho interés si entendería algo. De vez en cuando reía por lo bajo.

—Parece tan morboso que podría ser una delicia —dijo Naomi, que repasaba en su pantalla unos datos generales referentes a la Universidad de Tokio. Trataba de imaginar la vida de Arosteguy en el exilio y le costaba. El problema no era sólo la opacidad de Japón; la idea de que un intelectual heleno-francés y asesino estuviera en Japón también lo era. Y además, obviamente, la fuente de toda emoción. Había encontrado el caso de Issei Sagawa, el estudiante japonés de la Sorbona que había matado y se había comido a su compañera de clase, una holandesa llamada Renée Hartevelt. Considerado incapacitado, por razones de salud mental, para ser sometido a juicio, había vuelto a Japón, donde gozaba de entera libertad y era una celebridad menor que pintaba desnudos, escribía comentarios críticos sobre restaurantes y se movía en el circuito de los programas de entrevistas. Aunque pensar en ello ponía muy nerviosa a Naomi, la idea de que Sagawa entrevistara a Arosteguy le producía una excitación casi insoportable. Era tan morboso que podría ser una delicia.

—Yo no buscaba exactamente ese enfoque.

—Tus artículos son tan sensacionalistas como los míos. Sólo que un poco maquillados. Tú procura no firmar nada —dijo Naomi.

—Es un viejo pintoresco y muy cauteloso. Aún no he podido calarlo.

—Dile que necesitas ver algo para saber si va a tener profundidad suficiente para preparar un libro. Si no resulta, siempre podrás irte con el artículo.

—Eso significaría quedarme semanas en este hotel. O más tiempo. Prácticamente tendré que vivir con él. La verdad es que ya me ha enseñado la habitación de los huéspedes. En el sótano.

—Pasaré a hacerte una visita. Después de lo de Arosteguy.

—Oye, ¿no crees que esto es demasiado repulsivo? Quiero decir, ¿lo harías tú? ¿Mudarte a la casa de tu víctima? ¿Ducharte en la misma ducha que tu víctima?

—Serías otro periodista integrado. Es el último grito.

—¿Has concertado ya la cita con Arosteguy? ¿Está realmente en Tokio y ha accedido?

—Conseguí su dirección electrónica por un intermediario. Quiere contar su versión. Los chicos de *Notorious* están emocionados. Han dicho que manos a la obra. Y sí, ha accedido a verme.

—Oye, que ese tío podría ser realmente un asesino. ¿Dónde te reunirás con él?

—Donde me diga, supongo. Se especula con que tiene una casa en la ciudad.

—Eso es peligroso.

—Bueno, *él* es peligroso. Pero ése es el atractivo comercial, ¿no?

Una pausa incómoda. Nathan fantaseó con una escena de cama entre Naomi y el

femicida heleno-francés en una siniestra casita japonesa —¿habría casas independientes en Tokio?—, luego ella le confesaba que Nathan le había contagiado la enfermedad de Roiphe, y Arosteguy, lleno de cólera, la mataba y luego se la comía.

—¿Qué? —dijo Nathan.

—Me sale un flujo extraño —dijo Naomi, adivinando lo que pensaba Nathan de manera indirecta, como siempre—. Es muy molesto. —El holandés ladeó ligeramente la cabeza hacia ella. Seguro que la oía. Pues que la oyera.

—A lo mejor es la candidiasis de turno.

—No. Esto huele de otro modo —dijo Naomi, levantando un poco la voz para que el holandés se enterase. Se preguntó si aquel hombre estaría al corriente de que en el asesinato de Sagawa había una conexión holandesa. ¿Sería algo más o menos simbólico en Holanda? Puede que conviniera investigar aquel conducto—. Tendré que averiguarlo. Qué coñazo.

Silencio elocuente y suspiro de Nathan. Naomi súbitamente alerta, del todo pendiente del teléfono aéreo, la pantalla ya en segundo plano.

—Naomi, la última vez que nos acostamos. En el Hilton. En Schiphol.

—Sí. ¿Qué?

—Yo tenía la enfermedad de Roiphe. Y es probable que tú la tengas también. Lo siento. No lo sabía entonces. Joder. Deberías hacerte una analítica.

—¿Qué? ¡Grandísimo cabrón! No me lo puedo creer. ¿Quieres que me haga un análisis de infecciones venéreas en Tokio? ¿Que acuda a un misterioso ginecólogo japonés? ¡Joder!

En aquel punto el holandés se quitó del oído el tapón auricular, el del lado de Naomi, para oír mejor, supuso ella. Naomi lo fulminó con la mirada, le lanzó su Mirada Mortal, y el holandés le sonrió con timidez y volvió la cabeza. Pero no se introdujo el tapón otra vez.

—Lo sé, soy un...

—¿Quién te la pegó, grandísimo cabrón? ¿O es que ni siquiera lo sabes?

—Lo sé. Fue la paciente con cáncer de mama sobre la que escribí un artículo en Budapest.

—¡Pues sí que profundizaste en el tema! Para que luego hablen de los periodistas integrados. Joder.

—Fue un polvo por compasión —dijo Nathan—. Estaba muy metido en el reportaje y me sentía vulnerable. No sé, joder. Quiero decir que ella había estado sometida a inmunosupresores... No sé.

—Escucha. Voy a sugerirte algo. ¿Por qué no te follas por compasión a Barry Roiphe?

Naomi colgó bruscamente golpeando el auricular contra la horquilla del brazo del asiento. El cóctel del holandés tembló. El holandés lo cogió antes de que derramara algunas gotas y esbozó una sonrisa empalagosa.

—Más de una vez he pensado que estos teléfonos de avión no son una buena idea

—dijo, pero Naomi había vuelto a concentrarse en la pantalla y repasaba imágenes de Arosteguy.

—¡Naomi! ¡Aquí! —Yukie agitó la mano con energía cuando Naomi cruzó las puertas de cristal de la zona de inmigración empujando el carrito del equipaje con sus guardabarros de diseño aerodinámico—. ¡Me alegro mucho de verte, cariño!

—¡Hola, Yukie! Gracias por venir a recibirme. Eres un encanto. —Yukie vestía un extravagante abrigo de pieles de imitación, de color marrón oscuro, con franjas malvas y moradas, guantes de cuero púrpura, una esponjosa bufanda con rayas rosa y gafas de sol ovaladas, de grueso plástico transparente: todo normal para ella. El pelo aún le caía en cascada hasta la espalda. Verla tan igual a como la recordaba tranquilizó a Naomi.

Tomaron el tren de alta velocidad de la línea Narita Sky Access hasta la estación Nippori y allí subieron a un taxi que recorrió como pudo las calles de Tokio hasta llegar al domicilio de Yukie. A Naomi le decepcionó un poco comprobar que el taxista no llevaba guantes blancos, pero al menos los respaldos de los asientos, los reposacabezas —con tantos volantes y encajes que parecían victorianos— y el circular por la derecha satisficieron las expectativas que le habían creado sus investigaciones en Internet. Yukie le hacía fotos con un iPhone y Naomi le devolvía el detalle con la Nikon.

—Cuánto me alegra volver a verte —dijo Yukie—. Pareces más madura, menos niña.

—¿Quieres decir vieja? —dijo Naomi, atrincherada tras la cámara.

—No, claro que no. Te enseñaré una prueba fotográfica. —Yukie repasó las fotos que había hecho, eligió una y le alargó el iPhone para que su amiga la viera. Incluso con la iluminación frontal del *flash* de leds, y sonriendo dulcemente al asomar detrás de la cámara, Naomi tenía un aspecto excelente, un aspecto viable, pensó, significara esto lo que significase.

—Vamos, lo he dicho en serio —dijo Yukie—. Irradias *glamour* y erotismo. Debe de ser cosa del matrimonio. Nathan debe de ser un marido genial, atractivo y que te apoya en todo.

—Sabes que no estamos casados, Yukie.

—Bueno, sois un matrimonio moderno —dijo Yukie—. El matrimonio es eso actualmente y vosotros estáis en esa onda. Estáis casados. Cibercasados. De un modo u otro, Internet está por medio.

Yukie vivía en Shinsen, al oeste de la estación Shibuya, en una pequeña travesía de edificios de hormigón y baldosas algo destartalados. Ya en la puerta del piso, Yukie se volvió hacia Naomi y le puso las manos en los hombros.

—Voy a tener que darte las excusas habituales que dan las trabajadoras japonesas solteras. La casa es pequeña y fea y está llena de trastos, y me da vergüenza que la

veas y mucho más que tengas que quedarte aquí.

Naomi dio un rápido beso a su amiga.

—Con más razón debo darte las gracias. Es el mejor sitio que podría encontrar en Tokio, créeme.

Ya en el interior, Naomi se llevó un chasco al ver un reducido espacio moderno, limpio y ordenado, en nada diferente de cualquier pequeño estudio de Brooklyn o Queens. Ni esteras de tatami, ni futones ni puertas shoji. En realidad no debería haberse sorprendido porque Yukie era aseada, ordenada y moderna, aunque de acuerdo con la tradición japonesa las dos se descalzaron nada más cruzar la puerta.

—¿Necesitas esconderte? —preguntó Yukie mientras arrastraba el grueso petate de Naomi hasta la cocina. Blancas cortinas transparentes separaban la cocina del dormitorio, que también hacía de sala de estar—. Ni siquiera mis amistades saben llegar aquí, así que vivirás en el más completo anonimato.

—No estoy segura —dijo Naomi, acordándose del holandés con el que había viajado y del incesante interés por ella que había mostrado aquel hombre mientras esperaban el equipaje. No dejaba de sonreírle ni de hacerle señas con la cabeza, tratando de que lo mirase a los ojos, como si compartieran un secreto íntimo, y aquello le había dado miedo y le había provocado fantasías paranoicas—. No me sorprendería que alguien del avión hubiera querido seguirme.

Yukie rio con incredulidad y cerró a sus espaldas la sólida puerta revestida de metal. Cogió a Naomi de la mano y la condujo a la cama, donde tomó asiento y dio unas palmadas sobre la colcha de girasoles estampados. Naomi dejó el maletín y el bolso en la alfombra rosa y se sentó a su lado. Yukie llevaba puestos aún el abrigo y los guantes.

—Puedes ocupar la cama. Yo estoy acostumbrada a dormir en el suelo, en el saco de dormir.

—No me parece justo —dijo Naomi—. Ya idearemos algo. Podría dormir en la mesa de la cocina.

—Sí, en eso estaba pensando —dijo Yukie riendo—. Lástima que sea demasiado pequeña.

Naomi sentía intensamente el desfase horario ahora que podía relajarse, que podía dejar de viajar. Había dicho lo de dormir en la cocina muy en serio y ya se imaginaba tendida de espaldas en la mesa, con las piernas colgando por el extremo, balanceando los pies. Sentía los ojos insensibles por dentro, mientras que los de Yukie chispeaban de emoción.

—Qué bien. ¿Hay algún papel para mí en esto? Ya sabes, ¿un enfoque exclusivamente japonés? ¿Algo que no querrías pero que pudieras darme? Mi jefe viene rechazando todo lo que le entrego últimamente.

Naomi no se sentía turbada por los remordimientos de Yukie —eran tan inofensivos que podían pasarse por alto—, pero estaba en deuda con ella y la necesitaba. Yukie era agente de relaciones con los medios en Monogatari PR, una de

las casas de relaciones públicas más fuertes de Japón —su especialidad era organizar campañas o actos para solucionar contratiempos de personajes célebres, sobre todo de la variedad política— y aunque era una agente primeriza, conocía a todos en el muy endogámico y regimentado mundo de los medios de comunicación japoneses.

—Tengo que verme aquí en Tokio con un hombre muy peligroso. Nadie más lo sabe.

—¿Ni siquiera Nathan?

—El muy capullo lo sabe.

Yukie dilató los ojos.

—Oh, oh. —Bajó los ojos, volvió a cogerle la mano a Naomi y sin alzar la mirada añadió suavemente—: Tal vez debieras darme el nombre de algún contacto o algo parecido. Por si las moscas. No sólo el de Nathan.

—Te lo daré, Yukie. Es una buena idea. Mientras tanto, necesitaré algún contacto tuyo.

—¿Mío? —Tras haber expresado sus temores, Yukie se animó a mirar a los ojos a su amiga.

—¿Quién es tu ginecólogo? —preguntó Naomi.

—Durante un tiempo tuvimos un ama de llaves portuguesa, algo extraordinario —dijo Roiphe—. Vivía aquí abajo. Encontró una oferta mejor y se fue.

—¿Sí? —dijo Nathan.

—Su novio se casó con ella. Y se la llevó.

—Olvidó llevarse la bandera —dijo Nathan, señalando con la cabeza la pequeña bandera portuguesa de plástico que colgaba de la pared. Al lado había un lujoso cartel en el que se veía un castillo morisco en las montañas de Sintra, cerca de Estoril. El escudo de Sintra destacaba en el ángulo inferior derecho, que estaba un poco desgarrado. Mientras guardaba su ropa interior en la cómoda de Ikea, revestida con chapa de abedul blanco, que había al pie del cartel, Nathan se sentía ya un amo de llaves portugués, ávido por tener una ventana en el cerrado dormitorio del sótano con la ventosa vista del cartel. Se quedaría éste, pero había que arriar la bandera. ¿Y por qué no había espejo en la habitación?

—Desapareció de la noche a la mañana. Dejó casi todos sus bártulos —dijo Roiphe, agachado y hurgando sin el menor rubor en la bolsa de la cámara de Nathan, que yacía abierta en el sucio suelo. Nudos. Visiones de cepillos para alfombra de los años setenta danzaban en la cabeza de Nathan. ¿O acaso volvían a ponerse de moda las alfombras de nudos? Aquella variante era de color pizarra mate, un color poco propio de los años setenta. ¿Era enfermizo? ¿Estaba haciendo aquello realmente? ¿De verdad sería capaz de dormir allí, de despertar y de ponerse en marcha?

Nathan optó por echarse a reír.

—Bueno, creo que podría instalarme aquí si las cosas van despacio. Soy

particularmente hábil con el plumero.

—Que me ahorquen si no lo he traído aquí para eso, para que las cosas vayan deprisa. Oiga, esto es material de primera. —Levantó el disparador inalámbrico del *flash* de Nathan—. ¿Y qué carajo es este chisme? Aquí dice —se puso a leer la etiqueta— que es un Controlador de Flash Speedlight Inalámbrico SU-800 de Nikon. Suena impresionante.

Nathan decidió utilizar su hotspot personal LTE del iPhone para generar una señal inalámbrica privada. Roiphe le había dado la contraseña *wifi* de su casa —«Identificador de red: DoctoR; Contraseña: inFeKc10n!!»—, escrito trémulamente con rotulador plateado en el dorso de una tarjeta de descuento de 10 dólares de Pizza Pizza/Toys “R” Us. «Me gustaría que me la devolviera en cuanto se haya conectado», le había dicho, evidentemente sin ningún miedo a que la administración del sistema de amortización de Pizza Pizza se enterase de la contraseña *wifi* de su casa. El viejales se quejaba demasiado de su ignorancia tecnológica; sin embargo, parecía enterado de todo lo relativo a I+E, y Nathan estaba convencido de que sentirse paranoico en casa de Roiphe era un reflejo de lo más realista. Estaba seguro de que si usaba la red DoctoR todas las pulsaciones quedarían registradas, todos los *e-mails* serían copiados y archivados, y todas las conversaciones vía Skype transcritas para ominosos usos posteriores. ¿O es que necesitaba que esto fuera verdad para que su artículo resultara más convincente de lo que se temía?

La verdad es que Roiphe, después de machacar con que quería un contrato blindado y ante notario que los uniese en el secreto y la colaboración artística de tal modo que fuera imposible litigar por cuestiones de responsabilidad y de malos tratos, y otras argucias legales de inspiración médica, parecía totalmente despreocupado por el posible abandono de todo el asunto una vez que Nathan hubo aceptado mudarse a su casa. Incluso parecía haberse olvidado, por el momento, de la exigencia de canalizar el pacto del libro a través de una agencia literaria competente —«Pienso quizá en la Agencia Wylie, la misma de Oliver Sacks»— que había formulado antes de permitir que Nathan grabara una sola palabra e hiciera una sola foto. Ahora, en cambio, parecía contentarse con un vago entendimiento por el que ambos se fundirían mágicamente para dar lugar a una encarnación de Sacks de realidad alternativa, con película, ópera, algunas deliciosas parodias y, naturalmente, ataques biliosos de colegas instigados por la envidia que se desataría tras el lanzamiento de su libro, que provisionalmente se titulaba *Consumidos: historia de un caso curioso*. El doctor repetía sus defensas frente a las acusaciones de explotación.

—Lo que hacemos está dentro de la sagrada tradición del anecdotario clínico. Freud lo hizo, Charcot lo hizo, Luria lo hizo. ¡Y nosotros lo estamos haciendo! Es un procedimiento educativo, destinado a suscitar el diálogo, totalmente legítimo. —Nathan se sentía a gusto dejando que el entusiasmo de Roiphe los llevara todo lo lejos que se pudiera sin la intervención de papeleo, abogados, contratos librescos ni agentes. Necesitaba creer que podía marcharse, literalmente, en mitad de la noche,

arrastrando el maletín de la cámara, sin adioses ni remordimientos.

Para sellar el trato, Roiphe llevó la cafetera Pixie de su consultorio —con dos paquetes de cápsulas de variedad Roma, con su color gris— al reino subterráneo de Nathan cuando éste le confesó su adicción al Nespresso. Nathan no había visto nunca una Pixie en carne y hueso. Aquélla era la adorable versión de color titanio que pegaba de un modo aterrador con la alfombra de nudos.

—Vale, vale, no me dé las gracias, tengo en la cocina la versión grande y de lujo de ésta. Yo no doy pie con bola sin cafeína.

Nathan se tomaba ya un Roma en la taza que venía adjunta con platillo y todo, los dos de elegante cerámica blanca, con la N cortada en diagonal del logotipo grabada en una concavidad cuadrada, y en el fondo de ambas piezas iniciales en mayúscula que proclamaban: «Nespresso Collection, Made in Portugal», lo cual, lógicamente, concordaba con el cartel de la anterior ama de llaves. ¿Sincronía? Para Nathan significaba que lo que estaba haciendo allí, en el sótano de Roiphe, tenía respaldo cósmico. Había una innegable conformidad con ello.

Decidió tener la cafetera en el dormitorio, encima de la cómoda, y no en la diminuta pero manejable cocina que había al lado de la sala de estar de suelo de pizarra. Quería sentirse como en una aventura de hotel europeo y no como en un hospedaje con mudanza completa e inapelable, por ejemplo, como quien se va a vivir con el padre recién enviudado. Nathan ya había pasado por aquello y volver a vivirlo podía ser una experiencia amarga y desesperante, incluso a nivel metafórico. Adoptando la lógica de Naomi, Roiphe había bromeado en el sentido de que la *suite* del periodista integrado no tenía puerta de la calle propia, lo cual era ideal para tenerlo vigilado, aunque todo funcionaba, incluido el cuarto de baño con ducha.

Había que admitirlo: estaba allí abajo por Chase. Quería estar en la misma casa que ella. No estaba seguro de por qué. Era atractiva, pero de las que emiten al instante ondas de soledad convulsivas y anafrodisíacas que vienen a decir: no te molestes en fantasear. Ahora bien, ¿en qué parte de la casa estaba la chica? ¿Sabía ya que él se había mudado? ¿Llegaría a oírla? ¿Podría ella oírlo a él? ¿Le haría una visita al sótano? Terminado el Roma, quiso enviar *e-mails* y mensajes de texto y llamar por teléfono a Naomi, pero todo fue inútil. Luego llamó al móvil esloveno de Dunja, también inútilmente; su teléfono quedó desconectado después de nueve timbrazos y no aceptaba mensajes, y el desconsolado Nathan se preguntó si, abrumada por la culpabilidad de haberlo contagiado, se habría suicidado.

Naomi estaba en el campus de Hongó, de la Universidad de Tokio, familiarmente conocida como Todai, recorriendo el ancho y arbolado paseo que conducía al Auditorio Yasuda, que parecía una fortaleza con su fachada rojo oscuro y su incongruente entrada en forma de arco apuntado. Dobló a la derecha y enfiló el camino rodeado de vegetación que llevaba al lago Sanshiro. Andaba con seguridad y

confianza, y no era para menos, porque antes de aventurarse fuera del piso de Yukie, cuya señal inalámbrica era notablemente potente, había comprobado en Google Earth y YouTube su camino hacia la muerte. Yukie había querido introducir en privado la contraseña de la red inalámbrica de su piso en los diversos artilugios de Naomi, sin dejar que ésta mirase, un extraño detalle de paranoia que enfrió los sentimientos de Naomi hacia su amiga. Prefirió olvidar el asunto. Así pues, con aquella tranquilizadora pero opresiva sensación de *déjà-vu* informáticamente previsto, bajó por la curva sucesión de peldaños de piedra, rebasó a un grupo de estudiantes sentados en grandes piedras que daban de comer a las carpas del lago, dejó atrás la pequeña cascada y llegó al sencillo banco de madera en el que estaba sentado el profesor Hideki Matsuda, de la facultad de derecho. En su cruce de *e-mails* gestionado por Yukie, Matsuda había dejado claro que no quería encontrarse con Naomi en ningún lugar público, pero que también quería ser respetuoso y el viejo lago le parecía una solución adecuada. En respuesta a los celos del hombre, Naomi llevaba sólo el iPad en la bolsa Crumper correspondiente y una bolsa de la compra de La Grande Épicerie de París, de nailon negro, donde había metido sus argamandijos cotidianos y la cámara compacta Sony RX100, por si acaso.

Al ver acercarse a la muchacha, el profesor se levantó del banco y le hizo una ligera reverencia, pero no le alargó la mano.

—Naomi, mucho gusto en conocerla.

—Gracias, profesor Matsuda. Le agradezco infinitamente su cooperación.

Un embarazoso silencio llenado por los gritos de los estudiantes que incitaban a los peces y alguno que otro que llegaba del otro extremo del lago. A Naomi no se le escapaba que el encuentro producía mucha tensión en aquel hombre pulcro y delicado de unos cincuenta años, que vestía traje y corbata impecables y llevaba gafas de fina montura de acero inoxidable. Al final, el hombre sacó una tarjeta de un bolsillo interior de la chaqueta y se la ofreció a Naomi con ambas manos como si fuera una tarjeta comercial. También ella la cogió con las dos manos, pero era sólo una tarjeta para tomar notas y estaba en japonés, quizá para dar a entender que Matsuda no quería que Naomi supiera de él más de lo que ya sabía. Necesitaría la ayuda de Yukie para descifrar la tarjeta. Se sentaron en el banco de cara a un diminuto islote cubierto de vegetación.

—El filósofo estaba en esa dirección cuando escribí la nota. Es su domicilio actual. Tiene interés en hablar con usted.

Naomi comprendió que a Matsuda le habría gustado irse ya, decirle adiós en aquel momento exacto, o quizá pasear un poco alrededor del lago, haciendo comentarios sobre su creación en 1615, su forma de corazón y su informal cambio de nombre en alusión a la novela *Sanshirō*, escrita por Natsume Sōseki en 1908 y cuya acción transcurría en aquel campus: todos temas seguros, simpáticos y encantadores. Pero Naomi no era simpática ni encantadora.

—Profesor, usted es amigo personal de Aristide Arosteguy, ¿es exacto?

—Yo no diría amigo personal. Somos colegas en el terreno de la filosofía; él a nivel profesional y yo, bueno..., en el sentido de que la filosofía es fruto de mi interés por la justicia y el derecho internacional. Hemos coincidido en varios actos públicos.

A Naomi, que estaba convencida de haberse ruborizado, le parecía sentir en la cara el húmedo calor vegetal que salía del lago. Matsuda parecía tan fresco.

—¿Lo ha visto recientemente?

—No, recientemente no. Nos comunicamos por correo electrónico. Es una figura polémica en el campus, como se puede imaginar.

—¿Tan polémico como el caníbal Issei Sagawa?

Matsuda dio un respingo y se apartó unos centímetros de Naomi, como si las palabras de ésta le hubieran golpeado el pecho, aunque su expresión no se alteró.

—No es... una comparación válida, Naomi.

—Profesor Matsuda, estaré a solas con *Monsieur Arosteguy*. Completamente a solas.

—Sí.

—¿Debería preocuparme?

Matsuda se ajustó las gafas con las dos manos.

—Esa pregunta puede entenderse a muchos niveles.

—El nivel que me interesa es el de la seguridad física. ¿Debo temer algo del filósofo? No hablo de peligro filosófico ni de peligro emocional. Me refiero a peligro físico. —Matsuda pareció incapaz de responder. Se quedó mirando a Naomi y parpadeó cuando una pequeña bandada de pájaros pasó en vuelo rasante sobre la superficie del lago. Naomi insistió—. Algunos policías franceses lo consideran capaz de matar.

Era evidente que Matsuda no podía soportar aquellas palabras. En su frente habían aparecido gotas de sudor. Se puso en pie.

—Por favor, salude de mi parte al filósofo *Monsieur Arosteguy* cuando lo vea. —Hizo una reverencia, se volvió y se alejó por la orilla del lago, con el maletín, que Naomi no había visto hasta aquel momento, rígidamente pegado a su muslo, sin balancearse.

Naomi se encontraba en una calle residencial del oeste de Tokio que parecía más un callejón que una calle. Yukie le había asegurado que sí, que había casas independientes en Tokio y que eran más abundantes que, por ejemplo, en París, y que unas eran muy grandes y lujosas y otras joyas modernistas en miniatura. Pero cuando el taxi la dejó, sorteando con cuidado las bicicletas, las macetas, los cochecitos de niño, los cubos de basura de plástico y los muebles dispersos que alfombraban la calle, comprobó que la casa de Arosteguy no era lujosa ni parecía una joya.

Eran las ocho de la tarde y el cielo se oscurecía rápidamente. Naomi sacó la cámara —otra vez la compacta Sony RX100; mejor parecer una turista por el momento— y se puso a hacer fotos en todas direcciones. Apoyaba la cámara en cualquier pared o poste que tuviera cerca para compensar la escasa luminosidad y la consiguiente lentitud del obturador. El ocaso, combinado con las farolas callejeras de vapor de mercurio y la luz incandescente que salía de las ventanas, contribuía a crear imágenes que parecían de una agradable tridimensionalidad irreal. Casi oía el zumbido de los chips de la cámara mientras se esforzaban intensamente por equilibrar las temperaturas de color de las diversas fuentes luminosas.

Después de documentar la tienda de la acera de enfrente, tras cuyos empañados escaparates se perfilaban misteriosos contenedores de aluminio, cerámica y vidrio, fijó la atención en la casa de Arosteguy, un edificio de dos plantas con fachada de yeso gris y con un triste jardín que empezaba inmediatamente detrás de la verja. Había suciedad y desconchados en la fachada, la verja de hierro estaba oxidada y el jardín era un caos de basura y podredumbre. La planta baja estaba a oscuras, pero se veía un poco de luz en las ventanas del piso de arriba. Tras agotar todas las posibilidades iconográficas que fue capaz de concebir y repasar las fotos acumuladas para ver si algo le llamaba la atención, guardó la cámara en la bolsa y cruzó la calle arrastrando el maletín de ruedas.

La verja estaba abierta y en la parte exterior del muro había un buzón de acero inoxidable con unos números blancos estampados con plantilla —«13-23»— en un rectángulo azul. En otro rectángulo azul había unos indescifrables caracteres japoneses. Cruzó la entrada y accedió al patio, que estaba bien iluminado con lámparas teñidas de naranja adosadas a los desnudos muros de hormigón. Sintió la tentación de sacar la cámara y ponerse a hacer fotos otra vez —eran muchos los maravillosos y deprimentes detalles que reflejaban la decadencia de la vida de aquel hombre (como diría el artículo con el que se publicarían)—, pero se contuvo. Ya habría tiempo.

Ya delante de las puertas deslizantes de madera, se esforzó en vano por ver a través de los estrechos y altos paneles verticales de cristal esmerilado. Le pareció distinguir una cámara de seguridad en una caja de acero galvanizado y forma de sombrero que había en la parte superior derecha de las puertas, pero resultó que era

un contador de la luz. Había cables eléctricos tendidos caprichosamente a lo largo y ancho de la fachada, y muchos tornillos y abrazaderas corroídos y medio sueltos. Buscó un telefonillo o un timbre, pero no había ninguno, de modo que llamó con los nudillos en el cristal, que temblaron bajo sus golpes. Un momento después se encendió una luz débil y temblorosa al fondo de la casa, se oyó un rumor de cerrojos y se abrieron las puertas.

Arosteguy estaba en el umbral, el rostro oculto por las sombras, figura corpulenta, imponente y greñuda. Para Naomi fue una sorpresa; por lo que sabía de él gracias a YouTube, era más bien escuchimizado y de aspecto impecable. Se preguntó si aquel hombre sería otro, incluso si ella se había equivocado de dirección, pero después de repasarla cautelosamente con la mirada, el hombre habló y su voz y su acento eran los de Arosteguy.

—Ha traído usted su equipaje. Excelente.

Naomi dirigió una mirada nerviosa al maletín de la cámara.

—¿Esto? Es el maletín con el equipo. Aquí guardo la cámara, los *flashes* y otros complementos. Pensé que estaría bien traerlo. Hablamos de hacerle fotos, de documentar su vida aquí...

Arosteguy alargó la mano y levantó el maletín por el asa.

—Pesa. Un equipo pesado. —Se inclinó de lado para apartar el maletín y abrió más las puertas con la rodilla para que Naomi entrase delante de él—. Descálcese y pase —dijo, dando por sentado que Naomi había olvidado el protocolo a pesar de que él estaba en calcetines y de que al otro lado de la puerta, en el *genkan*, se veían claramente sus zapatos de color tierra.

Naomi se sentó al nivel del suelo de la sucia sala de estar, en un sucio cojín de bolitas, y Arosteguy le sirvió té verde. La luz era allí tan raquílica como vista a través de los paneles de la puerta, y no hizo sino aumentar la tensa inquietud de Naomi. Al otro lado de las grasientas puertas de cristales del fondo sólo había oscuridad. Naomi no dejó de advertir que Arosteguy estaba demacrado y sin afeitarse, tenía sucio y revuelto el largo pelo gris —con algunas mechones negras todavía—, y la ropa arrugada, como si hubiera dormido con ella puesta. En general, aquel aspecto, sin saber por qué, lo hacía aún más atractivo y Naomi comprendió que la causa de su inquietud era ésa, no el miedo.

—Gracias —dijo, recogiendo la taza.

Arosteguy se sentó delante de ella, en un futón doblado para formar un sofá y dio un sorbo al té, cogiendo la taza con las dos manos, como para calentarse. Del hombre parecía emanar una fragancia de carácter vagamente japonés y no desagradable.

—Así que, en fin, ha traído usted su cámara. Eso está bien. Querrá fotos. Yo ya he hecho algunas. Fotos muy fuertes.

Esta última frase añadió un punto de intimidación, y quizá por fin algo de miedo, a la base de intranquilidad ya sedimentada. Naomi tuvo que hacer un esfuerzo para no imaginar a aquel hombre, todavía despidiendo fragancia, haciendo fotos escrupulosas

de la cabeza medio devorada de su mujer. ¿Había subido él las fotos que había encontrado ella en Internet? ¿Las había subido por desafío o por maldad?

Se apresuró a compensar el momento de silencio diciendo, casi tartamudeando:

—¿De verdad? ¿Fotos? Y... ¿son fotos periodísticas o fotos artísticas?

Arosteguy rio de un modo pastoso. Encendió un cigarrillo japonés que extrajo con dificultad de una cajetilla que tenía al lado del sofá y volvió a reír, arrojando ráfagas de humo hacia Naomi.

—Ahora sólo fumo tabaco japonés. Quiero ser japonés. Nunca más volveré a hablar francés. Nunca. Dicen que Tolstói aprendió griego clásico muy deprisa porque se lo propuso. Aprendo el japonés muy deprisa. Mientras tanto, hablo en inglés o en alemán. Para la filosofía al menos hay que hablar alemán. Puede que consiga que el japonés sea imprescindible para la filosofía occidental contemporánea. Si vivo lo suficiente.

Naomi andaba a tientas.

—La fotografía no tiene lenguaje. ¿Por eso se interesa tanto por ella?

—Creo que usted ha visto ya parte de mi obra fotográfica —dijo Arosteguy—. Usted debe de saber si es periodística o artística. Personalmente creo que es las dos cosas.

—¿He visto su obra?

—En Internet. Las famosas fotos de mi mujer. Las subí desde Today, desde la universidad. —Volvió a reír brevemente y esta vez la risa no fue flemática—. Allí no lo saben aún.

—¿Su mujer? —dijo Naomi. Quiso que sonara débil y así fue, pero por ahora se estaba posicionando como la norteamericana ingenua y fácilmente escandalizable, un conocido juego de rol periodístico.

—Antes y después. Sobre todo después. Son las que interesan a todos. Estoy seguro de que usted las ha encontrado. En la página arosteguyatrocidad.com.

Arosteguy se levantó y se acercó a Naomi para servirle más té. La taza de la joven estaba todavía casi llena. ¿Fue un movimiento de amenaza, de provocación? Naomi retrocedió ligeramente por reflejo.

—¿Le apetece hacerme fotos ahora? ¿Nuestro primer encuentro? Histórico. Dijo usted que había traído los *flashes*. No me gusta que en mi casa haya mucha luz. No puedo pensar con demasiada luz. Pero un fogonazo de inspiración siempre es bienvenido.

Naomi había conectado los tres *flashes* inalámbricos Speedlight con el Controlador SU-800, que gobernaba y disparaba los *flashes* mediante impulsos infrarrojos, calzado en la guía de la D300s, y apretaba el disparador mientras Arosteguy permanecía sentado, posaba, tomaba té, fumaba, interpretando sin esfuerzo el papel de sabio descuidado. La iluminación, por el momento, era sencilla y poco audaz; un

flash que iluminaba el fondo y salpicaba las paredes y la estrecha escalera de madera que había detrás del sofá; otro arriba a la derecha, encima del altavoz de la radio —al parecer sólo había uno—, que le proporcionaba la luz principal para el rostro de Arosteguy; y otro directamente a su izquierda, encima de una torre de libros, que daba la luz de relleno. La grabadora Nagra de Naomi —un modelo ML, una generación anterior a la Nagra SD de Nathan— estaba en marcha en la mesa auxiliar que había junto al sofá de Arosteguy. Tan desenvuelto era el filósofo que calculaba sus frases para que no coincidieran con los *flashes* y ni una sola vez lo pilló la cámara con la boca abierta o los ojos cerrados. Naomi se acordó de Hervé por este detalle. ¿Había enseñado el uno al otro?

—Tiene usted una cámara muy voluminosa. Muy profesional. Era de esperar, naturalmente. Yo también utilizo una cámara digital, pero pequeña, de esas que llaman «de aficionado». Me gustaría mucho que me enseñara usted métodos fotográficos profesionales. Es una de las razones por las que insistí en que viviera aquí conmigo los días que dure la entrevista. Así, al menos, sacaré algo a cambio.

Naomi no hacía más que comprobar las fotos en cuanto aparecían en la pantalla posterior de la cámara, un procedimiento que los profesionales llamaban despectivamente «hacer el mono», pero que todos practicaban obsesivamente. Las pantallas en cuestión se habían vuelto tan precisas en lo referente a resolución y color que se sabía exactamente lo que se estaba haciendo. Naomi no conocía a nadie que echara tanto de menos los tiempos de las películas como para hacer fotos con ellas salvo por actitud retrógrado-masoquista.

—*Monsieur* Arosteguy, usted sabe que no he accedido a hospedarme aquí. De todos modos, ¿cree usted que unas clases de fotografía son lo único que puede sacar a cambio? Yo creía que deseaba usted contar su versión. Creía que hasta el día de hoy no se había contado.

—Ari. Si va a quedarse aquí conmigo deberá llamarme Ari. Estoy trabajando en un libro que contará mi versión. No espero que sea usted tan objetiva o, mejor dicho, tan subjetiva.

—Por mi experiencia, los buenos periodistas pueden decirles a los entrevistados cosas de ellos mismos que no sabían.

—¿De veras? —dijo Arosteguy—. Eso sería interesante. Muy interesante.

No muchas horas después, Naomi vaciaba la alargada mesa metálica de la cocina de Yukie para poner encima todos los aparatos que necesitaba llevarse a casa de Arosteguy. Yukie permanecía apoyada en la puerta de la escalera y miraba a Naomi sin dejar, obviamente, de enviar mensajes de texto, asomarse a Facebook y a Twitter, intercambiar fotos con Instagram, jugar a videojuegos y ver dibujos animados con un mastodóntico teléfono en forma de almeja que Naomi no había visto en su vida y que estaba forrado de pegatinas bonito/siniestras y anime/manga.

—Estás chiflada, ¿lo sabías? —dijo Yukie—. Quizá con instintos suicidas.

A Naomi le gustaba guardar los cables, adaptadores y conectores en sobres acolchados, y cada vez que hacía el equipaje se enfrentaba a un nuevo problema: dónde poner cada cosa. Se había quedado ante la mesa, con las manos en las caderas, mirando el revoltillo de dispositivos y sobres, aguardando una inspiración. De vez en cuando atacaba una serie de utensilios, como un cormorán que se sumerge en el agua para atrapar anguilas, y la colocaba misteriosamente en el espacio idóneo; luego retrocedía y esperaba la siguiente inspiración.

—Será sólo una noche. Voy a dejar aquí la mayor parte del material, si te parece. Dice que quiere que le enseñe fotografía.

—Cariño, lo que ése quiere es sexo o asesinato. Seguramente las dos cosas. Al mismo tiempo.

—Muy bien —dijo Naomi, lanzándose otra vez al ataque—. Procuraré que te manden las fotos.

—Y hablando de sexo, no me contaste cómo te fue en la Clínica para Mujeres. ¿Encontraste a la ginecóloga que hablaba inglés?

—Acabé conformándome con un ginecólogo que hablaba francés. Al principio quiso hacerme el Loto Azul.

—Natural. Es para las mujeres que trabajan. Quiero decir en oficinas y demás. ¿Se portó bien? Tendría que haberte acompañado.

—Se portó bien. Me pareció un poco rara la cosa esa de las mujeres profesionales. Tuve que convencerlo de que a mí sólo me interesaban las enfermedades de transmisión sexual. Creo que lo escandalicé un poco.

—El germanio. Lo conozco bien.

—¿Tú? ¿En serio? ¿Yukie?

—He tenido algunos novios malos. Pero nada del tamaño de tu filósofo.

—Por favor, no me ofendas. Pero ¿por qué el germanio? ¿Por qué el análisis japonés de un contagio sexual se denomina con el nombre de un raro metaloide descubierto por un alemán? Loto Azul es más excitante.

—Los médicos japoneses son tradicionalmente raritos y escalofriantemente poéticos. Deberías habérselo preguntado al médico.

—No quería distraerlo. Me diagnosticó correctamente la enfermedad de Roiphe, con un poco de ayuda, y me dio esta receta. —Naomi sacó la receta del bolsillo de la cazadora y se le tendió a Yukie, que apenas la miró.

—Sasagaki. No sabía que hablara francés. Un antibiótico natural. Podemos comprarlo en la farmacia de esta misma calle. Tendrás que venir conmigo. Creo que tiene validez durante dos meses. ¿Piensas acostarte con *Monsieur Arosteguy*? A lo mejor tienes que esperar un poco. ¿O sirven los condones con tu enfermedad?

—Gracias por tu monólogo interior, Yukie. Realmente me aclara las cosas.

—Ningún problema.

Arosteguy tuvo que hacer dos viajes para subir el maletín de ruedas y el petate de Naomi por las estrechas escaleras de su casa. Apenas había pasillo en el piso de arriba, sólo dos dormitorios y un cuarto de baño, todo muy junto. Arosteguy abrió una habitación, tan pequeña que pudo dejar el petate encima de la estrecha cama de madera sin moverse de la puerta. Se volvió hacia Naomi, que había entrado detrás de él.

—He decidido darle la habitación contigua a la mía. Seguramente querrá usted conocer todos mis movimientos. Desde aquí se enterará de cuántas veces me levanto a mear por la noche. Últimamente meo con mucha frecuencia. Es el destino del hombre.

Naomi entró en la habitación apretándose contra el hombre —Arosteguy tuvo que encoger la barriga para que ella cupiera por el reducido espacio— y dejó el bolso de mano en una pequeña mesa que había junto a una ventana que daba a un balcón de láminas metálicas. Al parecer, no había forma de salir a aquel balcón como no fuera saltando el marco de aluminio de la ventana.

—Gracias. Es estupenda.

—Tiene un enchufe allí, en aquella pared, y también una clavija para el teléfono. Aún no hay red inalámbrica en la casa. Doy por sentado que tiene usted un portátil y cargadores para las baterías de la cámara.

—Sí, los tengo. Gracias.

—Me sé de memoria la contraseña de la red inalámbrica de dos vecinos, de modo que si quiere, puede utilizarlas. Sea una parásita de sus redes. El parasitismo informático global es el nuevo trotskismo. Conéctese con cualquier lugar del mundo que le apetezca. No me importa. —Se pasó la mano por el pelo, que se le había caído sobre el ojo derecho mientras trasladaba el equipaje de Naomi. Esbozó una prieta y crispada sonrisa, como si de repente le doliera algo—. Y hágame el favor de recordar que podemos tener relaciones sexuales, si le apetece.

Naomi no permitió que su cara reflejase absolutamente nada. ¿Había estado Arosteguy hablando con Yukie? Durante unos momento pensó que era muy posible y se dejó vencer por una negra y viscosa paranoia. Veamos: había contactado con Arosteguy a través de Hervé Blomqvist, que sólo había sido capaz de proporcionarle el nombre del profesor Matsuda, pero había sido Yukie quien había localizado a Matsuda, que a su vez le había dado a ella la dirección de Arosteguy... Naomi no había querido dar a Yukie ni la dirección de Arosteguy ni ningún otro dato de contacto, entre otras cosas porque su amiga trabajaba en relaciones públicas y tenía instinto periodístico. Naomi detestaba admitirlo, pero a cierto nivel no se fiaba de Yukie. Ésta apenas había sido capaz de ocultar el interés que sentía por el escándalo Arosteguy —se había notado que se hacía la indiferente—, y aunque el filósofo francés era un extranjero, para ella sería un golpe fantástico poder presentarlo a su exigente jefe de Monogatari PR en calidad de cliente que busca una imagen pública en Tokio.

El aroma vegetal japonés —¿lirios de agua?, ¿hojas de ginkgo?— que había percibido el primer día con Arosteguy flotó sobre ella cuando el hombre bajó la escalera.

—¿Le gustaría cenar fuera? A lo mejor no le apetece. No tiene más que decírmelo. También podemos cenar aquí. Sé cocinar.

Más tarde, una vez que hubo instalado el portátil y las cámaras sobre la mesa, Naomi, sentada en la cama —no había espacio para una silla en la habitación—, repasó las primeras fotos de Arosteguy. Las recortó, les graduó el color con Adobe Lightroom y se las envió por Dropbox al director de *Notorious*. Eran fotos melancólicas y dramáticas, y revelaban que por debajo del aspecto de vagabundo que tenía últimamente, Arosteguy era un hombre refinado y apuesto.

Pulsó la almohadilla y dio la orden de Enviar como si la máquina pudiese explotarle en la cara, pero todo funcionó a la perfección. No había tenido más remedio que dejar que Arosteguy le toqueteara el ordenador para instalar el teclado japonés, con el fin de introducir la contraseña de red del vecino, y lo había sentido como una intrusión, no menos turbadora por ser consentida. Mientras las fotos salían disparadas hacia el éter, sonó la señal de recepción de correo. Era un mensaje de Nathan y decía: «Naomi, necesito hablar contigo sobre Arosteguy y Roiphe. Cosas raras, paralelismos curiosos. Me dijiste que tu móvil no funcionaría en Japón y así es. Seguro que tienes ya un móvil japonés. Llámame». Naomi respondió en el acto: «Mándame fotos tuyas pegando un polvo con Roiphe. Te llamaré para comentarlas». Le sorprendió la inesperada intensidad de su revanchismo, pero le gustó.

En el cuarto de baño se miró en el espejo enmarcado en plástico, acercándose a su imagen para ajustar sutilmente el rímel y retocar el apenas perceptible lápiz de labios. Se había puesto el conjunto más provocativo que tenía y que se creía capaz de explotar —un ceñido jersey ligero de lana gris, unos pantalones negros de algodón, también muy ceñidos— sin necesidad de preguntarse por qué se tomaba la molestia. Ya había empezado a tomar los antibióticos.

Naomi había instalado los *flashes* y la Nagra en la estrecha y alargada cocina de Arosteguy y lo estaba fotografiando mientras él cocinaba. La muchacha había mitificado su ignorancia culinaria, en cierto modo como parte de su integridad en cuanto profesional de los medios, y en consecuencia sólo veía que el hombre manipulaba con un delicado cuchillo cierta cantidad de gambas y manojos de algo que parecían algas marinas. Junto al fregadero había un frasco de sake caliente y dos tazas cilíndricas de cerámica, diferentes entre sí. De vez en cuando tomaban un sorbo.

Arosteguy se había aseado también un poco: se había afeitado y se había lavado o al menos cepillado el pelo, aunque Naomi no lo había oído entrar en el cuarto de baño. Además, se había cambiado de ropa, y con aquel jersey grueso y aquellos pantalones de pana tenía aspecto de profesor. Acercando su imagen en la pantalla de

la D300s para comprobar el enfoque, Naomi advirtió unos cables transparentes que discurrían entre su pelo y sus oídos.

—Eso que lleva —preguntó—, ¿son audífonos o es que está escuchando música?

—Ampliaciones biónicas. Gracias a ellas estoy en contacto permanente con ciertos satélites.

—Bromea, ¿verdad?

—No tengo sentido del humor. Pero mi padre, un violinista griego, y mi madre, que era pianista francesa, se quedaron completamente sordos antes de cumplir los cincuenta y los dos llevaban audífono. Obviamente, entonces eran analógicos; ahora son digitales. Prefiero la palabra francesa, *numérique*. Es más descriptiva y no permite la confusión con la referencia a los dedos, a lo digital o dactilar. —Se volvió y agitó los dedos ante Naomi. Los tenía cortos y fuertes, y con ellos se quitó el audífono del oído izquierdo y lo balanceó delante de su cara para que Naomi pudiera fotografiarlo. Detrás de la oreja llevaba una cápsula plateada, para que no contrastase con su pelo; un cable de plástico transparente que contenía los alambres más finos del mundo terminaba en una especie de yema de doble cúpula (parecía una medusa diminuta) que se incrustaba en el oído—. Fabricados por Siemens. Alemanes, claro. No son tan buenos como los oídos de verdad, pero son buenos. —Volvió a introducirse delicadamente en el oído y reanudó la labor culinaria—. Este momento me recuerda un famoso episodio familiar en París, mientras mi madre estaba cocinando; sin saber cómo, al cambiar de sitio la horquilla con que se sujetaba el pelo, el audífono se le cayó del oído y, sin que ella se diera cuenta, fue a parar a la bullabesa que preparaba. Me tocó a mí. Me lo comí yo. —Arosteguy empezó a reírse del recuerdo—. La toxicidad de la pila produjo cierta preocupación, como puede usted figurarse. Entonces eran mucho mayores. Pero en aquella época de la medicina francesa no se sabía cómo extraérmela sin lesionarme el estómago y los intestinos, de modo que esperamos lo inevitable. A mi madre le resultaba muy fastidioso oír sólo por un oído y al final le regalaron otro par, mejor que el anterior.

Naomi amplió una foto que acababa de hacerle, una foto del pómulos, muy bien formado pero con una leve decoloración que hizo que se acordase de su abuelo, que era dermatólogo y le había dicho que, cuando se envejecía, la piel se transformaba en un huerto donde crecían formas de vida muy extrañas. «Tápelas con maquillaje cuando empiecen a salirte», le había dicho. «No puedes combatir las. Hay demasiadas manchas».

—¿Se afeita siempre por la noche? —preguntó Naomi. Le hacía preguntas, entre otras cosas, para que Arosteguy se volviera y así ella pudiera buscar nuevos ángulos para enfocarle la cara, que empezaba a resultarle infinitamente interesante.

—Antes de verla a usted no había hablado con nadie en una semana. Casi sufrí un sobresalto y comprendí que no tenía un aspecto muy civilizado.

—En este momento parece un chef francés de tres estrellas que se entretiene en casa.

—Eso me alarma. Ya no cocino nada francés. Cocino platos japoneses. Bueno, lo intento. Mi amigo Matsudasan es un cocinero fabuloso. Me está enseñando. Yo sólo preparo cosas sencillas. Lo que él sabe hacer es sutilísimo y complejísimo.

—¿El profesor Matsuda? Me dio la impresión de que quería distanciarse de usted.

—En público sí, desde luego. Pero en privado no.

—Sus clases deben de ser eficaces. Incluso la actitud de usted empieza a ser más japonesa. Y se nota que le gusta lo que hace.

—Sí —dijo Arosteguy—. Y a usted también.

—¿Sí?

—Fotos del caníbal Arosteguy haciendo la comida. Luego serán fotos del caníbal comiéndose la comida. Estoy convencido de que podrá colocarlas por todo el mundo.

—¿Qué le parece un vídeo? —Naomi levantó la D300s con la mano derecha—. Esto también filma y salen imágenes decentes. Y tengo un micro y auriculares que se acoplan.

—Quizá. Cuando nos conozcamos mejor. Y tengo abogados con los que he de consultar. Ya están enfadados conmigo por la aparición de usted. Por el caso Naomi. Lo basan todo en que no hay ningún tratado de extradición entre Japón y Francia, pero hay circunstancias delicadas que complican las cosas, y la protesta pública y la opinión pública están peligrosamente implicadas.

—Bueno, no se equivoca usted en eso del caníbal. Es un material muy fuerte. Pero ¿no protesta usted? ¿No le importa?

Arosteguy se volvió hacia ella, abrió la boca y se la estiró lateralmente con el dedo índice. En efecto fue grotesco. Asustada, Naomi bajó la cámara. Arosteguy dejó de estirar.

—Dentro de la mismísima boca del caníbal. ¿No quiere esa foto?

—¿Está seguro de que quiere que la haga?

—Hágala.

Arosteguy repitió el gesto. Naomi se puso a apretar el disparador. Cambió el objetivo con rapidez —ahora uno de máximo gran angular— y siguió haciéndole fotos, muy cercanas, ampliándole ópticamente la cara y la boca, distorsionándoselas. Arosteguy posaba con seriedad y dramatismo, con encías y dientes —realmente espléndidos, sin más defecto que unas ligeras manchas de tabaco— totalmente al descubierto por un lado y, en cierto modo, malignamente al desnudo. Naomi bajó la cámara y comprobó el resultado en la pantalla de LCD. Las fotos eran muy inquietantes.

—Basta por ahora —dijo. Cogió su taza de sake.

—Llámeme Ari —dijo Arosteguy.

—Basta por ahora, Ari. —Naomi vació la taza y se sirvió más.

La puerta del dormitorio de Nathan se abrió un centímetro, dejando entrar una franja de luz que atravesó su cara y lo despertó lleno de confusión, todavía soñando que era un niño y tenía los calzoncillos blancos en la cabeza para que su pelo mojado no empapase la almohada, un acuerdo alcanzado con su madre, que solía recordarle que debía bañarse antes de irse a dormir. Cuando despertaba, los calzoncillos —gastados y deshilachados, con el elástico visible en la cinturilla— habían desaparecido como por arte de magia y su pelo estaba seco, como en aquellos momentos. La inefable dulzura de aquel sueño impregnó, del modo más estrafalario y menos indicado, la siniestra sombra que apareció en la entrada de la habitación, titubeó y acabó deslizándose elásticamente entre la jamba de la puerta y la cómoda. Cuando la sombra llegó junto a Nathan, se fundió líquidamente con el perfil de Roiphe, que se movía cómicamente de puntillas.

—¿Nathan? ¿Está despierto? —La dulzura se retiró inmediatamente al contacto de la voz nasal de Roiphe, dejando en su lugar una mezcla de resentimiento y ansiedad, que era, como bien sabía Nathan, su reacción por defecto ante Roiphe.

—No del todo —dijo Nathan—. ¿Tengo que estarlo?

—Bueno, despierte y coja la cámara —dijo Roiphe—. Pensaba esperar hasta disponer de más tiempo, pero ha ocurrido ya, así que sorprendámoslo en medio del diluvio.

—¿Diluvio?

Roiphe cabeceó con cierta exasperación.

—Es el momento de observar las costumbres nocturnas de una criatura extraña. Vamos, chico, levántese.

La impresión de ser un niño que se levanta de una cama infantil quedó materialmente fortalecida por el hecho de ir en pijama y calzar zapatillas, cosa que jamás había hecho en su vida adulta. Las zapatillas eran las blancas zapatillas del Hôtel de Crillon, con el elegante monograma de la C dorada, con folículos y con corona, que le había dado Naomi, que, obviamente, sabía que él iba a hospedarse en lugares donde no daban zapatillas gratis; el pijama de franela de rayas, de tipo vulgar, con grandes botones blancos de plástico, lo había comprado el mismo Nathan en los grandes almacenes Hudson's Bay, intuyendo que lo tiraría en cuanto dejara de hospedarse en la Pensión Roiphe. La sola idea de dormir desnudo en aquel sótano, debajo de aquel delgado y crujiente edredón acrílico le revolvió las tripas. Sin embargo, fueron el pijama y las zapatillas, los artículos protectores, los que lo transportaron a un lugar inesperado y singular, mientras seguía a Roiphe por la casa a oscuras, en la que parecía haber lámparas encendidas en los rincones más imprevistos y pícaros. Mientras subía con las zapatillas del Crillon, flojas y sin talón, por la escalera de teca, aferrado al pasamanos de la barandilla de hierro —también con folículos, de un falso estilo art nouveau—, Nathan oyó que Roiphe le susurraba que

las habitaciones del segundo piso, a las que se dirigían, se habían construido «contra las reglas». La trampa había sido dejarlo sin paredes y sin terminar hasta después de realizada la inspección final del ayuntamiento y luego hacer que las habitaciones aparecieran ante los primeros compradores de la casa milagrosamente terminadas con toda su esplendorosa y abuhardillada gloria en calidad de «espacio de trabajo arquitectónico». Espacio en cuestión ocupado ahora únicamente por Chase Roiphe. Pero Nathan iba calzado asimismo con los mocasines de su infancia y bajaba las escaleras alumbrado con la luz de las potentes linternas Eveready, de aluminio cromado, que empuñaban él y su frágil y delgaducha hermana Shelley, con intención de registrar, antes del amanecer, la salita de la casa, en la que era casi imposible moverse por culpa del piano vertical y un árbol de Navidad decorado con multitud de objetos comerciales y ninguno cristiano: latas de caramelos, renos, elfos, espumillones, nieve hecha con algodón en rama, estrellas comestibles. Al pie del árbol, como es natural, había regalos de todas las formas y tamaños y ellos eran el objetivo de aquella aventura. Nathan había escrito un telegrama al Polo Norte, para Santa Claus, y el bueno de Claus había respondido del modo más satisfactorio.

Un rato después estaban sentados en la cocina, una situación retorcidamente apropiada, pensó Nathan. La isla central, cuya encimera de granito, vasta e inmaculada, sólo se veía interrumpida por un sobresaliente fregadero doble de acero inoxidable, aportaba espacio de trabajo clínico suficiente para obtener lo que Roiphe, meciéndose pélvica y rapsódicamente en su taburete de delicadas patas metálicas, llamaba «nuestro primer informe estratégico». Nathan estaba junto a él, en un taburete idéntico, sin mecerse, con el portátil en la encimera, delante de los dos, repasando las fotos que había hecho durante la última hora. Los catorce relojes digitales que había en la estancia, desde el del MacBook Pro hasta el del congelador del frigorífico Sub-Zero, pasando por el del horno Wolf, el del calentador Jenn-Air, el de la cámara de Nathan (que estaba al otro lado del portátil) y el de pulsera del propio Roiphe, una cosa horrenda, barata y de plástico, marcaban aproximadamente la misma hora, entre las 4.06 y las 4.09 de la madrugada.

—Hijo, aquí puede ver a qué nos enfrentamos. Con qué bregamos.

—En realidad no —dijo Nathan—. Francamente, estoy conmocionado. Con eso estoy bregando.

Roiphe se las apañó para hacer coincidir con el balanceo del taburete unos movimientos rítmicos de cabeza en señal de que lo comprendía.

—Ajá, ajá, eso lo entiendo. Y eso es lo que estamos haciendo aquí en este momento. ¿Quiere un vaso de agua fría? ¿Café? ¿Otra cosa?

—No, gracias, estoy perfecto.

—«Estoy perfecto», tiene gracia. A mí me hace gracia. Nosotros nunca nos hemos expresado así. Nosotros diríamos «estoy bien». Pero actualmente se dice «estoy

perfecto». Entonces, ¿qué estamos mirando? ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha visto usted? ¿Qué ha fotografiado?

—No acabo de creerme lo que estoy mirando —dijo Nathan, removiéndose un poco en el taburete. El cojín de plástico con flores estampadas se le estaba escurriendo por el borde trasero izquierdo y trataba de centrarlo con las nalgas sin prestar mucha atención.

—Creo que debería expresarlo con palabras. Dígalo de un modo sencillo y directo y enseguida llegaremos a alguna parte. —Roiphe seguía asintiendo con la cabeza y meciéndose, pero ahora con una mirada ferozmente intensa que era inconfundiblemente masturbatoria, incitando a Nathan a llegar a un oscuro orgasmo revelador que en su sentir estaba fuera de su alcance. Nathan decidió expresarlo de un modo sencillo y directo.

—Chase, su hija, se estaba arrancando trozos de carne con un cortaúñas. Ponía los trozos en platitos infantiles de juguete, de plástico, y luego se los comía con cubiertos infantiles de juguete.

—Ajá, ajá. ¿Y cuál cree que era su intención al hacer eso? ¿Lesionarse? ¿Infligirse dolor? ¿Castigarse?

Nathan se preguntó si Roiphe era consciente de que estaba grabando la conversación con la GarageBand del MacBook. Estaba funcionando en el Escritorio 2, así que la aplicación no era visible (aunque estaba sólo a una pulsación de distancia), así que quizá pudiese interpretarse como un acto furtivo semiconsciente. A semejanza de los relojes, había dispositivos grabadores por todas partes; todo se grababa en todo momento, como un gigantesco e infernal sistema de backup en una Mac Máquina del Tiempo que creara backups de backups hasta el infinito. ¿Quién pondría todas estas grabaciones? ¿Quién haría la selección como si fuera el superviviente de un horrible bombardeo que buscara los harapos que llevaba antaño su madre muerta y desnuda? Aún no sabía hasta qué punto deseaba que Nathan Math fuera un personaje de *Consumidos. La colaboración*, aunque su intervención en cada diálogo con los Roiphe —¿y quién sabía quién más?— aportaría al menos un contexto que en última instancia podría tener consecuencias legales, dadas las rarezas que estaban saliendo de la vida y práctica de Roiphe.

Estaba cargando las fotos en Lightroom, que le permitía fácilmente manipular su calidad mientras él y Roiphe las repasaban. Podía oscurecer partes aparentemente veladas para dejar al descubierto sorprendentes detalles de expresión y hacer visibles sombras congestionadas que descubrían actitudes atormentadas; luego las manipularía como arte fotográfico, las retocaría para acercarlas a significados aún no evidentes, aunque no se las imaginaba ilustrando su ilusorio libro común. El artículo para «Anales de la Medicina» poseía más realidad futura, aunque también éste era inestable, rielante, titilante, convertible quizá en un artículo para «Anales de la Psicopatología», en los que no se permitían fotos. Manipulando las fotos experimentaba por enésima vez el fenómeno de la no presencia, de la no existencia

auténtica del fotógrafo durante el acto de fotografiar; sólo al repasarlas el acontecimiento fotografiado se volvía experiencia, como el precipitado que se formaba cuando se echaba un cristal de acetato de sodio en una solución hipersaturada. Pero es que la experiencia estaba amortiguada por la foto, el objetivo, la cámara y la respuesta del ojo-cámara a la luz, y a eso estaba reaccionando Nathan en aquellos instantes. No estaba seguro de haber visto realmente ninguno de aquellos acontecimientos con sus ojos de verdad, sensación agudizada por el chasquido del obturador y el espejo, que aún oía mientras miraba las fotos; el sonido se había convertido en parte de su interpretación, aunque Chase en ningún momento había parecido reaccionar ante él, ni que lo hubiera oído siquiera.

Nathan era muy consciente de estar mirando fotos de una mujer desnuda con su padre al lado y también mirándolas. Cierto que Roiphe estaba resultando un padre inusual, pero algunas fotos eran, por pura casualidad, retorcidamente eróticas, y Nathan pensaba que por muy detallados y sutilmente calibrados que estuvieran los filtros emocionales de Roiphe, no podía dejar de advertirlo. No es que hubiera detectado —al menos todavía— la presencia de algún indicio de incesto en el pasado de ambos, pero Nathan se sentía, no sin turbación, como si su innegable y creciente deseo por Chase equivaliese a un incesto, dado que el padre, que estaba allí con él, casi codo con codo, echándole el aliento en la mejilla con la intensidad de un viejo excitado mientras él buscaba en la pantalla signos de algo oscuro, de algo quizá sublime, sin duda lo estaba oliendo. Una vez más se trataba de aquel paradigma de la experiencia retroactiva: Nathan no había percibido nada de aquella naturaleza mientras hacía las fotos, tan absorto estaba en la mecánica de hacerlas, pero ahora, al mirarlas con Roiphe mientras éste le indicaba las ampliaciones, los alejamientos y el paso de las imágenes con urgencia quirúrgica, la desnudez muscular de Chase, que ponía al descubierto la escala masiva de su macroscópica automutilación (casi cada centímetro cuadrado de su piel había sido atacado como por enjambres de simúlidos y las heridas estaban agrietadas y rezumantes o con costra), le despertaba fantasías inquietantes. ¿Se acordaba Roiphe, al ver el cuerpo de Chase, del cuerpo de su difunta esposa? (de soltera Rose Blickstein, según el artículo de la Wikipedia sobre el doctor). ¿Le inspiraba alguna agrídulce nostalgia sexual, alguna incestuosa melancolía?

—Parece sentirlo, digo el dolor —dijo Nathan—. Lo veo ahí, por ejemplo en esta foto. Siente el dolor, siente la textura de su piel mientras el metal de la boca afilada le separa las células, le corta las capas cutáneas y el tejido que hay debajo. Pero el dolor le produce una extraña risa silenciosa..., fíjese aquí, no es sutil que digamos. Así siente el dolor, pero es que lo desea, lo busca, como una culturista quiere el dolor y va tras él.

—¿Contenta de ser castigada? ¿Búsqueda de castigo?

—¿La culturista?

—A la mierda la culturista. La chica.

Nathan amplió la foto que tenían delante. Mientras se cortaba había éxtasis en su rostro, no autocompasión, no placer masoquista. Pero ¿por qué éxtasis? Los elementos rituales de su trance —¿una clásica fuga?— eran complejos y narrativos; sí: contaban a Chase una historia consoladora. Nathan daba forma al artículo mientras reaccionaba. Le habría gustado grabar aquellos pensamientos, verbalizarlos para la GarageBand, así no los olvidaría, pero no se sentía suficientemente cómodo con Roiphe para que la colaboración llegara a aquellas intimidades y no quería quedar expuesto a los sarcasmos e ironías del viejo.

Pasó a las fotos de la comida, todavía en formato ampliado. Había más personas con ella, por así decirlo, personas que compartían los diminutos pedazos de carne propia que había repartido en cinco platitos decorados con mariposas y conejos. Parecía representar varios papeles, a varios personajes que iban de plato en plato y comían refinadamente de uno, toscamente de otro, vorazmente de otro. Gracias a los reflejos del *flash* en techo y paredes había conseguido primeros planos de los platos, la tetera y las tazas, de las magdalenas de plástico con baño cambiante de vainilla, chocolate y fresa (todos los baños rematados por una convincente cereza roja con hoyuelo), y de los brillantes tenedores y cuchillos de colores primarios. El reflejo había amortiguado el calor de las paredes de terracota y peinado la cubertería y la vajilla de aquel té clandestino con una suave luz rojo ladrillo, introduciendo un siniestro dramatismo en los inocentes juguetes infantiles, con sus sombras fugaces, y poniendo de relieve las rebanadas de carne, con sus manchitas de sangre y todo, que de otro modo habrían quedado ahogadas por los brillantes colores de los plásticos de Fisher-Price.

Pero eran las manos lo que magnetizaba, las manos de Chase, con aquellos dedos largos y fuertes y aquellas uñas paradójicamente perfectas, manos desproporcionadas en comparación con el juego de té infantil y que en consecuencia parecían, iluminadas desde arriba, monstruosas cuando recogían delicadamente los pedacitos de carne y los llevaban a la boca abierta, a la lengua estirada y expectante. Muy cerca de ella ya, Nathan se había puesto nervioso al desviarse de la mesa infantil para seguir la trayectoria de las manos —la muchacha alternaba la derecha y la izquierda, como si recogiera moras de una zarza delirantemente fecunda—, aunque el ímpetu gráfico lo condujo muy pronto a la cara, que parecía hinchada a causa de la excitación contenida. Cuando Nathan pulsó a medias el disparador del obturador, de la base del *flash* brotó una rejilla de láser rojo que permitió a la cámara enfocar con poca luz. Enjaulada por aquellas rayas rojas, la muchacha parecía una criatura salvaje, como una lobezna cazada en un lejano bosque boreal por una cámara para animales que se disparaba sola. Apenas parpadeó ante el brutal relampagueo que siguió al enfoque; la luz cegadora, ahora directa, puso al descubierto las encostradas muescas abiertas en el cartílago del extremo superior de las orejas, normalmente ocultas por el pelo, en aquel momento apartado de la cara y recogido con un pasador de plástico, cuyos largos, curvos y engranados dientes hicieron pensar a Nathan en un

atrapamoscas cerrado. En opinión de Nathan, la muchacha sabía bien lo que hacía, pues sus actos no estaban exentos de cálculo, ya que evitaba cortarse la cara y las manos —¿cómo las habría tapado?—, así que ¿dónde estaba su mente en aquel preciso instante? Su cara, ahora en primer plano en la pantalla, hermosa y terrible, utilizaba el éxtasis como una máscara y un escudo. ¿Qué había detrás? Y mientras tanto hablaba, hablaba por los personajes invisibles que se sentaban alrededor de la gruesa mesa redonda de plástico, de color verde y blanco, y hablaba sin que se la oyera, arrastrándose de rodillas alrededor de la mesa, moviendo las sillas para poder adoptar cada punto de vista con distinta cara pero coherente vehemencia.

«Vale. Ahora es cuando interviene mi cura. Siga haciendo fotos», había dicho Roiphe. En las fotos que repasaban ahora Roiphe aparecía parcialmente iluminado por la lámpara Hello Kitty de la mesilla de noche del rincón, que había encendido para desplegar la bolsa de pana gris con artículos de perfumería de la clase preferente de Air Canadian, que había llevado en el bolsillo del albornoz de velvetón azul marino. Se había arrodillado junto a la abstraída Chase y recorría intrépidamente todas las heridas recientes para desinfectarlas con alcohol y Polysporin, que aplicaba con ruda precisión.

«Ni se da cuenta de que estamos aquí, muchacho. Ya se habrá percatado, ¿no?», había dicho Roiphe mientras trabajaba. «Ya ve que puede moverse a mi alrededor como si yo no existiera. Una bonita pieza de danza moderna». Nathan había captado parte de aquello con la cámara y, al mirar las fotos de Chase esquivando a su padre con lentitud, como si ejecutara una variante exótica de tai chi, lamentó no haberlo filmado.

«Es muy coherente en la organización de su delirio. Ha terminado de cortar, servir y comer, y ahora viene la curiosa parte social en que habla con sus invitados sin decir nada».

«¿Y cómo termina?», había preguntado Nathan, todavía haciendo fotos, todavía buscando el ángulo evocativo, a veces obligando a Chase a esquivarlo a él también. (El brazo de la joven le rozó la mano en determinado momento y estaba frío como el hielo, aunque la habitación estaba caldeada). Terminó cuando Chase se puso en pie, se dirigió a la cama infantil de tubos metálicos y lona que había en el otro extremo de la habitación, se acostó con cara inexpresiva y se tapó con unas sábanas de ositos estampados y dos mantas de Hudson's Bay. Las imágenes del momento en que se alejó de Nathan (con luz reflejándose nuevamente en las terrosas paredes) realzaban su larga cintura, las nalgas musculosas y caídas y las piernas cortas y atléticas, una combinación que Nathan había encontrado siempre muy persuasiva, aunque contrastaba con la constitución de Naomi, de cintura corta y piernas largas y delgadas.

—No creo que el castigo tenga nada que ver en esto, Barry. Creo que está reviviendo algo, algo que ha sido colectivo. Y ella interpreta todos los papeles. — Nathan estaba apoyado en los codos, hablando más con la pantalla que con Roiphe.

De todos modos, se enderezó y se volvió hacia el otro hombre—. ¿Qué puede haber sido esa ceremonia colectiva?

Roiphe dio un bufido y se quitó las gafas con ambas manos, liberando sus ojos azul turquesa con deliberado efecto dramático.

—¿Por qué no se lo pregunta a ella? —dijo.

Naomi y Arosteguy tomaban la comida que éste había preparado. La vajilla era espartana y vieja, pero la comida propiamente dicha tenía buen aspecto. Mucho sake caliente, que se servían con entera libertad. Comían con palillos y estaban sentados en el suelo, ante la mesa baja. La cámara de Naomi estaba junto a su bandeja, robusta, negra, mate, como un gato meditabundo. La grabadora estaba al lado de la cámara, con los leds volumétricos titilando a tenor de lo que se decía, y el micro, semejante al pico de un colibrí, orientado hacia el techo. Su gato y su pájaro la cuidaban, pensó, y al pensarlo cayó en la cuenta de que estaba bebiendo demasiado.

—Por favor, no se fije en la decoración. Nada de la casa me pertenece. Estuvo vacía mucho tiempo. Tokio es una ciudad muy cara. —Arosteguy sirvió más sake para los dos—. Me encanta el sake caliente. Es todo un hallazgo crear una bebida con la temperatura del cuerpo. —Cabeceó—. Los japoneses. Temidos por Occidente durante tanto tiempo y ahora se desvanecen en su querido sol naciente. O poniente. Primero militarmente, luego económicamente y ahora sólo gastronómicamente. Y yo necesito ser japonés en una época en que todo el mundo quiere ser chino. Los chinos llaman a los japoneses «los pequeños». Me lo han contado. Podría tener que ver con la miniaturización de la especie isleña. Debo hacer un estudio.

—¿Por qué necesita ser japonés? —dijo Naomi, apretando los palillos uno contra otro y dejándolos en el plato. Volvió a empuñarlos de cualquier manera y se las arregló para rescatar una gamba.

—Ya no puedo ser francés y nunca he sido griego, salvo por nostalgias filosóficas y familiares. Así las cosas, ¿qué puedo ser? Un fugitivo. Satisface mi sentido dramático, pero me destroza los nervios.

—Debe de sentirse solo aquí.

—Me sentía solo en París.

—*Même avec Célestine?* Perdón. ¿Incluso con Célestine?

—Ésa era la base de nuestro amor. Nuestra soledad. Nuestro aislamiento.

—Pero ¿también ahora que ella ha desaparecido? ¿No hay ningún cambio?

—Ahora... estoy solo. Es diferente.

Naomi empezaba a concebir la embriaguez común como una especie de acuerdo, un contrato, con cláusulas que lo permitían casi todo, por lo menos a nivel verbal. Se sentía vertiginosamente temeraria.

—*Monsieur Vernier, le préfet de police*, parece creer que es usted inocente, que no cometió el asesinato. —Era como si se sintiese obligada a espolvorear la

conversación con palabras francesas, pero no sabía por qué. En realidad no quería incitarlo, aunque Arosteguy no parecía tener problemas con el idioma, por el momento.

—¿De veras? —Arosteguy dio un bufido, una especie de carcajada breve y tensa que habría podido pasar por una expresión de lástima de sí mismo. Hasta entonces había parecido inmune a aquello—. Me temo que he perdido el contacto con el caso. Lo cual me sorprende. Es como si perteneciese a muchos otros, pero no a mí. A usted, por ejemplo. Es más asunto suyo que mío.

—Lo llamó asesinato por compasión. ¿Le parece interesante?

—¿Un asesinato por compasión seguido por una cena exquisita, quizá? A los franceses les gusta el cine francés. Espero sentir pronto vibraciones de Hannibal Lecter y quizá entonces me preste a que me fotografíen con *Sir Anthony Hopkins*, tal vez en el pequeño restaurante del Hôtel Montalembert.

—¿No quiere su ayuda?

Arosteguy se encogió de hombros como una muestra de desdén muy personal.

—Es un policía. Y no sólo de París. La policía de París es policía nacional. Piense en el mundo en que vive.

Naomi se desplazó del cojín y medio se deslizó hacia la bolsa de la cámara. Sacó el iPad, volvió al cojín y se puso a pasar las páginas del «Cuaderno de notas» hasta que encontró las palabras y las fotos de *Monsieur Vernier* y la Jefatura Superior de Policía en l'Île de la Cité.

—Me dio un mensaje para usted.

—¿En serio? ¿Sabía que vendría usted a verme? ¿Habló con usted y sus palabras le entraron en los oídos, sabiendo eso? Es como si estuviera aquí en persona. Muy extraño. Hablamos de Schopenhauer en tres ocasiones, Auguste y yo, en un programa de televisión, *Des mots de minuit*. Parece estar obsesionado por Schopenhauer.

Naomi leyó las notas:

—«Dígale que llevo a cabo una investigación filosófica inducida por su caso y que quiero que me ayude con ella como buen profesional y académico. Para ello debe volver a Francia».

Arosteguy se introdujo en la boca un puñado de fideos y gambas con un floreo teatral de los palillos.

—Usted me ve comer..., fíjese, ¿lo ve?..., y parece un acto normal. Pero, para mí, comer ya no es lo mismo que antes. Después de aquello no pude comer durante una semana. Apenas probaba el agua. Casi me morí aquí en Japón, un país extranjero, se mire como se mire. Pero en cierto modo fue la misma cualidad extranjera la que me permitió desligarme de Europa, de Francia, de la red del llamado crimen.

Naomi dejó el iPad en el suelo, junto a ella, y picoteó en su plato, muy consciente ahora de los movimientos de sus labios y su lengua, de las mandíbulas, los dientes, el tragar, pero esforzándose por volver a la inconsciencia habitual.

—Pero se ha recuperado totalmente.

—Sí. Creo que ya lo ha comprobado usted. Hay una fuerza vital básica que se manifiesta incluso en mí. Es burda y despiadada, y cuesta vencerla.

—¿Por qué dice «incluso en mí»?

—La arrogancia del intelectual. La fantasía de que tenemos más pelotas en el cerebro que la mayoría de la gente. Pelotas para hacer juegos malabares.

Antes de responder, Naomi hizo un esfuerzo para tragar la gamba más grande que le quedaba en el plato.

—Así pues, Ari, ¿admite usted que comió la carne de su esposa, Célestine? — Casi se atragantó con la palabra «carne», pero se las arregló para transformar el momento en una pausa dramática que le permitió pillar unos cuantos fideos que acabaron por caer en el plato—. *Monsieur le préfet* me dijo claramente que no se había demostrado nada, ni eso ni que hubiese sido un asesinato.

Arosteguy inhaló una profunda bocanada de aire que exhaló totalmente, como si se preparase para algo especial.

—Digamos que el tema del canibalismo conyugal se exageró en los medios hasta el extremo y hasta adquirir una realidad que no tenía ninguna conexión ni con mi vida ni con la de Célestine. Yo caí en esa realidad, fui amortajado con ella hasta que acabó siendo mía, hasta que mis pensamientos y emociones fueron desplazados por los que llegaban de la televisión, los periódicos, las múltiples fuentes de Internet, los YouTubes, los Twitters, y sí, incluso de las radios de los coches y los programas de entrevistas, y naturalmente de la gente que circulaba por las calles, en autobús, en metro. Dejé de ser dueño de mi pasado reciente y de mi pasado remoto, de mi historia. He sido colonizado, invadido. He tenido que dejar mi cáscara en París para que se seque y se marchite, y he tenido que convertirme en otra persona en otro lugar. Ser japonés o, si no resulta, y no parece que resulte, convertirme en un exiliado, un ser aislado y marginado. Y tengo experiencia en eso.

—No ha respondido usted a la pregunta. ¿La responderá en el libro que está escribiendo?

Arosteguy se echó a reír.

—El libro es una especie de meditación sobre la filosofía del consumismo. Como es de esperar, tengo un nuevo punto de vista al respecto, aunque en cierto sentido no difiere del mío habitual. El consumismo... —Cabeceó, rio por lo bajo y miró a Naomi con tal intensidad que la muchacha se estremeció—. Entiéndame, todo lo que tiene que ver con la boca, los labios, con morder, con masticar, con tragar, con digerir, con ventosearse, con cagar, todo se transforma cuando hemos vivido la experiencia de comernos a una persona que nos ha obsesionado durante cuarenta años. —Sonrió—. Lógicamente, cada una de esas cosas pasa a ser un chiste en la imaginación popular, que rápidamente se convierte en la única imaginación que existe: la mediática. Ya he visto los chistes de Internet. Algunos son muy inteligentes, muy divertidos. Hay también chistes gráficos, incluso dibujos animados.

—¿Por eso colgó usted las fotos del cadáver medio devorado de su mujer? —

preguntó Naomi, conteniendo el aliento—. ¿Para acabar con los chistes? ¿Para que el discurso volviera a la realidad humana?

Arosteguy dejó los palillos y rodeó la mesa a cuatro patas. Se arrodilló junto a Naomi, le acercó la boca al oído izquierdo y le habló susurrando, aunque su voz, de algún modo, sonó más clara y fuerte que un susurro.

—Si quiere entenderlo, debe probar esta boca, la boca del caníbal, la boca de los mil mordiscos, de las mil atrocidades humanas.

No la tocó, no la mordió y después de muchos segundos de parálisis, Naomi se vio obligada a volverse hacia él, con la boca entreabierta, con una palabra a medio formar suspendida entre los dientes. Arosteguy pegó su boca a la de la joven. En realidad no fue un beso, sino más bien como poner la tapa en un frasco. Naomi sintió un terror repentino. No se atrevió a moverse. Arosteguy empezó a inhalar y exhalar el aire de los pulmones de Naomi. Ella no tuvo más remedio que respirar en sincronía con él. Esperó su lengua, sin saber cómo reaccionaría cuando la sintiera, pero no llegó. El hombre apartó la boca y se dejó caer junto a ella.

—Qué lamentable —dijo con un gruñido—. Qué triste. Cuánto cliché. Uno puede ser muy aficionado al cine, a la literatura universal, a los clásicos, pero cuando se encuentra interpretando una escena clásica, no se siente ennoblecido, vinculado a esa grandeza. Se siente... digno de lástima.

Naomi quiso preguntarle qué película u obra literaria creía él estar repitiendo en aquel momento, pero tenía miedo de hablar y en consecuencia reinó el silencio y sólo alcanzó a oír la trabajosa respiración del hombre, pero no la suya. El hombre habló entonces como si estuvieran en medio de una conversación que ella, sin saber por qué, no hubiera oído empezar.

—Hay otras fotografías que no has visto. Te las enseñaré si follas conmigo. Te las regalaré. Abundantes y preciosos archivos digitales. Son muy fuertes, te escandalizarán y serás una estrella. Pero necesito que seas mi amante un tiempo, mi amante japonesa.

—Yo..., profesor, yo...

—Ari. Así debes llamarme. Aristide pasa a ser Ari. ¿No quedamos ya en eso? No, la verdad es que apenas pronuncias mi nombre. ¿Te da asco sentirlo en la boca? ¿Sabes? Sagawa, el caníbal japonés, que aún vive en Tokio, decía que el culo de la holandesa sabía a atún preparado para hacer *sushi*. Basta una cosa así para que las holandesas que visitan Japón corran peligro. Aquí se le considera un héroe trágico, una celebridad mediática. Un artista. Ya me imagino las colas de japoneses esperando la llegada de los autobuses turísticos holandeses, todos con el *maguro bōchō* de la casa Suisin afilado y preparado. —Tomó un sorbo de sake y murmuró entre dientes una ocurrencia de última hora—. Por supuesto, la chica era holandesa, lo cual significa que el hecho no fue tan delictivo. Incluso podría decirse que fue digno de elogio.

La mención de Sagawa, en quien Naomi había pensado inicialmente como en un

astuto trampolín para potenciar su artículo, la llenó de horror en aquellos instantes. Era tópico, vulgar y nauseabundo, y se le hacía difícil ver físicamente a Arosteguy. La cara que ponía..., empezaba a parecer realmente japonés.

—Ari..., no puedo hacer lo que me pides —dijo con calma, con la esperanza de proyectar amabilidad y sentido de la reflexión, aunque allí no había nada que reflexionar—. No puedo.

Arosteguy se puso en pie tambaleándose y se quedó allí, delante de ella, mirándola desde arriba y llenando la habitación con su cólera.

—¡Entonces vete! ¡Vete, vete! —gritó. Dio un puntapié a la mesa, levantándola unos treinta centímetros. La mesa cayó ruidosamente y la comida, la cámara y los platos rodaron por el suelo. Arosteguy se fue corriendo escaleras arriba y Naomi se quedó temblando, con los ojos dilatados y llenos de lágrimas.

Huyó de la casa arrastrando el maletín de la cámara, con el contenido guardado de cualquier manera y con los bolsillos exteriores sobresaliendo de un modo enfermizo, con cables colgando y sacudiéndose en los compartimentos mal cerrados. El ímpetu la llevó al centro de la calle, a oscuras, sucia y desierta. Asustada, bloqueada y agudamente consciente de su embriaguez a causa de su incapacidad para percibir bien las distancias, se volvió a derecha e izquierda en busca de un taxi. No vio nada ni a nadie, excepto a Arosteguy, que había salido de la casa con total indiferencia y se acercó a ella como si nada hubiera ocurrido, hablándole como si continuaran una conversación subliminal sobrentendida que tuviesen que concluir. Le cogió el brazo con suavidad, para sostenerla, no para tirar de ella.

—Hacíamos el amor con frenesí y desesperación, como si pudiera hacerla mía y librarla de la muerte —dijo con voz calma—. Pero no pude. Iba a morir de todos modos. Su cuerpo estaba transformándose. Tenía hinchazones, ganglios, bultos, erupciones. No tuve más remedio que cambiar mi sentido de la estética sexual para adaptarme a su nuevo cuerpo. Necesitaba que siguiera siendo hermoso para mí, aunque cambiaba de un día para otro, de hora en hora. Al final, cuando ya no podían producirse más cambios, los dos quisimos que muriera en mis brazos, haciendo el amor, no jodida por una docena de tubos de plástico en un hospital. Ideamos un plan y lo llevamos a cabo.

Se inclinó para coger el asa del maletín de la cámara, todavía sujetándola por el brazo, y volvió con ella hacia la casa, hacia la puerta abierta de par en par, hacia el débil chorro de luz que bañaba las desastrosas plantas del jardín. Naomi se dejó llevar.

—La estrangulé mientras hacíamos el amor. Los ganglios hinchados de su cuello dificultaron la operación, pero la hicieron más exótica. Ya sabes que orgasmo, en francés, se dice *petite mort*, pequeña muerte. Y para John Donne, el poeta metafísico inglés, «morir» significaba correrse, tener un orgasmo. Fue el momento más intenso y exquisito de mi vida. Un momento del que es imposible recuperarse. La besé mientras moría. Sus ojos desbordaban de amor y gratitud. Su último aliento entró en

mis pulmones como una tórrida brisa tropical.

Naomi se detuvo al llegar a la puerta y se soltó de la mano de Arosteguy sacudiendo el brazo. Habló en voz baja pero tranquila.

—Me das miedo, Ari. Pensé que no me lo darías, pero me lo das.

—Y entonces la vi muerta y me quedé solo. ¿Qué podía hacer ya? ¿Despedirme como un buen burgués y seguir adelante con mi vida? ¿Alegar locura, como el buen marxista Louis Althusser, que estranguló a la mujer con la que llevaba casado treinta años en su apartamento especial permanente de la enfermería de la École Normale Supérieure, nada menos, y que luego dijo que pensaba que le estaba dando un masaje en el cuello? ¿Unos cuantos años en el psiquiátrico y luego un cómodo destierro en provincias?

Volvió a cogerla por el brazo y entraron en la casa. Arosteguy le estaba regalando cosas, cosas preciosas y terribles. No se resistió.

—No. Yo quería integrármela, incorporármela. Si no hubiera hecho aquella terrible y hermosa monstruosidad habría tenido que suicidarme.

Cerró la puerta detrás de ellos.

—Me enviaron a París. Tenía miedo de ir.

—¿Miedo a qué?

—Al francés.

—¿Al ciudadano francés o al idioma francés?

—Al idioma de los franceses.

Estaban en la sala de estar, oyendo otra vez la primera conversación que Nathan había sostenido con Roiphe en la casa. Chase estaba en el sofá, Nathan en el sillón de orejas y la Nagra, en funcionamiento, encima de la mesita de centro, que era de cristal. Nathan se sentía muy incómodo, pero era una incomodidad excitante; había muchísima extrañeza en la situación. Si la chica había experimentado realmente un trance, una fuga, no sabría que Nathan podía ver el lamentable estado de su piel debajo del vestido ligero, el jersey y los calcetines de rayas que le llegaban a la rodilla. Aunque ¿de verdad no lo sabía? ¿Le importaría si lo supiera? ¿Cómo podía averiguarlo él? ¿Con qué palabras podía preguntárselo? ¿Podía haber sido el trance una especie de arte interpretativo estrambótico? Si era así, ¿había sido ideado solamente para el padre o la presencia de Nathan formaba parte de lo que lo había motivado? ¿Y el proyecto, la ficción que justificaba la entrevista actual? Chase había sugerido una verdad a medias: Nathan estaba allí para escribir un libro sobre su padre y ese libro incluiría, a modo de preámbulo, un poco de historia familiar, nada demasiado profundo, nada sensacional, y todo sometido a revisión por parte de los protagonistas. Nada de fotos, había dicho la chica. No aceptó el argumento de Nathan en el sentido de utilizar las fotos sólo como ayuda mnemotécnica, para estar seguro de que entendía bien las descripciones; no iba a ser un libro de fotos. Ella tal vez

posara con él para una foto en otro momento y en circunstancias controladas, pero no podía hablar mientras la fotografiaban. En París le había sucedido algo que había cambiado su actitud ante la fotografía y ésta había dejado de ser algo que pudiera tomarse a la ligera, infantil y lúdicamente; una lástima, pero las cosas cambiaban, ¿no?

—¿Qué te asustaba del idioma francés?

—Lo aprendí en Quebec, cuando estaba en la Universidad McGill de Montreal. Me entusiasmaba aprender el dialecto de Quebec, adquirir aquel curioso, fantástico y antiguo acento que se conservó en el país después de la Revolución Francesa. Pero la McGill es una universidad anglófona y yo aprendí el quebequés en las calles. En realidad, peor que en las calles, porque pasaba los veranos en pueblos donde hablaban el quebequés básico peor que en ningún sitio de Montreal. Yo quería que mi francés fuera un francés sin pulir y lo fue.

—¿Y por qué lo querías así?

Chase dejó escapar una risa floja. Nathan se quedó atónito cuando vio que la muchacha metía la mano en la bolsa de cuero verde que llevaba atada a la cintura, sacaba un cortaúñas de alta tecnología y se cortaba las uñas. Tenía un acabado de titanio mate, una palanca moldeada y con relieves, y un recogedor giratorio de plástico para las recortaduras que le hizo pensar en los quitanieves de las antiguas locomotoras de vapor. Estaba totalmente seguro de que era el mismo cortaúñas que había visto en manos de la chica en la habitación de ésta, aunque en ningún momento lo había fotografiado. Chase lo utilizaba a la altura de sus ojos y miraba pícaramente por encima de él.

—Mi rebelión juvenil se expresó con la política del idioma, sobre todo ante mi padre. Luego él mismo la utilizó contra mí, sugiriendo que podía emplear mi francés tan duramente adquirido estudiando en la Sorbona. Solía burlarse diciendo que el dialecto de Quebec no era francés y que podía demostrarle que se equivocaba hablándolo en París. Iba a estudiar con los mejores escritores franceses que podía imaginar y tenía miedo. Yo, una anglojudía de Toronto que hablaba un mal quebequés de la calle.

—¿Qué querías estudiar? ¿Qué escritores eran éstos?

—Filosofía del consumismo. Los chicos la llamaban FiloCon, que, si no recuerdo mal, puede sonar un poco feo en francés, si te lo propones. ¿Hablas francés?

—En realidad no. Lo leo un poco. Cuando nos pedían un segundo idioma, normalmente era español. ¿Y esos escritores que al parecer iban a enseñarte FiloCon?

—Aristide y Célestine Arosteguy. ¿Has oído hablar de ellos? Estaban casados. Eran un poco polémicos en el mundo académico. ¡Ay! —Chase sacudió la mano y se chupó un dedo—. Duele.

—¿Qué ha pasado?

—Me he dado un pellizco en el dedo. Parece que me lo he pillado con este recogedor de recortaduras. ¿Ves? Basta darle la vuelta para vaciarlo. Es para que los

trozos de uña no salten y queden desperdigados, como suele pasar con los cortaúñas de siempre. Es un Sally Hansen. De acero inoxidable. Vaya, me sale sangre... — Tenía un hilo de sangre que le bajaba serpenteando por el dedo anular. Frotó éste con el corazón y luego se los llevó a la boca mientras miraba a Nathan.

Tenía que ser una ficción muy sutil, construida por ella o en todo caso por ella y su padre. Debían de haber investigado a Nathan en la red, debían de haber encontrado algo que lo vinculaba con Naomi y el reportaje de Naomi sobre Arosteguy. Naomi podía ser muy desenvuelta y generosa en la red cuando estaba de aquel humor, aunque lo sabía todo sobre los pleitos contra los colgados de Twitter y los actos colectivos contra los colgados de Facebook. Y los cortaúñas, la sangre... Una brillante obra teatral en miniatura y casi inconcebible que era en realidad el reconocimiento inconsciente de un estado psicopatológico. Pero ¿tenía él un papel en el drama o era sólo un público reclutado?

—Pero ¿fuiste? ¿Lo hiciste? Digo estudiar con los Arosteguy en la Sorbona.

—Sí, claro que fui. Estuve dos años estudiando con ellos. Seguí muchos otros cursos, naturalmente, pero sobre todo con ellos. Los Arosteguy.

—¿Y tu francés? ¿Te sentiste en inferioridad de condiciones? ¿Sabes hablar ahora el francés de París?

Chase dejó caer las manos en el regazo con un suspiro elocuente. Luego, a modo de contrapunto, una risa floja.

—Ya no sé hablar francés. De ninguna clase. Ninguna.

—¿En serio? ¿Cómo es eso?

—Supongo que lo he olvidado totalmente. Ha transcurrido todo un año desde lo de París. —Chase se puso en pie, se sacudió el vestido, se tendió graciosamente en el suelo y se puso a dar pellizcos a la alfombra como si estuviera limpiándola de piojos —. Se me han caído trozos de uña al enseñarte cómo funciona el recogedor. Mi padre se fija en estas cosas. Lo llamo Ojo de Láser. No se le escapa una. Hay que estar alerta con papá. —Al final de la parrafada hizo una buena imitación cómica de Roiphe, verbal y físicamente, reproduciendo a la perfección su ágil inestabilidad y su vulgaridad afectada. Se incorporó apoyándose en la mesita de centro y quedó erguida casi encima de él, meciendo las invisibles recortaduras en la mano y haciéndolas saltar suavemente, como si calculara su peso.

—¿Las has recogido todas? —preguntó Nathan. No se le ocurría más estrategia que jugar al juego de Roiphe según se iba revelando.

—Creo que sí —dijo Chase con musicalidad exagerada—. Yo creo que sí.

—Chase, ¿estás al tanto de lo ocurrido a los Arosteguy?

—¿Cómo iba a estar al tanto?

—Seguramente por Internet.

—He averiguado que Internet es un lugar muy peligroso. Sobre todo para los niños. Yo ya no entro.

—Pero tú no eres una niña.

Se echó a reír.

—En Internet nadie sabe que eres adulta. Oye, ¿has oído hablar de la impresión 3D?

—He oído hablar, sí. ¿Por qué?

—¿Has oído hablar de la impresión de tejido filosófico 3D?

—No, de eso no.

—Ni siquiera aparece en Internet. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

Chase estaba todavía sumida en el desenfadado modo callejero del doctor Roiphe.

—Porque lo hemos inventado unos amigos y yo. Y no hablamos de eso. Algún día quizá te deje jugar con el invento.

Se volvió y desapareció escaleras arriba.

Naomi estaba en el sofá, con el Air abierto en su regazo, la Nagra parpadeando y la solemne cámara (con la pantalla de cristal líquido manchada de salsa de soja) restituida al portátil, el profesionalismo restablecido. Arosteguy en cuclillas al otro lado de la mesa, secando el sake derramado con un paño de cocina con plantas aromáticas estampadas.

—Necesito contarte lo que ocurrió cuando Célestine se enteró del diagnóstico. El diagnóstico destruyó el presente de indicativo para los dos porque destruyó el futuro. Nos envenenó. Y secretamente destruyó nuestras relaciones con todas las personas que conocíamos. Cada carcajada era una mentira, casa sonrisa un engaño. Porque decidimos no decir nada. Sabíamos que también destruiría su presente de indicativo con nosotros y no lo soportaríamos. Nos unió más, pero de un modo melancólico, enfermizo, y comprimió nuestro aislamiento casi hasta la locura.

Hizo una bola con el paño y la lanzó hacia la cocina. Prosiguió la limpieza rascando con una espátula de mango de bambú los restos de la comida esparcida por él mismo, metiendo cuidadosamente los fideos, las gambas, las algas y el tofu en una cesta de plástico rojo perforado, forrada con papel de periódico.

—No podíamos hacernos fotos después del diagnóstico. Cada foto era la proclamación de una mentira. Cada foto era ya el recuerdo de una vida que no existía, una fotografía de la muerte. En comparación con las inocentes y tempranas fotos de familia, las que acabé por hacerle a Célestine... después... eran sinceras, no contenían engaños ni mentiras ni falsedades. Eran horribles, pero eran puras.

—Ari, ¿qué médico hizo el diagnóstico? Sin duda sabes que algunas personas dicen que no hubo ningún diagnóstico. Que lo inventaste para justificar el asesinato...

Inspeccionó una gamba en la hoja de la espátula, la recogió y se la introdujo en la boca.

—¿Quién lo dice exactamente? ¿La doctora Trinh?

—Ella y otros.

—¿Otros de Internet? ¿Los Twitterversos? Se han abierto blogs para difundir expresamente esa idea.

—Sí.

—Internet es hoy por hoy un foro de acusaciones públicas. Pero tú preguntabas quién hizo el diagnóstico de Célestine —dijo Arosteguy—. El médico que le dijo que tenía leucemia linfoblástica aguda fue el doctor Anatole Grünberg, premio Nobel por su trabajo en oncología hematológica. ¿Quién dudaría de su palabra? —Pausa de reflexión—. Habían sido amantes cuando él no era más que un estudiante de la facultad de medicina de la Universidad Paris Descartes. Se veían de vez en cuando. A ella le gustaba relacionar nuestro trabajo, abstracto e interiorizado, con el funcionamiento del cuerpo humano. Ahí encontraba la base de nuestros escritos. La política, que es la justificación habitual de los franceses, era para ella más abstracta e

inconexa que la filosofía. Nunca se sintió atraída por ella.

Naomi, con dedos veloces, consultaba ya el nombre de Grünberg en la Wikipedia. La foto que aparecía era de un hombre de ojos salvajes y saltones, labios carnosos y pelo escaso y revuelto.

—Conozco a Grünberg, desde luego, por el escándalo del accidente del bote. Pero ¿practicaba todavía la medicina? ¿Como médico normal? —Grünberg se había salvado por los pelos de ser acusado de homicidio involuntario en un tragicómico accidente, ocurrido mientras paseaba borracho en bote por el río Marne, en el que dos de sus tres hijos ilegítimos habían resultado decapitados; después de aquello se había desatado una agria polémica pública sobre el valor del genio en el mundo real.

—Ésa fue la base de toda su revolucionaria investigación. Los pacientes como Célestine.

—¿Comentaste el diagnóstico con él? —preguntó Naomi.

—No. Nos conocíamos socialmente, pero guardábamos las distancias. Probablemente por rivalidad primitiva. No somos inmunes. Pero Célestine me lo contó todo. Diagnósticos médicos, páginas web médicas poco conocidas, era el pan nuestro de cada día.

Naomi no acababa de creérselo.

—¿Y a ti no te dijo nada?

—Era el médico de ella, su especialista. Era profesionalmente riguroso. No lo habría comentado como un chisme de café.

—¿Viste los resultados de los análisis? ¿Los de sangre? ¿Los escáners óseos? ¿Las tomografías axiales? ¿Las resonancias magnéticas? ¿Rayos X? ¿Alguna cosa?

Arosteguy fue negando con la cabeza conforme oyó las preguntas: movimientos breves, irritados, despectivos.

—¿No pudo haber mentido el doctor Grünberg? —dijo Naomi—. ¿Pudo haberte mentido a ti Célestine? ¿Cabe la posibilidad de que no estuviera enferma?

—Ya te he contado las transformaciones que sufrió su cuerpo. Eran muy reales.

—Puede que tuvieran otra causa.

Arosteguy lanzó un bufido desdeñoso.

—¿Envejecimiento natural de una mujer? Es asombroso lo que las personas son capaces de atribuir a eso. Cómo se niegan a ver las cosas que temen ver.

—La doctora Trinh me dijo que Célestine no tenía nada, médicamente hablando.

—La doctora Trinh estaba enamorada de Célestine. La adoraba, la idolatraba, apenas podía mirarla sin caer de rodillas. Era vergonzoso. Una mujer ridícula. Célestine no volvió por su consulta después de recibir el diagnóstico de Anatole. ¿Y por qué iba a mentirme Célestine? ¿Por qué decirme que iba a morir si no era verdad?

—Para inducirte a matarla —dijo Naomi en son de triunfo—. Un asesinato por compasión, pero no por los motivos que tú pensabas.

—¡Un retorcimiento más allá del retorcimiento! ¡Qué maravillosa invención la tuya! Después de todo, eres una periodista peligrosa.

Naomi no tardó en acurrucarse en el sofá con Arosteguy, que la rodeaba con los brazos y le acariciaba el cuello. Los ecos del uxoricidio filosófico que estaban innegablemente en el aire resultaban tranquilizadores para los dos, no les turbaban, antes bien los vinculaban con dramas pasados, llenos de características y significados. La muchacha tenía los ojos entornados y hablaba con voz adormilada.

—Pero fue nauseabundo, ¿no crees? El hecho en sí, quiero decir, el acto de comer. Fue una exhibición de horror. Una carnicería. Y las fotos. Nunca había visto nada tan horrible. Y Sagawa, que se comió a aquella chica de cuerpo sano y rozagante. Es repugnante que diga esto. Me escandalizo de mí misma incluso por pensarlo. Pero el cuerpo de Célestine estaba devastado por la enfermedad y eso, en cierto modo, lo hace todo más horrible. No puedo creer que esté diciendo estas cosas.

Arosteguy emitió una risa breve que acabó transformándose en susurro ronco, una técnica teatral, se dijo Naomi, que probablemente era efectiva cuando daba una conferencia; pero a ella le gustaba y en las presentes circunstancias se sentía como una estudiante con responsabilidades oportunamente limitadas.

—Saludables pensamientos enfermizos —dijo el hombre—. Sinceros. Pero puedes decir esas cosas porque no la conocías. No conociste su cuerpo con la profundidad con que lo conocí yo. Tú ves un cadáver, un cuerpo muerto, mutilado, anónimo, y sí, enfermo. Pero yo no. Yo viví en el paisaje de ese cuerpo muchos años. Cuando cambió ese paisaje, cambió mi vida con él. Nunca dejó de ser mi Célestine. Nunca.

Arosteguy la besó con pasión y ansia. Ella respondió con la misma vehemencia. No tardaron en estar desnudos, medio cuerpo en el sofá, el resto en el suelo.

—¿Vas a morderme? —dijo Naomi. Arosteguy la mordió y ella lo mordió a él, en el hombro, los brazos, el cuello—. Y después ¿me comerás? —Y Arosteguy la comió: los pechos, los muslos, y fue bajando hasta el coño. Naomi lo detuvo, le alzó la cabeza tirándole del pelo—. Ah, no, Ari. Lo olvidaba. Mi novio de siempre...

—¿Qué le pasa a tu novio?

—No, es... es que me ha dicho que tiene la enfermedad de Roiphe. Ya sabes. Esa enfermedad venérea. Quiero decir que a lo mejor no me ha contagiado, aunque tengo algo...

Arosteguy dio un bufido.

—¿Sabes cuántos años tengo?

—La Wikipedia dice que sesenta y siete.

—La Wikipedia dice la verdad. ¡Y qué impulso hacia la armonía global es esa creación!

Naomi no percibió ninguna ironía.

—¿Y qué tiene que ver la enfermedad con tu edad?

—Bueno, que los dos estamos infectados. Por ejemplo, yo ya no eyaculo. Rezumo de un modo siniestro, como una pústula reventada. Esas corridas de las películas porno, que parecen chorros de nata de una manga pastelera, para mí son

pura ciencia ficción, nada más que efectos especiales de imágenes generadas por ordenador.

Naomi bufó a su vez, imitándolo deliberadamente.

—¿Y qué más? ¿Me das la lista completa ahora o la oportunidad de hacer excitantes descubrimientos de monstruosidades?

—Con el tiempo, las parejas mayores se adaptan a esas discapacidades sexuales que van apareciendo poco a poco, no incomodan ni violentan, se vuelven parte de la comedia doméstica para la tercera edad que los dos miembros prometen escribir juntos, pero los recuerdos, afortunadamente, flaquean y la intención queda en el olvido. Pero para una persona joven que es arrojada al foso de los viejos leones... he vivido momentos difíciles.

—Con tus estudiantes.

—Los jóvenes entusiastas y atrevidos, sí, porque están protegidos de la repugnancia durante un tiempo, pero luego...

—Tienes suerte de que nadie te haya llamado la atención sobre lo políticamente correcto. Creo que esa época acabó hace mucho, incluso en Francia.

—Ha habido dramas entre bastidores. La prensa francesa ha tenido tendencia a ser más discreta que la del resto del mundo, pero desde que Facebook y Twitter se hacen la competencia... Cualquier aventurerismo sexual significa hoy la muerte.

—¿Tenían inseguridades sexuales algunos de vuestros jóvenes?

—Ah, sí, todos. Célestine y yo nos aprovechábamos de ellas en nombre de la terapia y la filosofía.

—¿Y yo? Yo también tengo algunas. ¿Te hago una lista o prefieres descubrirlas por tu cuenta?

—Sinceramente, creo que una lista sería un detalle encantador. Podemos hacer un intercambio y luego comprobar si la realidad coincide.

—Empezaré por la mía. Pero antes te advierto que he dicho en serio lo de tener mis propias supuraciones ahí abajo. Podrías pillar algo peligroso. ¿No tendrás por ahí ninguna caja de bonitos condones japoneses? Seguro que tienes condones Hello Kitty. Traducido es Hola Coño.

—Me tonta mucho decirte algo que parece sacado de un cuento erótico mal traducido del panyabí, algo como «Un cocinero debe tener gusto para las salsas» y acto seguido comerte el coño.

—Por favor, no digas esas cosas.

—¿Y por favor no lo hagas?

—No he dicho eso.

—Pero ¿adónde irás? ¿Tienes reserva en algún hotel? ¿Te lo puedes permitir? Y yo que creía que necesitabas estar escondida en Tokio...

—Necesito estar más escondida aún —dijo Naomi, guardando en las bolsas lo

que faltaba del equipo y la ropa.

Yukie la miraba cabeceando.

—¿De mí? ¿No te fías de mí?

Naomi se había apoderado de la cama, de la mesa de la cocina y de otras superficies, todo para organizar el equipaje. En aquel momento se volvió desde la cama y asió a Yukie por los hombros. Yukie levantó los ojos hacia Naomi y ésta se sorprendió al ver las emociones que interpretó en ellos.

—No, Yukie, no. No es eso, de ningún modo. No lo es. —Abrazó entonces a su amiga, que se relajó y se quedó como mustia, sin respuesta, todo su cuerpo un mohín.

—Entonces, ¿qué es? No me gusta la expresión de tus ojos. Recuerdo lo arisca que te pusiste aquella vez, en Santa Mónica... —Le bastó mencionar el incidente de Santa Mónica, que fue una piedra angular en su historia y mitología comunes, para darse cuenta de lo que aquello implicaba, para sentirse afectada físicamente, tanto que se soltó del abrazo de Naomi y se alejó hacia el extremo de la cocina para ver objetivamente a su amiga—. Pero no ese francés —añadió, todavía negando con la cabeza—. No ese profesor asesino y caníbal.

Yukie empezó a tirarse de una uña. Las tenía todas pintadas de un blanco nacarado, con una pequeñísima rosa negra de cerámica pegada en el centro. Una rosa se había roto parcialmente y Yukie trataba de limpiarse la uña raspándola. Naomi se había fijado ya en la delicadeza con que se había puesto los guantes, a los que era tan aficionada.

—Unos pocos días con él no son suficientes para completar la historia.

—¡Toda la puta historia *privada*! ¡Estás tan loca como él!

Naomi había querido que Yukie se involucrase emocionalmente en la investigación, lo había necesitado al principio, pero sentía las consecuencias de aquel planteamiento, hasta qué punto daba a Yukie el derecho a juzgar incluso temiendo sinceramente por su amiga, aunque como solía ocurrir con Yukie había por medio un elemento competitivo, una rivalidad profesional que salía a la superficie y propinaba un rápido mordisco antes de que nadie se diera cuenta de por dónde llegaba el ataque.

Naomi se volvió de nuevo y siguió haciendo el equipaje.

—Es un hombre increíble. Muy dulce, muy sensible.

Yukie empezó a pasearse por la cocina.

—Ohdiosmío. Ni siquiera podrán devolverme tu cuerpo en una bolsa para cadáveres. Tendrán que usar dos docenas de bolsitas con cierre hermético para el congelador.

—No me vengas con melodramas, Yukie. Ese hombre no es una fuerza oscura. Es simplemente un hombre, un hombre que hizo algo radical, por amor, pasión y obsesión, y lo hizo una sola vez.

Yukie dejó de pasearse. Le parecía percibir toda la historia en el lenguaje corporal de su amiga, una historia con final y todo.

—Te lo has tirado ya, ¿verdad? Tu primera noche con él y te lo follas. No puedo

creerlo.

Naomi no se volvió.

—No, no puedes entenderlo. Eso es lo que no puedes. Y no espero que lo entiendas hasta que leas lo que yo escriba. A eso se reduce todo, has perdido de vista eso. Es el escribir. Es el tema de este artículo. Es fantástico y es todo mío.

—Guau. Qué alucinante —dijo Yukie—. ¿Y Nathan hace lo mismo que tú? ¿Cotejáis notas? ¿Torturáis a los entrevistados del otro? ¿Os reís de esto?

Naomi sí se rio, todavía dando la espalda a Yukie.

—No es mala idea, ¿sabes? Voy a llamarlo.

Nathan paseaba por las frondosas y exuberantes calles de Forest Hill, hablando, increíble pero cierto, con Naomi. El sol pegaba fuerte, la luz se filtraba entre las ramas.

—Estoy paseando por el barrio. Necesitaba salir de la casa.

—Conozco esa sensación —dijo Naomi—. Mi problema es que cuando salgo estoy en Tokio. —Parecía relajada, demasiado relajada para que Nathan se sintiera tranquilo. Era la clase de relajación que se tiene cuando se ha follado toda la noche. La idea flotaba a un nivel subliminal y Nathan no pensaba abordarla, pero estaba allí, royendo. Pues que royera con sus feroces dientecitos amarillos. ¿Cómo iba a abordarla? Era Naomi quien finalmente había salido del punto muerto en que había quedado la conversación por el teléfono del avión después de que Nathan pasara horas tratando inútilmente de ponerse en contacto con ella mediante *e-mails*, mensajes de texto, el teléfono y las redes sociales.

La cuestión era: Naomi detestaba su carácter pusilánime y nunca lo perdonaría. Había herido, mutilado y deformado mortalmente el amor que sentía por él, por no hablar del asunto del contagio venéreo. Si se salvaba, le dijo, era sólo por el uso que pensaba dar a todo el lamentable episodio y también a toda la relación que tenían. Ya podía él imaginarse a punto de participar en una etapa de montaña *hors catégorie* y particularmente horrenda del Tour de Francia, quizá Mont Ventoux, o el Col du Tourmalet, espachurrado por multitudes aterradoras, abucheantes y estrafalariamente vestidas, e iba a sufrir, a sufrir, a sufrir más. Como es natural, cuando lo dijo Naomi pensaba en Hervé y su bicicleta de fibra de carbono, y sus calzones comprimidos con tirantes, con huevera hueca de diseño y su pene a La Peyronie —y es que debería habérselo follado, vaya error—, porque lo poco que sabía de ciclismo procedía de él.

Había otro elemento final, que era que el último *email* de Nathan prometía revelar una curiosísima e inverosímil conexión entre Roiphe y Arosteguy, que —Naomi tuvo que admitirlo— podía inclinar todo el contencioso hacia la reconciliación; tenía que ser algo sabroso y sustancioso, porque Nathan carecía de la ladina creatividad necesaria para inventar algo así. Por eso había vuelto a dirigirle la palabra.

—La ironía de toda esta historia es que ahora me dices que tu asesino caníbal, Arosteguy, está más sano de lo que habías imaginado —dijo Nathan— y yo te cuento que mi respetable y anciano investigador médico está como un puto cencerro.

—Bromeas —dijo Naomi, estirándose lánguidamente con sensualidad felina. O eso imaginó Nathan—. Suena a fantasía. Tengo miedo por ti.

—¿En serio? ¿Tienes miedo?

—Miedo de que toda tu teoría sobre Roiphe sea pura filfa. Mejor dicho, fantasía.

—Yo no estoy tan seguro. Creo que ese hombre engaña. Me cuesta creer incluso que haya sido médico alguna vez. A lo mejor tiene Alzheimer.

—¿Qué hace exactamente para parecer tan chiflado? —preguntó Naomi, que pronunció unas cuantas palabras más, pero llegaron electrónicamente desfiguradas.

—Te estoy perdiendo —dijo Nathan—. ¿Me oyes? Te enviaré unas fotos. —Pero la comunicación se había interrumpido. Fin de Llamada.

Nathan se dirigió a casa de Roiphe y llamó al timbre, incongruentemente vulgar, nada más que un cubo de plástico negro con un botón blanco, escondido en la jamba de piedra artificial. El botón se iluminó cuando lo pulsó, pero Nathan no oyó ningún ruido procedente del interior de aquella casa precintada que parecía un mausoleo. Al rato Chase abrió la puerta.

—Hola, Nathan, ¿has olvidado la llave?

—Mmm, no tengo llave.

—Si vas a vivir aquí, deberías tener llave. —Como de costumbre, Chase iba casi totalmente tapada, de pies a cabeza: botas de ante, pantalón de seda acampanado y blusa de manga larga con cuello Mao. ¿Cuándo empezaría a llevar guantes largos?

—Eso sería... sería estupendo. —Una pausa incómoda. Chase sonrió pero no se movió, impidiéndole la entrada adrede—. Tener llave propia —añadió Nathan. Pausa—. De la casa. —No hubo reacción. ¿Sería aquél el habitual modo porteril de Chase? Decidió adoptar una táctica más radical—. ¿Te vienes a dar un paseo?

—No, no, no podría —dijo la chica con indiferencia—. Estoy en cuarentena.

—*Vraiment? Il s'agit d'une maladie sérieuse?*

Chase redujo la sonrisa al grado cero del afecto y le dio con la puerta en las narices.

Cuando un rato después llegó Roiphe con su Cadillac Seville de los años noventa, aparcó en el camino de entrada y se apeó con la raqueta de tenis en la mano, encontró a Nathan sentado en los peldaños de acceso a la casa.

—Lo han dejado fuera, ¿eh? —dijo, cruzando el césped y riendo ruidosamente para sí. Con su elegante equipo azul de marca Puma, el esquelético doctor parecía ágil y atlético.

—No he llegado a entrar.

Al llegar al porche, Roiphe hizo alarde de su revés y la raqueta pasó peligrosamente cerca de la cara de Nathan.

—¿La señora de la casa no responde al timbre?

—He cometido el error de hablarle en francés y me ha cerrado la puerta en las narices.

La cara del médico se ensombreció un instante.

—Bueno, ha sido un detalle inteligente. ¿Y por qué se le ha ocurrido hacerlo?

—Usted me contó que había estudiado en la Sorbona. Dijo que tenía no sé qué complejo sobre hablar francés. He pensado que la pillaría por sorpresa y la sacaría de la confusión. Y creo que así ha sido. ¿He metido la pata?

—Bueno, el francés forma parte de su pasado y en la actualidad su pasado no forma parte de su terapia. ¡Aquí no se permite la entrada a los freudianos! —Se pasó a la mano izquierda la raqueta Prince EXO3 y propinó a Nathan una palmada en la espalda.

Nathan se incorporó y se encogió de hombros.

—¿Lo he echado a perder? ¿Se me expulsa del templo?

—De ningún modo. Vamos a darle una llave. Venga, no me diga que no es el sueño dorado de un periodista. ¡Las llaves del reino! Pero no abuse de este privilegio. Sé que a ustedes los jóvenes les gusta revolver los cajones y la ropa interior.

Naomi se había quedado dormida después de hablar con Nathan. Para simplificar las cosas, había utilizado el móvil de Arosteguy, un LG japonés, extrañamente largo y delgado cuando se desplegaba; también Arosteguy se había quedado dormido en el sofá de la planta baja, momento que había aprovechado ella para subir a su habitación y hacer la llamada. Había tenido la impresión de que Nathan había percibido en su voz el olor de Arosteguy, cosa que la complacía y la ayudaba a relajarse en un espacio para dormir muy acogedor. Pero su iPad pitó en aquel momento para anunciarle la llegada de un mensaje y estaba muy sensibilizada a aquel sonido; no podía dormir oyéndolo y de nada serviría echar sobre el aparato una prenda amortiguadora. El iPad estaba en la mesa y podía llegar a él sin levantarse de la cama, ni siquiera necesitaba estirarse en el borde. Se quedó de espaldas y sostuvo la iluminada pantalla encima de la cabeza, suspendida y benigna presencia que la tranquilizaba tal como ella necesitaba. En el panel de avisos vio que eran las fotos que Nathan le había prometido enviar y en la línea descriptiva ponía: «¡Fotos alucinantes e increíbles... y más!».

Cuando abrió las fotos en Vista Previa quedó intrigada. Se incorporó y apoyó el aparato en el regazo para poder pasar las imágenes. ¿Quién era aquella guapa joven sorprendida desnuda y de rodillas delante de una mesa de juguete, llena de tazas de un servicio de té infantil? (Todo el servicio, advirtió Naomi, era muy norteamericano, de imitación británica en el mejor de los casos; empezaba a sentirse a gusto en los reducidos espacios japoneses y le gustó la novedad que representaba ver un juego de té no japonés; era como sentir el comienzo de un profundo cambio cultural à *l'arosteguyenne*). Pero ¿qué hacía la joven de las fotos? ¿Fingir que era una niña? Las

fotos habían llegado en tres lotes de resolución media con un mensaje explicativo aparte: «Es Chase Roiphe, hija del doctor Roiphe. Dice que estudió en la Sorbona con los Arosteguy hace un año. Podría tener cosas interesantes que contarte. ¿Se las vas a enseñar a tu nuevo colega? Puede que la reconozca. Tengo la corazonada de que causaría impacto. ¡Si no, que no las vean más que tus bonitos ojos!».

Siendo como es el mecanismo de la venganza y el amor, Naomi se sintió aterrorizada y herida por la penúltima frase. Al parecer, Chase Roiphe había impresionado a Nathan y había que tener en cuenta su belleza, su desnudez y (tenía que ser sincera) su extravagancia, por las que Nathan siempre había sentido debilidad, sobre todo si resultaban no ser demasiado autodestructivas, aunque Naomi dudaba que aquella fuese totalmente intelectual. Una impresión bioquímica, pues, la peor clase. Pero ¿qué clase de extravagancia era?

Los instrumentos analíticos más agudos que poseía Naomi se pusieron en acción inmediatamente y las disecciones resultantes fueron descorazonadoras. Sentía la cámara en las manos de Nathan como si estuviera en las suyas, sentía que se acumulaba la atracción hacia aquella mujer, aquella Chase Roiphe, mientras la cámara pasaba del objetivo gran angular de focal corta a distancia, al gran angular de cerca y al primer plano íntimo con teleobjetivo; movimientos que correspondían a la objetividad documental que se transformaba en prueba de amor o al menos en atracción sexual, si no en obsesión. Los enfoques contaban su propia historia: me interesas de un modo superficial, pero ahora estoy un poco intrigado por ti y empiezo a temerte, y ahora, aunque me pone nervioso acercarme (las fotos me salen descuidadas y mal encuadradas), tú al menos me permites estar cerca de ti sin reaccionar negativamente, y ahora noto que me invitas a entrar en tu cara y en tu cuerpo, y ahora encuentro con seguridad las perspectivas ópticas que revelan con la mayor diafanidad tu temible belleza y tu extrañeza provocativa. Al final de la serie infernal, Nathan reptaba por su cara y su anatomía, por aquel magnífico cuerpo atlético, sembrado de... ¿de qué? ¿De eccemas? ¿De picaduras de mosquito? ¿De picaduras de simúlidos? ¿Se habría bañado desnuda en el Escudo Canadiense? ¿Y qué estaba comiendo? Estrafalario apacientamiento macroscópico, con Nathan deseoso de seguir los dedos de la joven hasta su boca, de eso estaba segura.

Naomi arrojó el iPad sobre la cama. Estaba convencida de que Nathan se follaría a Chase en un abrir y cerrar de ojos, y quizá dijera que era otro polvo por compasión. Aunque también cabía la posibilidad de que esta vez adoptara los rasgos de la nueva modalidad: investigación integrada. Incluso ella se sorprendió, pero el caso es que rompió a reír. Estaba segura de que Nathan sabía que ella follaba con Arosteguy y eso significaba que se habían introducido en un nuevo y excitante nivel de juego interactivo, un nivel que unía a las nuevas parejas a la vida del otro. Y había que ver la majestad de su desarrollo: Chase había follado con Arosteguy —¡y con Célestine! — y lo que Nathan averiguara por Chase la ayudaría a iluminar la saga de los Arosteguy. Saltaba a la vista que Nathan estaba más que dispuesto a compartir a los

Roiphe con ella y que todo podía conducir a un lugar emocionante y peligroso. Se estiró en la cama, con brazos y piernas abiertos, aceptando la vulnerabilidad, la transparencia, exquisitamente consciente del fino *happi* de algodón que llevaba y que le había dado Ari. Tenía un enloquecedor estampado de rejilla de color añil y estaba rozado en los bordes, y sintiendo en la piel el roce de su opaca historia, fantaseaba con que era una prenda que había llevado Samuel Beckett en sus últimos días, en aquella deprimente residencia municipal para la tercera edad, llamada precisamente *Le Tiers Temps* —él lo llamaba «el hogar de los vejestorios», su respirador artificial zumbaba en un rincón—, algo que le hablaba de desesperación y pobreza, que traducido al japonés se transformaba en alegría y libertad. Ari le había dicho que la prenda ya estaba en la casa, encajada en una ventana para que no entrara el frío del invierno. La imagen de Beckett la devolvió directamente a Nathan, que era su única conexión con el dramaturgo. Nathan le había pedido que leyera un artículo suyo titulado «La última cinta de Beckett» —una meditación sobre su último año en la tierra—, después de ver con ella el DVD entero de *La última cinta de Krapp*, con John Hurt, y había acabado gustándole la interacción entre la grabadora y la memoria de Krapp, interacción que ella vinculaba ya por entonces a su fascinación por la fotografía y su inexorable manipulación de los recuerdos. Beckett era para ella sobre todo aquel pelo, aquella nariz, aquellos pómulos, aquellas cejas —¡aquellas orejas! —, un pasmoso objeto fotográfico. Se sentó y recogió el iPad, dispuesta a responder a Nathan con todo lo que acababa de pensar —que sintiera toda la electricidad siniestra a través de un océano y un continente, que se sobresaltara y se sintiese inseguro y asustado—, pero en vez de eso se puso a importar las fotos a la aplicación Photosmith para manipular mejor la imagen, y luego, cuando las hubo cargado, se levantó y bajó sigilosamente, con el iPad en la mano como una pistola cargada.

El futón estaba desplegado y apoyado en el bastidor de madera, formando una tarima de finalidad claramente sexual, y Arosteguy, que llevaba sólo una camiseta de marinero francés, de rayas azules y blancas, como las que vestía Picasso, yacía de costado, en una postura casi fetal que despertó en Naomi intensos recuerdos de su padre y de los últimos días que pasó en el hospital Sunnybrook de Toronto, con ictericia, arrugándose y temblando hasta morir. Al mismo tiempo le hizo gracia comprobar lo poco japonés que parecía en aquel reducido espacio, hombretón europeo de muslos peludos y pecho robusto. Le había enseñado un poco de porno japonés, reproduciendo la cinta en un voluminoso magnetoscopio plateado sin marca, y viéndola en un Sanyo antiguo de catorce pulgadas. Salía un veterano astro del porno de setenta y tres años, llamado Shigeo Tokuda, que tenía los dientes un poco saltones y unas cuantas matas de pelusa en el cráneo, y un cuerpo conmovedoramente viejo y arrugado, con un pene que apenas se veía en la mondrianesca mancha borrosa de la censura, pero que resultaba totalmente fascinante cuando entraba y salía de la boca o la vagina de una muchacha pechugona de veintitantos años. El vídeo se titulaba *Geriátrico prohibido: Volumen 17* y, tal como prometía la carátula, ofrecía

escenas sexuales en una residencia de ancianos. Arosteguy dijo que había comprado la cinta para iniciarse con dignidad en el ambiente sexual de los japoneses maduros, totalmente convencido de que nunca más volvería a follar con una mujer caucásica. El subtexto de la proyección en el televisor de rayos catódicos era que Naomi estaba interfiriendo en su deseo de cambiar francesismo por asianismo hasta donde pudiera, y la intención era elogiosa, pero el subtexto era que la tercera edad era sexualmente viable, *n'est-ce pas?* Como ya lo había encontrado soberbiamente atractivo en el primer vídeo suyo que había visto en YouTube, Naomi no necesitaba que la convencieran; a Shigeo Tokuda, en cambio, sólo lo encontró cómicamente simpático. Se puso a hacer fotos de Ari dormido con el iPad, tras poner en silencio el chasquido del obturador, dado que la preocupaba hasta cierto punto que el solo funcionamiento de su cerebro lo despertara cabreado. Naomi temía su ira. Al acercarse al hombre se percató de que roncaba suavemente y con una irregularidad que resultaba extrañamente expresiva, como si el hombre hablara por las cavidades nasales. Naomi acarició la posibilidad de filmarlo en vídeo, pero no se atrevió, aunque la idea de hacer un documental y no un artículo o un libro le pasó por la cabeza. Casi sentía vibrar el tabique nasal como la lengüeta de un clarinete o una válvula cardíaca durante un episodio de fibrilación auricular, otra asociación indirecta con los últimos días de su padre. Retrató el cuerpo entero con encuadres informales y luego con otros más ajustados. Cuando rodeó el futón para hacer un primer plano de la cara, vio que Arosteguy tenía los ojos abiertos y la miraba.

Bostezó, se estiró y se recostó.

—Imagino que una foto del pene flácido y con pegotes de semen del infame filósofo caníbal puede ser de interés, aunque esté hecha con un iPad.

—Sólo cinco megapíxeles, pero de buena calidad documental. Probablemente lo único que se necesita para un libro. —Arosteguy encogió las piernas para hacerle sitio y Naomi se sentó junto a él—. Y hablando de documentar, hay algo aquí —agitó el iPad— que quisiera enseñarte. ¿O prefieres que te prepare un té primero? Creo que ya domino esos asquerosos quemadores oxidados.

—He soñado con que te follaba de aquí a la eternidad.

—Tus ronquidos eran muy excitantes.

—¿Ronquidos?

Naomi probó a imitarlos, aunque sin saber muy bien si el hombre desconocía la palabra inglesa o si le sorprendía enterarse de que roncaba. El sonido que salió se parecía bastante el que emitía uno de los cerdos verdes del videojuego *Angry Birds*, del cual tenía una copia gratuita en HD en aquel mismo iPad. Arosteguy se echó a reír.

—Deberías reemplazarme más a menudo para los efectos de sonido. Tienes un gran talento en ese campo. Pero enséñame lo que quieres enseñarme. Normalmente despierto con una lucidez que desaparece pronto, así que quizá éste sea el mejor momento. —Le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí con un profundo

gruñido que inquietó a Naomi, pues no era ni muy francés ni muy japonés y sí, quizá, discretamente desesperado; no parecía formar parte de su relación, fuera cual fuese ésta, y recordaba más bien el abrazo incestuoso que daba un padre a una hija (¿a esto se refería Nathan cuando hablaba de «tema sexual»?), Arosteguy allí sentado con los muslos, el pene y los testículos al aire, ella desnuda debajo del corto y deshilachado *happi*, que proporcionaba a lo que estaba a punto de hacer: enseñarle las fotos de Nathan, sabedora de su potencial explosivo (aunque no estaba segura de cuál sería) un lustre ultracorrupción.

Abrió la pantalla y la volvió hacia Arosteguy.

—Son fotos hechas por mi amigo Nathan. Está en Toronto, trabajando en un artículo.

—Conozco la ciudad. Muy bonita. Simpática. Estuve allí en 1966, por un simposio sobre la energía en el Tercer Mundo. ¿Qué son esas fotos? ¿Quién es la chica? Bonitas caderas. ¿Qué hace?

Naomi pasó las fotos rítmicamente. Arosteguy reaccionaba ante ellas con leves gruñidos y suspiros, como si todavía estuviera durmiendo, hasta que Naomi se detuvo en la primera foto que mostraba un primer plano de Chase.

—¿La reconoces, Ari?

Arosteguy adelantó la cabeza y entornó los ojos. Naomi abrió los dedos sobre la pantalla como si estirase una membrana, para ampliar la imagen, hasta que el rostro boquiabierto y arrobado de Chase llenó todo el cuadro. Arosteguy retrocedió como si hubiera recibido un golpe en la cabeza y su mano derecha se colgó violentamente del hombro de Naomi. Se incorporó y frotó toscamente con el brazo los hombros de Naomi para alejarse de ella, para alejarse del futón con los ojos relampagueando de ira. Naomi sintió que se encogía como una araña tocada por un cigarrillo encendido, pero tuvo presencia de ánimo suficiente para activar el registro de voz del iPad, lo cual tuvo un efecto calmante y distanciador que le permitió entrar flotando en ese espacio protegido que es el *observador profesional*, que de manera automática y segura situó a Arosteguy en el portaobjetos giratorio, bajo el microscopio. El hombre se paseó unos minutos murmurando para sí, luego cogió los ajustados pantalones de pana azul marino y se los puso de cualquier manera, sin calzoncillos, que por lo visto no se ponía nunca. Así blindado, se sentó en el alféizar de la ventana que daba a la calle, estiró los labios haciendo un puchero elástico, como si ensayara en silencio su siguiente frase.

—¿Quién es ese amigo tuyo que te ha mandado las fotos? —dijo por fin.

—Se llama Nathan Math. Es periodista. Vive en Nueva York.

Arosteguy asintió con la cabeza.

—¿Novio?

Naomi, encogiéndose de hombros con una despreocupación que no sentía, respondió:

—A veces.

—Así pues, tu novio y tú. Una clásica conspiración periodística americana.

—Ari...

—¿Por qué habéis hecho esto? ¿De qué conocéis a Chase? ¿Qué tratáis de hacerme? —No pronunció «Cheis», sino «Shas», lo que para Naomi estuvo a punto de meter todo el melodrama en el terreno de la farsa.

—Yo no la conozco. Y no estaba segura de que la conocieras tú. Ha vuelto a Toronto, con su padre, que es médico, Barry Roiphe, que la ha sometido a una especie de terapia. Y Nathan está en su casa para escribir un artículo sobre los dos. Chase le dijo que había estudiado en la Sorbona, contigo y con Célestine. Eso es todo. Una casualidad, no una conspiración.

Arosteguy lanzó una carcajada áspera y pastosa y la pastosidad pareció recordarle que necesitaba un cigarrillo. Anduvo por el perímetro de la habitación hasta que encontró la cajetilla amarilla de cartón con el ideograma japonés que coronaba en rojo las letras Rin y a los pocos segundos ya estaba inhalando humo. A Naomi le llamó la atención que fumara cigarrillos con filtro de corcho, aunque su sorpresa fue más una cuestión de estilo que un conocimiento profundo del tabaco (no había fumado en su vida); en su opinión, debería ser un adicto a los Gauloises, como Jean-Paul Belmondo en *Al final de la escapada*, Gauloises Caporal sin filtro, en el clásico paquete blando de color azul, con el logotipo del casco con alas; pero, claro, estaba decidido a ser japonés. La muchacha sintió intensamente el deseo de fotografiar la cajetilla de tabaco y desde el otro lado de la estancia vio que el mismo ideograma rojo estaba impreso en el papel del cigarrillo, inmediatamente por debajo del filtro. Dada la importancia que tenían el impulso, la pasión y la identidad consumistas en la filosofía social de los Arosteguy, se habría dicho que era inevitable que ella, con el tiempo, aplicara a la pareja sus propios puntos de vista psicológicos: las opciones y lealtades del consumidor eran la clave del carácter y de todas las interacciones sociales. Estaba segura de que Arosteguy era consciente de eso porque se esforzaba —¿con cuánta seriedad?, ¿o era mera ironía?— por ser japonés consumiendo artículos japoneses. Podía ver el problema ejemplificado en la dicotomía entre ropa occidental y atuendo tradicional japonés; era demasiado orgulloso, demasiado consciente para convertirse en una caricatura del japonés aferrado a la tradición —si iba a volverse japonés, sería una variante contemporánea y progresista—, y en consecuencia la transformación corría a cargo de los artículos secundarios, como el tabaco y la comida.

—No, en serio, te admiro a ti y admiro a tu novio Nathan. Una versión nueva y moderna de *Las amistades peligrosas*. Una asociación muy convincente para la Era de la Información. Debería dar para un espectáculo precioso.

—Ari, no sé de qué hablas. —El humo que llenaba los pulmones de Arosteguy parecía relajarlo en serio, transformar su cólera en sarcasmo, un alivio para Naomi—. Sé que parece ridículo, pero es una coincidencia. Nathan está con los Roiphe por culpa de la enfermedad de Roiphe. Ya te lo dije, él me la pegó y decidió investigarla.

Lo demás vino de ahí.

—Una casualidad inesperada, pues. Muy bien. ¿Y las consecuencias inesperadas?

—¿Cuáles serían?

Arosteguy apagó el cigarrillo en el alféizar, cruzó los brazos durante unos instantes de meditación, volvió al futón y tomó asiento al lado de Naomi. Cogió suavemente el iPad, que estaba en el regazo de Naomi, y lo sostuvo en la mano.

—¿Puedo jugar con ellas? ¿Con las fotos de Chase que hizo Nathan, el buen amigo de Naomi?

Naomi afirmó brevemente con la cabeza, con rigidez, con los ojos dilatados, nerviosa, agitada. Arosteguy se inclinó sobre el aparato y se puso a mirar las imágenes, pasándolas y ampliándolas con fervor forense.

—¿Qué ves? —preguntó Naomi.

—Veo —respondió el hombre sin levantar la mirada que Aristide Arosteguy no tardará en ser cazado en una mentira y que por ello mismo podría contárselo todo a su confesora.

—¿Qué mentira?

—Eso es exactamente lo que una confesora querría saber. Pero ¿no siente ella curiosidad por la mecánica de la revelación? El sacerdote de mi infancia, por ejemplo, el padre Drossos, un hombre aterrador, estaba obsesiva, quizá antinaturalmente preocupado por la mecánica de la revelación. Por supuesto, había razones siniestras y familiares para eso.

—Pues tu exalumna Chase Roiphe acabará contando a Nathan algunos secretos sobre ti, Nathan me los contará a mí y yo se los contaré al mundo.

Arosteguy la miró en aquel momento con una sonrisa de gratitud.

—Muy bien, no esperaba menos de la sacerdotisa Naomi. —Con una leve reverencia le entregó el iPad apoyado horizontalmente en las dos manos, palmas arriba, como una patena o una tarjeta comercial japonesa—. Pero los secretos se han contado ya sin que se pronuncie una sola palabra, y todos están aquí.

—¿Piensas tener hijos algún día, Nate?

Estaban sentados en el patio de piedra toscamente tallada que daba a la estrecha y larga piscina y a la recargada charca rocosa en la que nadaban algunas carpas de buen tamaño. Al otro lado había una cochera de tejado de pizarra que parecía auténtica —es decir, de unos cien años de antigüedad—, limitada por un soso edificio de viviendas oficiales. Nathan se preguntó cuántos vecinos los estarían mirando con prismáticos y telescopios urbanos. Oía el murmullo de un arroyo o cascada artificial, pero no lo veía desde donde estaba sentado, debajo de la amplia sombrilla de jardín, de lona y teca, que brotaba del agujero forrado que había en el centro de la mesa, también amplia, también de teca. Una pequeña y nerviosa asiática les había servido café, y frutos secos y frutos del bosque en sendos tazones.

—No tengo ni la menor idea, Barry.

—Pero tendrás una novia permanente en alguna parte, ¿no? —El sol estaba alto, pegaba fuerte, y Roiphe llevaba sujetos encima de las gafas unos cristales oscuros polarizados que eran más grandes que los otros; los cromados bordes inferiores de los ganchos de sujeción se le clavaban en las flácidas mejillas.

—Más o menos, o eso creo.

Roiphe jugueteaba con el sombrero Tilley de malla caqui: le retorció el ala, le aplastaba la copa, lo realineaba, se lo ponía, se lo quitaba.

—¿Detecto cierta ambivalencia sexual en lo que dices? Ya sabes que hace tiempo estuvo de moda que los médicos se involucrasen en la terapia sexual. No sé si sería saludable o no, pero era muy corriente. Ahí es donde está la psicopatología. Yo me negué a incurrir en esas prácticas. Muchos colegas se metieron en problemas por eso. Rompieron muchos matrimonios.

—Ambivalencia quizá, pero yo no diría sexual. —Los arándanos estaban particularmente exquisitos, pero las frambuesas estaban blandas, pachuchas y agrias—. Yo diría que es el problema del compromiso. No sólo en el sentido de comprometerse con una mujer concreta, sino con un futuro concreto. Cosas vulgares y corrientes. —Giró la Nagra para comprobar que grababa a un nivel decente, habida cuenta del ruido ambiental y del tráfico de mediodía—. Pero hablando de psicopatología, no tengo más remedio que preguntar qué plan hay aquí, tú haciendo de psiquiatra de tu propia hija.

Roiphe rio por lo bajo y se sirvió más café con mano trémula; al hacerlo derramó un poco en el ala del sombrero, que estaba al lado de la taza.

—No te hagas el descarado. Bueno, para empezar, es así como he entendido siempre el papel de padre. Soy analítico por naturaleza. Soy clínico. No puedo evitarlo. Eso no significa que sea frío, aunque es posible que mi pobre y querida esposa no estuviera de acuerdo en eso. Pero, maldita sea, ¿qué habríamos podido hacer? Rose y yo la mandamos a Francia, con la mejor intención, como puedes imaginarte, porque la aventura costó un ojo de la cara. Pero Chase era una chica muy inteligente y tenía un aspecto muy europeo. No le interesaba Estados Unidos en cuestión de emociones e inspiración. En parte era por el idioma. Desde luego, hay muchos hispanos que van a Estados Unidos, pero ella quería el lote entero, un país donde el inglés se hablara poco y la cultura girase alrededor de ese idioma. Y además, como es lógico, estaba el elemento quebequés. ¿Te ha hablado ella de eso?

—Sí, sí.

—Perfecto, pues el caso es que la mandamos a Francia, poco a poco dejó de telefonar, luego dejó de mandarnos *e-mails* y a continuación ya no recibimos más noticias suyas. Ni una palabra. Y entonces muere Rose, una sorpresa realmente horrible. Tenía una salud envidiable para su edad; podemos hablar de esto más adelante, si crees que es relevante para el libro, aunque podría no serlo, depende. Así que Rose se muere y no tengo ningún medio de decírselo a Chase, y entonces me

pongo en contacto con ese tal Arosteguy, en el que percibo unas vibraciones muy raras. Así que cojo el avión y me voy a París a buscarla, y al final la encuentro gracias a ese chico, un estudiante colega de Chase, Hervé Blomqvist, vaya nombre, apenas soy capaz de pronunciarlo. Parece que estaba viviendo con él. Le ocurrió algo traumático, dejó el excelente pisito que le alquilamos en la Orilla Izquierda y se fue a casa de Blomqvist. Creo que es un apellido noruego o sueco, pero a mí el tipo me pareció totalmente francés. Ya sabes, chulito y arrogante, pero al final fue de mucha ayuda y muy legal. Debes poner que en última instancia era un chico legal. Chase, sin él, se habría visto en serios apuros. Podrías ir a verlo para que te cuente su participación en todo el asunto de la Sorbona. Para el libro, digo.

—Podría —dijo Nathan, apuntándolo en el cuaderno de notas de su iPhone—. ¿Cómo se deletrea su apellido exactamente?

—Te daré todos los detalles cuando entremos. La ortografía nunca ha sido mi fuerte. Debo de tenerlo apuntado en alguna parte. Con la dirección y el teléfono. Son de hace un año, pero nunca se sabe. Y volviendo al asunto del idioma francés, cuando conseguí que regresara, Chase era ya un caso perdido, y todo parecía tener alguna relación con hablar o no hablar francés y con que los Arosteguy, porque resulta que eran dos, un profesor y una profesora, y estaban casados, le hubieran dicho unas animaladas en francés que la traumatizaron. Y cuando le pregunté qué le habían dicho para producirle aquel efecto, dijo que no lo recordaba, porque lo habían dicho en francés y el francés había desaparecido de su cerebro, *exiliado*, ésa fue la palabra que utilizó, que el francés se había exiliado de su cerebro y por lo tanto no se acordaba de nada. Y entonces se puso a practicar esos rituales extraños y a comer pedacitos de su propia piel, las cosas que ya has visto, y todo como en trance, y por más vueltas que le doy soy incapaz de entender qué tiene que ver eso con las animaladas que le dijeron en francés. Y básicamente estamos en ese punto. El viejo misterio encerrado en un enigma o lo que coño sea. Y en eso consiste también tener hijos. Es más duro de lo que imaginas. Por eso te lo pregunté.

—Barry, me hablaste de «experimentos» en relación con el estado de Chase. ¿A qué te referías? ¿Cuál es exactamente la terapia que le aplicas?

—Ataco en todos los frentes, muchacho. Y algunos frentes son muy raros. Te lo digo yo.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, ese espacio del segundo piso que es todo suyo. Compré esta casa por ella, ¿sabes? Rose nunca vivió aquí. Aquí sólo llevamos un año. La compré con los muebles, las lámparas y demás accesorios que pusieron para enseñarla..., ¿cómo lo llaman? La puesta a punto, puesta a punto para la venta. Yo sólo quería un espacio grande para nosotros cuando vi en qué estado se encontraba Chase, y la propiedad a orillas del mar que teníamos Rose y yo en el centro de la ciudad era demasiado pequeña, demasiado introvertida. No podían creer que hablase en serio, pero les dije que yo carecía de sentido del gusto y que todo lo que habían hecho me parecía

excelente. La mujer discutió conmigo, dijo que los accesorios eran alquilados y que eran deliberadamente insulsos para no eclipsar la casa, la propiedad, el espacio propiamente dicho. De todos modos, pasé por encima de ella y sus jefes, y la pusieron en condiciones, porque llevaba más de un año a la venta.

Roiphe se interrumpió y tomó un titubeante sorbo de su tibio café, perdido en una repentina ensoñación. Nathan esperó a que continuara, pero, por lo visto, Roiphe creía que ya había respondido a la pregunta.

—Barry, me lo estabas contando. Lo de la terapia extraña.

—Ah, sí, es verdad. Pues en cierto modo colaboré con Chase para encontrar una solución a su angustia, que ella no admitía en el fondo, y decía: «Hay una cosa que se llama impresora 3D y quiero una para jugar con ella, creo que podría relajarme». Ésa es la expresión que usaba, «relajarme», y se convirtió en nuestra clave para decir «curarme» o quizá «curarme un poquito».

—A mí me habló de la impresora en 3D. Dijo que me la enseñaría.

—¿De verdad? Pues sí que es extraño. A mí nunca me ha dejado que vea cómo la usa. Y joder, deberías ver el juguete. ¡Que no es barato! Ella quería la mejor y luego, como te he dicho, después de adecentarle y amueblarle todo el espacio del segundo piso, tres habitaciones y un cuarto de baño, no me permite ver qué hace realmente en lo que ella llama su cuarto de trabajo. Cierra la puerta para que no entre. Podría forzarla, naturalmente, pero tengo miedo. Podría volver a caer en la catatonía en que se sumió cuando la traje de Francia. Habrías tenido que verla, tiesa como una tabla y envuelta en mantas, aunque era verano y hacía tanto calor como hoy. O sea que te ha dicho que te la va a enseñar. Pues tú mismo, eres parte de mi terapia. Colaboramos en el caso de Chase como en el libro y ella también tiene prioridad sobre algunos asuntos de su padre.

Nathan no estaba preparado para hurgar en los asuntos del padre, pero sospechaba que tenían raíces profundas y tortuosas.

—Guau. Eso es correr demasiado, ¿no crees? Sólo soy un periodista.

—Vivimos tiempos radicales, muchacho. ¿Acaso no lo notas? Necesitas correr con la época, correr a tope. En cuanto te vi me di cuenta de que estabas preparado para dar el salto de tu vida y es éste. No importa adónde lleve.

—No sé hasta qué punto querrá colaborar ella después de darme con la puerta en las narices.

—No vuelvas a hablarle en francés. Estoy seguro de que todo irá bien. Le intrigas un poco. Desde que la traje ha estado muy recluida.

—¿Has oído hablar de un libro titulado *Le Schizo et les langues*? Escrito en francés por un estadounidense, Louis Wolfson, un esquizofrénico que no soportaba hablar en inglés ni oírlo hablar, y que se refugió en otros idiomas, pero sobre todo en el francés. En su caso se trataba de algo relacionado con la madre.

—Pues ahí lo tienes, ¿te das cuenta? El destino me ha traído a un especialista, y eres tú.

«No podíamos hacernos fotos después del diagnóstico. Cada foto era la proclamación de una mentira. Cada foto era ya el recuerdo de una vida que no existía, una fotografía de la muerte. En comparación con las inocentes y tempranas fotos de familia, las que acabé por hacerle a Célestine..., después..., eran sinceras, no contenían engaños ni mentiras ni falsedades. Eran horribles, pero eran puras».

El futón volvía a estar plegado, a modo de sofá, y Naomi, con pantalones de yoga y sudadera de Roots, de lana gris y cremallera, había tomado posesión del mismo, desplegando protectoramente a su alrededor todos sus cachivaches electrónicos: en el regazo, el MacBook Air con la tapa abierta como si fuera un escudo, el brillante logotipo de Apple como un talismán contra Arosteguy, que estaba sentado al otro lado de la mesa baja, repantigado en el segmentado sillón de bolitas, de velvetón pardo. Lo había grabado utilizando los archivos WAV sin comprimir de la Nagra, que eran muy grandes pero captaban muy bien los detalles; los amortiguados MP3 habrían sido muy adecuados para la transcripción, pero ella quería percibir todas las cualidades de la voz áspera y profunda de Arosteguy, previendo como mínimo un programa de radio, si no un documental en vídeo. Hasta el momento, sin embargo, había estado oyendo un pasaje clave del testimonio de Arosteguy sobre Célestine a través de los diminutos altavoces del Air, que no tenían resonancia pero sí claridad suficiente para motivar una condena. La Nagra estaba encima de la mesa, cerca de Arosteguy, con el modulómetro de led azul palpitando en sincronía con los lejanos ruidos de la calle, esperando que el hombre hablara. Naturalmente, tenía un té y un cigarrillo Rin con que entretenerse mientras preparaba una respuesta, y sorbió, inhaló y exhaló con exquisito sentido de la reflexión. Por último, levantó los ojos para mirarla con calculado encanto tímido y sonrió.

—Pido perdón a mi sacerdotisa. La he subestimado. La identificaba con los medios globales, el lugar donde encuentro las materias primas fácilmente digeribles de mi banal y burguesa descripción de *Mi vida con la pobre y desahuciada Célestine*. Hay muchísimos blogs y artículos en las secciones de «Sociedad» de los periódicos online que exponen las emociones sintéticas, los detalles mundanos y las impresionantes consecuencias físicas de cualquier enfermedad que se pueda concebir e incluso inventar. Sinceramente, Célestine y yo pensamos que teníamos que comprender a fondo el fenómeno de Internet, porque Internet y consumismo se habían fundido, se habían vuelto uno, aunque a cierto nivel era anatema para nosotros, nocivo para la cultura personal extraña, introvertida y sí, implacablemente esnob que habíamos venido desarrollando juntos durante años. Pero también comprendimos que necesitábamos la red para entender la condición humana básica, lo que era un ser humano corriente, porque habíamos perdido el contacto con eso, nuestros estudiantes nos lo hacían ver con claridad y por eso utilizábamos también Internet para investigar nuestros papeles en cuanto seres humanos normales.

Aspiró hondamente del cigarrillo, una aspiración cargada de intenso, tácito e

irónico dramatismo o así al menos lo interpretó Naomi. Se sentía humillada por aquel engaño, por haber sido embaucada para participar en un polvo de simpatía, y al mismo tiempo victoriosa y ávida de un noticia que estuviera fuera del alcance de Internet. No se podía negar que eran las fotos de Nathan —cuyo más profundo significado seguía sin verse— lo que había hecho reaccionar a Arosteguy, lo cual venía a decir que ella y Nathan aún formaban una especie de equipo, quizá no de la magnitud de los Arosteguy, pero sí de un nivel agradablemente estafalario a su manera, incluso era posible que acicateara a Nathan para que se follase a Chase Roiphe, si es que no se la había follado ya, aunque sólo fuese para afinar el paralelismo. La idea le hizo sentir cierta euforia y algunos de sus jugos internos empezaron a fluir.

Arosteguy parecía sumido en sus propios pensamientos y Naomi, con mucho tacto, adoptó el papel de interrogadora.

—Ari, empecemos por lo fundamental. ¿Dijo la verdad la doctora Trinh? ¿Es cierto que Célestine no tenía un tumor cerebral ni ninguna otra clase de cáncer?

Todavía paseándose por el paisaje interior de su propio cráneo, Arosteguy respondió sin mirarla, como si Naomi estuviera dentro de su cabeza con él.

—La doctora Trinh, sí, sobre eso dijo la verdad.

—Entonces... ¿por qué está muerta? ¿Qué mató a Célestine Arosteguy?

—Célestine despertó en mitad de la noche. Me sacudió para despertarme. Cuando vio que había luz en mis ojos, que había consciencia, dijo con mucha y recia seriedad: «Debemos destruir la religión de los insectos». —Levantó la cabeza y miró a Naomi aunque ésta comprendió, con un escalofrío visceral, que miraba a Célestine—. Fue como un gatillo apretado, un proyectil aterrador disparado por su boca directamente a mi cerebro.

—No entiendo la imagen.

Aristide se echó a reír; ahora miraba a Naomi.

—En ese caso no hay ningún gatillo para ti. Porque, evidentemente, no has leído el famoso ensayo.

Para Naomi, *aquello* sí que fue como un gatillo apretado frente a ella, como un proyectil aterrador que la boca del hombre hubiese disparado directamente a su cerebro: su ignorancia, su falta de profundidad. Yukie era capaz de alardear de esta pobreza, de hacer pasar la superficie por el conjunto, la tabla veteada por el mueble, al igual que todos sus contemporáneos sociales; si sabías demasiado, si eras demasiado consciente o demasiado culto, quedabas expuesto a variedades particulares de sufrimiento y ansiedad; y peor aún, no estabas en la onda. Pero Naomi no era Yukie. La angustiaba no haber leído el famoso ensayo, no haber sabido que existía. Pese a todo, y dado el cariz de todo aquello, se lo podía imaginar, pues éste había sido siempre el rápido factor que la salvaba: no el conocimiento, sino la invención intuitiva.

—Seguro que puedo encontrarlo en la red. ¿Título?

Arosteguy apagó el moribundo Rin y encendió otro rápidamente.

—Se titulaba «La juiciosa destrucción de la religión de los insectos».

Claro, se dijo Naomi mientras navegaba a toda velocidad por la red, aquí está: Weber. Capitalismo. Vaticano. Lutero. Entomología. Sartre. Consumismo. Beckett. Corea del Norte. Apocalipsis. Olvido.

El gatillo era la religión de los pechos, del fluido de la carne que está ahí para alimentar, para crear más carne. Y había un pecho de verdad, el maravilloso pecho izquierdo de Célestine, que no estaba lleno de leche ni de glándulas mamarias, sino de una zumbante e hirsuta mezcolanza de formas y configuraciones. Sí.

—Mi pecho izquierdo es una bolsa llena de insectos. No sé por qué lo tengo acoplado y me gustaría muchísimo... desconectármelo. Después pueden quedárselo, si quieren. Sé que a ustedes les gusta.

Formábamos parte del jurado del Festival de Cannes, los dos únicos miembros que no éramos profesionales de la realización cinematográfica. El año anterior habían sido una cantante de ópera estadounidense y un diseñador de juegos para ordenador. Aislados en una villa de lujo de las colinas que quedaban por encima de Cannes, teníamos que comentar del modo más informal y tranquilo todos los temas de cine y sociedad con los otros nueve miembros del jurado (entre ellos el presidente, el actor serbio Dragan Štimac), mientras comíamos platos exquisitos y paseábamos por jardines paradisíacos. Al final, nos sentaríamos a la gran mesa del impresionante salón de baile y votaríamos los distintos premios. Veintidós películas competían por la Palma de Oro y otros premios apasionadamente previstos y analizados.

Se decía que la villa pertenecía a una condesa rusa de noventa y tres años, una antigua belleza que permanecía al acecho en alguna parte de la propiedad, sin que nadie la viera, cuyo deseo no era ser vista, sino participar en la emoción de opinar sobre arte que llenaba sus salones. En la antesala de la piscina grotescamente a la rusa, en unos vestuarios embaldosados como el Hermitage, Célestine acercó mi cara a su pecho izquierdo desnudo y exclamó con voz aterrorizada: «¡Escucha!».

Escuché. Oí su corazón, galopando, martilleando.

—Tu taquicardia —le dije—. ¿Puedes controlarla? ¿Necesitas las píldoras? —Tenía la cara desfigurada por el miedo; era, lo confieso, una cara que despreciaba, una cara inusual. Se apretó el pecho, lo sacudió como un saquito de cerezas.

—Entomología —dijo—. Bolsa de bichos. Escúchalos aquí dentro. Les gustaría salir. Sobre todo a los himenópteros. Suelen sufrir claustrofobia. Lo cual es extraño, naturalmente, porque mi pecho se parece mucho a un nido de avispas y se diría que tienen que sentirse cómodos aquí. —Se aplastaba y retorció el pecho con las manos, y se las aparté suavemente, le sujeté las muñecas y se las bajé y retuve contra los muslos. Dio un suspiro, relajó la cara y rio brevemente.

Nunca le había oído decir nada parecido. Me dejó aturdido y aterrorizado. Era como si hubiera sufrido una especie de ataque, y la extrañeza de su cara apoyaba esta idea. La presión a que estábamos sometidos también era insólita, porque no tardaríamos en reunirnos alrededor de la mesa con el jurado y el director del festival, y haríamos comentarios solemnes y sostendríamos discusiones, y habría una votación en medio del resentimiento. Me esforcé por convertirlo en una broma, en una

actuación artística e improvisada.

—Ha sido tu forma de reaccionar a la película norcoreana, ¿verdad? La película se te ha metido en el pecho, en el izquierdo, el comunista. —Yo sabía que la película la había afectado profundamente y que había inquietado a muchos leones dormidos del marxismo que nunca salían de su leonera intelectual francesa. Pero ella me gritaba y se quejaba, y yo tenía pavor a que el jurado acabara convirtiéndose en un tribunal de lo criminal, nos condenara y no nos dejara salir nunca más de aquella villa zarista. Pero nadie se presentó para vigilarnos. Habíamos oído muchos chillidos, gritos, discusiones y gimoteos morbosos durante la tarde anterior, durante la noche, y también aquel domingo por la mañana, el domingo del palmarés. Un grupo de cineastas apasionado y creativo.

Y también el ensayo. En realidad fue una carta dirigida a mí, una confesión que ella no habría hecho de otro modo, que publicó en la revista parisina *Sartre*, aunque le había rogado que no lo hiciera. Era demasiado íntima, le dije. Pero ella dijo: «La filosofía es íntima, el acto intelectual más íntimo». Así pues, «La juiciosa destrucción de la religión de los insectos», ensayo de Célestine Arosteguy. Como es natural, los que aquel año estuvimos en el jurado nos enteraríamos de su repercusión. La película norcoreana se titulaba *El juicioso uso de los insectos* y en el ensayo Célestine confiesa que la película disparó el «golpe» (¿de suerte?), aunque revela que la desconexión del pecho y la conexión entomológica habían estado construyéndose durante años, y se había sentido tan aterrada que no había podido contárselo a nadie, ni a mí ni a su querida médica. Describe la escena de la última votación que había de conceder la Palma. El presidente había pedido a todos los miembros del jurado que escribieran los títulos de las películas que proponían en papel del festival (y que tenía el símbolo de la palma dorada en relieve) y se lo entregaran. Cuando vio el papel de Célestine, en el que ella había escrito el título de la película norcoreana, el presidente sacó el mechero del bolsillo, le prendió fuego y lo dejó en el cenicero que él mismo llevaba diariamente a las reuniones que celebrábamos en el Palais des Festivals y que aquel día había llevado a la villa, haciendo caso omiso de las normas que prohibían fumar.

—No me dejaron traer la pistola de nueve milímetros —dijo con su característica sonrisa de sarcasmo— y tendremos que hacerlo así.

El delegado artístico del festival, que estaba allí para garantizar la legalidad de la votación, se horrorizó de aquella barbaridad y amonestó amablemente al presidente del jurado. Pero éste no se dejó intimidar.

—Si esta basura gana la Palma, o si para el caso gana cualquier cosa, dimitiré como presidente y contaré a todo el mundo por qué. —Y la mirada que lanzó a Célestine fue espantosa, burlona, malintencionada y misógina. También yo estaba presente, claro. Yo no tenía intención de apoyar la película norcoreana, pero aún no había dado a conocer mi voto.

En el jurado había un anciano, irritado y exiliado director norcoreano, Bak Myun

Mok, que evidentemente era enemigo del director de la cinta norcoreana de la competición. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para impedir que su bien situado paisano obtuviera algún premio y en consecuencia hacía campaña contra él, no muy sutilmente. Se volvió hacia mí y abrió las manos para expresar su impotente desesperación. Su intérprete, Yolanda, era una tímida joven española con una cabellera negra y lacia que sugería que trataba de parecer coreana. Incluso el gesto de sus labios tenía algo de coreano. Yolanda no se sentía cómoda con lo que el director me estaba diciendo:

—Es usted filósofo —dijo la muchacha, dando comienzo a la traducción, pero entonces se detuvo y miró al director con aprensión, casi rogándole que dijera algo distinto de lo que estaba diciendo en aquel momento.

Para responder a su insolencia, el director empuñó un lápiz (nos habían suministrado cuadernos y lápices, todo encantadoramente retro) y la pinchó con mala idea, dos veces, en la tierna clavícula, que llevaba al descubierto. Aunque el extremo del lápiz estaba rematado por una goma de borrar, le dejó en la piel una marca roja de irritación.

La intérprete se volvió hacia mí y con dilatados ojos de disculpa prosiguió:

—Es usted filósofo —dijo— y esa perra de carnicería que es su esposa también es filósofa. Los dos filósofos profesionales, signifique esto lo que signifique. ¿No puede usted explicar a esa perra hembra que la película, incluso el título, *El juicioso uso de los insectos*, no es filosofía, no es arte, sino política de la peor y más represiva especie? ¿Y que darle a esta horrible y siniestra película un premio, el que sea, es encadenar el arte cinematográfico al muro de los intereses políticos?

—¿«Perra de carnicería»? —pregunté a Yolanda—. ¿Ha dicho eso? ¿Y «perra hembra»?

—Entre dientes, sí, ha dicho esas cosas. —La voz de Yolanda temblaba de desasosiego y tenía los ojos brillantes, como a punto de llorar—. Quise estar segura de que no lo interpretaba mal. Le pedí que meditara lo que estaba diciendo. Y repetí lo mismo y ya no entre dientes. A continuación, a modo de aclaración pedagógica (Yolanda trataba de conseguir un certificado para enseñar en Francia) añadió: Perro de carnicería, en Corea, se dice *nureongi* o *hwangu*, que significa «perro amarillo». No se les deja entrar en las casas. Y perra hembra es exactamente eso, la hembra del perro.

Bak Myun Mok no era un canijo, pero sí arrogante y en consecuencia lento y no estaba preparado para mi agresión. Como no se nos permitía llevar cámaras ni móviles a nuestro retiro, no hay fotografías ni vídeos que hayan recogido mi expresión de furia, aunque el resultado —su pómulo roto, su ojo morado y su labio inferior reventado— fue debidamente registrado por el fotógrafo de la policía que acudió a la villa. Mientras duró la escena, Célestine permaneció como ausente, con la mirada perdida, crecientemente anestesiada por sus remolineantes reacciones a *El juicioso uso de los insectos*. No daré cuenta de todo el delicioso escándalo que se desató,

porque está perfectamente documentado en Internet. Baste decir que la votación fue muy irregular, que el palmarés produjo un alboroto satisfactorio y que la película norcoreana ganó el Premio Especial del Jurado «por su subversión artística y elegancia visual»— a modo de consolación. Dragan, el presidente, votó en contra, aunque había juntado las manos con placer cuando Bak y yo rodamos por el suelo, exclamando en varios idiomas que aquello era cine de verdad y animando infructuosamente a los demás miembros del jurado a intervenir. Bak también votó contra la concesión del premio, el voto lo emitió desde el consultorio de un dentista de Cagnes-sur-Mer, donde hubo que tratarle con carácter de urgencia un premolar superior izquierdo que yo le había aflojado cuando le aplasté la cara contra las baldosas holandesas del suelo del salón de baile, que imitaba el del Palacio de Invierno. Cuando lo agarré por los pelos y arrastré su cabeza hacia la sólida pata de ébano de la mesa de las votaciones, la acción había dejado una satisfactoria mancha de saliva, sangre y moco en las baldosas, procedente sobre todo del diente flojo que le abrió la encía en que estaba incrustado.

Bak juró más tarde que habían traducido mal sus palabras y que sentía un profundo respeto por todas las mujeres, en particular por las intelectuales como Célestine, y que era incapaz incluso de pensar tales palabras en relación con ella. Yolanda nos visitó en París tiempo después, en teoría en calidad de testigo de la investigación abierta por la denuncia por agresión que se había puesto contra mí, pero a nivel emocional para sollozar y gemir por haber perdido el empleo en el festival y haberse rebajado su reputación en la comunidad de los intérpretes. Al final se acostó conmigo y con Célestine, y fue muy dulce y sexualmente solícita, lo cual me complació mucho a mí y normalmente habría complacido también a Célestine, pero la pobre seguía conmocionada. Y no resucitó hasta que obligué a Yolanda a describir nuestros actos sexuales en tiempo real y del modo más obsceno, en español y coreano.

Yo se la había metido a Yolanda por detrás —no por el culo, entiéndeme; a eso se resistió— y tenía a Célestine detrás de mí, de espaldas. Cuando oyó las jadeantes, irregulares y sucias expresiones que brotaban de lo más hondo de Yolanda y que crecían en intensidad, Célestine se volvió y pegó su vientre a mi rabadilla, alargó las manos, asió a Yolanda del pelo y por la barbilla. Giró la cabeza de Yolanda hasta que la atónita intérprete se vio obligada a volverse hacia nosotros para que no se le rompiera el cuello, y así, cara a cara por fin, Célestine le dijo:

—Entonces, ¿qué significa el título? ¿Puedes explicárnoslo y aclarar la siniestra maldad que encierra según Bak Myun Mok? Te vi hablando con él en los pasillos del Palacio del Festival. Estabas coqueteando con él. Seguro que tenía confianza en ti.

Al principio, Yolanda se sintió confundida, lo cual era comprensible, primero porque Célestine le habló en un español muy deficiente, y segundo, y no menos importante, porque parecía a punto de tener un orgasmo del copón, un orgasmo con sabor moruno, aunque puede que fueran figuraciones mías, y el caso es que al

volverse yo no había tenido más remedio que sacársela y la chica se frotaba frenéticamente contra mi rodilla derecha, que me había estado doliendo a su siempre impredecible manera, de modo que tuve que correrle las partes pudendas hacia mi rodilla izquierda.

Gran parte de este melodrama, como he dicho, se encuentra incorporado al famoso ensayo, famoso tanto por los acontecimientos personales que revela como por su enfoque radical, que algunos llamarían desquiciado, de la filosofía consumista. Lo que Yolanda dijo en nuestra cama sobre la película norcoreana no satisfizo a Célestine. La interpretación de Bak Myun Mok seguía líneas políticas tradicionales: a punto de sucumbir bajo la carga de una terrible sequía, los pobres aldeanos de la película —que vivían en una aldea protocoreana intemporal, una fantasía herméticamente cerrada— eran obligados por sus gobernantes a complementar su dieta baja en proteínas con insectos, que los realizadores de la película trataban como si fueran nocivos y repugnantes, aunque en otras partes del mundo se considerasen un manjar legítimo. (En la moderna Corea del Sur se venden *beondegi* en las calles, como golosina; son crisálidas de gusano de seda cocidas o al vapor y tienen todo el aspecto de insectos troceados). La palabra *juicioso* del título tenía intención irónica y venía a significar «desesperado» y «de última hora». Pero en el sorprendente y portentoso nuevo mundo de la idea *juche* norcoreana, o autonomía neoestalinista, nadie tendría que recurrir a los insectos para alimentar a sus hijos y esto quedaba plasmado del modo más didáctico y programático en la revuelta de los campesinos contra los ancianos de la aldea, que eran miembros de una casta violenta, represiva y chamánica que promovía la ingestión de insectos como imperativo religioso. ¿No comprendía Célestine la descarada propaganda que implicaba? ¿Hasta tal punto la había seducido su estilo visual retro, tan llamativo por su color y sus movimientos de cámara como un suntuoso melodrama hollywoodense de los años cincuenta, tipo Douglas Sirk?

Lo que Célestine había visto era una obra creada expresamente para ella, de manera inexplicable, por un director norcoreano del que nunca había oído hablar y que probablemente, dado el geoamurallamiento del país, tampoco había oído hablar de ella. ¿Cómo era posible? Como es lógico, Célestine reconocía la ineludible teoría de que todo era una fantasía solipsista, aunque en el espíritu del drama interior no importaba que lo fuese: tenía significado para ella y le daba una idea filosófica. El cine coreano, sobre todo el norcoreano, se convirtió en una obsesión para Célestine, aunque, dada su trayectoria heterodoxa, no exigía aprender historia coreana, ni siquiera ver películas coreanas. No. Exigía una investigación de tipo subversivo y subterráneo, de modo que yo llegaba a casa al anochecer, por ejemplo, y me la encontraba llena de acólitos de Simon Sheen, conocido asimismo por Shin Sang-ok. Shin era famosísimo por haber sido secuestrado en Hong Kong, con su exmujer la actriz Choi Eun-hee, por el futuro dictador de Corea del Norte, Kim Jong-il. Kim era un fanático del cine que comprendía el valor propagandístico de las películas y

además reconocía el carisma cinematográfico cuando lo veía. Y como no lo veía en Corea del Norte, lo raptó. (Aquel atardecer resultó deprimente e incómodo, sin ninguna historia de la que hablar, aunque Célestine estaba embelesada por la presencia de los sheenianos, que estaban un poco confusos).

Célestine acabó convenciéndose de que el director del *Juicioso uso* no era coreano, sino un francés secuestrado que la conocía muy bien a ella y le mandaba mensajes a través de aquella película. Bak había afirmado que el Líder Supremo Kim Jong-un en persona era el productor de la película, a la que había aplicado los principios expuestos por su padre en su libro *Sobre el arte del cine*, y habida cuenta de que la pasión cinéfila seguía floreciendo en Pyongyang, codo con codo con la crueldad neoestalinista disfrazada de idea *juche*, ¿por qué no secuestrar al director mejor dotado? ¿Por qué no secuestrar a Romme Vertegaal?

Así pues:

—Debemos destruir la religión de los insectos —dijo Célestine.

—Tina, ¿estás despierta o duermes todavía? ¿Te das cuenta de lo que dices?

[—¿Tina? —dijo Naomi].

[—Por Célestine. A los dos nos gustaba mucho Tina Turner, la cantante norteamericana].

[—Vale. Pues Tina].

—Tendría ya unos cuarenta y dos años —dijo.

—¿De quién hablas? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta.

—De Romme —dijo—. Era casi veinte años más joven que yo.

Tienes que saber que aunque siempre estuvo allí Aristide, también había lo que llamábamos lagunas, intervalos en los que necesitábamos estar separados. Y Célestine llenaba aquellas lagunas, inevitablemente, con Romme, un joven brillante y cineasta radical que abandonó sus estudios de ciencias políticas para expresar su política con el arte cinematográfico. Extraña política y extraño cine: una obsesión por Ike Eisenhower, China, Estados Unidos en los años cincuenta y las películas de Douglas Sirk. Romme Vertegaal era estudiante de Célestine y por supuesto también su amor lacustre. Era de origen holandés y ridículamente alto, y desde el principio mismo subrayó a Célestine que, quizá en consonancia con su exagerada estatura, su mirada estaba siempre puesta en el olvido. «Bendito, bendito olvido» se habrían tatuado los primeros *beats* en los hombros, y Romme llevaba estas palabras tatuadas en el corazón. Estaba claro que se proponía desaparecer, «olvidarse», y al final lo hizo, dejando a Célestine destrozada. Habíamos reanudado el contacto, llenamos la última laguna con nosotros mismos, y la sustancia de nuestras charlas recuperadas era este amor suyo recién perdido, y el dolor inesperado que le causaba me dolía a mí también, porque pensaba que nunca se recobraría y en consecuencia cualquier amor que hubiera entre nosotros se experimentaría a la sombra de este amor perdido,

sagrado y mucho mayor. Romme era un joven espectacular, incluso por encima de su absurda estatura, casi irreal. Puede que hayas visto algunas obras suyas en YouTube. Son asombrosas.

Sus amigos estaban convencidos de que se había suicidado de alguna forma diabólicamente astuta que habría entrañado la disolución absoluta, posiblemente con productos químicos autorreactivos, de su cuerpo, y ésa fue también la versión oficial provisional de la policía sobre su desaparición. Célestine, sin embargo, estaba segura de que se había ido a China para desaparecer en la vastedad de aquel país, a pesar de su estatura. Y de pronto apareció *El juicioso uso*, y Célestine supo que Romme había acabado en Corea del Norte, haciendo películas de propaganda para Kim Jong-il y luego películas de verdad para su tal vez más voluble sucesor, el rey niño Kim Jong-un, películas que contenían mensajes dirigidos a ella, Célestine, el transnacional y eterno amor de Romme.

Y así, aquella noche que me despertó zarandeándome para decirme que debíamos destruir la religión de los insectos, comprendí que teníamos un problema. No sabía qué forma adoptaría el problema en cuestión. Puede que se hubiera previsto un acercamiento a los representantes clandestinos de Corea del Norte que hubiéramos podido encontrar en París, con la sugerencia de que dos famosos filósofos franceses, particularmente interesados en la filosofía del cine, querían efectuar una visita especial a su patria. Una vez allí, Célestine trataría de comunicarse con Romme Vertegaal, que trabajaba con el seudónimo de Jo Woon Gyu (el que figuraba como director de *El juicioso uso*), y se fugaría con él o más bien se casaría con él bajo los auspicios del Líder Supremo Kim, repitiendo prometedoramente el casamiento forzoso de Simon Sheen con su exesposa y actriz cuando fueron secuestrados, para simbolizar la fusión divina de filosofía política y cine en el Paraíso Nórdico de los Trabajadores. ¿Se había planteado las cosas Célestine desde este punto de vista? Había emociones profundas por debajo de todo lo que pensaba, pero nunca le impedían que su lógica fuera cristalina y su doctrina rigurosa. En cambio, todo lo relacionado con Romme estaba impregnado de locura infantil y era muy inquietante y desestabilizador para mí y para nosotros.

A pesar de todo el tiempo que pasé viviendo en su cabeza y en su cuerpo, jamás habría adivinado la verdadera estrategia coreana de Célestine.

En París nos desplazábamos con un Smart Fortwo eléctrico. Llevé a Célestine a un restaurante norcoreano donde tenía que encontrarse con unos misteriosos colaboradores con su plan relativo a Romme Vertegaal; era famoso por su chocante diseño de tema militar, con profusión de gráficos y colores del *kitsch* totalitario. Me pidió que la dejara allí; ya me llamaría cuando acabase. Me preocupaba verla metida en una situación potencialmente peligrosa. Tenía fantasías en que la secuestraban también a ella y se la llevaban en secreto a Pyongyang. El hecho de que no quisiera

que me involucrara aumentaba mi preocupación: significaba que estaba en comunicación íntima con Romme, casi la única vez que no podía estar también en comunicación íntima conmigo, y eso me resultaba angustiante. Confieso que estacioné el coche a unas calles de distancia y que me aposté delante del restaurante, en la acera de enfrente.

Mientras estaba allí, fumando, parapetado en la entrada de una tienda de alfombras, me entretuve pensando en una cosa rara, en que Romme, de joven, había llevado audífonos —al principio de marca Phonak, la última vez que lo vi eran Siemens— a causa de una enfermedad de su infancia. Cuando acepté la idea de que también yo los necesitaba, me acordé de algo que decía Romme, que estaban sintonizados con la música de las esferas, y luego, con más seriedad y sentido mundano, con ciertas frecuencias de satélite. Nunca se avergonzó de su incapacidad auditiva ni se mostró reservado al respecto; más bien tendía a jactarse y a ser agresivo —lo politizaba, como todo lo demás—, y acabó siendo una especie de causa. Cuando te daba la paliza en un café, te sentías como si debieras perforarte los tímpanos con un tenedor para solidarizarte con él y para experimentar de primera mano las divinas creaciones de la tecnología auditiva suiza y alemana. En una especie de audihomenaje, cuando me llegó el turno de solucionar mi problema, fui a su propio audiólogo. Por aquellas fechas, la tecnología digital había perfeccionado los aparatos por encima de la ciencia ficción, hasta el extremo de que se podían conectar con teléfonos móviles, GPS y muchos otros artilugios de la comunicación. Era corriente llamarlos *instrumentos* para oír, un nombre que potenciaba sus implicaciones artísticas, frente a la designación de *aparatos* para oír, que hacía pensar en achaques y envejecimiento. Mis instrumentos Siemens llevaban Bluetooth, seis programas adaptados para distintos entornos, interruptor basculante para cambiar de programa y control de volumen, y un controlador inalámbrico que parecía un mando a distancia para abrir la puerta del garaje. *Madame Jungebluth* me aseguró misteriosamente que entre sus clientes figuraban varios espías internacionales, ninguno de los cuales padecía sordera.

Yo estaba convencido de que cualquiera de aquellos espías habría escuchado la conversación de sobremesa de Célestine si hubiera estado donde me encontraba yo, en aquella esquina, y que la habría grabado y transmitido a algún puesto avanzado de Siberia, pero yo, lamentablemente, tuve que contentarme con imaginarla. Y entonces vi salir a Célestine por la puerta tallada y adornada del restaurante, en compañía de dos coreanos con traje oscuro y corbata, uno cuarentón, el otro muy joven. Se volvió hacia ellos, se detuvo y los abrazó por turno con mucha y gozosa cordialidad. El joven le alargó un sobre acolchado de correos que sacó del bolsillo interior de la chaqueta, Célestine lo guardó en el bolsillo del chaquetón y el hombre juntó las manos, le hizo una reverencia y se alejó. Su compañero hizo lo mismo. Cuando los dos hombres estuvieron a cierta distancia, Célestine sacó su viejo Nokia desplegable y me llamó. Acallé rápidamente los timbrazos de mi aparato y me puse de espaldas al

restaurante.

—¿Sí?

—Estoy en la calle, delante del Presidente Eterno. ¿Pasas a recogerme?

—Claro. Dame diez minutos. —Pero me quedé donde estaba al menos cinco, observándola como un espía, como un desconocido curioso, como un cazatalentos que trabajara para un traficante albano de mujeres, analizando su lenguaje corporal mientras paseaba y fumaba, tocándose y apretando rítmicamente el bolsillo del chaquetón para convencerse de que el sobre seguía allí, al parecer experimentando placer y seguridad por lo que contuviera.

Ya en el coche, Célestine se mostraba abstraída y alegre, una combinación muy inquietante.

—¿Qué tal es? —dije—. El Presidente Eterno. Nunca he estado en él. Supongo que el nombre se refiere a Kim-il Sung. Las paredes deben de estar cubiertas de gloriosas imágenes suyas, de ese estilo norcoreano tan estalinista.

Célestine tardó demasiados segundos en responder, casi como si tuviera que asimilar primero la pregunta y luego pensar la respuesta.

—No sólo las paredes, sino también los platos. Kim-il Sung como el Rey Sol, riendo, feliz, emanando rayos de luz amarilla dentro de un círculo rojo, adorado por soldados y trabajadores de todas las edades. Y el espectáculo en vivo: chicas guapas con atuendo militar, con la falda muy corta, con un gorro que parecía una empanada, pero con tejidos y colores de tebeo, verde-amarillos y fucsias pastel, ejecutando una coreografía perfectamente sincronizada que parecía una parodia de los ejercicios militares, aunque en cierto modo glorificándolos al mismo tiempo. Y cantando canciones que surtían el mismo efecto, versiones pop de cantos militares, canciones de soldados, agresivas, jubilosas y amenazadoras. Ha sido de una extranjería estimulante.

—¿Y la comida? ¿La has probado?

—Oh, sí, la hemos probado. Sopa de pescado, aunque francamente, yo creo que era de perro, rebozados al vapor y fritos, *kimchi* y muchas otras cosas que no he podido identificar. La música parecía mezclarse con la comida. Hacía que comiéramos con buen humor, incluso con ironía. Mis amigos me han asegurado que era auténticamente norcoreana, no del sur, pero que sólo la élite de allí tiene el privilegio de saborear la elevada calidad con que nos han ofrecido.

—¿Tus amigos eran coreanos?

Fue entonces cuando Célestine me miró por primera vez desde que había subido al coche y casi pareció sorprenderse de haber estado hablando con otra persona y no consigo misma.

—Sí, sí, son coreanos, surcoreanos, pero muy amables.

—¿Pero muy amables? ¿Quieres decir que habrías preferido que fueran norcoreanos?

—En beneficio de mis indagaciones sí. Habría sido mejor. Más directo. Pero

ambos hombres han sido amables y encantadores. —Célestine me dio unos golpecitos en el muslo, como para tranquilizarme, pero sólo consiguió irritarme y volverme más suspicaz.

—¿Es gente del cine?

—No. Son insectos. Quiero decir que son de la Sociedad Entomológica de Corea. Sentía curiosidad por la exactitud de las descripciones de esa película, *El juicioso uso*, por el enfoque que hace de la vida de los insectos de Corea. Quiero escribir un artículo sobre eso para la revista *Sartre*. Jean-Louis Korinth saltaba de entusiasmo. Bueno, siempre ha sido así, pero luego, cuando ve el artículo, se lo carga. Se le mete una idea en la cabeza y lo que se escribe nunca coincide con lo que imaginaba...

Empezó a divagar, se puso a pasear por los espesos bosques de la península de Corea, sin mirarme, con la cabeza vuelta hacia la ventanilla, pero sin ver tampoco las calles por las que pasábamos. Me pregunté si habría bebido. El alcohol le corroía el cerebro por aquellos días, afectando a su memoria inmediata y a sus respuestas emocionales. Traté de que volviera al presente.

—¿Y te han aclarado algo? Me refiero a algo sobre la vida de los insectos de Corea del Norte tal como aparece expuesta en la película *El juicioso uso*.

Volvió la cabeza hacia mí, abrió la boca, su rostro se iluminó y la vi jubilosa una vez más, esta vez sin abstracciones.

—Han hecho más que eso —dijo, introduciendo la mano en el bolsillo del chaquetón y sacando el sobre acolchado que no me había atrevido a mencionar hasta entonces—. Me han dado la película. Me han dado un DVD con *El juicioso uso de los insectos*.

En cuanto llegamos a casa nos pusimos a ver el DVD. Cené café y cigarrillos, algo que Tina normalmente no habría tolerado, pero ni yo ni mi estropeado metabolismo existíamos para ella en aquel momento. De vez en cuando detenía y reanudaba el visionado de la cinta mientras tomaba notas en su *bloc de journaliste* con espiral, muy concentrada y con expresión de trascendencia. La copia de la cinta tenía subtítulos en francés e inglés y evidentemente procedía del Festival de Cannes, donde sin duda se había empleado como muestra comercial para los distribuidores potenciales. Célestine había encontrado, encima de una agencia de viajes coreana de la rue de Rivoli, la minúscula oficina parisiense de la Sociedad Entomológica de Corea: un puesto avanzado de fines poco claros, pues ¿qué utilidad podía tener?

Pero, por lo visto, la fraternidad de los entomólogos y los entusiastas de los insectos de todas las tendencias y colores era un hecho consumado y parecía estar libre de injerencias políticas. Como ya dije, había ido allí para verificar los componentes de la vida aldeana, pues estaban en relación con la ingestión de insectos descrita en la película. Había dado por sentado que tendría que hablar a sus nuevos amigos entomólogos de la existencia de *El juicioso uso*, pero se llevó una sorpresa al

enterarse de que ya tenían copias de la misma y de que estaban muy orgullosos de su conexión con ella: de hecho, habían conseguido que la sociedad apareciera de un modo muy destacado en los créditos finales, en calidad de entidad consultiva. Los dos hombres de la oficina se ofrecieron a llevarla a cenar al Presidente Eterno después de señalarle aquel mérito y prometieron hablarle detalladamente de su relación con la película; luego la sorprendieron regalándole —supremo regalo— la singular película. También prometieron mandarle un ejemplar de la última edición corregida de *Nombres de insectos de Corea*, cuando estuviera disponible, así como suscribirla a su revista *Investigaciones Entomológicas*, que ella dijo que prefería recibir en coreano y no en inglés, y les aseguró que ya había empezado a estudiar el idioma. Ellos a su vez le dijeron que contar con el enfoque intelectual de una auténtica filósofa para iluminar el tema de la vida de los insectos coreanos era muy emocionante, tanto que sobrepasaba todo lo que hubieran imaginado y que no dudaban que sus colegas compartirían su alegría. Esperaban con impaciencia su artículo de *Sartre* sobre *El juicioso uso*, un trabajo sin duda revolucionario cuya publicación en la revista oficial pensaban proponer con mucho entusiasmo para acomodarlo entre «Evaluación del potencial larvicida de ciertos extractos de hongos entomopatógenos contra el *Anopheles stephensi* y el *Culex quinquefasciatus*» y «Electroantenograma y respuesta en la orientación de vuelo de la *Cotesia plutellae* al hexano de las crucíferas anfitrionas y larvas de la *Plutella xylostella*».

Célestine pensaba que se estaban comportando de un modo quisquillosamente educado, pero al final se sometió. Su invencible atracción por las ciencias duras no era una novedad entre los filósofos profesionales, que a menudo se encontraban perdidos en abstracciones y politiqueos, y suspiraban por lo que de lejos parecía gloriosamente práctico y en consecuencia elemental e irrefutable. Sospecho ahora que estuvo jugando a la entomóloga delante de nuestro triste y anticuado televisor Loewe con pantalla de tubo de rayos catódicos (en otros tiempos el último grito en tecnología), cuya imagen borrosa la contrariaba continuamente, hasta tal punto que a veces caía de rodillas y la miraba con los ojos entornados, buscando los detalles, estudiando el mundo de la película como si fuera un bosque lluvioso tropical de Papúa-Nueva Guinea y ella viviese dentro de él. Yo preveía una monografía de ochocientas páginas, titulada *Consumo juicioso de insectos coreanos*, quizá en coreano, quizá al cabo de quince años. Cuando trabajaba tenía una expresión peculiar, parecía mirar a lo lejos, al futuro, una expresión de ferocidad que siempre me aterrorizaba y me ilusionaba.

Ver la película con Célestine manipulando el mando a distancia, retrocediendo y avanzando la cinta, congelando imágenes de dudoso interés e improvisando comentarios intrincados, era asistir a la creación de otra película sólo vagamente relacionada con la que el jurado de Cannes había juzgado unas semanas antes. En esta nueva película, la codirigida por Célestine en nuestra húmeda y abarrotada sala de estar, los ilustrados ancianos de la ficticia aldea norcoreana de Chosun (irónica

referencia al antiguo Reino Ermitaño del mismo nombre que, de manera inmediata, hacía de la aldea un lugar primitivo y aislacionista, flotando en el tiempo) han decretado que se críe y coseche toda clase de insectos como principal fuente de nutrición y que los tradicionales cultivos de arroz, maíz y coles se empleen exclusivamente para alimentar a los insectos. En esta nueva versión se promovía un dogma nutricional tipo Atkins, estrambótica, por no decir anacrónicamente, deformado, en el sentido de que aquí las proteínas básicas de los insectos reemplazaban a los carbohidratos lamentablemente deficientes y perjudiciales de los cereales, que fomentaban la dependencia de Occidente y sus titeres.

Los niños, obviamente, no estaban sometidos a esta dieta y en consecuencia se veían muchos pechos de aldeanas, que en todo momento se enseñaban para dar cuenta de la alimentación láctea de las criaturas y nunca con fines sexuales o al menos con fines manifiestamente sexuales (pues en el jurado hubo miembros que encontraron muy eróticos aquellos pechos; otros, en cambio, no). Aunque se nos había asegurado que la versión que vimos fue la oficial, sancionada por el Partido de los Trabajadores de Corea, y que sería la que se proyectaría en todo el país sin cortes, hubo mucho escepticismo entre nosotros, porque recelábamos que podía tratarse de una versión maquillada específicamente para halagar nuestros decadentes gustos occidentales. ¿De veras iba a haber tanta teta desnuda y tanto pezón hinchado en las pantallas de la puritana Pyongyang, por no hablar de Kaesong o Chongjin? No cabe duda de que estos interrogantes afectaron a la votación del jurado, pero no significaron nada para Célestine, para quien *El juicioso uso* era una carta de amor de Romme Vertegaal.

Y la clave latente (en sentido médico) para descifrar el mensaje del director secuestrado parecía que eran las secuencias en que la feliz, radiante y nutritivamente satisfecha aldea es atacada por una feroz tribu montañesa de sacerdotes guerreros que someten con violencia a los hombres, apartan a los inocentes niños de las madres nutricias, poniendo intencionadamente al descubierto los mencionados pezones hinchados. Los sacerdotes guerreros adoran a los insectos porque los consideran seres sagrados y suponen que su ingestión ennoblece a las personas y les impide caer en la bestialidad; así, ni siquiera los niños deben librarse de comer otra cosa que la siniestra entomopapilla negra que constituye la dieta de los sacerdotes. Tras la conquista de Chosun, las madres clandestinamente nutricias que valientemente se han refugiado en los bosques de las montañas son obligadas a salir de sus escondites y ejecutadas por estrangulación.

Estas escenas horrorizaban y fascinaban a Célestine, a pesar de que, en cierto modo, las estaba creando ella misma. Mientras las miraba, se cogió el pecho izquierdo (el más gordo y mi favorito, aunque su forma no era tan perfecta como la del derecho; no solamente el tamaño, sino también el pezón, la aréola, su muelle blandura, el antojo, que tanto se parecía al que tenía Elizabeth Taylor en la mejilla). Para ella, el mensaje de Romme, el mensaje de la carta de amor, era: córtate el pecho

izquierdo, esa susurrante bolsa de insectos, porque si no te lo cortas, los insectos difundirán su religión por todo tu cuerpo, incluido, y en particular, tu cerebro. Entonces estarás acabada como filósofa y ya no serás útil para Romme Vertegaal.

No tardé en comprender que era la versión celestinesca de lo que llamábamos apo, apócope de apotemnofilia, aunque me daba cuenta de que lo suyo en realidad no encajaba en la descripción del síndrome. La descripción incluye el deseo de amputarse uno o más miembros para corregir un cuerpo cuya estructura no se considera adecuada. La pierna derecha no es mía, es un apéndice ajeno a mí. Necesito que desaparezca; no estaré completo, no seré yo mismo, hasta que se vaya. Por insistencia mía, Célestine y yo estudiamos apo con asiduidad, porque no podía aceptar la seguridad que tenía ella de que un antiguo amante le hubiera hecho un diagnóstico por medio de una película que, de un modo enigmático, combinaba pronóstico y un tratamiento drástico, cosas ambas que a ella le parecían exactas y fiables.

Célestine toleró mi deseo de convencerla de que sufría apotemnofilia, que, aunque dolencia exótica, era al menos una construcción psíquica reconocida y avalada por ingente literatura médica y páginas web de muchos afectados. Empezamos a investigar. Los descubrimientos de los experimentos con respuestas de conductancia cutánea acompañados por magnetoencefalografías parecían confirmar las bases neurológicas del síndrome; podría argüirse que no estaba en su imaginación neurótica, sino que era un problema físico, cerebral, es decir, «real». Pero la versión celestinesca de la apo era quizá demasiado exótica incluso para esta estructura. Ella misma me señaló amablemente, en una dulce conversación episódica (era la devastadora técnica que usaba con sus estudiantes y la que hacía que se enamorasen de ella), que no había tenido pechos en la infancia y que por lo tanto no había querido que se los amputaran de pequeña; que no formaban parte reconocida del síndrome apotemnofílico ni el deseo de reducirlos ni la mastectomía, que estaban más bien relacionados con el cambio/confusión de género y con otros estados psíquicos, y que no era que creyese que su pecho izquierdo no formaba parte de su cuerpo, sino que lo sentía lleno de insectos peligrosos para ella, como un carcinoma ductal *in situ* o un cáncer de mama desarrollado, en cuyo caso la extracción del pecho era serena y racionalmente recomendable.

El elemento religioso también distaba de ser un clásico motivo apo. El libro de Célestine titulado *El pezón y la boca*, que trataba de la religión universal del pecho nutricio, obviamente era aquí el texto de rigor. Definía que un ateísmo puro y riguroso exigía el rechazo de ciertas religiones que no eran reconocidas como religiones, pero que funcionaban como tales y por consiguiente necesitaban ser denunciadas y desmontadas, al igual que la religión entomológica de *El juicioso uso* tal como había sido comunicada a Célestine por su ex amante francés de origen holandés, Romme, a la sazón transmutado en cineasta norcoreano en virtud de la alquimia del secuestro. Supongo que te darás cuenta de que para mí era como

despertar de un sueño, el sueño que había sido nuestra vida en común hasta aquel momento exacto de aquella mañana en aquella villa que quedaba por encima de Cannes. Así pues, mi mudo forcejeo con Célestine tuvo que producirse en dos frentes: su deseo de amputarse el pecho izquierdo y su deseo de volver a contactar con el fantasma de Romme Vertegaal, alias Jo Woon Gyu.

¿Habría sufrido un ataque, un accidente cerebrovascular, mientras veíamos *El juicioso uso* en el palco del jurado de Cannes? Y dicho ataque ¿habría envuelto su cerebro en prodigios cósmicos mientras las imágenes de los campesinos, los sacerdotes guerreros y las cosechas de insectos fluían sobre nosotros? (Me acordé de *La invasión divina*, la novela religiosa postraumática de Philip K. Dick). Cuando volvimos a París, Célestine bromeaba sobre nuestras vivencias durante el festival y sugería que su «filosofoespasma» había sido causado por el clima sobrecargado y claramente crítico del propio festival. ¿Y tuvo aquella noche otro ataque que reactivó la influencia de la película en ella después de haber permanecido inactiva durante meses? ¿Podía un ataque reproducir los efectos de un ataque anterior, efectos que habían estallado y luego se habían apagado por completo? La animé a que pidiera hora para hacerse una tomografía. Yo mismo le «tomografié» la cara, en busca de debilidades deladoras, cansancio en la boca, caída de párpados. No encontré nada, tampoco ella sentía nada y se negó a ver a ninguna clase de médico. Había sido una sencilla serie de revelaciones, alegó, como las que solíamos sufrir juntos, y las *sufríamos* porque se nos antojaban epifanías que exigían acción, que alteraban la comodidad, le daban la vuelta y la tiraban al pulimentado suelo de madera. Célestine hablaba de la conciencia filosófica y social, de adelantos cognitivos que estaban inextricablemente mezclados con poderosos mandamientos emocionales. A menudo forzábamos la aparición de esos momentos cuando estábamos cansados en el curso de un viaje o cuando escribíamos bajo extrema coacción política. Yo no me atrevería a negar la realidad de estos intangibles acontecimientos de origen misterioso; habíamos vivido muchos en común. Intelectualmente, todo parecía lógico durante un nanosegundo, pero luego todo resultaba claramente insensato y demencial: ¿amputar un pecho completamente sano porque, contra toda justificación, su propietaria lo repudiaba y temía su contenido?

Insistí para que Célestine me permitiera analizar el resultado de su última mamografía. No opuso resistencia. Su innegable normalidad (con el habitual descargo de responsabilidades de los técnicos a propósito de la inusual densidad del tejido fibroglandular observada bilateralmente, lo cual reducía la sensibilidad de la mamografía y tal vez desvirtuaba la exactitud de la evaluación) no desconcertó a Célestine. Era de hacía tres años y por lo tanto contenía el germen de su propia deficiencia; representaba una concepción médica del mundo viciada y cautelosa que no podía encarar y no encaraba el plano existencial en el que discurre la vida humana. Había también ecografías y radiografías de los pechos. Las repasábamos como si fueran viejas fotos de familia. No había el menor rastro de insectos. Desde luego que

no, dijo ella. La aparición de los insectos es abrupta, incontenible y absoluta. Es una colonización, como sucede en la aldea en *El juicioso uso*, una primera fase a la que ha de seguir una metástasis total y el dominio posterior. ¿Cómo habían entrado en aquella líquida cúpula bellamente sellada?

—Pueden escarbar. Abrir túneles. Incrustar huevos. Me reuniré con mis amigos los entomólogos coreanos para tratar este asunto —dijo—. Ya hemos concertado un encuentro para hablar de las estrategias globales de los insectos.

—Me gustaría asistir a esa reunión. Me gustaría documentar esta... aventura.

—Poder, claro que puedes. Y puedes hacer algo más. Puedes ver a tu audióloga y averiguar si quiere decirte dónde vive Romme actualmente. Habrá estado en contacto con él, estoy segura. Tenían una relación especial, muy compleja y sutil. La audición de él, y por lo tanto también su trayectoria cinematográfica, dependía en cierto modo de ella. No creo que él la haya abandonado, por mucha distancia que haya entre Pyongyang y París. Creo incluso que podrían reprogramarte los audífonos por Internet. Al fin y al cabo, no son más que miniordenadores con Bluetooth y *wifi*. Incluso creo que tú mismo lo has hecho ya. ¿No es así?

No era así, pero no me cabía la menor duda de que era posible. Como tampoco me cabía ninguna duda de que si alguien estaba programando los audífonos del cineasta favorito del Querido y Respetado Dirigente, por Internet y desde París, ese alguien tenía que ser Elke Jungebluth.

Mi viaje a la Clínica Audiológica Jungebluth fue algo más que un corto paseo en un Smart eléctrico, aunque al nivel más mundano pensaba que iba a ser eso. Nos permitíamos unos cuantos «filosofoespasmos» al año; me refiero a arranques de comportamiento obsesivo/compulsivo que a menudo implicaban líos sexuales con estudiantes o períodos de profunda y abstrusa desesperación o aventuras políticas ocasionalmente intensas que nos dejaban indefensos ante los medios y el público, y que nos producían una gran incomodidad. Pero nuestro argumento era que nos apoyábamos mutuamente durante dichos espasmos y que tratábamos esa realidad momentánea como si fuera la única realidad verdadera, que, obviamente, por obrar así, lo era. De modo que circulé por el Périphérique y busqué la salida de la rue de Vaugirard, Porte de Vanves, que me llevaría a la Clínica Jungebluth, y no tardé en estar allí, en la limpia y tecnocromada sala de espera, mientras mi expediente audiológico era analizado por una estudiante de Sciences Po muy seria que trabajaba por horas en el consultorio y fingía no saber quién era yo.

La primera incursión que había hecho en el mundo de los aparatos auditivos me había arrojado a una deprimente serie de consultorios incitadores al suicidio que estaban situados en casas de estudiantes de último año o en talleres clandestinos improvisados en locales subterráneos que parecían tiendas de muebles de bricolaje de saldo. Aunque abundaba la tecnología moderna, los detalles eran chapuceros y de aficionados. Y cada vez que uno volvía y enchufaba los oídos al ordenador del audiólogo, el audiólogo era diferente y por lo general también había cambiado el programa del ordenador. Según mi experiencia, todos los audiólogos eran audiólogas o, mejor dicho, audiólogas casi siempre muy jóvenes que no se sentían a gusto con los carcamales exigentes y expresivos como yo. Querían sentirse superiores, ayudarnos cuando nos introducíamos el receptor en el conducto con trémulos, nudosos e insensibles dedos; querían simplificar la tecnología de los aparatos (que habían sido inventados por gigantescas empresas de electrónica que manejaban una capacidad informática seis mil veces mayor que la que había lanzado al Apolo 11 a la luna) y ocultarnos los seis programas que podíamos organizar de múltiples formas para dejarnos únicamente con un botón que se limitaba a encender y apagar el funcionamiento general. No querían que nos confundiéramos.

Cuando fui a ver a Elke por insistencia de Romme Vertegaal comprendí por primera vez que el mundo de los sonidos podía existir para mí de un modo serio y emocionante después de años de mutismo, embotamiento y olvido de las interacciones. Y allí estábamos otra vez, en Vanves, para consultar, lo cual era para ella un compromiso que entrañaba el entrelazamiento de dos vidas en un proyecto creativo de magnitud elemental.

Elke era la fea hija de dos psicoanalistas de Colonia, el padre freudiano, la madre junguiana, los dos duros de oído. El hermano mayor era un musicólogo especializado

en danza inglesa de la época isabelina que se había trasladado a Boston para dar clases en el Conservatorio de Nueva Inglaterra; también era duro de oído. Allí teníamos, pues, lo que Freud habría llamado una carga neta que en última instancia había generado el fenómeno Jungebluth. Como único miembro de la familia que oía bien, y además el más joven, Elke se hizo responsable de todo el panorama auditivo de la familia; la finalidad de su vida fue muy pronto conformar y dilatar el mundo audible de todos sus miembros y de cuantas personas se pusieran a su alcance. Aunque es evidente que un psicoanalista debe oír bien para desempeñar sus funciones profesionales, y lo mismo un musicólogo, Elke acabó viéndose obligada a resolver los problemas de la familia, ya que ésta negaba la realidad de su dolencia, como ella misma decía: el hermano llegó al extremo de invitarla a oír grabaciones que él mismo apenas oía para que le describiese los detalles acústicos. Y los padres grababan a la chita callando algunas sesiones terapéuticas y luego se las ponían a la hija, para enterarse de lo que decían los pacientes y para que Elke les comentara sus matices vocales y sus modalidades expresivas. Sobre los hombros de Elke pesaba pues una tremenda carga existencial que hacía que tuviera un gran sentido del deber y de la responsabilidad, una combinación poderosa y no infrecuente. Y yo fui el beneficiario de todo aquello.

Como de costumbre, estábamos sentados en el consultorio de Elke, pulcro y elegante. Ya he dicho que era fea y lo era con avaricia: una cara larga y delgada hasta lo inverosímil; ojos marrón mierda, sosos y apagados; pelo lacio y de aspecto sucio que encanecía prematuramente sin uniformidad ni gracia; orejas sobresalientes, cómicamente alertas; cuerpo regordete y sin forma definida que parecía causarle incomodidades poco claras. Pero tenía sobre todo fealdad intelectual y con esto quiero decir que su presencia física invitaba a no fijarse en ella y a concentrarse en su inteligencia omnímoda y penetrante, en la configuración inmediata y natural que creaba, que envolvía a su interlocutor, lo alimentaba e incluso lo llenaba de júbilo. El tema de conversación fue Romme Vertegaal.

—¿Puede decirme algo de él? —pregunté—. Él me remitió a usted. ¿Tienen algún valor en audiología las prerrogativas médico-paciente? Ya sé que los audiólogos no son médicos...

—Escuche a los grillos —respondió, asintiendo sabiamente mientras hablaba, comprendiéndolo todo.

—¿Que escuche qué? ¿A los grillos? ¿Se refiere a los insectos? —Al principio había pensado en Buddy Holly y los Grillos (que en otra época se habían llamado los Grillos Chirriantes) y en la música maravillosamente ingenua de mi juventud, «That'll Be the Day», «Oh, Boy!», «Not Fade Away», «Maybe Baby», que por entonces parecía colarse sin esfuerzo en mis estudios sobre Hegel, Heidegger, Kant y Schopenhauer, dándoles forma, infundiéndoles sexualidad contemporánea y relevancia emocional. Mi cabeza empezó a llenarse de aquellas músicas, envoltorios tan poderosos de las emociones de mi juventud y de la consiguiente ola del transcurso

del tiempo, de la condición mortal, que sentí la lastimera y juvenil necesidad de que me confirmaran que Elke no se estaba refiriendo a la banda, aun sabiendo desde el principio que era imposible.

Imagina pues mi confusión cuando Elke se levantó de su silla Aeron con un sufrimiento alegremente soportado —sus contorsiones corporales se vieron con todo detalle a través del austero tejido de la entallada bata de la Clínica Jungebluth—, cruzó la habitación, se agachó delante de un armarito bajo de acero inoxidable, abrió la portezuela deslizante de vidrio opaco y volvió junto a mí con un viejo disco de vinilo en la mano. ¿Se había referido realmente a los Grillos y lo que tenía en la mano era una versión de uno de los álbumes originales? El título, *Escuche a los Grillos*, cruzaba la funda de cartón con una caligrafía irregular y artesanal de color blanco sobre un fondo azul oscuro. Debajo del título había una foto, en un blanco y negro muy contrastado, de un hombre maduro con gafas que no era Buddy Holly, sino Romme Vertegaal. Debajo del retrato había caracteres agrupados en bloques silábicos que identifiqué con el *hangul*, la escritura coreana. ¿Era el título del álbum traducido al coreano? Ya puede figurarse la conmoción que sentí al ver la imagen de Romme relacionada con el alfabeto coreano, por no hablar de los insectos. Mi plan manifiesto —innegablemente paternalista en el fondo, pero motivado por cuarenta años de amor y matrimonio intelectual con Célestine— de inyectar realidad en la absurda fantasía *Juicioso*-coreana de Célestine sobre el secuestro de Romme Vertegaal quedaba relegado al baúl de las inconsecuencias por la inesperada validación, al menos en parte, de lo que cualquiera habría supuesto una quimera patológica.

—Ése es Romme. —Fue lo único que se me ocurrió.

—Sí —dijo Elke—. ¿No es estupendo?

—No estoy seguro. ¿Son letras coreanas?

Elke se echó hacia atrás en la silla con el álbum cuidadosamente apoyado en el regazo, pero deliberadamente inclinado hacia mí para que me deleitara en su esplendor. Me di cuenta entonces de que la luz cenital estaba colocada de tal modo que ponía de manifiesto el artístico tratamiento metálico de las delicadas sombras de la ilustración de la cubierta, en la que no me había fijado al principio. Lo que me había parecido una sólida superficie azul oscuro era ahora un campo de hierba verde-azul: estábamos en la hierba con los grillos.

—Romme tuvo relaciones comerciales con la República Popular Democrática de Corea durante algún tiempo y este disco de vinilo es resultado parcial de esas relaciones. No eran solamente comerciales, como es lógico. Aquí se ve con claridad la tecnología pesada de Corea del Norte. Los caracteres coreanos significan «Uso sagaz», o quizá «exigente», «de los insectos en la tecnología auditiva». Los socios norcoreanos de Romme no son tan fantasiosos o poéticos como él. —Se calzó unos guantes de delicado tejido blanco que sacó de un bolsillo y, con mucha teatralidad, extrajo de la funda el disco de vinilo de 33 rpm de color regaliz—. Es la primerísima reproducción de *Escuche a los Grillos* que hay en Europa. Hoy por hoy podría ser la

única. Habrá más, inevitablemente.

—Pero ¿qué es? ¿Un compendio de ruidos de insectos? ¿Tiene algo que ver con la Sociedad Entomológica de Corea?

—No —dijo Elke—. Es una herramienta creada para programar instrumentos auditivos que sobrepasa todo lo que pudieron imaginar sus diseñadores.

Una grabación en vinilo completamente retro interconectada con sofisticados audífonos digitales y plataformas de acoplamiento digital con sus portadores: de todos modos me sentía incapaz de imaginarlo. El caso es que tampoco tuve necesidad de imaginar nada, porque cinco minutos más tarde estaba conectado con la movida norcoreana de Romme Vertegaal y en proceso de ser... sintonizado.

—Ahora hay platos láser que prescinden por completo de brazos, agujas y cápsulas —prosiguió Elke mientras me ponía alrededor del cuello el cable del controlador inalámbrico Connexx—. Utilizar uno de éstos nos facilitaría la vida a los humildes audiólogos que lo único que queremos es servirnos del método sintonizador de Vertegaal. Pero Romme no lo pondrá en circulación. Así que nos hemos visto obligados a invertir en una de estas exóticas monstruosidades. Son asquerosamente caras y difíciles de mantener, por eso somos pocos los que hacemos lo que estoy a punto de hacerle a usted. Ésta tiene más de veinte años. Todas fueron fabricadas por una israelí llamada Judith Spothem-Koreneef que trabajaba en Holanda, en Eindhoven. Romme optimizó los *Grillos* para los parámetros auditivos de las máquinas de Spothem, utilizando la única muestra que había entonces en Asia. Ahora hay unas cuantas más.

Estábamos dentro de la Audio Booth 4, básicamente una cabina de grabación de audio que flotaba en espuma y se había diseñado para neutralizar el sonido. Lo que se decía en Booth 4 se oía antinaturalmente amortiguado, como si las palabras fueran objetos inanimados. Las paredes de la cabina, el suelo, el techo, nada de esto añadía la menor energía o forma, ni por reflejo ni en virtud de la geometría, a los sonidos que brotaban de nuestra boca, y esto tenía un efecto misterioso en el significado y el impacto de las palabras mismas que era difícil de calcular. Me hizo comprender que la neutralidad total en la comunicación humana resulta desestabilizadora; podría escribirse un ensayo sobre eso.

Delante de mí había un aparato grande y complejo que habría podido llamarse, simplemente, tocadiscos, pero cuya presencia era más como la de un espécimen de zooplancton inverosímilmente gigantesco. El acrílico transparente del pesado disco y de las diversas placas y cilindros; el acero inoxidable de las pesas engastadas en la periferia del disco de marras; el titanio del delicado brazo multicontrapesado; y las finas correas de transmisión y los filamentos eléctricos culminaban en una centelleante y rapaz estructura que parecía más apropiada para la frenética vida submarina. Una vez que Elke encendió el controlador que tenía yo apoyado en el

esternón, quedé al parecer conectado inalámbicamente a este engendro y los dos al ordenador portátil de Elke y a la Interfaz Programadora del Ajuste del Instrumento de Medición Auditiva Connexx de Siemens. Elke limpió el disco de vinilo con Limpiadiscos Spin-Clean (un recipiente de plástico amarillo con rodillos y cepillos que se llenaba con agua destilada y un dedal de fluido limpiavinilos), girando el disco amorosamente con los enguantados dedos contra los rodillos, tres veces de izquierda a derecha, tres veces en sentido contrario, apartándolo y secándolo a continuación con suaves toques aplicados con un paño de algodón libre de pelusa y de un blanco blanquísimo que había sacado de un cajón con sellos de caucho para que no le entrara el polvo. Sujeto el disco en el plato con el pequeño botón acrílico, accionó el interruptor retro en la casilla de acero, bajó cuidadosamente la pequeña cápsula de madera en forma de ataúd hasta el surco del vinilo y... nada. No oí nada.

—No oigo nada —dije, pero nadie me oyó, porque Elke acababa de salir de la cabina, cerrando la doble puerta con el suspiro del aire expulsado y dejándome a mí en un vacío. La veía por uno de los dos ojos de buey de cristal triple que había en la pared, poniendo en marcha el programa Connexx casi antes de sentarse del todo en la silla Aeron. Yo había acudido a Jungebluth (en la empresa había otros audiólogos que no había visto hasta entonces) para desbaratar mi complicidad en los delirios de Célestine sobre Romme, sobre los insectos de su pecho, sobre Pyongyang, dando por sentado que gracias a mis indagaciones obtendría alguna prueba de que Romme vivía en París o en Roma, de que no había sido secuestrado por ningún Kim y de que no era el director de *El juicioso uso*. Este resultado habría favorecido, con toda naturalidad, la liberación indolora de Célestine de su absorbente fábula corporal, quizá con un tratamiento de choque consistente en concertar un encuentro con Romme en nuestra casa, cuando yo hubiera contactado con él. ¿Se produciría en ella una respuesta más o menos del tipo del síndrome de Capgras, una negativa a creer que el Romme que yo le presentara fuese el Romme auténtico? ¿Alegaría que se trataba de un impostor quirúrgicamente fabricado por los Kim para engañar al mundo y más concretamente a Célestine? Tales habían sido mis fantasías, pero habían sido radicalmente pulverizadas por la prueba presentada por Elke de que Romme había pasado un tiempo en Pyongyang trabajando de consultor técnico, de que había habido una labor más o menos cinematográfica y de que había sido «raptado» (Elke utilizó el término con toda inocencia, sin que yo la incitase) por la «profundidad y la pasión de la cultura de allí», y había quedado «hechizado y embelesado hasta el extremo de que había deseado quedarse a vivir allí por tiempo indefinido».

Yo había sido el engañado, no Célestine; o por lo menos había tratado con altanería e injustificado desprecio su instinto y su sensibilidad a ciertas realidades aberrantes que ninguno de nosotros había sido capaz de intuir hasta entonces. ¿Se le había transformado el pecho izquierdo en nido de peligrosos insectos? ¿Acaso era esto más fantasioso que la invasión del tejido mamario por anómalas y devastadoras células epiteliales de los conductos lácteos? Bueno, sí, desde luego que lo era, pero ¿y

si los «insectos» eran una metáfora con la que Célestine se refería a algo más plausible en el plano médico? ¿Y si era su única forma de expresar la certeza de que sufría una patología exclusiva?

El disco acrílico del aparato de Spothem-Koreneef giraba hipnóticamente, con su corona de metales relucientes, semejante a montones de monedas, titilando con avidez nanocrustácea. Entonces alcancé a ver por los ojos de buey el monitor de Elke y el programa Connexx reducido a una ventana, mientras los iconos indicaban que este último estaba descargando sus valores y parámetros (todo lo que controlaba los implementos de mi receptor incrustado Pure Micon de Siemens) a otra ventana mayor en que se veía una mezcla de bloques silábicos coreanos y palabras inglesas. Era el programa de acoplamiento ideado por Romme y sus anónimos compañeros *juche* de Corea del Norte, que había sido diseñado para usarse en combinación con el álbum *Grillos* y el neotocadiscos, y al cual yo había sometido voluntariamente toda mi existencia auditiva para que fuese reajustada. Según el reloj de la cabina, de estilo estación de los Ferrocarriles Nacionales Suizos, el proceso tardó una hora y diecisiete minutos, tiempo durante el cual fui proyectado a un paisaje sonoro medio siniestro, con zumbidos amenazadores, chirridos y chasquidos tartamudos, así como jadeos no humanos (¿mediante espiráculos membranosos de insectos?) y una variedad de murmullos fluidos y pulsátiles que sugerían el movimiento de sangre no humana por diminutos corazones tubulares y compartimentados. Mi interpretación de este mundo auditivo estaba determinada, obviamente, por mi experiencia con la película *El juicioso uso*, la patología inventiva de Célestine y la cubierta del álbum, una interpretación que habría podido registrarse y analizarse en algún lugar del éter de Internet, porque, según parece, la respuesta de mis tímpanos y de la maquinaria orgánica relacionada con ellos dentro de mi cabeza a aquel paisaje sonoro que realimentaba el programa norcoreano (se llamaba inocuamente «En sintonía con la naturaleza», según supe después) equivalía a una lectura de la actividad eléctrica de mi cerebro, mucho más profunda y significativa que un electroencefalograma normal. Sin querer me preguntaba si la creciente tensión de mi pequeña vejiga afectaría a los resultados y trastornaría mi programación; y es que tenía verdaderas ganas de mear. Habíamos acordado que casi todos los cambios se canalizarían hacia el Programa 5, mi antiguo programa Música (que trataba de equilibrar los sonidos de todos los instrumentos musicales y voces según la audición normal), y que el Programa 1, el Universal, quedara completamente intacto, para servir de referente. Un mando oscilante de mi aparato izquierdo me permitía pasar por los seis programas, es decir, Televisión (Programa 2), Entorno Ruidoso (Programa 3), Exterior/Deportes (Programa 4) y Telecoil (Programa 6, para uso telefónico especial). Pedí a Elke que denominara Vertegaal el Programa 5 y así apareció en la minipantalla de mi controlador inalámbrico Tek.

Salí de la Clínica Jungebluth con los oídos sintonizados con mi seguro e intacto Programa 1, indeciblemente temeroso de ir por la calle con el Programa 5 —¿qué

podía ocurrir?— y sin acordarme de dónde había aparcado el Smart Fortwo, como venía ocurriéndome con creciente frecuencia. Por suerte, mi iPhone, que apuntalaba ya mi achacoso cerebro, tenía a mano las coordenadas del GPS y su sistema de orientación que indicaba la mejor ruta en el mapa me hizo doblar tres esquinas hasta dar con el pequeño vehículo, que parecía de lo más pulcro con sus paneles reemplazables de antracita mate. Me daba perfecta cuenta de que los pequeños objetos y los pequeños acontecimientos tecnológicos me producían un placer desmesurado y de que tal vez fuera una táctica más o menos consciente para evitar el enfrentamiento con ciertos hechos dolorosos de la vida, probablemente irresolubles, que me causaban un sufrimiento y una angustia incesantes; sin embargo, el placer era real y lo absorbía a manos llenas. Una vez que estuviera en el coche, pensé, sintonizaría el Programa 5, el Vertegaal, y dejaría que los nuevos ajustes emitieran sonidos no percibidos hasta entonces por el cerebro; pero no sintonicé nada. Mi lógica era que el coche era demasiado silencioso, que estaba demasiado bien aislado—de los cambios de temperatura, para ahorrar batería, pero también de toda clase de ruidos— para que en él se oyera nada espectacular, y que primero me sentiría decepcionado y luego deprimido. Éste era mi razonamiento. Pero ¿no giraba todo aquello en torno a una sola cosa, el pecho izquierdo de Célestine? ¿Por qué jugar con juguetes?

Volví a nuestra casa con la cabeza llena de zumbidos, como si ella fuera el recipiente lleno de insectos cabreados; puede que fuese mi cabeza lo que necesitaba extirparse. Célestine no estaba. Yo no me sentía en condiciones de leer. Encendí la tele y me puse a ver la etapa aragonesa del campeonato del mundo de MotoGP, que se emitía en diferido. Yo no sabía nada de MotoGP, pero me sentí inmediatamente fascinado por la maquinaria, por la extraña, acolchada, jorobada indumentaria de cuero de los competidores, con aquellas deslizantes rodilleras de cerámica sujetas con velcro, con aquellos cascos futuristas, y por la ferocidad de la carrera. Los comentaristas hablaban de la creciente complejidad de los mandos electrónicos de aquellas máquinas elementales, algo preocupante, al decir de los expertos, porque se había llegado a tal control de la aceleración, la resistencia, el frenado, la velocidad, incluso el ángulo de inclinación del motorista que había que preguntarse si los propios motoristas no acabarían por quedar desfasados muy pronto. Huelga decir que los problemas tecnológicos planteados por la carrera me entusiasmaban y me entretenían muchísimo, en particular porque las tecnologías del MotoGP y los audífonos Siemens se compenetraban hasta el extremo de que no tardé en notar que el control de resistencia, el frenado antibloqueo, el sensor de aceleración y las unidades de control electrónico empezaban a darse a conocer en mis oídos. Se me ocurrió que los altavoces de nuestro pobre y viejo Loewe, trivialmente estereofónicos, n.º 5.1 o 6.1 ni más allá, seguían siendo buenos, y sentí la tentación de poner el Programa 5 para ver lo que haría con el rugido antinatural de aquellas motos de no sé cuántas cilindradas. ¿Crearía alguna brillante forma de audición potenciada por un Gran

Premio de motociclismo? Tenía ya el dedo en el oscilador del módulo situado tras la oreja izquierda cuando oí tintinear las llaves de Célestine mientras se acercaba a nuestra puerta por el estrecho descansillo. Normalmente, su moderada claustrofobia le impedía usar el ascensor, motivo por el que se la oía de lejos cuando subía la escalera de caracol. Apagué la tele en el momento en que dos corredores españoles tomaban la delantera en la última vuelta, para salvaje regocijo del público aragonés, aunque durante unos segundos siguió siendo perceptible la desintegración de la semivida, el regusto de la fundida ingeniería de la audición y del MotoGP.

Teníamos por costumbre sostener nuestras conversaciones más intensas, abstractas e intelectuales en la cama, generalmente vestidos, aunque no siempre. Incluso cuando empezaban como algo mundano y meramente funcional, en la cocina o delante del Loewe, en cuanto derivaba hacia el territorio que reconocíamos subliminalmente, también nosotros nos dejábamos llevar, como quien no quiere la cosa, hacia nuestro pequeño dormitorio y nos acostábamos sin haber perdido en ningún momento el hilo de la conversación (las almohadas, a veces, hacían que mis Pures chillaran malhumorados con la realimentación), conversación que ocasionalmente finalizaba con un sueño profundo o un acto sexual no menos profundo, inducidos en ambos casos por la temática de la charla. Por todo el dormitorio había plumas y lápices medio gastados que eran como testimonios de nuestra tendencia a tomar notas para futuros ensayos, artículos, cartas a directores de periódicos, en cualquier momento del día o de la noche, durante o después de las sesiones de cama. Hacíamos incursiones esporádicas en el mundo del reconocimiento vocal tomando notas verbales en un iPad o un iPhone, pero de manera inevitable regresábamos al mundo de lo escrito. Los dos teníamos una caligrafía espantosa que exigía grandes esfuerzos descifradores incluso por parte del autor de la misma, aunque el solo hecho del desciframiento era satisfactorio, ya que las sinuosidades de los garabatos transmitían matices y emociones que ni los píxeles más perfectos podían comportar. Pronunciar las palabras era como descargarlas en un vacío en el que podían evaporarse en el momento menos pensado; escribirlas, en cambio, era como ponerlas a buen recaudo dentro de nuestro cráneo, donde podían madurar sin prisas.

Célestine fue la primera en dirigirse al dormitorio; dejó las llaves en un cuenco chino de madera que teníamos en la mesita semicircular de vidrio, que estaba junto a la puerta, se descalzó dando un par de puntapiés en el aire y se dejó caer en la cama lanzando un largo y lento suspiro. Yo, como de costumbre, fui detrás de ella y, aunque ya estaba descalzo, me recosté en vez de tumbarme del todo.

Los dos teníamos claro que íbamos a hablar de Romme Vertegaal, sin preliminares, sin bromas previas sobre las dificultades para aparcar o lo que faltaba en el frigorífico. Célestine había estado otra vez aquel día en las oficinas de la Sociedad Entomológica, con la esperanza de que sus conocidos la informaran del

paradero de Romme o de sus últimos planes. Se había dirigido a ellos como último recurso, porque nuestros colegas del Festival de Cannes no habían sido capaces de aclararle nada. La promoción y entrega de *El juicioso uso* había corrido a cargo de un organismo mediático y cinematográfico del gobierno norcoreano y ninguno de los nuestros había tenido el menor contacto con el director de la cinta. Se había insinuado que había caído en desgracia en Pyongyang y que tenía suerte de no haber dado con sus huesos en la cárcel. No había tenido la menor posibilidad de ir con su película a Cannes, como hacían casi todos los directores; el festival había decidido aceptar esta conflictiva situación con la esperanza de que sirviera para propiciar los contactos con los artistas de Corea del Norte. Los ejecutivos del festival no admitieron el alegato de Célestine, que afirmó que Jo Woon Gyu no era coreano, ni siquiera asiático, sino un ciudadano francés nacido en Holanda. La incredulidad y la desestimación no tardaron en traducirse en irritación, y los ruegos de Célestine —llamadas de teléfono, *e-mails*, declaraciones públicas delante de las oficinas parisienses del festival— se convirtieron enseguida en momentos de incomodidad para todos que habría sido mejor olvidar. Nosotros estábamos acostumbrados a transformar las incomodidades en causas políticas y sociales de todas clases —era una cuestión de honor; no podíamos preocuparnos por la dignidad o la reputación cuando había por medio temas candentes—, así que aquello no era difícil de aceptar por sí mismo, pero era mucho lo que había emocionalmente en juego y Célestine, tendida a mi lado en la cama, estaba deprimida, descorazonada.

—Mira esto —dije, alargándole mi iPhone.

Se cubrió los ojos con el brazo y dobló los dedos para que los músculos del antebrazo se le tensaran rítmicamente, rezumando angustia y malestar.

—No puedo mirar ahora tus fotos irónicas. Por favor.

Yo tenía la costumbre de fotografiar con el móvil las cosas que me llamaban la atención durante el día, por ejemplo un perro con un bastón de juguete sujeto en la boca. Yo creía que hacía esas fotos por el asombro inocente que sentía ante la riqueza de la realidad cotidiana, pero Célestine, por el contrario, veía asco y consternación existencial acechando tras cada foto. Yo ya no le llevaba la contraria en esta cuestión.

Me acosté del todo en la cama y quedamos el uno junto al otro.

—En esta foto hay una ironía muy especial que querrás saborear. Te lo prometo.

Se dio la vuelta bruscamente y me cogió por el pelo con las dos manos, despertando amargas quejas en mis Pures. Lo normal era que, en momentos así, me los quitara y los dejara encima de la mesilla de noche, para que no interrumpieran la intimidad, pero nos habíamos acostumbrado tanto a su compañía que no se me ocurrió quitármelos entonces.

—Una promesa así es peligrosa —dijo—. Mi estado de ánimo es resbaladizo y azaroso en este momento. Una foto tuya de cualquier señal de tráfico idiota podría empujarme por el precipicio. Y no volvería jamás. —Me besó con la boca abierta y luego se apartó como escandalizada de lo que había hecho: era su pequeña aportación

irónica—. Bueno, veámosla. No me impresionará tan fácilmente.

Cogí el iPhone de entre los pliegues del edredón y volví a recuperar la foto que había hecho al álbum *Escuche a los Grillos*. Hice un molinete con la mano y le pasé el teléfono a Célestine.

Es difícil encontrar Crisco en París, pero no imposible. Además, los amigos americanos que vienen a visitarnos suelen traernos Crisco, no los envases de aerosol, sino la preferible caja de cartón que contiene el bloque blanco de grasa vegetal, de cuatrocientos cincuenta y cuatro gramos y envuelto en papel de cera. Desde que descubrimos el uso de Crisco como lubricante sexual y como remedio para la atrofia vaginal, no he podido volver a ver el logotipo del producto (letras rojas sobre una elipse azul de fondo blanco, con una dorada gota de aceite a modo de punto en la *i*) sin experimentar una triste erección. Con sus sesenta y dos años, Célestine seguía teniendo un cuerpo sensual y voluptuoso, aunque ya bien adentrada en la fase posmenopáusica. Era típico de ella buscar una metáfora o un símil que la ayudaran a asimilar una modificación tan fundamental como la que acarrea la menopausia, sobre todo en lo referente a las cuestiones sexuales. La encontró cuando participamos en una mesa redonda que formaba parte del Festival Lumière, del Festival Cinematográfico del Gran Lyon, cuyo tema era «Sexualidad e invalidez en el cine». Nuestra sexualidad posmenopáusica quedó aclarada muy pronto gracias a las declaraciones de los demás ponentes, que no eran especialistas, sino meramente seis entusiastas del cine que reflejaban un amplio abanico de la incapacidad humana, desde traumas relativamente menores (una parálisis del brazo derecho debida a un ataque sufrido en la infancia) hasta otros mayores (enfermedad motriz al nivel avanzado de Stephen Hawking). La clave parecía ser un agudo instinto para la inventiva, salpimentado con un sentido del humor más agudo aún y por la represión de la vergüenza en las grotescas acrobacias exigidas a veces, todo ello sazonado por la euforia resultante de sentirse obligados a entender y a comentar gráficamente cuál era el verdadero fin de la sexualidad, un aspecto de la vida sexual lamentablemente desconocido por la mayoría de las personas incapacitadas.

Yo, como siempre, deseaba en secreto a Célestine; en secreto porque no se me permitía eludir nuestro sincronizado envejecimiento deseando en el presente como siempre había deseado. Se me permitía expresarle mi deseo, pero ella necesitaba rechazarme riendo con incredulidad, en su propia senectud privada, ante las fantasías de un viejo que posiblemente daba ya los primeros indicios de senilidad, si no de demencia. Era como si mi invicta lascivia juvenil fuera, por el solo hecho de existir, un reproche lanzado sobre ella a causa de la brusca mutilación de su deseo, sostenido débilmente en los últimos tiempos por las estratagemas que acabo de describir. Yo no podría decir de qué modo su pasada sexualidad se fundía, para mí, con nuestra sexualidad presente, de qué modo su cuerpo del pasado modificaba la realidad de su

cuerpo actual. Ella ni siquiera podía practicar ya la cópula anal, y no obstante la vieja y vívidamente recordada cópula anal seguía estando fundamentalmente viva y presente en mí, dado que en cierto modo se producía al mismo tiempo que la cópula vaginal. Y como es lógico, también mi cuerpo estaba cambiando, como supongo que habrás deducido incluso sin tomar como referencia las fotos y vídeos de Internet, y yo sentía que su menopausia era también mía. La transformación de nuestros cuerpos marchaba en rigurosa sincronía y quizá más allá de la sincronía: estábamos demasiado próximos en todos los aspectos para que no nos afectáramos el uno al otro en un plano causal. Conforme su cuerpo cambiaba (un cambio que, obviamente, es invisible y gradual hasta que llega uno de esos momentos asombrosos y reveladores, cuando la luz que cae en oblicuo de una claraboya anormalmente instalada incide cruelmente sobre la piel, las venas, las uñas de los pies, y transforma para siempre la percepción de lo que es la persona que amamos), yo deseaba en principio que se modificara mi sentido estético de la belleza femenina, para que se adaptara a su transformación, para que ella siguiera siendo tan hermosa y deseable como siempre, aunque ya era distinta. Y la diferencia en cuanto tal se volvió provocativa y excitante, como si los actos sexuales con ella fueran al mismo tiempo actos sexuales con otra persona, una persona exótica que exigiera nuevos protocolos sexuales y nuevas perversiones, hasta que dejé de desear el cambio porque la estética se había transformado permanentemente; ya no me sentía atraído por la misma mujer, lo cual fue una bendición y un alivio, además de un fenómeno curioso. Un corolario inesperado fue la reordenación de la estética relativa a mi cuerpo, que ahora era capaz de incorporar la musculatura fibrosa, la piel manchada, los pómulos demacrados, las arrugas de reptil, a la categoría de belleza masculina aceptable. Sí, los dos seguíamos siendo maravillosos.

Después de describirle a Célestine mi aventura en Vanves con minuciosos detalles, todo para explicarle la foto de la cubierta del álbum, nos entregamos a un acto de amor frenético, triunfal, festivo, abrazando inevitablemente el tema de Romme Vertegaal y su odisea, tal como la imaginábamos. Cierta vez que fuimos a México, con el fin de estudiar la política y la filosofía izquierdistas «a la mexicana», descubrimos que nuestra sexualidad se había metamorfoseado ella sola en una meditación sobre Frida y Diego, con cierto sabor a Trotski (Célestine era siempre Frida, pero yo era Trotski de vez en cuando, en aquel país delirante de autoaniquilación sexual; luego, cuando reincidimos en esta temática, yo era ocasionalmente Frida y Célestine era de vez en cuando Diego) y con claros ecos del arte popular y el surrealismo mexicanos. Desde aquella experiencia solíamos elegir conscientemente la temática de nuestras sesiones sexuales, como si participáramos en un *collage* o en un grupo escultórico y después comentáramos las texturas y los efectos sensoriales. Escribimos al respecto un artículo conjunto para la sección «Anales de la sexualidad» de la revista *New Yorker*, que despertó una pequeña polémica. Pues bien, inmediatamente después de lo de Vanves apareció una capa

nueva en la estructura siempre envolvente de nuestra sexualidad compuesta (cosa que siempre me ha recordado a las capas de Photoshop): la añoranza atípicamente frenética que sentía Célestine por Romme. Yo podía ser Romme en nuestras fantasías —desde luego, lo conocía mejor de lo que había conocido a Diego Rivera—, pero había celos en el ambiente, a pesar de que nos permitíamos amantes de relleno, y los celos empezaron a disolver las capas y a producir un amasijo incoherente. ¿Hay alguien que no haya sentido celos ocasionales de amantes del pasado, celos que se intensifican cuanto menos justificados están, cuanto más encerrados se encuentran en el pasado, burlonamente protegidos por la cámara acorazada de la memoria? De modo que sí, triunfal, festivo, pero angustiado por su complejidad emocional, al menos para mí, y lo que más me dolía era la aparente serenidad de Célestine, la indiferencia incluso ante el ya inevitable dolor que producían las penetraciones. Detestaba dejar que Célestine follara con Romme utilizándome como sustituto de éste.

Los dos estábamos sometidos al fin de aquello, Célestine ponía mi mano sobre su pecho izquierdo y apretaba con crueldad trastornada. Pero entonces me sobresaltaba con un brusco suspiro húmedo y ahogando una exclamación aterrorizada. Un chorro de adrenalina corría hacia el cerebro y me inundaba de cólera desatada. Cuando me puse los primeros audífonos, que estaban sintonizados para aumentar las altas frecuencias que son las primeras en desaparecer con la edad, es cierto que el mundo se volvió repentinamente más ruidoso y discordante; y para una persona cuyo paisaje sonoro se había ido apagando hasta pensar que era una experiencia común a la mayoría de la gente era difícil creer que aquellas estridencias fueran sin más la restauración de unas altas frecuencias perdidas. Pero el aspecto más desorientador del nuevo sonorama era que los ruidos entrañaban ahora demasiadas emociones, demasiados significados, hasta el extremo de que un simple estornudo pudiera ser una expresión de ira, el cierre de la puerta de un dormitorio una separación intencionada que necesitaba solucionarse, mullir una almohada en mitad de la noche una agresión explosiva que me aceleraba el corazón con cólera reflexiva. Necesitaba con urgencia ajustar mis reacciones a la intensidad de los sonidos, y aunque no paraba de hacer ajustes, aquellas inesperadas sobredosis de adrenalina se repetían y me confundían. Me entraban ganas de levantarme de un salto de la cama, cerrar la puerta del dormitorio de un portazo e irme a dar un paseo por las calles húmedas y oscuras, despotricando para mí con mal humor contra las ofensas y traiciones conyugales. Pero volvía a ajustar mis reacciones.

—Tina.

—Los oyes, ¿verdad? —dijo—. Se van a volver locos aquí dentro. No es posible que no los oigas.

—Los insectos.

Un «¡sí!» jadeante, como el disparo de un fusil de gran potencia.

—¿No crees que es la configuración de Romme Vertegaal lo que los anima? ¿La

entomología, la conexión norcoreana...? —Se volvió para mirarme a la cara. Vi en sus facciones una alegría frenética, terrible—. El Programa 5 —añadió—. Sintonízalo y los oirás. Para eso está ahí, ¿no? ¡Es evidente! ¡Romme sabía que llegaría este momento!

—No sé para qué sirve el Programa 5. Ni siquiera Elke supo explicarme su finalidad concreta. Dejé que lo creara por ti, por tu obsesión norcoreana y, naturalmente, porque yo sentía curiosidad, también por mi audición, claro, para saber hasta dónde llega su potencial. Sabemos que Romme era brillante, así que dejemos que su brillantez dilate mi cabeza, si puede. Así es como pensaba antes. Pero para ser sincero, he tenido miedo de sintonizarlo, entre otras cosas porque creo que será decepcionante, que será únicamente una expresión insulsa de filtrado armonioso o vete tú a saber. Elke se sentía muy orgullosa de su trabajo con esa difícil rutina vinilo-analógico-a-digital y yo detestaba frustrarla con mi timidez, pero no me dejó en paz hasta que le prometí que le contaría detalladamente el resultado cuando hubiera reunido valor suficiente para probar el Programa Vertegaal.

No podía decirle a Célestine que había tenido otra motivación para permitir que Elke Jungebluth me manipulara: me aterrorizaba que Célestine cumpliera su promesa de viajar a Corea del Norte para buscar a Romme, para volver a contactar con él y dejar su problema entomológico en sus manos, todo dentro del contexto de un absurdo acercamiento político a la dictadura norcoreana. Por un lado, la estratagema de Célestine era una verdadera locura, una fantasía, y por el otro confirmaba —lo sentía con un dolor que me trituraba— que todavía amaba a aquel hombre, que lo amaba como no me había amado a mí y que yo estaba atrapado en un culebrón nauseabundo del que no podía escapar.

Célestine se cogió el pecho izquierdo con ambas manos y me lo ofreció.

—Sintonízalo y escucha —dijo, con una intensidad entrecortada cuyo entusiasmo radical me desquició. ¿Qué marido no ha representado con fruición el papel de mirón en su propia casa, espionando el reflejo de su mujer en una ventana mientras ella se inspecciona la vagina o el ano con el cromado espejo de afeitarse de él, un pie apoyado en la blanca banqueta metálica del cuarto de baño, en busca de lesiones, pólipos, secreciones, decoloraciones reveladoras, reales o temidos? Yo la sorprendía a menudo inspeccionándose el pecho izquierdo con la finalidad más insólita: buscar sonidos, no cosas visibles. Se lo levantaba hacia el oído del mismo lado, con la cabeza inclinada, toqueteándose despiadadamente, como si en realidad no fuera suyo, sino un trasplante ridículamente obstinado o una hipertrofia patológica reciente, pinchándolo con el dedo para que los insectos se irritaran e hicieran ruido suficiente para grabarlo con el iPhone que estaba apoyado en la caja de los pañuelos de papel, con el indicador del volumen de la aplicación Voice Memo parpadeando con cada roce. Ahora me tocaba a mí.

Titubeé y me quedé petrificado. Célestine tenía el pelo húmedo a causa de nuestros ejercicios, brillantes mechaz negras y grises le colgaban por las mejillas.

Tenía una mecha prendida de la comisura de la boca y sufrí una alucinación: era la pata de una araña gigantesca de color negro y gris que había quedado inadvertidamente al descubierto y que esperaba con paciencia dentro de la boca a que los insectos apareciesen. Hice un esfuerzo para retirar suavemente la pata de entre los labios, que se entreabrieron para colaborar, y se la puse por detrás de la oreja.

—Sabes que siempre has sido capaz de oír cosas que yo no puedo oír, ni siquiera con mi sofisticadísima biónica —dije—. Y tú, en cambio, nunca has podido registrar eficazmente el rumor de tus insectos. Admítelo.

—Pero se trata de Romme. Es un regalo que Romme nos hace a los dos. Lo han creado su brillantez y su comprensión. Es algo nuevo.

Resplandecía al decirlo y el resplandor me torturaba. Estiró una mano mientras mantenía la otra sobre el pecho izquierdo, palpándolo, y tocó el módulo Pure que yo tenía detrás de la oreja. (Lo había elegido de color plata oscuro, pues aún tenía vanidad suficiente para desear camuflarlo entre mi rebelde mata de pelo canoso, que según una de mis estudiantes era «pelo de filosofía polémica, aunque no tan intimidatorio como el pelo de Schopenhauer»). Aparté de mi oreja la mano de Célestine, dejándola suspendida en el aire. Mis dedos corrieron al sintonizador de programas de la oreja izquierda y lo pulsé, recorriendo metódicamente los programas del 1 al 5. Cada fase venía acompañada por una serie característica de notas musicales, inteligentemente diseñadas para indicar en qué programa nos estábamos introduciendo, y como Célestine oía esas notas, cuando llegué al Vertegaal arqueó las cejas inmediatamente, con expectación vivaz e infantil.

—El ventilador del horno se ha quedado encendido. Lo oigo desde aquí —dije.

Se echó a reír y atrajo mi cabeza hacia su pecho con despreocupación exagerada.

Y entonces los oí. Los insectos. Estaban dentro de su pecho y yo los oía.

Al parecer hay biomarcadores presentes en el aire que se exhala que pueden analizarse con un espectrómetro de masas para identificar cánceres y otras enfermedades. ¿Habría algo equivalente para los sonidos emitidos por cualquier medio y conducto? ¿Estarían Romme Vertegaal y sus colegas norcoreanos en la vanguardia de la tecnología y definiendo un nuevo y revolucionario sistema de realizar diagnósticos médicos? ¿Podría haber sido transformado mi inocente y práctico audífono Pure en un equivalente auditivo del espectrómetro de masas gracias al programa *Escuche a los Grillos*? Ninguna de estas cosas resistiría un buen análisis a la luz del día. Pero allí, en la cama con Célestine, la noche era muy oscura y yo oía los insectos en su pecho izquierdo, y parecían vivos, presentes y reales. Yo había sospechado siempre que los insectos tenían lo que podríamos llamar «personalidad de especie»; es decir, no personalidad como individuos, sino como especie individual, tanto que algunas mariposas de la subfamilia de las Nymphalinae —vanessas, polygonias, aglais— tienen la costumbre de aterrizar en la cabeza de uno cuando

quiere cazarlas, y cuando uno se mueve bruscamente, se van volando, trazan un círculo y vuelven a posarse en lo alto de la cabeza, comportamiento que nunca se ve en el papilio glauco ni en la mariposa monarca. En el abarrotado pecho de Célestine, ahora cubierto por el líquido lustre de la excitación, podía distinguir ocho especies de insectos, por los rumores que producían, rumores que me generaban imágenes mentales de los órganos —patas o élitros estridulantes, membranas vibratorias— que producían los sonidos en cuestión. La entomología me había atraído —de un modo del todo natural, en mi opinión— como parte de mi vocación filosófica, porque a mí me resultaba imposible entender que un filósofo se desinteresase por la existencia y significado de aquellas formas de vida absolutamente no humanas, pero contundentes. Siempre me divirtió observar ese deseo tristemente frenético que manifiesta la cultura popular por las formas de vida de otros planetas, cuando bajo los pies de estos mismos buscadores de alienígenas, y categóricamente despreciados por ellos, pululaban las más exóticas, grotescas y fabulosas formas de vida imaginables. Pero como estudioso de la vida de los insectos yo no podía ser otra cosa que un diletante, pues el tema es amplísimo e inconmensurable. La charla que di en el Club Immédiat, que titulé «La entomología es un humanismo» —traviesa aunque mordaz referencia a la famosa conferencia de Sartre «El existencialismo es un humanismo»—, encerraba casi toda la esencia de mi saber entomológico, y ahí está para que la vean todos con toda su superficialidad. En otras palabras, era incapaz de decir el nombre exacto de todas las especies de insectos que había en el pecho de Célestine. ¿Y cuántas había? Si hubiera solamente un espécimen de cada especie, ¿habría que decir que había ocho? ¿O siguiendo el modelo del Arca de Noé había un macho y una hembra de cada especie? Una cigarra, eso estaba claro. Una avispa alfarera. Una mosca asesina. Una chinche asesina. Varias especies de hormigas. La mente se me llenaba de imágenes extrañas y curiosamente despistadoras que traían su propia banda sonora: las salvajes oleadas de las plagas de langostas, el ejército de miles de millones de hormigas de la película de 1954 *Cuando ruge la marabunta*, protagonizada por Charlton Heston; un programa de Discovery Channel que estudiaba a los insectos parásitos que transformaban a sus anfitriones en zombis que satisfacían las necesidades de los huéspedes; una película colgada en YouTube que parodiaba *El Avispón Verde*, en la que el enmascarado protagonista es un auténtico avispón que acaba fatalmente aplastado por su compinche japonés, Kato, y cuya banda sonora es «El vuelo del moscardón» mezclado con el zumbido del *theremín*, como en el viejo serial radiofónico. (En realidad, no estaba seguro de si había visto esta película o me la había imaginado).

Aparté a Célestine lleno de horror y confusión. Ella dejó escapar una breve risa de comprensión y se soltó el pecho, que durante un momento alucinante pareció agitarse a causa de algún tumulto interior y luego adoptó su postura inocuamente cotidiana de reposo gravitacional. Era, como he dicho, mi pecho favorito, el más grande y el más adaptable (el izquierdo suele ser mayor, según parece por efecto del bombeo

cardíaco), aunque en aquellos momentos estaba ya aureolado por ondas de significados y simbolismos que desbordaban incluso la carga metafórica que estos sufridos órganos están acostumbrados a soportar. Se disolvía casi cinematográficamente ante mis ojos en una serie velozmente rotativa de objetos — una bolsa, un nido, un huevo, una yurta, una colmena—, cada uno de los cuales me producía una reacción atrozmente emocional que me dejaba temblando y exhausto.

—Ahora lo sabes, ¿verdad? Ahora lo sabes —dijo, inspeccionando todos mis temblores con curiosidad sincera.

Pero no lo sabía. Por razones obvias, no podía dar crédito a mis oídos, en el sentido más literal de la expresión. Pensaba que los ruidos de insectos que me parecía haber oído eran en realidad fruto del funcionamiento de los aparatos auditivos y no una información que hubieran recibido pasivamente. ¿No podían haber sido programados para generar aquellos sonidos, resaltando un poco, gracias a su creativa capacidad digital, lo que normalmente hacían? ¿Podía Romme, en connivencia con Elke, haber concebido aquel descabellado plan para volverme loco o, lo que ya sería el colmo de la crueldad, para inducirme a colaborar con Célestine en el agravamiento de su propia locura?

La expresión de Célestine era tan amable —no, qué digo, más que eso: era benigna, incluso beatífica—, desbordaba espontáneamente tanta generosidad y bondad que no me atrevía a expresar los reparos que sentía ante lo que para ella era sin duda una sobrecarga emocional casi religiosa. Y de súbito volví a oírlos, y tuve la impresión de que me hablaban, aunque no entendía lo que tal vez me estuvieran diciendo.

Lo que decía Célestine sí lo entendía.

—Entenderás ahora por qué tengo que extirpármelo. Tenemos que hacerlo antes de que se extiendan por todas partes. No tenemos mucho tiempo. —Lo dijo con dulzura, con amabilidad, sin aprensión. Me turbó que utilizara la primera persona del plural, aunque entre nosotros era normal que buscara mi aprobación y mi apoyo; en el presente contexto, sin embargo, me dejó un regusto siniestro que debió de cambiarme la cara—. Quiero que lo hagas *tú* —añadió—. No creo que prefieras que lo haga otro. Ya hemos hablado de este asunto y ha llegado el momento.

Imagino que resulta incomprensible para una joven pareja la posibilidad de que un día se pongan a hablar en múltiples registros —en broma, por desesperación, por insensibilidad— de matarse o mutilarse mutuamente. Es frecuente encontrar artículos sobre la ética de la eutanasia y de desenchufar al cónyuge en condiciones médicas extremas o sobre la logística de acompañar a la esposa a la Clínica Dignitas de Zúrich para poner fin a su vida, pero Célestine y yo, en ocasiones, nos planteábamos actos hipotéticos de violencia que sólo de un modo muy tangencial tenían que ver con el envejecimiento, la senilidad y la muerte fácil. Ella me castraba; yo le cortaba los pechos: ambas operaciones realizadas con cuchillos de cocina. Ella me estrangulaba con el cinturón de un albornoz viejo; yo la apuñalaba con la bicornes y afilada

estatuilla de titanio con que me habían galardonado por mi folleto «El cine de consumo»; o nos tomábamos una sobredosis de barbitúricos y nos acostábamos en nuestra cama, cogidos de la mano, como habían hecho Stefan Zweig y su joven esposa en Petrópolis, Brasil. Ideábamos espontáneamente muchas situaciones imaginarias cualquier día que nos sentíamos ocurrentes, una costumbre que empezó como un intercambio de bromas macabras entre dos inteligencias hiperagudas cuya función parecía ser absorber el veneno de las tensiones, las angustias, los celos, los resentimientos y las nanotraiciones normales de todos los días, pero que poco a poco se transformó en una salvaguardia frente a la muerte, un reconocimiento de nuestra dolorosa fugacidad y una tentativa de arrebatar los mortales instrumentos de cocina de las manos de la casualidad y ponerlos otra vez en nuestro cajón.

Supongo que así es posible entender la acumulación de circunstancias que configuraron nuestra coyuntura. Yo oscilaba entre seguirle la corriente a Célestine, pues no sabía si empezaba a deteriorarse psíquicamente o si estaba desarrollando deliberadamente una fantasía, una alucinación voluntaria que comportaba una forma exclusiva de apotemnofilia, y compartir esta compleja psicosis hasta el final. Es una pena que nunca estuvieras en la misma habitación que Célestine. Habrías sentido su capacidad para seducir e hipnotizar.

El tren nocturno a Múnich salió de París Este a las 8.05 de la tarde y fue la primera etapa de nuestro viaje a Budapest. Habíamos elegido el Cassiopeia de City Night Line, un tren con coches cama operado por Deutsche Bahn, para enlazar luego con el Railjet, el tren de alta velocidad de los ferrocarriles austriacos, cuyo final de trayecto era la estación Keleti de Budapest, para dar gusto al reciente miedo a volar de Célestine, o más bien a su miedo a los cambios de presión de la carlinga, que podía sacar de quicio a los diminutos pasajeros de su cuerpo. No puede negarse que el sentido de la oportunidad que creaban las muchas horas de tren formaba parte del astuto plan, tendente a validar la finalidad de nuestro viaje y a prestar a toda la aventura algo de la credibilidad de que carecía. Pues era inevitable preguntarse, como estoy seguro de que te lo preguntas tú, hasta qué punto estaba loca Célestine y hasta qué punto era yo un irresponsable por acceder a ser cómplice de esa locura. Era tan convincente inventando detalles de su enfermedad y de la conspiración que la rodeaba, que había que asumir la realidad de la misma, como cuando nos absorbe la realidad de una novela brillantemente escrita o una película carismática: no creemos en ella al pie de la letra, pero admitimos que en su vida orgánica hay una verdad plausible que nos envuelve y asimilamos casi a un nivel fisiológico. Recuerdo haber vivido un pequeño terremoto en Los Ángeles, nada serio, un 4,6, creo, cierta vez que estuve allí en calidad de invitado de la Academia el año que decidieron conceder un Óscar especial a la filosofía en el cine. Un terremoto pequeño, aunque la obligada conciencia de que la tierra en que nos apoyábamos era movediza e inestable resultaba

aterradora, y días después todavía me parecía sentir los temblores y amenazas del suelo. Aún vivo con aquello; y presiento la presencia de un vértigo especial que puede atacarme en el momento más inesperado y que hoy forma parte de mi fisiología.

Célestine era como aquel terremoto. Célestine era también como aquel primer viaje con LSD, aquel que quizá tomamos en una tienda de comidas preparadas de Brooklyn, aquel que comenzó de súbito con un desplazamiento de todos los colores hacia el extremo verde del espectro, y nuestros ojos se convirtieron en objetivos ojo de pez, distorsionando todo el campo visual, y los sonidos se volvían plásticos, y el tiempo infinitamente variable, y nos dábamos cuenta de que la realidad era neurología y no era absoluta. Célestine era un punto caliente personalizado que emitía su propia señal de *wifi* especial para conectar con Intercélestine y solamente con ella. Obviamente, había un elemento de apoyo personal, una solidaridad con la principal compañera de viaje por este mundo, sin que importara adónde nos llevara a los dos. Yo estaba ya hombro con hombro con Célestine en las barricadas, tal como ella había estado a mi lado durante mi breve y desquiciada trayectoria política (que había estado a punto de meternos entre rejas y nos había enseñado la vieja lección de los príncipes-filósofos).

Reservamos un compartimento de lujo Comfortline, de dos literas, con cuarto de baño adjunto, con artículos de tocador y todo, que no utilizamos en ningún momento. Célestine solía preferir la litera superior, ya que normalmente decía que así se sentía como una maleta que viajara en el anaquel de los bultos y equipajes, aunque en aquellos momentos se sentía como si volara sobre la verde cúpula de un bosque de una isla del Caribe. Subió por la blanca escalerilla metálica, enganchada a la litera superior gracias a los servicios del simpático mozo del vagón, como una niña de ocho años que se aleja de casa por primera vez. Debo confesar que el sistema de cierre con tarjeta perforada de plástico y el pestillo giratorio de la puerta aniquilaban por completo aquel viejo sabor a Orient Express de exótica cordialidad y lo reemplazaban por la sensación de que habíamos sido admitidos en una cárcel ambulante de mínima seguridad para delincuentes de la administración pública que van camino, posiblemente, de los calabozos grotescamente adornados de la prisión Saint-Gilles de Bruselas. (Sin que supiera por qué, me pasó por la cabeza la idea de que el escritor/filósofo/delincuente Jean Genet viajaba también en nuestra cárcel ambulante y se sentía totalmente a gusto en ella).

Antes de subir, Célestine se sentó en mi litera y me besó con toda la pasión y sensualidad que pudo reunir con la boca herméticamente cerrada, una nueva costumbre motivada por su tácito temor a que los insectos pasaran de un cuerpo a otro. Yo echaba de menos la boca que se abría al menor contacto de mis labios, que se abría y evaporaba las preocupaciones sociales y todo asomo de reserva o resistencia, la boca que invitaba ciegamente —no, suplicaba la invasión y la posesión totales. Me preguntaba si aquella boca regresaría alguna vez, quizá

reapareciese enseguida cuando volviéramos de Budapest. Y después del beso, la ya ritual auscultación estetoscópica de los pechos y la cavidad abdominal con el audífono, Célestine levantándose la parte superior del pijama de rayas (parecía el uniforme de los Yanquis de Nueva York cuando jugaban en casa, aunque ella nunca se lo ponía en casa) y ofreciendo los pechos, no a su amante, sino al médico que iba a hacerle un diagnóstico. Yo oía las vibraciones de los raíles en su carne y también oía a los insectos reclamar mi atención, creando pequeñas cápsulas de sonido que, en el sobrecalentado compartimento, empezaban a decirme cosas rítmicas e insensatas, como cuando percibimos voces en la cinta móvil en la que hacemos *footing* o en el zumbido de un sacapuntas eléctrico. Es tan fuerte nuestro deseo de significados, tan innato, al parecer, que construimos significados donde no los hay.

Y también en las voces de los insectos que me hablaban desde las profundidades de Célestine, pues cuando dejó mi cama para subir a su litera las cosas rítmicas e insensatas se habían vuelto sensatas, sintácticas, aforísticas y llenas de significado. Alcanzaba a distinguir las a través de la litera, cambiando de tono y en claridad según se pusiera Célestine de espaldas o de costado. Los insectos sabían por qué íbamos a Budapest y se sentían acosados. Apagué los Pures y los dejé en el contenedor, que tenía forma de pastillero, con pequeños huecos para los dos receptores y las pilas de repuesto, pero cuando dejé la cajita en la mesa extensible que estaba pegada a mi litera y apagué la luz, los ecos de las voces entomológicas seguían palpitando en mis oídos, como una borboteante y chisporroteante excrecencia de cera.

Y así seguimos, bamboleándonos y avanzando a gran velocidad hacia Múnich por un paisaje hecho de noche y sueños, y por fin nos vimos rodeados por el lujo de la modernidad vestida de cuero del Railjet, que salió de la capital bávara a las 9.27 de la mañana y llegó a Budapest a las 4.49 de la tarde, tras sendas paradas en Salzburgo y Viena.

Ya conoces a Hervé Blomqvist, me localizaste gracias a él, lo cual encajaba muy bien en su presunto papel de mediador social y provocador político, con hincapié especial en la combinación de ambas cualidades. Él conoció a Zoltán Molnár cuando Molnár, un desprestigiado cirujano húngaro perseguido en varias ocasiones por la Interpol por su implicación en el tráfico internacional de órganos humanos para hacer trasplantes y que tenía la costumbre de aparecer como por arte de magia como propietario de clínicas de trasplantes rápidos en lugares como Kosovo y Moldavia, se marchó subrepticamente a París para dirigir seminarios clandestinos sobre la politización del cuerpo humano y la reacción a la misma por parte de las élites médicas internacionales. Según Hervé, que era, como ya sabes, miembro de nuestra íntima familia intelectual incluso cuando era estudiante, el doctor Molnár alardeaba de su interés personal por subvertir el sistema de la legislación gubernamental sobre el comercio de órganos y al mismo tiempo defendía a capa y espada el valor

humanístico de dicha legislación. Que los pobres de los países tercermundistas vendan sus riñones a los ricos, decía. Es capitalismo orgánico de la mejor especie, es bueno para todos y debería monetarizarse e industrializarse al máximo.

Lógicamente, rastreamos al máximo en Internet al buen doctor antes de concertar una cita para practicarle una mastectomía a Célestine en la Clínica Molnár, sita en la Rákóczi út de Budapest. Rechazamos el paquete general que ofrecía la clínica, que incluía un vuelo con la compañía Malév y una habitación en el Gellért; queríamos cierta distancia entre nuestras personas y el entusiasmadísimo doctor, y su paquete general, que permitía comer en un restaurante llamado La Bretonne, nos parecía una especie de trampa, una intimidad forzada con tanto interés que rayaba en lo obscuro. Y sin embargo lo que buscábamos era algo íntimo, cruelmente obscuro, y éramos conscientes de que nuestra actitud reservada era una paradoja emocional que no resistiría un análisis racional. Según nos aseguró Hervé, únicamente el doctor Molnár, entre sus muchos contactos clandestinos del mundo médico cosechados durante sus retozos secretos, accedería a permitirme a practicarle la mastectomía a Célestine bajo su supervisión. Únicamente el doctor Molnár, nos había dicho Hervé, con aquella desarmante dulzura juvenil que ocultaba hasta cierto punto una inteligencia algo despiadada, únicamente el buen doctor entendería que la extirpación del pecho lleno de insectos de Célestine era un imperativo neurológico y no psiquiátrico. Molnár era de la escuela que creía que la apotemnofilia surgía por una disfunción cerebral congénita y que sus síntomas solamente podían aliviarse satisfaciendo los deseos cercenadores del paciente. Huelga decir que apoyar este enfoque complacía el sentido de la anarquía y la subversión social tanto de Molnár como de Hervé y que el primero no necesitó mucho tiempo en incorporar el caso de Célestine a su ya irritable fichero. Hasta la fecha no había sido responsable más que de otro suceso apo: un trabajador sexual de veintiocho años, de Colonia, que quería prescindir de la pantorrilla derecha y que, frustrado por la resistencia de otros médicos a amputar por no haber ninguna razón física aparente para ello, había intentado en varias ocasiones poner la pierna bajo las ruedas de un tranvía, causando gran consternación en las oficinas de la compañía municipal, por no hablar del personal que pasaba por la calle durante aquellos episodios. Después de visitar la Clínica Molnár (según el vistoso folleto preparado en Rumanía y distribuido por correo electrónico), la vida del paciente había mejorado en todos los aspectos, sin excluir el profesional, pues con aquella nueva personalidad había conocido a una emocionante clientela especializada que no sabía que existiera.

Así es que fuimos a ver al extravagante médico en su guarida, situada en un denso barrio industrial de las afueras de Budapest en el que también se encontraba, entre muchas otras empresas internacionales, Israeli Teva Pharmaceuticals Industries Ltd. Esta vecindad, que legitimaba el trabajo médico, nos dio cierta tranquilidad a Célestine y a mí, aunque la clínica propiamente dicha tenía un aspecto innegablemente sospechoso, dado que estaba en unos sótanos, en las entrañas de

hormigón de un enorme y cochambroso complejo. Por fin nos encontramos en la sala de consulta del director ejecutivo, una estancia sin ventanas, desplomados en sendas sillas plegables de metal y lona, de color rojo y amarillo, que parecían restos de los años sesenta, en espera de que el jefe en persona nos regalara la primera tanda de instrucciones. En las paredes había carteles en varios idiomas que parecían ensalzar las virtudes del turismo de salud por otros tantos países —Jordania, Corea del Sur, México, India—, entre los que no figuraba Hungría.

—¡Mis lumbreras! —canturreó—. Es todo un honor tenerlos aquí. He releído las obras de ambos, una forma de prepararme para nuestra gloriosa colaboración.

—¿Colaboración?

—Perdonen mi entusiasmo y mi presunción. Pero admitirán ustedes que lo que vamos a hacer hoy aquí no puede quedar bajo la égida del quehacer médico. Por lo que a mí respecta, poner el escalpelo en sus manos, mi queridísimo *Monsieur Arosteguy*, es básicamente un delito, entiéndame. Aunque participo al ciento por ciento de la propiedad emocional del pecho implicado, como el esposo y la esposa. A la luz de esa propiedad, el cirujano desconocido es un intruso, un forzador, un violador. ¿Por qué habría de permitírsele que corte ese bellissimo órgano de tan amado cuerpo? ¿Quién coño es él, hablando en plata? No, solamente el marido debería tener derecho a practicar esa extirpación íntima con toda la historia personal que acarrea. Etcétera, etcétera. Pero legalmente es un delito. Así pues, ¿qué solución hemos ideado? Desde mi punto de vista, la solución es que no vamos a practicar cirugía, sino que vamos a crear una obra artístico-filosófico-criminalquirúrgica. Nosotros tres. Una obra colectiva. La Obra Colectiva Arosteguy. ¿Están de acuerdo?

Célestine y yo nos miramos y advertimos en el acto que nuestra comunicación funcionaba perfectamente. Nos sentíamos abrumados, horrorizados y al mismo tiempo complacidos. Después de todo, para Célestine no existía el terror normal ante las intervenciones quirúrgicas que modifican la vida. Como aquel pobre chico de Colonia, Célestine estaba ya más que dispuesta a tirar su pecho bajo las aceradas ruedas del tranvía si no pasaba por el quirófano. Estaba tan concentrada en la extirpación de la bolsa de insectos, como había acabado por llamarla (a mí me parecía repugnante, pero no podía decir nada), que había perdido todo el miedo a cualquier error clínico, a morir en la mesa de operaciones. En este contexto, las pretenciosas efusiones de nuestro buen doctor aligeraban una situación potencialmente sombría con una dosis de metafísica lúdica que, aunque sospechosa, encontrábamos grata y sorprendente.

Más sorprendente fue quizá la seriedad con que nos estuvo aleccionando los días que siguieron. Había arreglado nuestro «encuentro» para que coincidiera parcialmente con la intervención de un colega —nada más que una lumpectomía, por desgracia, pero aun así se trataba de un pecho y desde luego era instructivo para quien no había estado nunca en un quirófano— e insistió para que los dos «asistiéramos a la actuación». Te ahorraré los detalles, pero no mis reacciones: fue

sensacional y estimulante, hasta el punto de que empecé a cuestionar mi cordura o, para ser más exactos, mi salud mental. Después del espectáculo me faltó tiempo para empuñar el bisturí, que Molnár quiso que hiciera de un modo extravagante: había encargado una aplicación para el iPad y diseñado un bisturí electrónico que permitía realizar distintas operaciones virtuales en un pecho virtual, en el propio iPad. Me recordó aquellos tempranos días en que se disecaban ranas en Internet, aunque lo suyo era infinitamente más perfecto, más morboso incluso, porque incorporaba (es la palabra idónea) pechos de distintos tamaños, razas y formas de pezón/aréola.

Célestine estaba deseosa de probar la aplicación y se volvió particularmente adepta a la mastectomía radical, la que extirpaba no sólo los tejidos de la mama, sino también los ganglios linfáticos de la axila e incluso músculos del pecho. Parecía atraída por el modelo de pecho asiático y yo lo atribuí a su compleja relación con su médica de cabecera vietnamita, la doctora Trinh. Le hizo gracia esta asociación, pero no la dio por válida. En cualquier caso, Célestine y Molnár tuvieron charlas muy animadas sobre si era necesario o no recurrir a una mastectomía radical en su caso. Al final admitió que no era lo indicado, porque sus insectos no equivalían a un cáncer que invade los ganglios linfáticos; una mastectomía sencilla bastaría. Convinimos en redactar los tres un documento que diera cuenta de la colaboración del paciente en la enfermedad y luego, como consecuencia, de la colaboración del paciente con el médico en lo relativo a la naturaleza del tratamiento.

Molnár se esforzó todo lo que pudo para mantener el decoro profesional durante todo nuestro aprendizaje clínico, aunque acabó bebiendo como una esponja en La Bretonne, un restaurante que al parecer era de su propiedad, y tuvimos que soportar sus sollozos y gemidos de alegría mientras brindábamos por nosotros con un *pálinka* de albaricoque que resultó muy digestivo.

—Siento mucho respeto y amor por ustedes. Me he resistido a documentarlo todo, por eso hablo de mucho respeto. Pero me siento orgulloso de que me hayan incluido en su larga historia de amor. Me siento amante de los dos, en el sentido en que he leído que acogían ustedes a algunos estudiantes como amantes en el pasado. Y sin embargo, y sin embargo soy también su profesor en esta empresa y ustedes *mis* estudiantes. Es algo delicioso y amargo, y obliga a las lágrimas a salir de mis ojos.

No es muy agradable ver que tu cirujano se comporta así y nos fastidió un poco. Por su culpa pasamos una noche intranquila en nuestra habitación —nos habían elevado de categoría espontáneamente— del Hotel Corinthia. Pero al día siguiente por la mañana, nuestro médico supervisó nuestra sesión quirúrgica con el iPad con toda propiedad y corrección, a causa tal vez del efecto distanciador que tuvo en los tres el trabajar con el pecho africano anónimo que nos presentaba la pantalla HD Retina del aparato. Molnár me aseguró que en cuanto empezara a cortar carne de Célestine, la fría luz de las lámparas del quirófano y la cara de mi mujer cubierta producirían el mismo efecto y que trabajaría con la objetividad de un buen cirujano.

—¿Ve lo firmes que tiene las manos? Hermoso. Filosofía es cirugía; cirugía es

filosofía. Es usted un cirujano nato. Como si hubiera ensayado esto toda su vida.

Solamente cuando me encontré solo en el hotel, ya después de la operación, y pude quitarme por fin las grapas, sorprendentemente grandes y toscas, con el blanco quitagrapas desechable, un artilugio tan poco complicado como cualquier otra cosa que se compra en una papelería, fui presa de la emoción, el vasto y profundo embalse de nuestra historia personal conjunta se desbordó y el mundo se nos cayó encima a causa de lo que habíamos hecho.

Pero aquí, en este punto decisivo de nuestras vidas, la mía y la de Célestine, y en cierto modo también de la tuya, querida Naomi, tengo que poner punto final a esta historia en la que me he sumergido, para aparecer otra vez en la superficie y junto a ti.

—Fue muy desagradable que me hablaras en francés. Fue cruel. ¿Eres siempre tan cruel? ¿Eres una persona cruel?

—Solamente me dijiste que habías olvidado el francés. No que el idioma te traumatizara.

—Pensé que lo comprenderías.

—Yo también lo creí así.

Chase llevaba tejanos, calcetines negros, mocasines, una ajustadísima camiseta negra de manga larga y con agujeros para los pulgares. Sus pulgares sobresalían por esos agujeros y en consecuencia tenía las manos tapadas. Nathan creyó reconocer el diseño, muy parecido a algo que Naomi había comprado en una tienda llamada COS, en el aeropuerto Charles de Gaulle. Nathan solía preocuparse poco por los detalles de la ropa. Era como no tener oído musical, una cuestión genética, nada que pudiera remediarse; sólo se le quedaba la impresión general, nunca los pormenores. Cuando Naomi le preguntara «¿Qué llevaba puesto?», Nathan buscaría una respuesta inteligente que se convertiría en un producto importante del almacén común de autoironías. Pero en lo referente a Chase, la moda era evasión, literalmente una coartada y en consecuencia Nathan se esforzaba por recoger los detalles y archivarlos mentalmente; en algunos casos, como el presente, mientras subían a la tercera planta de la casa de Roiphe por la alfombrada escalera, recurría a la tecnología subrepticia en forma de iPhone silenciado, con el que la grababa por detrás, cuando la chica no miraba.

Chase había admitido que conocía la prohibición del doctor tocante a subir a los «dominios de arriba» —«cosas de papá», dijo sin más— y había resumido a Nathan las normas del acuerdo: nada de fotos allí arriba, nada de notas ni de grabar la voz, nada de informes para papá. Estas cosas podían venir después, si la chica se sentía a gusto con la presencia de él, una vez acabado el primer periplo. En lo alto de todo había un descansillo desde el que se veía la planta baja por el hueco central de la escalera de caracol. Estaba vagamente iluminado por la difusa luz diurna que entraba por la recargada claraboya modernista y comunicaba con cuatro puertas, las cuatro cerradas y, supuso Nathan, con la llave echada.

—¿Qué puerta te gustaría que abriera, Nathan?

Éste había visto ya lo que había detrás de una —el dormitorio de ella— cuando Roiphe lo había llevado de excursión para que viese a la muchacha tomando el té, pero obviamente no podía hablar de ello; de todos modos, no estaba seguro de qué puerta era, ya que había sido una noche muy confusa.

—Creo que es mejor que lo decidas tú —respondió—. Yo no sabría cuál elegir.

—Sí, supongo que me corresponde a mí dar forma a tu historia. —Se dirigió a la última puerta de la izquierda, sacó un llavero y la abrió—. Tengo una clave secreta de colores para no confundirme de llave. ¿Ves estas pegatinas? Bien, entremos.

Nathan la siguió a una pequeña habitación de techo inclinado, con una buhardilla de tejadillo por cuyo ventanuco se veían las dentadas y puntiagudas hojas de un grueso castaño que ostentaban las manchas pardas del añublo y tenían los bordes resecos y abarquillados, como una versión vegetal de la contractura de Dupuytren. Chase encendió las luces halógenas orientables del techo y señaló el aparato que se alzaba en el extremo de la habitación. Parecía una secadora europea cubierta de polvo, pero con un chasis de acero de aspecto muy tecnológico, bañado por una luz ambiental violeta de lámparas led.

—Bien, ¿qué te parece?

—¿Es tu impresora 3D?

—Fabrikant Bot 2. Es un modelo rarísimo de pie. Es de formato gran tamaño. Casi todos los demás son de sobremesa.

—Parece buena. ¿Qué haces con ella?

En una mesilla de noche que había junto al Fabrikant Bot vi un iMac de veintisiete pulgadas que Chase sacó de su agradable modorra electrónica. Tecleó la contraseña, se abrió una ventana con un encantador paisaje verde de montañas sombreadas, nubes y un cielo azul al fondo; la periferia del paisaje aparecía salpicada de gruesos iconos de control. En el césped en primer término había una especie de cuadrícula en relieve y dentro de ella un estilizado búho real de color rosa. Chase se arrodilló delante del ordenador y se puso a acariciar el Magic Trackpad inalámbrico que había junto al teclado. El búho respondió volviéndose en todas direcciones con impecable tridimensionalidad.

—Es un archivo que me bajé de thingiverse.com. Es una página comunitaria en la que puedes encontrar miles de diseños para modelar en tres dimensiones. Los ha subido la comunidad y todos son gratuitos: bicicletas, máquinas, cualquier cosa. Todos son archivos STL, creo que eso significa estereolitografía o algo parecido, y todos los programas de modelismo digital los reconocen. Si pulsara este botón Fabrik que hay aquí en la pantalla, la impresora construiría el búho.

—Eso sería genial —dijo Nathan—. Me encantaría verla en acción.

Chase deslizó el cursor hasta el icono Dropbox de la barra de aplicaciones y se abrió la carpeta Dropbox.

—Bien, mira. Aquí tengo un diseño esperándome. Me lo envió mi amigo de París. No sé qué es. Vamos a echar un vistazo. Es un archivo de extensión STL, entonces lo arrastro hasta el espacio de construcción virtual del programa FabrikWare, para reducirlo o ampliarlo y jugar un poco con el dibujo. Rediós, qué vergüenza.

Rediós. El búho había desaparecido y en la pantalla había un excéntrico pene, inexplicablemente erecto, del mismo alegre e imperturbable color rosa que el búho. Chase se volvió hacia Nathan con sus ojos verde-grises vibrando y relampagueando.

—¿Te sientes bien con una cosa así, Nathan? ¿Con el órgano sexual de otro hombre?

Sin saber por qué, Nathan no se había fijado hasta entonces en la fuerza que

irradiaba de aquellos ojos; tal vez, se dijo, un resultado de mirar demasiado a través de una lente.

—Perfectamente, siempre que no tenga que jugar con él. —La joven rio con complicidad—. ¿Y quién es este otro hombre? Quiero decir si es solamente un diseño fantasioso CAD/CAM u otra cosa. Me refiero a que esto que veo no es normal.

—Oh, no. Hervé nunca haría eso. Cree en la filosofía de los directores del *cinéma vérité* de los años sesenta. —Nathan advirtió que la chica pronunciaba las palabras francesas con un ridículo acento inglés.

—Querían documentar la realidad con autenticidad, ¿no es eso? Incluso cuando hacían películas de ficción. Pero ¿cómo se explica esto aquí?

—Hervé utiliza un escáner manual de láser y lo aplica a objetos reales del mundo real. Es su versión de la filmación con la cámara en el hombro que cultivaban aquellos tipos de la *vérité*. Es increíblemente caro, pero el Ministerio de Cultura le concedió una beca y además tiene algunos mecenas un poco raritos. Él no diseña. Podría hacer combinaciones y todo eso, pero la base es siempre el escaneo del mundo real.

—¿Quieres decir que le escaneó el pene a un tipo con el escáner de láser?

—No es peligroso si sabes lo que haces. Se utiliza continuamente en el cine. La cara de los actores se proyecta sobre la de los dobles para que parezca que son los actores quienes hacen las escenas arriesgadas.

—No creo que nadie quisiera este pene proyectado sobre el suyo.

Chase se ruborizó.

—Es el pene de Hervé, desde luego. No se avergüenza de su enfermedad, créeme. Se las ha arreglado para convertirla en una atracción turística muy popular. No se curvaría tanto si no estuviese erecto. Estoy segura de que le ayudaron para conseguirlo. Quizá una de sus mecenas.

—Y ahora que lo tienes en el ordenador, ¿qué harás con él?

Chase volvió al Trackpad.

—Metes el archivo en este espacio de construcción virtual y la interfaz te da herramientas para girarlo sobre su eje, así, para darle la vuelta, para ampliarlo y reducirlo... Creo que lo voy a hacer mayor de lo que es en realidad, por diversión. El programa te avisa cuando sobrepasas la capacidad de la máquina, así que no hay forma de equivocarse. Luego haces que el programa corte en rodajas el objeto virtual para crear el objeto físico, capa por capa. Lo llamaban «prototipificación rápida», un nombre muy bonito.

—¿Conoces el tamaño real del pene de tu amigo?

—Bueno, lo he visto muchas veces. Ahora fíjate. —Pulsó el botón Fabrik, la impresora cobró vida y el cabezal se puso a picotear con imparable energía sobre los raíles de acero—. ¿Ves este rollo de filamento rosa aquí detrás, en esta bobina pegada al chasis y que parece un carrete de caña de pescar? Podría ser de cualquier color, pero da la casualidad de que el que yo tengo es rosa intenso. Está hecho de ácido

poliláctico, un bioplástico renovable. Entonces el cabezal tira del filamento enrollado detrás por este tubo transparente de aquí, ¿lo ves? Lo introduce en el extrusor, que lo calienta y lo filtra por un macroagujero de la bandeja de construcción que, como puedes ver a simple vista, desciende lentamente conforme el modelo se reproduce capa por capa. En YouTube hay toneladas de vídeos que muestran objetos que se reproducen a velocidad de vértigo. Es fascinante. En realidad, la mar de divertido. La bandeja desciende como un montacargas y el objeto va creciendo encima. Esta cosa tardará unas dos horas en reproducirse. Tiene muchos detalles.

El cabezal había depositado ya un disco rosa —algo pequeño y desamparado en la sólida bandeja transparente que representaba una rodaja de la base de la polla de Hervé Blomqvist. Fascinante sin duda, pero a Nathan le fascinaba más Chase, que inevitablemente se había convertido en centro de su atención desde el momento en que lo había atraído a la lente del Fabrikant Bot 2. La muchacha desplegaba una inesperada pasión obsesiva, más intensa si cabe que la de Naomi, y para Nathan aquello era sexualidad pura y peligrosa.

—¿Y cuál es exactamente la enfermedad de tu amigo...? ¿Se llama Hervé?

—Hervé Blomqvist. Estudiábamos juntos en París.

—¿Y realmente espera que hagas algo con eso? Me refiero a la cosa que te ha enviado.

—Bueno, él sabe que haré algo y seguramente adivina lo que será.

Nathan solamente podía imaginarla utilizando el aparato en ciernes a modo de superconsolador y nada más pensarlo tuvo una erección que se fundió desagradablemente con la imagen del ordenador.

—¿Qué enfermedad hace que el pene se doble y cambie de sentido a media asta?

—Tres médicos franceses —respondió la muchacha.

—¿Cómo?

—Hervé dijo que la culpa la tenían tres médicos franceses: el doctor Peyronie, del que viene el nombre de lo que le pasa al pene; el doctor Dupuytren, contractura de tendones y los dedos se te quedan así —Chase formó una garra con la mano izquierda —, y eso es algo que suele acompañar a la enfermedad de Peyronie; y el doctor Raynaud, porque cuando tiene frío, le falta riego sanguíneo y los pies se le ponen morados. Tres médicos franceses. Suena a canción infantil, ¿verdad?

—Se diría que conoces a ese tío de un modo muy íntimo.

—Éramos un grupo muy unido cuando estábamos en la Sorbona. Era muy emocionante.

No pronunció el nombre francés de la Sorbona a la francesa, *Sogbón*, sino como lo pronunciaría una americana del Medio Oeste que no hubiera oído hablar francés en su vida: *Sárben*. Nathan se preguntó si la joven no estaría desarrollando un complejo metalenguaje que acabaría por aniquilar todo rastro de francés en su lenguaje y su mentalidad, tal como había hecho el esquizofrénico Wolfson al metamorfosear el inglés en una mezcla de hebreo, francés, alemán y ruso. En cierto modo era lo

contrario de lo que había hecho Samuel Beckett, que escribió algunas obras en francés, renegando de su lengua materna, para obligarse a escribir, según él mismo, con más claridad y economía.

La impresora iba y venía, dejando estratos de ácido poliláctico en la bandeja de construcción, que descendía conforme el objeto, el pene de bioplástico renovable, crecía como una estalagmita en una cueva. Funcionaba con moderado entusiasmo, sin ironía, contenta de estar creando un pene extrudido, torcido y duro, contenta de crear algo en definitiva. A Nathan le resultaba extraño identificarse con el Fabrikant Bot, pero así era. Entendía lo que era sentirse contento por crear algo, por ser creativo y punto, y la máquina traslucía su inquietud por el proyecto que tenía con Roiphe, aquel libro fantasma titulado *Consumidos*, que tal vez el Fabrikant Bot pudiera imprimirle. ¿Por qué no? Millares de ejemplares de plástico orgánico renovable.

—Me gustaría que las venas fueran azules o moradas y que solamente el glande fuese rosa o rojo, pero esta versión del Fabrikant Bot trabaja con un solo color y no pueden combinarse varios en un solo objeto. Paso mucho rato pintando, pero sería genial no tener que hacerlo. Estoy tratando de convencer a mi padre de que aproveche la próxima serie, pero se resiste. El RepliKator 3 tiene cabezales dobles y una bandeja de construcción muy atractiva, y creo que existe la opción de usar plástico ABS, y es más caro. Pero no es solamente por el dinero. Quiere que le enseñe lo que hago y a mí no me da la gana.

—Bueno, seguramente no querría ver el pene de Hervé, aunque sabemos que ha visto muchos con anterioridad. Quizá no en este contexto.

—Ah, pero Hervé me envía algo más que penes.

Dejaron que el Fabrikant Bot siguiera alegremente su marcha y salieron al descansillo. Chase cerró con llave y se acercó a la puerta contigua.

—Ésta da a mi dormitorio, ésa a mi cuarto de baño y esta otra —se volvió hacia la puerta de enfrente— que vamos a ver ahora es mi gabinete artístico.

Chase encendió las luces de una estancia que era exactamente igual que la que contenía la impresora, aunque en ésta estaba cerrado el ventanuco de la buhardilla. Nathan vio dos toscas mesas de caballete: una muy larga, del tamaño de las que hay en el campo para merendar en familia, y otra menor, cuadrada, llena de botes y tubos de pintura, pinceles, trapos, paletas de plástico con tapa de forma rectangular, espátulas, frascos con agua.

—Mira, ¿ves? Ya te he contado lo de pintar. Se puede pintar directamente con acrílicos sobre el ácido poliláctico. También puedes lijar antes si quieres crear texturas diferentes. Sería perfecto si tuviese aquí un fregadero, porque a veces hace falta agua, aunque el cuarto de baño está aquí al lado. Ahora está todo un poco desordenado.

Chase se apartó de las pinturas y se acercó a la mesa grande, en la que había multitud de objetos voluminosos y desiguales, cubiertos con un lienzo del tamaño de una sábana. Se detuvo delante de la mesa, respiró hondo (con extraña devoción,

pensó Nathan) y se puso a retirar el lienzo con mucho cuidado. Poco a poco quedaron al descubierto diversas partes de un cuerpo femenino desmembrado y mutilado, reproducidas termoplásticamente y dispuestas sin ningún orden perceptible. Estaban pintadas con tosquedad, pero con convicción suficiente para que Nathan se sintiera asqueado, ya que le recordaron lo que había visto en una repugnante carnicería de un pueblo español. Un pecho cortado de un hachazo, trozos de muslo y pantorrilla, dedos sueltos, un tórax partido en cuartos, una asustada cabeza abierta de un tajo y con la hinchada lengua fuera. Casi cada centímetro cuadrado de superficie visible estaba desollado, como si un banco de pirañas se hubiera comido la piel y se hubiese resaltado necróticamente cada mordedura con pintura acrílica de color rojo oscuro.

—Hervé me envió todos los pedazos, uno por uno —dijo la joven, tirando bajo la mesa el lienzo limpiamente doblado—. Los he arreglado y mejorado con pintura. — Se volvió hacia Nathan y apoyó la espalda en el borde de la mesa, con las manos detrás—. Quería llamar *Consumidos* a esta obra, pero mi padre se me adelantó. A menos que quieras convencerlo de que ponga otro título a vuestro libro.

Nathan reconoció las torturadas partes corporales por las fotos que le había enviado Naomi. Juntas componían el cuerpo de Célestine Arosteguy.

—Entonces, lo hiciste realmente. Le amputaste el pecho a tu mujer con su consentimiento.

Naomi pensaba en términos periodísticos y legales; era un enfoque implacable que necesitaba para no perder la serenidad en la densa y líquida noche de finales del verano japonés. Estaban fuera, en el monótono y abatido jardín, porque la casa se había vuelto tórrida, demasiado sofocante; demasiado íntima y falta de aire. Estaba sentada en un banco de cemento que imitaba la piedra esculpida; estaba manchado de líquenes y pegado a la tapia del fondo. Las luces de color naranja, empotradas en la pared y amortiguadas con largas tulipas, cubrían su cara de un resplandor medicinal y casi desinfectante, pintándole en las facciones sombras rojizas y densas. Arosteguy se paseaba delante de ella, propinando ocasionales puntapiés a restos de basura doméstica, inidentificables a causa de la oscuridad que ondulaba en distintas direcciones delante de él.

—Un colega mío..., no te diré quién porque lo buscarías..., estuvimos una vez en un karaoke, no aquí, sino en París, y obligado por las circunstancias canté aquello de «Je t'aime... moi non plus», haciendo de Serge Gainsbourg, y mi colega cantando en falsete la parte de Jane Birkin. Lo hice únicamente como un homenaje a Salvador Dalí, de quien se cita, en el título de la canción, un comentario sobre el comunismo de Picasso.^[1] Gainsbourg había pedido a Birkin que la cantara imitando la voz de un muchacho y mi colega hizo lo mismo sin esfuerzo aparente. Fue un momento revelador, revelador en relación con él, del que yo habría podido prescindir perfectamente. Y después de aquel momento *kitsch* de vinculación afectiva me contó

que tenía un deseo salvaje, y el deseo era cortarle un pecho a una mujer en un momento de pasión. Buscaba activamente a una mujer que se prestase a ello por dinero y a un médico que dirigiera sus manos. Era un sujeto muy puntilloso y escrupuloso. No sé si llegó a satisfacer aquel deseo.

—¿Fue así como te sentiste? ¿Fue sexualmente excitante? ¿Fue apasionado?

—Desempeñé un papel quirúrgico. Cometí un acto de cirugía. Y Célestine tenía razón, como siempre. Yo quería quedarme con el pecho, quería conservarlo de un modo u otro, llevarlo al taxidermista de la rue du Bac, lo que fuera, aunque se tratara de un gesto grotesco. No podía dejar escapar la ocasión. Yo sentía en el fondo que ella se había apagado por culpa de aquella pérdida, y desde un punto de vista más egoísta, que los dos nos habíamos apagado, nuestra vida en común, nuestra sexualidad. Soy incapaz de imaginar la complicación resultante si hubiéramos tenido hijos a los que ella hubiera amamantado. Y le dije estas cosas a ella, pero ella no dejó que me quedara con él, y Molnár estuvo de su parte, por razones psicológicas, dijo, y de salud, y de legalidad. Imagina que me hubieran detenido en el tren al volver a París... Pero para ella era sencillo: destruir el pecho con todo su contenido, como un nido de avispas que hemos bajado del alero con una red y metido en una bolsa de basura. Quemarlo, con los adultos alados, las larvas blancas y los huevos. Quemarlo.

A Naomi no le cabía la menor duda de que Arosteguy había mentido de principio a fin (bueno, quizá fueran ciertos algunos detalles que había contado sobre su vida personal y sus costumbres), de que su confesión era una novela, un proyecto artístico, y la había convertido en colaboradora suya para darle forma y difusión. Pero esto no la desalentaba ni cuestionaba su sentido de la integridad periodística, que, la verdad sea dicha, era siempre una cosa teórica, un naípe profesional, algo secundario en comparación con el entretenimiento y la continuidad del trabajo, incluso terciario en comparación con su propia realización creativa, de la que nunca se hablaba y que ocuparía, sorprendentemente, el primer lugar. Si la mentira era compleja y fascinante —y lo era, lo era—, entonces tal vez hubiera allí un libro, con el omnipresente deseo de indagar la quimérica verdad como fuerza impulsora, para garantizar el suspense, y ninguna necesidad de justificar dicha verdad. Induciría a los lectores a preguntarse si las fotos de las partes corporales de Célestine no ponían de manifiesto la presencia de *dos* pechos cercenados, refutando así la historia de la mastectomía que le estarían contando a ella. Presionaría al jefe superior de policía, *Monsieur Vernier*, para que aclarase este dato sin explicarle la importancia que tenía. Trataría de examinar ella misma el tórax, el tórax auténtico —una idea emocionante, aunque ¿se había conservado como prueba o ya se había enterrado o incinerado?—, para comprobar si el pecho izquierdo se había extirpado quirúrgicamente, cosido y curado, y no cortado brutalmente. En las fotos que había visto ella sólo se veía el lado izquierdo del tronco y una sombra oscurecía la herida. ¿Lo había hecho la policía deliberadamente? ¿Eran

pues fotos de la policía? ¿No las había subido Arosteguy en persona?

—Pero ¿no disfrutaste con la extirpación? —preguntó—. ¿A ningún nivel? Ahora que te conozco...

—Te habría gustado estar en mi cuerpo cuando me acerqué a Célestine tendida en la mesa de operaciones, estar en mi cuerpo como en esas películas de ciencia ficción en que un guerrero se sube a un robot gigante de nueve pisos de alto y manipula sus brazos y sus piernas desde la cabeza de cristal.

—Sí. Exactamente así. —Naturalmente, Naomi lo estaba grabando todo y él lo sabía. La Nagra se encontraba junto a ella, en el banco de cemento, parpadeando alegremente. Arosteguy no llevaría a cabo su interpretación si no se le grababa, de eso estaba ella segura, como un poeta de la tradición oral que hubiera acabado contaminado por la aparición de las grabadoras y se obstinara en que todas sus improvisaciones se salvaran para la posteridad.

—Muy bien. Me acerco a su cuerpo, y es su cuerpo, porque la cara está tapada por la gasa esterilizada que le cubre la cabeza. Pero no es exactamente Célestine, porque no es su color, la veo azul y verde, y en cierto modo no está viva, no está *sensible*. —Naomi sabía que decir *sensible* en francés podía confundir a un anglófono, ya que en inglés significaba «sensato, sensata», pero en francés significaba «consciente»—. Y tampoco es su olor, porque huele a un desinfectante acre. Y te lo juro, tiene el pecho perfilado y cortado por trazos hechos con rotulador morado, ¡cortar aquí!, como en una historieta gráfica de pesadilla, una lágrima gigante coronada por el pezón.

»Molnár acecha sobre mi hombro derecho, el lado en que tengo el bisturí, y me susurra, susurra a su aventajado alumno, me da ánimos, pues intuye mi resistencia y mi temor, pero también intuye, y no creo que esto te sorprenda, que tengo una erección, y de pronto me siento poseído por las emociones de mi colega del karaoke, como si las palabras que me había dicho aquella noche hubieran inundado mi cerebro y fueran palabras mías, pensamientos míos, y estoy a punto de realizar los deseos de ambos cortándole el pecho a mi mujer.

»Estoy a punto de hacer el primer corte. Molnár me ha advertido que no piense en la perfección técnica, en hacer un corte perfecto, porque eso acaba por inmovilizar; de todos modos, es imposible conseguirlo con la carne humana. “Recuerde aquella película con Picasso dibujando: no titubea”,^[2] dice. En cierto modo no hay que pensar en nada, hay que moverse por instinto puro y por el deseo de hacer realidad la línea trazada, suceda lo que suceda al final, con la certeza de que saldrá bien. Pero sigo temblando cuando hundo en el pecho la punta caliente del terrible bisturí electrónico, con hoja desechable para carne desechable.

Arosteguy no había dejado de pasearse mientras hablaba, por eso, cuando se detuvo bruscamente, fue como un escopetazo.

—Es demasiado trivial —añadió.

—¿El qué?

—Esta descripción con voz en *off*. Esta entrevista con busto parlante.

—Ah, no. ¿Qué hacemos entonces?

—Necesito que te desnudes el pecho para que yo pueda reconstruir lo ocurrido. Colaboremos. Será genial para tu artículo, o tu libro. Lo peligroso que soy yo. Lo valiente que eres tú. Y qué perversos y al mismo tiempo tiernos.

—Pero ¿no nos verán aquí?

—Somos *gaijin*. No les preocupa lo que hagamos entre nosotros, ni siquiera lo que nos hagan los ciudadanos japoneses. ¿Te acuerdas de Sagawa? ¿Y muchos otros crímenes contra *gaijin*? No vale la pena preocuparse. ¿Y la cirugía sexual? Esto es Japón, querida. —Se había puesto a rebuscar en los bolsillos de su pantalón de pana y en aquellos momentos sacó un corto y grueso rotulador japonés con una punta muy fina, que empuñó como un cigarro—. Vamos a jugar a los médicos. Tú serás Célestine, la voluntariosa y emocionada paciente. Yo dirigiré tu actuación. Representaré dos papeles: seré el doctor Zoltán Molnár, el cirujano más o menos censurable pero pícaramente encantador, y el feo y pesado filósofo francés Aristide Arosteguy, censurable al ciento por ciento. Dirigiré mi propia actuación, pero admitiré cualquier sugerencia de mi coprotagonista en relación con la dirección escénica. Y reproduciremos todos los pasos de la extirpación de mama hasta donde llegue mi memoria.

Empezaba a notarse el efecto de todo lo que habían bebido juntos, en la pronunciación defectuosa de Arosteguy y en la falta de coordinación entre sus palabras y sus movimientos corporales. Naomi había bebido lo mismo que él, primero sake y después cerveza, al principio para que no decayera el ritmo narrativo de lo que contaba, pero ahora lo lamentaba, convencida de que su propia coordinación se había trastornado igualmente, aunque no podía medirla, un mal indicio para ella.

Y mientras se bajaba la cremallera de la sudadera se sintió doblemente puta: iba a desnudar los pechos en un patio de Tokio y lo hacía sabiendo que era únicamente por el reportaje, por el libro, por el morbo de la historia y el valor comercial de su proyecto Arosteguy, para hacerlo tan indecente que ningún editor, en papel o versión digital, pudiera resistirse. Sentirse así no la amilanó; disfrutaba de aquella prostitución transgresora del modo más infantil. Un gigantesco zepelín publicitario flotaba encima de ellos con el lateral iluminado por una franja móvil de imágenes en las que se veía una colección de aparatos gimnásticos finlandeses. Naomi lo miró con actitud soñadora mientras aparecía una cinta móvil de hacer *footing*, de tamaño reducido y plegable, ideal para viviendas modestas, e imaginó a Célestine y a Ari trotando juntos en París. Como incitado por la fantasía de la muchacha, Arosteguy dio dos pasos decididos hacia ella, cayó de hinojos a sus pies (gruñendo ligeramente cuando la bursitis que tenía en la rodilla se hizo sentir), dejó el rotulador en el banco y se apoderó de sus manos antes de que Naomi bajara del todo la cremallera.

—Permite que te desempaquete —dijo.

—¿Que me qué?

—Bueno, ya conoces esos vídeos sobre desembalajes que circulan por YouTube. Son el arquetipo del fetichismo consumista. Me encantan. En ellos ves a un vietnamita anónimo que abre con todo refinamiento la caja que acaba de recibir y que contiene... seguramente una de éstas. —Agitó los dedos hacia la Nagra—. El chico está en éxtasis, algo que deducimos de su voz y de sus manos de uñas mordisqueadas, porque la cámara no deja de enfocar la caja y su contenido, pero es un maestro de la satisfacción retardada, al igual que sus miles de videoespectadores. Cortará con un cúter especial la cinta que mantiene cerrada la caja. Sacará primero el cajetín más pequeño, que contiene el cargador y el cable de cargar, y el manual de instrucciones en varias lenguas. Abrirá con mucho cuidado las bolsitas de plástico cerradas térmicamente que contienen la pila, los auriculares y los adaptadores. Y por último, con trémula exageración, levantará el objeto del deseo propiamente dicho, el aparato electrónico, envuelto en plástico de burbujas, diciendo con fingida despreocupación, en un inglés ligeramente amanerado, que es el idioma del consumismo: «Y en fin, bueno, aquí está...».

En fin, bueno, allí estaba: la teta izquierda de Naomi, desembalada con trémula exageración por Arosteguy, aunque no sin dificultades, porque la muchacha, casualmente, se había puesto el sostén deportivo blanco —pensaba que encontraría tiempo para hacer *footing* por los alrededores— y el cierre metálico delantero, con la conocida maldad innata que es propia de los mecanismos pequeños, se le había enganchado, por lo que se vio obligada a doblarse y a soltarlo ella personalmente antes de que Arosteguy la desempaquetara del todo. En aquel viaje había llevado solamente dos sujetadores y la verdad es que hubiera preferido lucir, para la ocasión, el Victoria's Secret de puntilla negra, con armazón rígido oculto y tirantes de quita y pon, aunque toda la operación parecía discurrir en un plano intelectual y Arosteguy no daba muestras de desánimo a pesar de la asexualidad del sujetador blanco.

Ahí estaba, pues, sin sujetador y sin sudadera, y en una postura enigmáticamente cómoda, con las manos abiertas hacia arriba, apoyadas en el banco, mientras Arosteguy, con el sujetador colgado de un dedo, lo hacía oscilar suavemente bajo la provocativa luz del jardín como si fuera un lenguado imprevisto.

—Después dimos a Célestine un sostén especial posoperatorio. En la copa izquierda tenía una bolsa para acomodar una prótesis. Su nombre comercial era Amoena, creo, un bonito nombre clásico. En realidad tenía dos bolsas, como si se esperase que perdiera el otro pecho. La prótesis, llamada Energy Light, tamaño 4, encajaba a la perfección en lo que le quedaba de pecho, aunque la parte extirpada había sido más grande. Todo cuestión de equilibrio, simetría, peso y aceptación social. El interior de la prótesis tenía una burbujeante superficie transparente, como el acolchado plástico de burbujas, para permitir la respiración, pero se ponía caliente y sudoroso, aunque se nos prometió un material inventado por la NASA que podía conservar la temperatura normal del pecho. El exterior era de color carne y estaba

coronado por un pezón poco enardecido, su consistencia era muy maleable y semejante a la textura natural, aunque demasiado homogénea para que produjera la impresión de ser un pecho auténtico. Llevó la prótesis en dos ocasiones, creo, y luego desistió. Solía encontrármela encima de un frasco de paracetamol líquido, en el armario de la ropa sucia, al lado de la lavadora, como un sombrero chino de esos que tienen forma cónica. En realidad dejó de llevar sostén y fetichizó el hecho de ponerse jerséis ajustados y camisetas que acentuaban la amputación, alegando que de niña había tenido un gato al que le faltaba una oreja y que ella ahora era como el gato.

—No creo que yo fuera tan valiente.

—Nunca se sabe cómo vamos a reaccionar, por eso debemos representarlo. Seremos representantes, como esos tipos que reproducen la batalla de Waterloo empuñando viejos mosquetes y poniéndose en los oídos anacrónicos tapones azules.

Arosteguy se puso a toquetear el pecho izquierdo de Naomi con actitud utilitaria y objetiva, levantándolo con tres dedos como un panadero que juzga el estado de la masa que se cuece, hundiendo el dedo suavemente encima y debajo del pezón, doblándolo para indicar dónde terminaría estando la cicatriz. Tenía la cara muy cerca de la de ella, Naomi sentía el aliento masculino en la piel, caliente el que le salía de la boca, más frío el que le salía por la nariz. Cedió a la idea de ser la canalizadora de Célestine, de que aquella parte de su cuerpo no era suya y podía desprenderse fácilmente de ella; y le parecía emocionante.

—Tina estaba completamente despierta y alerta, y sentada, como estás tú ahora, cuando Molnár le trazó la raya de puntos en el pecho. Si supiera, te hablaría en húngaro ahora, tal como Molnár hablaba con su personal por encima del hombro, para reproducir la autenticidad y la extraña magia clínica de aquel momento. Les dijo que me dieran un Ativan, porque desfallecí y acabé desmayándome como una colegiala. No podía dominar la angustia que me atenazaba. El Ativan fue muy suave y efectivo; me permitió sentirlo todo menos la angustia. En cambio, Célestine estaba tranquila y sentía interés por todo; sonreía, me acariciaba, se compadecía de mí mientras el gran doctor dibujaba en su pecho un mapa infantil del tesoro. Así.

La punta del rotulador estaba caliente —Naomi estaba segura de que la sentía caliente por pensar en la aguja del electrocauterizador— mientras Arosteguy trazaba con rayas precisas el perfil de una lágrima gigante alrededor del pezón, con el vértice próximo a la axila y el resto inclinado hacia el esternón; luego trazó una línea continua, de un extremo al otro, que pasaba por el centro de la aréola.

—Esto es la cicatriz.

—¿Tenía que desaparecer el pezón?

—Se habló de salvarlo y también de una posible reconstrucción de todo el pecho. Molnár nos endilgó una pedante disertación sobre el significado social del pecho y la lactancia, y sobre la innovación evolutiva que representaban los mamíferos. Tina se limitó a reír y dijo que le despertaba mucha curiosidad el hecho de transformarse en medio hombre y que en ese lado le apetecía tener un pezón varonil, no un pezón

femenino. El médico le explicó los problemas que comportaba la asimetría. Ella replicó que sería una dualidad, no una asimetría y que ardía en deseos de verlo.

Arosteguy retrocedió, rotulador en mano, para observar su obra. Naomi bajó los ojos y se levantó el pecho con la mano izquierda para observarlo con él.

—Me recuerda a esos tatuajes en forma de lágrima que tienen en las mejillas los presidiarios —dijo.

—Yo tuve un estudiante que llevaba uno parecido. Resultaba inquietante verlo. Solía cubrirse con maquillaje.

—Por lo general dan a entender que se ha matado a alguien.

Arosteguy meditó aquello en silencio. Naomi tuvo la sensación de que el hombre no había acabado de entender la importancia de los tatuajes; y de que no hacía más que barajar significados e interpretaciones dentro de su cabeza. Casi percibía el desplazamiento y reorganización de los bloques, y se acordó del Tetris, el juego de ordenador que más le había gustado de niña.

—Estoy segura de que aquí en Tokio encontrarías a alguien que pudiera enseñarte uno —añadió con actitud meditabunda—. Podría ir contigo para documentarlo.

Arosteguy levantó la cara para mirarla y se echó a reír a carcajadas.

—A lo mejor necesito dos. ¿Preparada para que empiece a cortarte?

Ojalá hubiera sido capaz de confiar en Yukie. Naomi desplegó las fotos que le había hecho Arosteguy mientras ella yacía en el banco de cemento del jardín, con los ojos cerrados y la boca abierta en un simulacro de anestesia, el pecho punteado placenteramente completo, el pezón erecto (¿había estado erecto el de Célestine en el momento de la incisión, pidiendo clemencia a su modo, o se había encogido con miedo, derrotada la fanfarronería de la mujer en el último instante?), los brazos pegados a los costados, para no resbalar fuera del estrecho banco, y el seno derecho recatadamente tapado por la sudadera. Pero las imágenes, mal enfocadas y encuadradas con torpeza, le recordaron que manejar una cámara no era una habilidad innata, y que Yukie, incluso coaccionada por el alcohol y el misterio sexual, habría sabido, con su experiencia mediática, hacer unas fotos nítidas, técnicamente irreprochables, que Naomi podría aprovechar para ilustrar su reportaje o su libro. Habrían reflejado bien la postura de Naomi ante la última tendencia del paraperiodismo, que suponía la colaboración artística entre el objeto y el periodista y que por definición estaba limitada a pocos emparejamientos en este sentido. Se le había ocurrido que tenía a mano la expresión máxima de la «información exhaustiva» de que hablaba Tom Wolfe: la repetición del asesinato en la persona del periodista, con el asesino terminando y entregando el artículo, con fotos, vídeos y todo. Recordaba haber estudiado el concepto de paraperiodismo en la Universidad Ryerson de Toronto y que era un periodismo que mezclaba hechos reales con hechos inventados no atribuidos; pero en lo que estaba haciendo con Ari, empezaba a creer

que los hechos ficticios, las invenciones creativas, le pertenecían a él en exclusiva, y como él era el objeto de ella, sus ficciones eran admisibles.

Las fotos hechas por Yukie habrían sido técnicamente mejores, de eso no le cabía duda, pero su presencia habría modificado de arriba abajo la bioquímica del proyecto. Y en cualquier caso, al mirarlas más detenidamente, advirtió que las fotos de Ari expresaban algo emocionante y aterrador: la fusión de Naomi y Célestine en la mente de Ari. Ni que decir tiene que no se parecía en absoluto a Tina, pero por la intensidad y voyeurismo macrofágico que se veía en su forma de retratarla, Naomi intuía un deseo desesperado de recrear a la esposa muerta. Arosteguy, para captarla más de cerca, le había pedido el macroobjetivo, el objetivo de Nathan que se había llevado Naomi y todavía conservaba —sin duda para aquel momento—, y el hombre consumió su cuerpo con aquel objetivo (que ostentaba el absurdo nombre de Micro-Nikkor 105 mm f/2.8G IF-ED), y fue aquel objetivo el que se transformó en aguja electrocauterizadora. Mientras la fotografiaba, Arosteguy le había contado que había llegado a oler la carne quemada de Tina al cortarla, que Molnár —tras separarle los pechos con un retractor de acero inoxidable para despejar la zona de la operación— le había dicho a él que no respirase lo que llamó humo quirúrgico, porque era tóxico. No había registrado de ningún modo su aventura quirúrgica, sólo mentalmente, pero recordaba muy bien el cuchillo Bovie, llamado así por su inventor, William Bovie, aunque no dejaba de pensar en el cuchillo Bowie, el largo cuchillo de combate, semejante a un machete, llamado así por Jim Bowie, famoso por la batalla de El Álamo. La elegante cauterización parecía inocua, la punta de la hoja metálica plana, como un destornillador pequeño, encajaba en la ranura amarilla, el gracioso mango de plástico azul, el botón activador azul, el cordón eléctrico azul. Había emitido sorprendentes chispazos mientras cortaba, como un soplete en miniatura que titilara dentro de la translúcida tienda de piel formada por las vertientes, las capas de tejido mamario que se elevaban en forma de humo blanco con poco más que un susurro.

—El tejido de la mama era como un flan. Me sentía como Sagawa sólo de pensar así.

—Y cuando lo abriste, ¿encontraste un nido de insectos?

—Naturalmente que no —había respondido Arosteguy—. Naturalmente que no. Pero después, mientras se recuperaba, Célestine se sentía tan contenta, tan satisfecha que no se formuló la pregunta y por lo tanto no se dio ninguna respuesta.

Después de cortarla con la cámara, Arosteguy cayó en una especie de trance o quizá en un estado próximo al estupor —indudablemente había bebido más que ella — y Naomi trató de sacarlo de aquella abstracción ofreciéndose a dibujarle un par de lágrimas en la mejilla, induciéndolo a hablar sobre si las lágrimas debían ser bidimensionales —lo cual denotaba crimen— o simples perímetros sin superficie —lo cual denotaba intento de asesinato—. En realidad era una introducción indirecta a lo que le interesaba, una charla franca y sin rodeos sobre el cambio de Célestine, que empezó siendo una apotemnófila monomástica eufórica y terminó por ser un cadáver

mutilado, pero después de consentir en tener dos lágrimas bidimensionales —sin dar explicaciones sobre los dos presuntos asesinatos que implicaban—, que Naomi le dibujó con rotulador morado en la húmeda mejilla derecha, Arosteguy se quedó sin fuerzas y se desplomó, y la muchacha, después de ayudarlo a ponerse en pie, a subir por la estrecha escalera, sintiendo todo su peso, su calor y su sudor, lo metió en la cama (él insistió en que fuera en la cama de ella) y lo arropó como a un niño.

Por la mañana comprendió que había tenido que quedarse dormida junto a él en la cama. Su ordenador portátil seguía abierto y en el suelo, donde había estado sentada parte de la noche, con la espalda apoyada en el larguero de la cama y los pies contra la pared, repasando las fotos que le había hecho Arosteguy interpretando a Célestine en la mesa de operaciones. Tendida en la cama, había soñado que era Célestine y que la mutilaban, pero no en el quirófano. Estaba en el famoso apartamento parisino de los Arosteguy, tendida en una losa de mármol incómodamente pequeña, donde era trinchada y comida por un Ari fotorrealista, un Ari solícito y agradecido que comentaba y saboreaba cada bocado de carne, mientras ella lo animaba a despiezarla y, obviamente, a cortarle los pechos y por último la cabeza, que en ningún momento dejaba de ser consciente ni de sonreír con afecto, ni siquiera cuando el hombre se puso a comerle los labios. Cuando se volvió hacia el dormido Arosteguy, era tan intensa todavía la impresión de realidad del sueño que temió que se le cayera la cabeza, rebotara en el hombro del dormido y rodara por el suelo como un balón de fútbol. Pero resultó que Arosteguy ya no estaba en la cama. Cuando se dirigió al cuarto de baño le pareció que flotaba en la incontenible corriente de irreflexión que había formado el sueño en las profundas aguas de la inconsciencia, y en aquel flotar catártico y liberador se sintió más cerca de Arosteguy, del que sin duda había emanado la sensación, tan fuertemente irradiaba su deseo de destrucción incluso en las circunstancias más cotidianas. Encajado detrás del grifo de agua caliente de la pila encontró un arrugado pañuelo de papel, manchado con tinta morada desvaída, y la joven supuso que el hombre se había limpiado las dos lágrimas con él. ¿Habían representado aquellas lágrimas a Célestine y, metafóricamente, a Naomi, y Arosteguy se había absuelto ya de los dos asesinatos?

No estaba en la planta baja. En la casa no había nadie más que ella. Tres días después seguía estando ella sola.

Los frenéticos golpes que sonaron en la puerta de la calle aterrorizaron a Naomi, que se demoró unos minutos en el dormitorio de Arosteguy antes de atreverse a bajar la escalera, dando respingos cada vez que se repetía lo que ella interpretaba como un ataque intencionado a su soledad. Experimentaba una extraña repetición memorística del momento de su llegada ante aquella misma puerta, con la diferencia de que ahora era ella quien interpretaba el papel del recluido y neurótico filósofo —se sentía demacrada y sin afeitar, y su pelo sucio se le antojaba de un gris muy Arosteguy—, y

la persona desconocida que estaba en la puerta desempeñaba, sin saberlo, el papel de la recién llegada Naomi. Los tres días que había pasado hurgando en la vida de Arosteguy, vida simbolizada por la casa y todo lo que contenía, eran sin duda parcialmente responsables de aquel intercambio de identidades, aunque había también empeño en ello por su parte. No se había lavado los trazos de rotulador que tenía en el pecho, mientras que Ari se había limpiado los tatuajes de homicida que ella le había hecho con cariño en la mejilla. (A su entender había sido una crueldad, incluso una forma de rechazarla). No se había quitado la ropa que llevaba durante la pantomima quirúrgica del jardín; no había salido de la casa en busca de comida; y, un indicio patológico, no había navegado por Internet, ni siquiera había abierto el portátil o encendido la tablet. No le pareció que atentase contra la intimidad de Ari cuando se puso a registrar todos los cajones, estanterías, cómodas y pequeños armarios de la casa, precisamente porque él se había dado por vencido al marcharse sin decir nada y no reaparecer, porque había renunciado a ser Arosteguy-en-su-casa-de-Tokio del mismo modo que el cangrejo ermitaño renuncia a la concha que ha ocupado cuando se le vuelve demasiado pequeña. Naomi, llena de gratitud, se había colado en aquella concha y había pasado a ser la nueva inquilina, una Arosteguy hembra que estaba cerca de Célestine pero que no era Célestine.

No había estado en la planta baja desde la caída de la tarde. Cuando encendió las mismas luces pálidas y acuosas que la habían recibido el día de su llegada a la casa, la sensación de que había una Naomi-en-la-puerta se intensificó hasta el extremo de que, al abrir las puertas deslizantes, esperaba verse a sí misma. Se sintió confundida, porque reconocía a la mujer que tenía ante sí, una mujer con un impecable traje azul marino, con el cuello de la camisa abierto, de ojos llorosos y cara de haber recibido una fuerte impresión. Naomi no alcanzaba a entender por qué. La mujer la miró con el puño en alto, a punto de volver a llamar, con la boca abierta con desilusión y expresión escandalizada por lo que veía, es decir, a Naomi.

—*Qui êtes-vous?* —preguntó con absurda y apenas contenida indignación.

—Soy Naomi. ¿Y usted?

La mujer bajó con lentitud el puño amenazador, al parecer sin darse cuenta de que tenía vida propia.

—¿Dónde está Ari? ¿Vive aquí? ¿Vive aquí con usted?

El inglés hacia el que derivó para responder a Naomi era firme, claramente forzado y tenía un marcado acento entre alemán y francés.

—Ésta es la casa de Aristide Arosteguy, pero ahora no se encuentra aquí. ¿Quién es usted, por favor?

—Una amiga. Lo estuve esperando, pero como no apareció... —Inopinadamente se puso a sollozar, y mientras se le arrugaba el rostro y se volvía avergonzada para que Naomi no la viera, dejando al descubierto una oreja ridículamente grande, Naomi comprendió que era Elke Jungebluth, la audióloga de Arosteguy y de Romme Vertegaal.

Una vez dentro, instalada en el asiento larvario de bolitas de poliestireno y con un té caliente en la mano, Elke atajó con resolución sus fluidos descolgados —lágrimas, moco— con los pañuelos de papel que Naomi había cogido del cuarto de baño para que se sirviera.

—Me costó un poco hablar con el profesor Matsuda en Todai. Era la persona con quien Ari me dijo que me pusiera en contacto. No quiso darme su dirección personalmente. Según él, para protegerme. Soy ciudadana francesa y él es sospechoso de un delito escandaloso. Etcétera, etcétera. Pero estaba previsto que viniera a Tokio para ver a ciertos técnicos de la República Popular Democrática de Corea. Soy audióloga. Algunos de nuestros aparatos se fabrican en Corea del Norte. Puede que Ari le comentara que los lleva puestos.

—Me dijo que eran alemanes. De Siemens, creo.

Sonrisa compungida en la cara de Elke.

—Eran lo que suele llamarse imitaciones chinas, pero no eran chinas. Eran norcoreanas, y no eran imitaciones, sino un diseño especial de Corea del Norte. Es verdad que llevaban el sello de Siemens, pero más para camuflar el producto que por engaño comercial. Tenemos esperando a un fabricante francés de electrónica, muy deseoso de entrar en el mercado de la audiolología. La marca se llamará seguramente La Voz del Presidente Eterno. —Una sonrisa secreta e íntima—. Como puede usted figurarse, tengo ambiciones que van más allá de mi profesión. Ari accedió a probarlos para nosotros antes de que nos arriesgáramos a presentarlos en los mercados occidentales y quedamos en que me informaría, que iría a mi hotel, aquí. —Un temblor en la voz—. Pero no ha aparecido. Nos enviamos mensajes de texto, estaba en camino, pero no hemos llegado a vernos. Teníamos que ajustar el *software* antes de que mis contactos ingenieros volvieran a Pyongyang. Ahora tengo un problema gordo. No estoy preparada para negociar con los norcoreanos sin la información de Ari. Si quedan decepcionados pueden ponerse muy bordes. ¿Es usted la nueva novia de Ari? Diría que es usted americana.

—Nací en Canadá. Tengo doble nacionalidad. —Naomi no sabía por qué pensaba que era una buena respuesta, pero en las referencias a Francia, Alemania y Corea del Norte había algo que olía a pasaportes. En la corteza exterior de su mente se preguntó si Canadá tendría con Corea del Norte alguna relación diplomática que no tuvieran Francia o Estados Unidos. Puede que tuviera que abrir el Air y entrar nuevamente en Internet, aunque hacer como que no existía Internet en el curso de los tres últimos días había resultado liberador—. Soy periodista y trabajo en el caso de los Arosteguy para varias revistas. También a mí me ha llamado la atención que no haya dado señales de vida. —La última frase fue deliberadamente ambigua. Sabía que su aspecto descuidado negaba su posible objetividad respecto de Ari; ella y Elke eran tal para cual.

—¿Saben lo de Ari sus colegas norcoreanos? Me refiero a lo de probar los productos de usted.

—Desde luego. Lo interesante para ellos es su prestigio a nivel internacional. Que se fijara en Corea del Norte para usar una tecnología de carácter tan personal. La emoción de oír, de comunicarse, de hablar, de saborear la lengua. ¿Ha visto los libros de filosofía para niños que escribió Ari? Todos tienen unas ilustraciones maravillosas de Célestine. Encantadoras y evocativas. Se dice que Kim Jong-un leyó algunos cuando tenía diez años y que los asimiló inmediatamente, por eso los Arosteguy tienen tan buena reputación en la República Popular Democrática. Se les considera fervientemente anticapitalistas y anticonsumistas. También es posible, desde luego, que hasta cierto punto hayan sido malinterpretados. —Hubo una pausa deliberada durante la que Naomi llegó a castigarse por haber leído solamente tres trabajos de Arosteguy sobre aeropuertos, gracias a los cuales era ya tan experta en la filosofía política del filósofo francés como el heredero de la dinastía Kim a los diez años—. Y además había por medio un elemento personal.

—Romme Vertegaal —sugirió Naomi.

No es que los ojos de la mujer fueran de tamaño diferente, como había dicho Ari, sino que no estaban en línea recta, ya que tenía el izquierdo bastante más arriba que el derecho, lo cual le daba un aire de incredulidad permanente, como si arqueara una ceja con escepticismo; y cuando arqueaba realmente la ceja, como en aquellos instantes, el resultado neto era en efecto cómico, pero también y hasta cierto punto turbador, porque hacía pensar en alguna clase de deformidad o de enfermedad mental.

—Veo que se ha ganado usted la confianza de Ari —dijo Elke, echándose hacia atrás el pelo negro con ambas manos y ahuecándose un poco en la nuca.

—Le interesaba darme información suficiente para que yo escribiera... con inteligencia.

—Bueno, parte de esa información no es para uso público.

—¿Como el Programa Vertegaal?

—Sí, por ejemplo. Contiene algunos aspectos peligrosos, a nivel comercial, político, neurológico y, como ha señalado Ari repetidas veces, también a nivel filosófico.

—Escuche, Elke, ¿sabían sus coreanos, sabía Romme que Ari tenía que reunirse con usted en su hotel? ¿Sabían cuándo?

—¿Qué está insinuando?

—¿Planeaba Ari marcharse a Pyongyang? ¿Con usted tal vez?

Elke bajó los ojos y se ruborizó. En aquel momento fue evidente que Ari y Elke habían sido amantes alguna vez, a pesar del humor con que el primero había descrito la fealdad de la mujer.

—No, al principio no. Pero oí decir al profesor Matsuda que el gobierno japonés pensaba deportarlo, extraditarlo a Francia; parece que en los tratados entre Japón y Francia hay un par de puntos mal definidos. Además, Ari no es ciudadano japonés. Imagino que se ha visto obligado a pensar en la posibilidad de abandonar Japón para ir a Corea del Norte.

—Pero se lo habría dicho a usted, ¿no? La habría llevado consigo.

—Me habría gustado, no lo voy a negar. Pero alguien tenía que quedarse en París para coordinar las cosas. Y la verdad es que ya somos demasiados en Corea del Norte.

—¿Demasiados? ¿A quiénes se refiere?

—A Romme, naturalmente. Y también a Célestine Arosteguy.

—¿En Pyongyang? ¿Ahora?

—Sí.

—Pero eso no es posible. Célestine está muerta.

—No, no está muerta. Se encuentra en Pyongyang con Romme. He hablado con ella esta misma mañana, por Skype. Tiene una conexión especial con Internet que solamente se permite a ciertas celebridades extranjeras. Bajo estrecha vigilancia, como es natural. Se había cortado el pelo al estilo del Peinado Autorizado N.º 3, muy corto y aplastado. —Elke dio un tizeretazo con los dedos a la altura de la mandíbula para ilustrar el estilo en cuestión, uno de los dieciocho cortes de pelo para mujeres autorizados por el gobierno de la República Popular Democrática—. Parecía muy diferente, pero estaba adorable. Sencillamente adorable. —Una pausa con sonrisa ausente mientras la audióloga evocaba el nuevo *look* norcoreano de Célestine y una leve sacudida de la cabeza para expresar el asombro que sentía ante la infinita capacidad de adaptación de aquella soberbia mujer. Volvió a enfocar a Naomi, borrando la sonrisa inmediatamente—. No me dijo que estuviera esperando a Ari.

—Pero en París hay en marcha una investigación criminal motivada por su asesinato, su descuartizamiento. Hay fotos.

—Eso es una historia orquestada por Romme en honor de Kim Jong-un. Es un asesinato virtual. No me pregunte cómo se hizo, pero es una especialidad de Vertegaal. Supongo que recibiría ayuda particular de París, una ayuda digamos técnica.

—¿Qué clase de ayuda?

—Los Arosteguy tenían un alumno brillante que quedó fascinado por Romme. Un tipo muy hábil.

—Hervé Blomqvist.

Elke rio con resignación.

—Sí, Hervé. O sea que los franceses prefieren que Célestine esté muerta a creer que ha desertado cultural, no técnicamente, para irse a Corea del Norte. Es muy posible que sepan la verdad y hayan decidido aceptar la tapadera que les han presentado; está muerta, asesinada por su marido, que también ha resultado ser un traidor a Francia, una vez más, en sentido cultural, que para los franceses es peor que la traición política. No me extrañaría leer que Ari ha sido secuestrado por agentes norcoreanos y despachado a Pyongyang para ayudar al nuevo y joven dictador a pulir su particular política sociofilosófica. Sería la clase de ficción subversiva que los franceses inventarían para contrarrestar el sincero deseo de Ari de rechazar su antigua

vida, profundamente francesa, y abrazar otra nueva, vibrante y asiática. Menudo trío organizarán allí, si es que realmente se ha ido. —Saltaba a la vista que Elke habría preferido que fuera un cuarteto.

—¿Y si fue eso lo que ocurrió? Me refiero al secuestro de Ari. Cuando fue a verla. Puede que lo estuvieran esperando.

—Probablemente se limitaran a convencerlo. Si Matsuda conocía la posibilidad de la deportación, también ellos debían de estar al tanto. Puede que bastara con eso.

—Pero si Célestine está viva, como usted dice, entonces Ari no ha cometido ningún delito. Podría volver a Francia sin problemas, puesto que es inocente.

—En esa investigación hay algo más que el presunto asesinato de la señora Arosteguy. Se han destapado muchas cosas. No quería volver.

—¿Relaciones sexuales con estudiantes? ¿Se refiere usted a eso?

—Un método docente sancionado durante tres mil años y que ahora se considera una atrocidad.

Naomi había encontrado toda clase de artilugios electrónicos dispersos por la casa, por ejemplo lápices USB y tarjetas SD que no se había atrevido a curiosear, pero cuya presencia sugería que Arosteguy pensaba volver. Además, había dejado tres teléfonos europeos, entre ellos un viejo Nokia y un prehistórico Sagem de dos colores, los tres desportillados, abollados, rayados, marcados y en general hechos un asco, a tono con la estética personal del propietario; con sólo mirarlos se adivinaban caídos de diversos bolsillos y estrellados contra suelos duros y mojados, y Naomi sentía la punzada de la separación al pensarlo. Llegó a la conclusión de que debía de haberse llevado el LG DoCoMo japonés, con tapa y de color rosa. Y desde luego no podía confiar a Elke que se podía acceder a los aparatos de Ari.

—Elke, ¿no grabaría usted por casualidad la conversación que tuvo con Célestine por Skype? Me sorprende que se haya arriesgado tanto. ¿Y no le preocupa que la gente piense que está muerta? ¿Es consciente de eso? Si al menos se colgara en YouTube...

Elke se puso en pie.

—Ha sido usted muy amable. Trataré nuevamente de ponerme en contacto con mis socios técnicos de la República Popular Democrática, que según parece han desaparecido con el señor Arosteguy. Si todo sigue igual, volveré a París a recuperarme de los diversos golpes. Estoy segura de que usted me entiende. —Rodeó la mesa baja, se inclinó y besó a Naomi en ambas mejillas. Olía a anís y a maquillaje seco y agrio.

Cuando Elke se hubo ido, Naomi registró otra vez la casa de arriba abajo, aunque esta vez no la embargaba la nostalgia ni la sensación de abandono, sino la determinación de encontrar información concluyente y posiblemente secreta. Puso y juntó sobre la mesa de la sala de estar todos los artilugios que podían considerarse portadores de información, sin olvidarse de poner al lado su propio arsenal electrónico, por si necesitaba recordar palabras críticas que Arosteguy hubiera

pronunciado y que solamente en las presentes circunstancias revelarían su verdadero valor. La aparición de la Elke de carne y hueso, que era punto por punto tal como la había descrito Ari durante la larga «confesión» que ella había tomado olímpica, incluso alegremente, por una sarta de embustes, o como mínimo por un autoengaño ingenioso, había definido repentinamente los perfiles de las cosas como una cámara DSRL de detección de fases.

La programación del audífono, los contactos con Corea del Norte, todas aquellas fantasías paranoicas y alucinatorias eran verdaderas, y la conclusión más lógica a que llegaba en relación con el reportaje que se proponía hacer, que ahora evidentemente debía ser un libro, era que se encontraba a más kilómetros de distancia de la totalidad de la historia de lo que había creído al principio. ¿Podría ir en persona a Pyongyang como algo más que una simple turista dentro de la competencia estrictamente controlada de la Compañía de Viajes Internacionales, que era propiedad del Estado coreano? Tenía entendido que a los periodistas, sobre todo a los estadounidenses, pocas veces se les concedían visados. ¿Le concedería Romme Vertegaal una entrevista a través de Skype o, lo que era preferible, viajaría a donde fuera para reunirse con ella? ¿La pondría esto en peligro? ¿Y estaba Célestine realmente viva y en la capital del Reino Ermitaño? ¿Podía ser una impostura la charla de Elke con Célestine a través de Skype? No sería difícil inventar un monólogo para una Célestine virtual con las muchas grabaciones de voz que había disponibles y animando las imágenes que había dejado tras de sí a lo largo de los años; o, dados los tartamudeos y problemas de audio que eran de esperar cuando se utilizaba Skype en distancias tan largas, unos operarios hábiles podían crear un simulacro de conversación, con respuestas concretas a comentarios o preguntas. Sería todo un acontecimiento que Naomi rastreara y confirmara la suerte de Célestine. ¿O había mentido Elke? Puede que Naomi recogiera el hilo de su incipiente relación con Elke cuando estuviera otra vez en París.

Y cuando por fin encontró el lápiz USB de 64 GB, con su forma de ataúd rojo, marca Verbatim, envuelto en una lámina de plástico y torpemente hundido en el pringoso contenido de un frasco blanco con una etiqueta que decía, en inglés, «Crema limpiadora Kanebo» —parecía una crema con base de aceite de oliva, aunque el manchado y accidentado cutis de Ari desmentía cualquier uso de la misma por su parte—, el creciente montón de cachivaches electrónicos pasó a ser irrelevante, excepción hecha del MacBook Air, que iba a utilizar para descubrir lo que había allí. Quitó el capuchón que protegía la clavija y la introdujo en el puerto para USB del costado izquierdo del Air. Aún pasarían dos días antes de que encontrara las imágenes que detallaban el descuartizamiento y la ingestión del cadáver de Célestine Arosteguy.

El miedo hizo que se sintiera más cerca de Ari, casi hasta llegar a un punto de fusión desestabilizadora. Conforme aumentaba su temor a ser secuestrada por agentes de la República Popular Democrática (seguramente se harían pasar por entomólogos o audiólogos), se convencía cada vez más de que estaba recibiendo aquellas vibraciones del propio Arosteguy y de que él, a su vez, recibía las suyas. La mencionada fusión, sin embargo, resultó que tenía una utilidad particular. Tras descubrir la unidad Verbatim y averiguar que estaba codificada, intuyó que tenía que *ser* Arosteguy para dar con la contraseña del lápiz. Los dos días que siguieron a la visita de Elke los pasó inspeccionando los artilugios de Arosteguy, ninguno de los cuales tenía contraseña, ni siquiera la más elemental. Peinó sus aplicaciones de «Contactos», su correo electrónico, la pantalla del ordenador, que estaba atestada de los accesos directos más dispares, a fotos (algunas en 3D, aunque no encontró por ninguna parte las gafas de 3D que eran imprescindibles para verlas), a carpetas, a revistas, a cuestiones técnicas en PDF, a manuales de usuario. Husmeó en las direcciones de Internet archivadas en el menú Historial del navegador Safari, desesperada por hallar alguna clave que le permitiera abrir el contenido del lápiz. Indagó en los misteriosos programas de su viejo MacBook Pro a los que no había prestado atención hasta entonces: el programa codificador de Disk Utility; FileVault; claves de recuperación; la aplicación Keychain Access de Mac Utilities. Hurgó y metió la nariz en los foros sobre seguridad de la red y encontró unas cuantas contraseñas que Arosteguy había utilizado para acceder a algunos sitios de filosofía y política que las exigían. Pero era evidente que no se había preocupado en absoluto por asegurar nada, o más probablemente que había desdeñado hacerlo, abriendo la puerta con actitud apocalíptica e invitando a entrar a todos los virus y timos que infestaban el planeta para que se apoderasen de él, se llevaran sus máquinas y su vida pasada, y lo dejaran en cueros y chorreando, como ella misma lo había visto más de una vez.

Evidentemente, no podía dejar la casa. No podía arriesgarse a que la llevaran a la República Popular Democrática de Corea, a un gulag indocumentado, campo de prisioneros o cárcel-vivienda para pudrirse allí mientras la deidad juvenil Kim Jong-un maduraba y se convertía en un viejo endurecido, asistido por sus filósofos cortesanos, Aristide y Célestine Arosteguy, que no tendrían la menor idea de que ella se encontraba tan cerca. Sabía que este temor era ridículo y sin embargo se le removía dolorosamente en las vísceras como si fuese una criatura viva e inocultable, y cuando encontró por casualidad la versión inglesa de la página web oficial y más bien lujosa de la RPD de C, como ellos la llamaban (estaba en el historial de visitas del navegador de Ari y descubrir que la había visitado muchas veces le heló hasta los huesos), dio un respingo y cerró bruscamente el portátil, aterrorizada ante la posibilidad de que la página pudiera rastrearla y localizarla, y enviara directamente

sus coordenadas japonesas a los entomólogos de la muerte, que derribarían a patadas la puerta de la casa, la meterían a la fuerza en el Audi que esperaba, le pondrían una venda en los ojos, la drogarían y la borrarían de la faz de la tierra. Achacó aquella paranoia creativa a la falta de proteínas; en el curso de los tres últimos días no había comido más que fideos instantáneos, ya que en la casa no había quedado nada más, exceptuando un frasco de salsa de soja que había liquidado en veinticuatro horas.

Estaba en el cuarto de baño cuando le pasó por la cabeza la posibilidad de que el lápiz Verbatim hubiera sido codificado por alguien que no era Ari; la idea la deprimió y le hizo pensar en volver a París para buscar la ayuda de Hervé Blomqvist, al que Elke había calificado de genio de la tecnología de la información y que tendría motivos para querer aclarar la suerte de Célestine. ¿O no? Porque Tina podía estar realmente muerta y Hervé implicado de un modo u otro o en el asesinato o en el encubrimiento de algunos detalles. Sería dar un paso peligroso, pues. Más depresión. Abrió el tarro de crema en el que se había introducido el lápiz deprisa y corriendo (eso le parecía a ella) y se aplicó un poco en las mejillas, que, al igual que casi todo su cuerpo, sentía calientes, secas y escocidas. Cuando introdujo «cremalimpiadorakanebo» en la casilla de la contraseña, el lápiz se abrió con ese delicioso chasquido metálico de candado, propio del Mac, y cuando apareció en la pantalla la ventana de la unidad, ésta llevaba por nombre «La mort de Célestine».

El nombre era toda una provocación. ¿Había sido sincero Ari y Célestine estaba muerta o él jugaba a ser irónico porque ella estaba viva y su muerte había sido un camelo? ¿Y era Ari quien había puesto nombre a la unidad o se lo había puesto otra persona? Al abrir el directorio, vio dos carpetas, una de «Vídeo» y otra de «Fotos». Abrió la de vídeo y encontró un largo archivo de QuickTime que llevaba el nombre de «PRIVADO». No estaba protegido con contraseña y cuando pulsó dos veces la almohadilla táctil, el archivo se abrió con una imagen enigmática, que, cuando pulsó el triángulo de «play», resultó que era un primer plano gigante de la cicatriz de la mastectomía de Célestine, semejante a una pintura de Rothko, hasta que la cámara retrocedió y pudo verse a una serena y pensativa Célestine, sometida clínicamente a la cámara, sin sensualidad, como para una mamografía. La vista de la cicatriz disparó la adrenalina de Naomi; primero porque la mutilación de Célestine era turbadora; segundo porque significaba que al menos una parte de la confesión de Ari era verdadera, aunque la causa podía haber sido un cáncer y no una alucinación de mujer apotemnófila que cree tener una zumbante horda de insectos en el pecho. La cámara se movió hacia la derecha de Tina, que se sintió impulsada a coger con ambas manos lo que quedaba de pecho y ofrecerlo al objetivo, apretándolo analíticamente y resaltando el saturado pezón. La cámara seguía estando muy cerca de ella, dificultando la identificación del lugar en que estaba tendida, en el caso de que estuviera tendida; la caída gravitatoria del pecho, que habría indicado si estaba de pie

o en decúbito supino, quedaba contrarrestada por su sujeción, y la cámara estuvo largo rato encuadrada en un primer plano gigante, recorriendo la cara y el resto del cuerpo de Tina, bajando por el vientre ligeramente abultado, hasta llegar a la decreciente y grisácea mata de vello púbico, punto en el que se demoró mientras Tina movía suavemente las caderas para que el objetivo enfocase el vello de frente. Por los detalles del vello, sobre todo cuando la cámara se movía, Naomi calculó que la tasa de transferencia de bits era moderada, seguramente una AVCHD de veinticuatro megabits por segundo. El color era muy bueno; la habitación, al parecer, estaba iluminada por la luz solar amortiguada que entraría por alguna ventana situada a la derecha, pues el tono de la piel era frío y definido, sin la contaminación amarilla de las lámparas incandescentes.

La cámara retrocedió por fin, flotando lánguidamente, y Naomi pudo ver que Célestine estaba acostada, no en una cama, sino en una mesa de trabajo instalada en un entrepiso, bajo las gruesas vigas de madera del techo. Éstas, de roble agujereado y pintadas de blanco, eran de un tamaño ya en desuso y de un aspecto que sugería el arte medieval, por lo que era muy probable que la vivienda estuviese en el sector judío del Marais de París. Luego no era la casa de los Arosteguy. Célestine, más o menos cómodamente echada y desnuda en aquella mesa que parecía el tajo de un carnicero, seguía intimidando a Naomi, que estaba convencida de que si le hicieran a ella una mastectomía, no dejaría que la fotografiaran desnuda y menos que le viesan públicamente la herida.

Cuando entró en el encuadre un joven desnudo y de caderas estrechas, Naomi supo inmediatamente que era Hervé, incluso antes de que se acercara a un lateral de la mesa e introdujera el ganchudo pene en la boca de Célestine, que ésta abrió de lado con despreocupación. El joven llevaba en la mano un objeto metálico que parecía una pistola de rayos de película de ciencia ficción de los años cincuenta, azul claro y plata, con un cable colgando. Tenía tensos los músculos del antebrazo, lo que indicaba que el misterioso aparato pesaba lo suyo. En cambio, no reconoció a la joven desnuda que apareció por la derecha, ni siquiera cuando se arrodilló a la cabecera de la mesa para besar y lamer la cicatriz de Célestine, mientras estiraba el nervudo brazo izquierdo y hundía los dedos en el vello púbico de Tina. Solamente cuando la cámara se movió para tomar un primer plano en contrapicado identificó a Chase Roiphe, la estrella de la serie torontoniana de Nathan, y algunas piezas del rompecabezas empezaron a encajar.

Pero no todas. Después de un minuto escaso de aquel juego sexual a tres bandas que parecía más un rito social que un acto de erotismo espontáneo, Hervé se apartó de Célestine y se quedó abstraído toqueteando la compleja gama de botones de la pistola de rayos. También Chase se apartó de la mujer acostada, que por lo visto entendió aquellos movimientos como una indicación de que posara para lo que Naomi supuso que era una toma en 3D. En efecto, Tina se echó hacia atrás la larga cabellera gris para que quedara colgando del borde de la mesa como los flecos de un

tapete. Lanzando una carcajada, se contorsionó adoptando una postura grotesca que Chase le ayudó a conseguir ajustando un poco los ángulos de sus piernas asimétricamente dobladas, los dedos separados, los brazos torcidos, el cuello doblado. Naomi pensó que aquello era como representar el papel de cadáver vapuleado en alguna película de terror de la Hammer de los años sesenta.

Chase retrocedió para mirar a Hervé, que apretó el gatillo de la empuñadura de la pistola de rayos y empezó a barrer con láser el cuerpo de Célestine; una red de cuadrículas rojas que brotaba del doble cañón, semejante a una vaina doble, de aquel aparato y que ondulaba como una manta marina fantasmal sobre los contornos de la carne de la mujer echada. Hervé la cepillaba con delicadeza, pintando minuciosamente cada centímetro de su cuerpo, mientras ella se esforzaba por no cambiar de postura, contrayendo el estómago a causa de la risa que le producían las palabras y bromas que Naomi no podía oír. La cámara flotaba elegantemente alrededor del trío, moviéndose a veces para seguir el barrido de los láseres y mirando hacia arriba de pronto, para captar la expresión de la cara de Chase, llena de amor, excitación, diversión, sensualidad. Y se demoraba unos segundos en los atléticos pechos de la joven, en sus tiosos pezones, en su vello púbico, de un rubio sucio y abundante, nada que ver con el afeitado impúber del lenguaje porno que Naomi detestaba; quien se fijara únicamente en sus cuerpos habría dicho que los dos muchachos eran hermanos, el de Chase una versión femenina del físico de Hervé, endurecido por el ciclismo. En aquel momento Chase cerró los ojos de Célestine, como quien cierra los ojos de un cadáver, preparando la escena para que Hervé escanease el rostro; y aquí terminó el vídeo repentinamente. Naomi no podía jurar que el operador de la cámara fuese Arosteguy (¡el encuadre y el movimiento eran muy precisos!), pero sabía que Arosteguy estaba en alguna parte, mirando y dirigiendo.

El vídeo, en última instancia, la había decepcionado y se preguntaba si después del escaneo, fuera cual fuese su objeto, había habido contactos sexuales entre los cuatro, y deseaba haber visto estos contactos en vez de los presuntos preparativos. La confirmación de que había habido intimidad sexual entre Chase, Hervé y los Arosteguy tenía un valor innegable y planteaba la seductora necesidad de ir a Toronto, de ver a Nathan y a los Roiphe. Naomi estaba ya convencida de que el estafalario trauma de Chase estaba relacionado con la muerte de Célestine Arosteguy; el aspecto de la boca, el asco por el idioma francés, la automutilación, la ingestión de la propia carne eran demasiado inequívocos. Cerró el QuickTime Player y pulsó dos veces sobre la carpeta de «Fotos», que al abrirse puso dos subcarpetas al descubierto: «Célestine est morte» y «Des photos pour M. Vernier».

Había 147 archivos JPEG en la subcarpeta «Célestine est morte» y Naomi decidió exportarlos inmediatamente a Lightroom, para catalogarlos y clasificarlos con las

demás fotos de la investigación. Mientras los iconos de las fotos se cargaban en la ventana de la aplicación exportadora, vio que todas eran en blanco y negro y que su calidad se había degradado adrede para darles un aire antiguo al estilo de Hipstamatic: mucho contraste, bordes difuminados, grano digital añadido para imitar la película pancromática Kodak Professional Tri-X de 35 mm, que era la clásica de las cámaras de alta velocidad que se utilizaban en prensa y en el periodismo documental. Todas estaban crudamente iluminadas por la luz deslumbrante de un *flash* incorporado, en la tradición de las fotos de Weegee de los años cuarenta, con cámara Speed Graphic y *flash* de bombilla, y que recordaban las típicas fotos de los técnicos de la policía. Y se le ocurrió que la sutil vinculación de aquellas imágenes con las fotos policiales socialmente históricas era un intento de autentificarlas, porque cuando se completó la transferencia de archivos y Naomi pudo inspeccionarlas en formato de pantalla completa en el módulo Lightroom's Library, le parecieron preparadas de antemano, teatrales y manipuladoras, cualidades que la ofendieron incluso más que el contenido de las imágenes.

El lugar no era el taller del entrepiso del vídeo, sino la ya conocida vivienda de los Arosteguy, no muy cambiada en relación con el aspecto que presentaba en las entrevistas que había visto Naomi. Las fotos contaban una breve historia. Célestine ha muerto, su cadáver ha sido desmembrado, según las fotos de la policía, y las diversas partes corporales se han repartido al azar por la vivienda; el torso está en el sofá. Hervé, Chase y el propio Arosteguy, que poco a poco se va viendo que están completamente desnudos, según se amplía el encuadre de las fotos y según aparecen detrás de los muebles, se turnan para mordisquear los muslos de Célestine, las caderas, los hombros, el vientre, aunque en ningún momento aparecen los tres en la misma foto, lo cual indica que siempre hay uno encargado de manejar la cámara. Chorrea sangre de sus bocas y de las heridas que infligen, que tienen el tamaño de una dentellada normal, y en la cara de los tres hay una expresión vidriosa, como de zombi, que hasta cierto punto refleja placer primordial y eficacia dentaria. La cabeza cortada de Célestine, con el pelo echado hacia atrás, como en el vídeo, pero separado, para que se vea bien el cráneo brutalmente abierto y vaciado, yace en la mesilla contigua al viejo televisor Loewe, observando al morboso terceto con los ojos entornados (los sesos aparecen al final en el escurrer platos de la cocina). Y lo más asombroso —en un sentido que Naomi creía que solamente ella podía percibir— es que el torso de Célestine tiene los dos pechos completos al comienzo de la función, y cuando todas las bocas han acabado a mordiscos con el pecho izquierdo, rompiendo y desgarrando violentamente, y al parecer comiendo y engullendo ante el ojo de la cámara, lo que queda es una herida irregular, redonda, ensangrentada, no una hábil cicatriz producto de una mastectomía. El pecho derecho, aunque también atacado, sigue adherido al torso.

El pecho desaparecido. Naomi inspeccionó obsesivamente la cara y el cuerpo de Arosteguy en todas las fotos en que aparecía, buscando un asomo de picardía, de

ironía, de teatro y actuación. Quería ver un mensaje de aquel hombre que le dijera a ella: «Inventé para ti todo lo relativo a la mastectomía y a la cirugía húngara. No hubo nada de eso. Lo que ves ahora es la realidad. Los tres somos caníbales y nos comimos ese pecho». Pero en la cara de los tres no encontró nada más que solemnidad ritual. Con un estilo distanciador, como el *Verfremdungseffekt* brechtiano, preparaba a Naomi para ver el cuerpo desnudo de Ari en este contexto, desde esta perspectiva, tan familiar por su poderosa plenitud, por la monumentalidad de la curvatura de su espalda, que la muchacha sentía el peso masculino sobre ella, sentía los dientes masculinos en la carne de su hombro, y a pesar de todo sentía también lo mucho que los separaba, lo extraño que era aquel hombre en el fondo. El cuerpo de Célestine, en el vídeo, le había recordado la famosa serie de fotos que el fotógrafo estadounidense Art Shay había hecho a Simone de Beauvoir desnuda en el cuarto de baño de una vivienda de Chicago. Las dos tenían las nalgas macizas, las mismas piernas ligeramente gruesas con el mismo surco de la edad en las corvas, la misma cintura estrecha, aunque Célestine tenía los pechos más llenos y Naomi no había visto ninguna foto de Beauvoir con el pelo largo (incluso mientras se arreglaba después de la ducha en el cuarto de baño de Chicago, llevaba tacones altos y el pelo recogido en un moño). También es posible que Naomi estuviera forzando una conexión física cuando en realidad era la seducción de los estudiantes lo que los vinculaba, un hecho escandaloso incluso en aquellos tiempos anteriores a la corrección política y por el que Beauvoir y su presidente eterno Jean-Paul Sartre eran tristemente famosos. Nunca había visto ninguna foto de desnudo del diminuto y batracio Sartre.

El título de la última carpeta, «Des photos pour M. Vernier», era de mal agüero por sus implicaciones, incluso antes de abrirse: sugería que al menos Arosteguy, y tal vez también Hervé y Chase, había colaborado con el jefe superior de policía, Auguste Vernier, enviándole fotos del crimen, pues allí no había otra cosa. En los nueve archivos de imagen de la carpeta (las nueve fotos eran en color y ninguna se había retocado maliciosamente con Hipstamatic), la vivienda ha sido abandonada por el trío y no queda más que el pobre cadáver fragmentado de Célestine. Cuando Naomi repasó el vídeo y las fotos del crimen, vio que éstas eran las mismas que la policía y la prensa habían hecho públicas como pruebas del asesinato de Célestine Arosteguy; no había fotos hechas por la misma policía, lo cual, naturalmente, indujo a Naomi a preguntarse si la policía estaba realmente en posesión del cadáver descuartizado o si solamente disponía de fotos suministradas por el autor o autores del homicidio. La investigación iniciada por la Jefatura de Policía ¿se debía únicamente a la recepción de las fotos y a la desaparición de Célestine o la policía contaba además con pruebas físicas de que la mujer había sido asesinada? ¿Tenía también alguna foto de la serie «Célestine est morte»? El título de la carpeta destinada a Vernier daba a entender que no. De lo contrario, es evidente que habrían detenido a Hervé para someterlo a interrogatorio y seguramente habrían pedido la extradición de Chase Roiphe. ¿Cuál era entonces la finalidad de aquella serie? ¿Se guardaba para hacer más tarde algún

chantaje? ¿Quién podía ser el chantajista?

Mientras meditaba cuál sería la mejor forma de proponer una entrevista personal a *Monsieur Vernier* y cómo la coordinaría con un viaje a Toronto para interrogar hábilmente a Chase Roiphe, su portátil emitió la tenebrosa señal de pez alienígena de Skype. Dio un respingo de sorpresa en sincronía con la vibración, tan abstraída estaba. Había dejado Skype abierto por si Ari quería comunicarse con ella, pero la llamada era de Nathan. Puso el cursor sobre el botón verde de Responder, pulsó la almohadilla táctil del Air e inmediatamente tuvo ante sí la preocupadísima cara de Nathan, que le hablaba desde el dormitorio de su sótano de Toronto.

—No te veo —dijo el joven.

No era un defecto visual de Skype. Naomi había puesto el cursor sobre el icono de la videocámara con la línea roja atravesándolo, pero no se atrevió a activarla.

—No quiero que me veas en estos momentos —respondió Naomi con voz cascada, como si las palabras se le deshicieran entre los dientes. No hablaba desde hacía días. Nathan parecía cansado y demacrado, aunque podía ser cosa de la conexión, que no era buena, y su voz, que se oía asincrónica, exacerbaba la dolorosa sensación de separación y soledad que experimentó nada más verlo. Sentía un miedo atroz a activar el pequeño cuadrado del rincón inferior derecho de la ventana de Skype, que la expondría no solamente ante Nathan, sino también ante sí misma. Estaba convencida de que vería un clon femenino del más confuso y zarrapastroso Arosteguy, hasta tal punto se habían fundido los dos en su cabeza. Aunque no se sentía culpable por haberse acostado con Ari, después de la aventura húngara de Nathan, aún percibía el olor de los coitos de los últimos días —la tranquilizaba percibirlo, sentirse envuelta en él como en una nube de perfume— y pensaba que Nathan también lo olería si llegaba a verla. Y no quería imponerle aquello, al menos no en aquel momento.

—¿Por qué no? ¿Omi? ¿Por qué no te veo?

La imagen de Nathan parpadeaba y se ladeaba, pero Naomi se daba cuenta de la preocupación a duras penas contenida que embargaba a su novio y la situación la entristecía.

—¿Me dejas que vaya a Toronto? ¿Para una fecundación cruzada?

La voz le salía débil e infantil y aquella sumisión, inaudita en ella, molestó a Nathan.

—¿Qué es eso de «dejarte»? Me cuesta creer que seas tú quien habla. ¿Qué ocurre? ¿Estás en apuros? ¿Quieres que vaya a buscarte? Iría, ya lo sabes. Dime que vaya e iré.

—No quisiera interferir en tu trabajo ni nada de eso. Has sabido desenvolverte con los Roiphe. No quiero echarlo a perder.

—Me encantaría que estuvieras aquí. No sería ningún problema. Pero ¿fecundación cruzada? ¿Te refieres a la conexión de Chase Roiphe con tus filósofos franceses?

—Sí. Me refiero a eso. La chica podría saber cosas. Estoy en una especie de callejón sin salida. Bueno, no sé. Quizá.

—Pareces realmente deprimida. ¿Te pasa algo? ¿A nivel físico? Deja que te vea.

Nathan estaba pensando en la posibilidad de que Arosteguy le hubiera dado una paliza a Naomi, incluso en la posibilidad de que la muchacha hubiera caído con él en una relación sexual de dominio/sumisión que hubiera afectado a su vida laboral, y que su voz infantil fuera un reflejo de la nueva situación. Cerró los ojos un momento, imaginando que cuando los abriera vería la cara de Naomi flotando en la ventana de Skype, apaleada, magullada y rota, como en esas fotos de TMZ.com en que aparecen celebridades maltratadas. La ventana seguía apagada.

—Estoy cansada y hecha un asco. No necesitas ver el aspecto que tengo. No pasa nada.

—Vale, está bien. —Nathan sabía que no debía insistir—. ¿Entonces? ¿Vas a venir a Toronto? Seguro que puedo conseguir algo de los Roiphe. Si es interesante, podríamos colaborar en un buen libro. ¿Quién sabe?

Nathan sabía que estaba corriendo un riesgo al sugerir una cosa así; mantener la separación de Iglesia y Estado era una obsesión para Naomi; unir fuerzas con otros era siempre una dura prueba para su inseguridad elemental, para aquel miedo a la fusión que inexorablemente la conducía a la aniquilación y que raras veces permitía que se produjera. Pero Nathan estaba desesperado por tenerla entre sus brazos de un modo u otro, por que volvieran a estar juntos, y no se le ocurría otra manera de conseguirlo, a pesar del peligro que corría de que el tiro le saliera por la culata. Pero Naomi no protestó y Nathan se dio cuenta de que no era buena señal.

—Puede que antes pase por París, pero sí, iré a Toronto.

Consiguió desconectar el sonido una fracción de segundo antes de ponerse a derramar amargas lágrimas que resbalaron hasta el teclado y la almohadilla táctil. Limpió las lágrimas con la manga de la sudadera y cortó la comunicación.

El profesor Matsuda había dado muestras de miedo y Yukie Oshima, contagiada por aquella reacción, se había asustado a su vez. No quiso verla en una tienda de fideos, ni en un restaurante, ni en ningún lugar relacionado con la comida, aunque él no lo enfocaba por este lado. De todos modos, Yukie recibió el mensaje y convinieron en verse, como por casualidad, en una elegante y moderna tienda de Shibuya, que, según se anunciaba en inglés, en letras blancas de tipo Comic Sans sobre fondo rojo, era una «Cafetería Especializada en Tebeos». No era un lugar en el que Matsuda hubiera entrado por iniciativa propia —en las páginas web de viajes, Shibuya aparecía como «fuente de tendencias juveniles»—, pero tampoco ninguno de sus colegas y ésa era la cuestión. Nadie advertiría aquel encuentro.

Matsuda era el tipo elegantón, digno y mesurado que Yukie recordaba y ella, de eso estaba segura, era la muchacha loca y peligrosa que sin duda recordaba él.

Durante las revueltas estudiantiles en Todai, la universidad, bajo cuerda, había pedido consejo a Yukie sobre la mejor forma de presentar su conservadurismo ante la juventud de Japón —no habría sido correcto que una institución académica contratara portavoces parciales y gentecilla de relaciones públicas para defender su causa, pero eso era lo que hacía— y Matsuda había aceptado el papel de abanderado de Todai en aquella tentativa, aunque a regañadientes; la timidez, dignidad, modestia y falta de notoriedad de aquel hombre, cualidades que lo hacían idóneo para la misión, se la hicieron a él insoportable. Y ahora se encontraba cara a cara con aquella inverosímil colaboradora (había deseado muy en serio no ver nunca más a Yukie, aunque, lógicamente, jamás lo habría dicho en voz alta) junto a una estantería de bandejas repletas de novelas gráficas y tebeos a la japonesa, que se parecían más a los libros de bolsillo que a las historietas gráficas estadounidenses de la época clásica. No se habría animado a hojear ninguno de aquellos productos en oferta, como estaba haciendo Yukie cuando llegó él, sobre todo porque la joven se había instalado delante de una colección de publicaciones de BBC —iniciales de la editorial japonesa Be-Boys Comics, cuyo logotipo era el símbolo masculino de Marte en negro, sobre un cuadrado amarillo— y estaba hojeando una edición en cuya cubierta salían dos hombres de pelo largo azotado por el viento, con rasgos femeninos y occidentales, que se las arreglaban para estar abrazados de cara mientras iban en moto. Típico de una mujer, pensó Matsuda. Sin duda sabía que él lo encontraba desagradable.

Cuando se acercó el profesor, Yukie se volvió hacia él e inclinó la cabeza, con los ojos gachos y las manos unidas en el pecho, sin haber soltado el ejemplar del manga.

—Profesor Matsuda-san. Le agradezco que haya venido.

Matsuda le devolvió la reverencia.

—Me pidió usted la dirección del profesor francés. He tratado de ponerme en contacto con él para obtener su permiso, pero no ha dado señales de vida. Ha faltado también a varias clases y compromisos, y eso ha despertado cierta preocupación. He accedido a verla porque temo que le haya sucedido algo trágico y he pensado que tal vez tenga usted alguna información que disipe mi inquietud.

—Mi amiga canadiense ha estado hospedada en su casa. Me dijo por correo electrónico que el profesor se fue hace días y que no había regresado, pero ella ya no responde a mis mensajes electrónicos ni de texto, ni a mis llamadas telefónicas, y por eso estoy preocupada por ella también. Me esfuerzo por no imaginar todo lo que podría imaginar. Debo ir a la casa y averiguar la realidad de lo que ocurre.

Matsuda cogió un álbum y lo sopesó en la mano sin mirarlo.

—No verá usted ninguna realidad en esa casa —dijo. Se volvió hacia Yukie con una crispada sonrisa de turbación—. Lo curioso es que esa vivienda es propiedad del Colectivo Japonés de Entomología Médica. No sé para qué la necesitan, pero tengo entendido que por un acuerdo con el Departamento de Filosofía de Todai, se cedió la vivienda al filósofo por gentileza del colectivo. —Dio media vuelta, con intención de irse, sin darse cuenta de que tenía el álbum en la mano, pero dio marcha atrás, dejó el

álbum en su sitio y añadió murmurando—: El filósofo, por la razón que sea, estaba interesado en el uso bélico de los insectos en China durante la Segunda Guerra Mundial. —Cabeceó con consternación—. Aviones que lanzaban pulgas y moscas infectadas sobre poblaciones indefensas. A mí me comentó que los norcoreanos siguen alegando que durante su guerra con el sur, los americanos y sus aliados los japoneses conspiraron para que estos últimos practicaran esta clase de guerra en la península de Corea. Curiosa coincidencia.

Yukie se sentía mareada por aquellos giros imprevistos e intuía la presencia de una historia fabulosa de alcance internacional, pero no estaba segura de saber relacionar las piezas del juego.

—Profesor-san, ¿me está diciendo que hay una conexión entre el colectivo que alquila la casa y la repentina desaparición de nuestros colegas? ¿Cuál diría usted que es?

Matsuda no sonrió.

—¿También usted quiere convertir este asunto en un circo publicitario?

Era característico de Matsuda ser así de contundente, por no decir vengativo, y Yukie lo tomó como una indicación de que en la desaparición de Arosteguy había algo complicado y preocupante que iba más allá incluso del escándalo del asesinato cometido en Francia. Se le ocurrió inmediatamente que Naomi había muerto y que la había matado Arosteguy, pero por motivos ajenos a la pasión o las perversiones sexuales. No alcanzaba a dilucidar cuáles podían ser esos motivos.

—Lo único que yo quiero es que Naomi vuelva —dijo.

Y en consecuencia, Yukie fue a casa de Arosteguy y se puso a hacer fotos en la verja, como una turista cualquiera, pensó ella, que visitara los Estudios Universal de Hollywood (realmente los había visitado durante la aventura de Naomi en Santa Mónica) y se encontrase ante la casa de Norman Bates de *Psicosis*, una asociación poco agradable. Aunque la cámara que había comprado hacía poco, una Sony RX1, era famosa por su capacidad para ser eficaz con poca luz y Yukie estaba deseosa de explotarla, había esperado a la mañana siguiente —después del encuentro «accidental» con Matsuda— para ir a la casa, con la esperanza de que hubiera la máxima cantidad de luz. Sin embargo, una vez que hubo obtenido un documento gráfico de la basura que alfombraba el jardín delantero y cruzado la verja, que no estaba cerrada, la recibieron las tinieblas que la aguardaban en la casa y no tardó en hacer fotos con la máxima abertura de diafragma, f/2.0, casi siempre con Auto ISO y a veces hasta 6400 con la velocidad de obturación preferida para esta cámara, 1/80 de segundo. La máxima abertura, la que más admitía, la que permitía la más exacta y exigente profundidad de campo. Ella y Naomi habían bromeado sobre la sexualidad de las aberturas de diafragma, sobre que tenían que escribir una monografía acerca del simbolismo y relevancia cultural de la mecánica fijadora de imágenes y su

relación con el sexo, de modo que reducir la abertura del diafragma del objetivo fijo de 35 mm —elegantemente compuesto por nueve hojas triangulares hasta un ajustado f/16 vendría a ser, por ejemplo, como hacer ejercicios de Kegel. Bromas aparte, había aprendido mucho de fotografía con su amiga, y allí estaba ahora, sirviéndose de aquel aprendizaje para obtener documentos gráficos de la casa, que le estaba llenando la cámara de aquella devastadora atmósfera de la desesperación urbana japonesa que reflejaba la suya; la cámara la inhalaba por la abertura del objetivo y la exhalaría por la pantalla del ordenador de Yukie cuando ésta llegara a su casa y descargase las fotos.

Un objetivo de 35 mm no da una perspectiva amplia —no era ciertamente un objetivo apto para fotografiar arquitectura— y, en consecuencia, Yukie, que deseaba documentar cada metro cúbico sin tocar nada, se puso a efectuar disparos en modo Panorama, para reproducir un poco la opresiva y cerrada escala del lugar, alternándolos con giros del anillo central del bello objetivo Carl Zeiss, para ajustarlo en enfoque macro que permitía captar desde muy cerca unos detalles que esperaba que, cuando estuviera en su estudio, pusieran de manifiesto algunas pistas sobre lo que había obligado a abandonar la casa a los dos enigmáticos *gaijin*. No había ningún indicio palpable de que la casa hubiera sido registrada profesionalmente, aunque estaba hecha un desastre; había muchos cajones a medio cerrar, tubos y botes abiertos, libros y papeles tirados por todas partes entre envases vacíos de fideos y patatas fritas. En cambio, no había en toda la casa ningún aparato electrónico, excepción hecha del pequeño televisor, con su mando a distancia y su decodificador de señal digital. Ni ordenadores, ni iPads, ni móviles, ni discos duros, ni portátiles, ni cargadores, ni cables, ni periféricos de nada, y esto no podía considerarse normal; cuando alguien salía de casa se llevaba a lo sumo un par de aparatos, pero no el ordenador de mesa, ni el fax (todavía muy usado en Japón, al contrario que en Occidente), ni la impresora.

Mientras subía aquella escalera que parecía un armario se esforzaba por controlar la paranoia. ¿Saldría Naomi de sopetón por alguna puerta del primer piso y correría hacia ella con un cuchillo de trinchar en alto, mientras los violines apuñalaban el oído con pico depredador, o saldría Arosteguy, enfundado en un vestido de Naomi, con una peluca de anciana mal puesta en la cabeza? Casi era preferible a lo que estaba viendo: que no había nada ni nadie. Una vez sana y salva en el piso superior, Yukie percibió el olor de Naomi por todas partes y vio rastros de ella —ropa interior, maquillaje— en todos los rincones, como los que había dejado en casa de Yukie, como mudas dérmicas que no podían ser casuales, que eran pruebas tangibles de la existencia de la muchacha, afirmaciones de posesión territorial. Ya volveré, decían. No me olvidéis.

Yukie no conocía el barrio, pero que la puerta estuviese abierta no tenía por qué indicar nada anormal. Sin embargo, dada la paranoia creciente que Naomi expresaba en sus mensajes, era extraño que no estuviese cerrada.

Al salir de la casa se volvió por última vez para fotografiarla desde la calle, que, como la casa misma, ponía de manifiesto la existencia de vecinos un tanto singulares —bicicletas con portabultos delantero de alambre, apoyadas en el caballete; tablas de tamaño desigual atadas juntas y apoyadas contra una puerta; macetas colocadas en la estrecha acera sin ningún orden—, aunque no se veía ni un alma.

Puede que la historia fuese la historia de la casa, una casa propiedad de unos entomólogos japoneses que se la habían alquilado a un filósofo francés que huía de la justicia. Puede que ésa fuese toda la historia.

«Quería preguntarte: ¿dónde está el pecho izquierdo de Célestine? Omi».

El texto flotaba en la verde burbuja de diálogo, en medio de una cadena frenética de textos de Nathan, encerrados en burbujas grises. El joven se preguntaba dónde estaría Naomi exactamente y de quién sería el raro teléfono japonés que se había utilizado. Era un número de móvil, lo sabía por otras llamadas de Naomi, que había empleado el aparato de Arosteguy (prefijo de Japón, 81; prefijo del móvil, 090); y sospechaba que era otro teléfono de Arosteguy o posiblemente de Yukie, la amiga de Naomi, pero mientras no oyera nada concreto de la persona remitente, no podría estar seguro de la autenticidad del mensaje de texto. ¿Qué significaba? Había analizado las fotos del escenario del crimen que había en Internet, y era verdad que el pecho izquierdo de Célestine se había amputado y no se veía en ninguna foto, pero dados el grotesco canibalismo del *affaire Arosteguy* y la escasez de las fotos, no era una pregunta que pudiera hacerse a la ligera. Sobre todo Naomi.

El iPhone de Nathan yacía mudo en la mesa de plástico que imitaba la madera, al lado del sencillo plato blanco que contenía dos chuletas de cerdo demasiado hechas, un puñado de maíz, tres rodajas de tomate, un bol de cristal con ensalada verde y un vasito de papel estriado con salsa de manzana. El mango del cuchillo era de color gris y estaba rayado y agrietado después de haber pasado mil veces por el lavavajillas. Había vuelto al Restaurante Coach con tácitas intenciones simbólicas, pero no estaba tan al fondo del local como la primera vez que se había sentado con el doctor Roiphe. Prefería ponerse más cerca de las ventanas múltiples de la fachada, desde donde podía ver el discreto movimiento de la calle, que se llamaba Spadina Road. Desde aquella atalaya, el Village («Pueblo») parecía realmente un pueblo, como esas localidades pequeñas de Iowa que consisten en una larga arteria de edificios de dos plantas. Al otro lado de la calle: un Edo-ko (restaurante de una cadena japonesa), un What A Bagel!, un restaurante italiano de tamaño medio que se llamaba Primi, un MotoPhoto en Una Hora que se esforzaba por adaptarse a la aniquilación total de la tecnología de los carretes de película. Nathan sabía perfectamente que él no estaba allí en cuerpo y alma, a pesar de la claridad de los detalles del restaurante, la comida y la calle. Su realidad había sido desplazada por la de Naomi; nada de lo que sorprenderse en el fondo, y no por primera vez. O quizá se trataba únicamente de que

la historia de ella era más absorbente que la de él, y en consecuencia Chase formaba parte de la aventura de Naomi, no de la de Nathan. Sabía que lo había propiciado él mismo dejando que Naomi se enterase de las vivencias de Chase en París. Pero ¿por qué no iba a permitirselo? Ella habría hecho lo mismo por él. No entendía el significado del pecho perdido de Célestine Arosteguy, pero si el mensaje de texto era auténtico, no tardaría en interrogar amablemente a Chase para ahorrar trabajo a Naomi. Se puso melancólico cuando atacó las chuletas. ¿Qué hacía realmente en aquel sitio?

En cuanto abrió las mandíbulas para masticar el primer bocado, el contacto con la comida le desencadenó más pensamientos relativos a su encuentro con Roiphe, que se materializó en aquel momento como invocado por la sola imaginería mental. Andaba encorvado y con prisa, ajustándose el extraño sombrero de paja que llevaba —que no era el Tilley en esta ocasión— y que solamente necesitaba un leve giro sobre su eje para que le quedara bien, con la mirada fija en el suelo hasta que estuvo en la puerta del establecimiento, punto en el que se enderezó con un sobresalto, dio teatralmente un cuarto de vuelta y entró. Nathan siguió comienzo, observando el avance de Roiphe con interés de quien alucina, y no tardó en quedar claro que el doctor lo buscaba a él. Dobló a la derecha cuando estuvo dentro, dio unos cuantos pasos hacia su reservado favorito del fondo del local, entornó los ojos ante la luz amarillenta de los faroles de cristal malo que había en la pared, dio media vuelta e inspeccionó metódicamente el establecimiento con sus grandes gafas distorsionadoras hasta que localizó su objetivo. Como el asiento de Nathan era individual —y tenía, al igual que los demás asientos, forma de flor grande en rosa, verde y negro—, Roiphe no tuvo más remedio que sentarse de lado en el banco pegado a la ventana y doblar el tórax para dar la cara al otro. Convencido de que Roiphe se acordaría de su primer encuentro, Nathan esperaba un comentario mordaz y gracioso sobre lo que estaba comiendo y quizá una reflexión acerca de los judíos que comían cerdo, pero el doctor parecía muy serio, muy preocupado.

—Chase está alteradísima —dijo—. Supongo que ya lo habrás oído.

Nathan tuvo que terminar de masticar para poder responder. Recordaba haber observado a Roiphe masticar sus propias chuletas de cerdo y los problemas que parecía tener, seguramente para que no se le moviera la dentadura postiza. Inquieto por Naomi y ahora obligado a prestar atención a Roiphe, se sentía como si también él tuviera una dentadura postiza en peligro de desplazamiento. Incluso le costó hablar.

—¿Chase? ¿Oído? No. ¿Oír qué?

Roiphe se quitó el sombrero y se puso a toquetear el ala. A Nathan no le apetecía oírlo, convencido de que, fuera lo que fuese, serían malas noticias relacionadas con el inquietante silencio de Naomi, aunque Roiphe ni siquiera pensara en Naomi. Nathan había procurado no decir nada a Roiphe sobre lo que estaba sucediendo en Tokio; podía interesarse demasiado por el proyecto Arosteguy de Naomi para quedarse uno tranquilo.

Roiphe cabeceó para quejarse de la incomprensible extrañeza de todo aquello.

—Por fin lo han encontrado. Han encontrado su cadáver.

Nathan dejó en la mesa el cuchillo y el tenedor.

—¿Su cadáver? ¿Qué significa eso?

El aire acondicionado del restaurante no funcionaba y Roiphe empezó a abanicarse con el sombrero. La luz que le llegaba de espaldas se filtraba por la paja del sombrero y producía un efecto estroboscópico que puso a Nathan al borde de la migraña.

—Bueno, que está muerto. Eso es lo que significa. Su cadáver. Por lo visto cayó fulminado en un cruce de calles de Tokio. Los testigos dijeron que le salía sangre de los oídos. A mí me suena todo eso a un derrame cerebral, aunque, en fin, nunca se sabe.

—Pero has dicho, has dicho que *encontraron* su cadáver. ¿Es que se había perdido?

—Parece que lo recogió una ambulancia y lo dejaron donde no debían. O la policía se lo llevó para hacerle la autopsia y no quiso que los medios lo supieran durante tres o cuatro días. Algo así. Hay cierto misterio al respecto. La declaración de los testigos se ocultó hasta que pasó un poco de tiempo. Era un fugitivo. La policía francesa quería que lo devolvieran a París. Puede que fuera eso. Una situación delicada.

—Joder.

—Qué. Tú lo conocías.

—No. *Tú* lo conocías.

—Bueno, nos vimos un par de veces. Tenía peso. Tenía sustancia. No me fiaba de él; estaba preocupado por Chase, pero todos los padres son paranoicos. Hablando de eso, Chase quiere verte. Dijo que te necesitaba para que la consolaras, signifique eso lo que signifique. Es evidente que tiene algo que ver con su antiguo profesor. Yo no me lo pensaría. No me lo pensaría. Nunca la había visto tan deprimida. Para un padre es desolador. —Roiphe señaló las chuletas con el sombrero—. Pero acábate eso antes. Estoy convencido de que te esperará.

Nathan empujó el plato para alejarlo de sí.

—Iré ahora mismo. ¿Dónde está?

—Arriba, en el cuarto de trabajo. Oye, no dirás en serio que no piensas terminártelo. A mí me han vetado, allí soy persona non grata, así que podría quedarme.

Nathan se puso en pie.

—Pues adelante.

Roiphe levantó el plato y con mano trémula lo trasladó a la mesa que tenía delante, que abarcaba la anchura de las ventanas.

—Esperaré un informe completo, como es lógico. Para el libro. Al final. Cuando salgas, ¿podrías pedir que me traigan un cuchillo y un tenedor limpios?

Cuando Nathan pisó la acera, Roiphe recortaba alegremente los bordes de los cortes hechos por Nathan en las chuletas, los levantó debidamente con el tenedor y el cuchillo y los dejó en el platillo de la mantequilla, donde quedaron a buen recaudo. Nathan esperó hasta haber recorrido media manzana, fuera del alcance de la mirada del doctor, y se detuvo delante de la tienda presuntuosamente llamada Mercado del Village —«Todo Barato/Tarjetas de Felicitación»— para abrir el navegador Safari de su móvil. Tenía que saber en qué se estaba metiendo exactamente. Mientras unas colegialas salían riendo y alborotando por las viejas puertas verdes del Mercado y lo empujaban al pasar con las manos cargadas de números de *Archie* y sobres de galletas bañadas en chocolate, Nathan se quedó mirando las fotos borrosas de Twitter en las que Arosteguy aparecía caído boca abajo sobre las losas cuadradas de una estrecha y abarrotada calle peatonal de Akihabara, el barrio de Tokio en que podían verse las últimas novedades en videojuegos y electrónica, a un paso de la estación ferroviaria. La hermosa cabeza cuadrada, los grandes ojos de mirada fija, el largo y rebelde pelo gris, acartonado por la sangre que fluía de los oídos y encharcaba los intersticios de las losas. Tomadas de noche con la amplia variedad de luces artificiales que había en la calle, las fotos ostentaban colores irreales y enfoques difusos, pero a Nathan le pareció ver fragmentos de materia orgánica —¿sesos?, ¿oído interno?— salpicando la hombrera de la chaqueta de Arosteguy y absorbiendo la sangre que se acumulaba. La falta de luz clara y los empujones de la gente ponían manchas más irreales todavía en el único vídeo interesante que encontró en YouTube. Se había filmado cámara en mano y andando por detrás del muerto, con dos o tres compradores entre Arosteguy y la cámara, cuyo enfoque resaltaba la vorágine de neón que había por encima de la multitud. En la base del encuadre se podía ver, desenfocado, algo que parecía humo o un chorro de líquido pulverizado, como un sucio estornudo a contraluz, que salía de los oídos de Arosteguy, que tenía la cabeza echada hacia atrás y fuera de campo en aquel momento, y la persona que filmaba pareció trastabillar antes de desviar el objetivo hacia arriba y poner fin a la filmación. Nathan la habría considerado ridícula si no hubiera visto antes las fotos de Twitter, en las que Arosteguy se veía horrible y totalmente muerto.

La red estaba llena de inevitables variantes, pero básicamente: el filósofo caníbal y fugitivo francés encontrado muerto en calle de Tokio. Como había insinuado Roiphe, había habido algo misterioso en el intervalo producido entre el momento en que la pequeña ambulancia especial que había sido capaz de abrirse paso por aquellas travesías se había llevado el cadáver y la declaración de la Dirección General de la Policía Metropolitana de Tokio tocante al colapso sufrido por el famoso *gaijin*, que parecía consecuencia de un catastrófico episodio cerebral. El presidente de Francia se limitó a comentar que la muerte de *Monsieur* Arosteguy era una desdichada y grave tragedia nacional y que el cuerpo debía ser devuelto a Francia para ser enterrado en el cementerio de Montparnasse, como correspondía, en compañía de Sartre y Baudrillard. Las autoridades francesas estimaban poco indicado el deseo de la policía

de Tokio de practicarle la autopsia bajo su propia responsabilidad.

Chase tenía en la mano el doblado pene de Hervé y hundió la base en un frasco de cristal con pegamento blanco. Se había pintado para que pareciese una larva vermiforme, de un amarillo carne translúcido, con estrías color tabaco para perfilar los distintos segmentos y con dos óvalos de puntos negros en la cúspide del glande que representaban los órganos quimiosensoriales de la cabeza de las larvas.

—Inventé una plaga parasitoide especialmente para ella, para Célestine. Me pareció que merecía una especie propia, que pusiera cariñosamente sus huevos en ella (nunca vemos la forma que tienen los adultos), y cuando nacieran los gusanos, empezaran a comérsela por dentro. Pasan la mayor parte de su vida royendo la carne de sus anfitriones, mordisqueando con suavidad, por eso no necesitan ojos. Y es realmente mágico y espeluznante cuando salen finalmente, se asoman y emergen todos juntos, sincronizados como esos extraños equipos femeninos de natación de las Olimpiadas.

Se apartó de la mesa de pintura y dio un leve paso hacia la mesa de las partes corporales, donde se veían unas dos docenas de penes de Hervé sobresaliendo, como gigantescas larvas de mosca, de diversas partes corporales de Célestine impresas en 3D. Tras meditar un momento, con la mano debajo de la última larva-pene para recoger el posible goteo de pegamento, plantó con delicadeza el animalito en un agujero ensangrentado e irregular que había inmediatamente por encima de la rodilla izquierda, girándolo para insertarlo como una bombilla en un casquillo. Algunas larvas-penes se habían cortado con diferentes longitudes para que la emergencia parasitaria tuviera cierta cualidad de diorama, aunque Nathan pensó que el ángulo de noventa grados, que era la firma de diseño de Hervé, destruía la ilusión de que pudiera tratarse de una gusanera heterogénea en busca de la luz. Pensó por otro lado que el efecto general de la obra aumentaría si las partes corporales se unían para que parecieran un cuerpo humano en vez de un surtido de piezas amontonadas en el expositor refrigerado de un carnicero —el simbolismo de poner la cabeza entre las piernas, por ejemplo, le parecía demasiado obvio, demasiado compulsivamente provocativo—, pero se resistía a criticar la obra por muchas razones, entre las cuales no figuraba en último lugar el miedo a que la muchacha le pidiese que donara un escaneo de su propio pene erecto, a fin de poner variedad larvaria en el conjunto. En la casa de Roiphe flotaba en el aire la colaboración de Nathan, pero Nathan prefería andarse con cautela.

La luz de las claraboyas laterales caía sobre Chase como una lluvia luminosa. Vestía uniforme de colegiala —blusa blanca de marinero, de manga corta, con el ancho cuello cuadrado desabrochado; corbata suelta de rayas grises y burdeos; y falda corta y plisada de color gris— que Nathan identificó como la habitual de la Bishop Cornwall School, que estaba en aquella misma calle. Pero no llevaba la obligada

chaqueta burdeos, ni los calcetines grises hasta la rodilla, ni los zapatos negros cerrados. Iba descalza, con los brazos y las piernas igual de descubiertos, y la luz que bañaba su piel desde arriba ponía de relieve los cientos de cicatrices de la noche del té, tanto que parecía cubierta de hormigas del color de la sangre seca. Aquello creaba una extraña alianza entre ella y la agusanada Célestine, y estaba claro que era el efecto deseado. Se daba cuenta de que Nathan la observaba con atención.

—Soy demasiado timorata para hacer esto en público, recomponer a mi Célestine, pero si me grabaras en vídeo, podríamos proyectarlo. Podría descomponerla y luego recomponerla. Creo que tu supercámara también graba en vídeo, ¿no?

—Desde luego —mintió Nathan—. Ahora graban todas. —Nathan veía ya el vídeo con su nombre presentado ante un tribunal francés; apenas era capaz de imaginar el revuelo que se organizaría. Bueno, sería una atalaya excepcional para quien escribiera el artículo definitivo sobre lo que entraba, inoportunamente o no, en el caso Arosteguy/Roiphe/Blomqvist—. Bonito detalle el uniforme. ¿Estudiaste en Bishop Cornwall?

—Muy poco tiempo. Mi madre conservó el uniforme. Me extraña que todavía me venga bien. Lo encontré en el sótano por casualidad, aunque, bueno, creo que no fue por casualidad. Estaba en una caja de cartón que había criado moho y llevaba encima el escudo del colegio. La mitra fálica esa que llevan los obispos. Aún se huele el moho. —Pausa—. Tuve un profesor de arte maravilloso.

La exquisita pronunciación de la palabra *maravilloso*, precedida por un revelador chasquido de la lengua contra el labio inferior, sugería con fuerza lo delicioso, lo prohibido, la sexualidad profesor-estudiante y seguramente abarcaba también aquel uniforme. La nota mental era: «por analizar».

—Entonces, ¿el uniforme es parte de la representación?

—A los asiáticos les gustan las colegialas con uniforme. Dicen que los japoneses compran bragas usadas de colegiala en máquinas dispensadoras. Y en tiendas escondidas en edificios de viviendas. Estas tiendas se llaman *burusera*. El olor es muy importante; añade valor a la mercancía. No sé cómo habría reaccionado Marx ante una cosa así. No hablo del olor a moho. *Sailor Moon*. ¿Lo conoces? Empezó siendo una serie de manga y se convirtió en serie de animación.

Se puso a cantar los primeros compases del tema de *Sailor Moon* con voz dulce y susurrante, aunque algo desafinada.

Combate el mal a la luz de la luna,
conquista el amor a la luz del sol,
nunca huye de una pelea,
¡ella es la que llaman Sailor Moon!

Nathan la había oído antes. Un joven primo suyo de Newark llamado Leslie había

estado obsesionado por la colegiala destinada a convertirse en guerrera mágica que luchaba para salvar la galaxia, sin quitarse nunca el estilizado traje de marinero de las colegialas.

—El elemento asiático me sorprende. Me refiero a la pieza que hay que representar. ¿Es de Tokio?

—El profesor Arosteguy tuvo muchos motivos para ir a Tokio. No tuvo nada que ver con los tratados de extradición. Siempre le fascinó la versión asiática del consumismo, sobre todo la japonesa, que es muy compleja. Seguimos mandándonos mensajes. Era casi compulsivo.

¿Seguían mandándose mensajes? ¿Todavía? ¿Desde el depósito de cadáveres de Tokio? Nathan cambió de tema.

—A lo mejor necesitas vestir el cadáver de Célestine como Sailor Moon. Para que todo quede bien atado.

Chase le dirigió una rápida mirada por encima del hombro y volvió a la mesa de pinturas, en la que solamente quedaban ya dos larvas, con una mano de pintura y en espera de ser instaladas.

—¿Sabes que es una buena idea, eso de Sailor Moon? Es una guerrera mágica. Quiero decir Tina.

—¿Y tus picaduras de insecto? ¿También son buenas para la representación?

Dado que las minimutilaciones habían quedado crudamente al descubierto, Nathan se había sentido invitado a fijarse en ellas, también sin ceremonia. Ya veía a la muchacha en escena, arrancándose pedacitos de carne y comiéndoselos mientras el cadáver de Célestine la miraba con aprobación afectuosa.

—Vaya. No había pensado en ellas en ese sentido. Seguramente no te das cuenta de lo perfecta que es la idea.

—Me gustaría darme cuenta.

—Para que entraras en mi proyecto tendría que robarte totalmente a mi padre. ¿Todavía tienes la enfermedad de Roiphe?

Fue una pregunta tan directa que durante un segundo Nathan creyó que había contado su aficción a la muchacha, pero luego comprendió que la información de Chase debía de proceder de su padre. ¿Representaba aquello una traición? ¿Indicaba que entre padre e hija había una relación más abierta de lo que había sugerido el doctor? ¿En qué contexto se habría colado la confidencia? De pronto se le ocurrió que aún no había captado la verdadera onda de los Roiphe. Ni por asomo.

—No estoy seguro. Los síntomas han remitido. Aún tengo que medicarme durante tres semanas. ¿Por qué?

Sonrisa maliciosa.

—Recuerdo haber leído algo sobre la hija de Calvin Klein. Cada vez que le bajaba los pantalones a un amante, se encontraba con el nombre de su padre estampado en los calzoncillos. Le quitaba las ganas totalmente. Debo preguntarme cómo me sentaría que me contagiaran una enfermedad que lleva el nombre de mi

padre.

—Adquirirla es más placentero que vivir con ella. Pero... podría ser parte de la representación.

—Podría.

—Y en tal caso, ¿podríamos saber cuál es el verdadero significado de la representación?

—No podemos preocuparnos por los significados. Ari nos planteó que el significado era un asunto propio del consumidor. Unas personas los fabrican con la religión, la filosofía, la nacionalidad, la política, y otras los consumen. Pero un artista no es un fabricante.

—¿Y conseguirás el resto de tu amigo francés, Hervé, para que actúe contigo?

Chase estalló en carcajadas. Fue una risa sorprendentemente espontánea. Sostenía en el aire el penúltimo duplicado del pene de Hervé, lo agitó varias veces como un banderín de fútbol y se volvió hacia el material de Tina, en busca de la cavidad idónea para incrustarlo.

—Puede que no. Ésta es su mejor parte.

—Y hablando de partes...

—Sí. Cuando subíamos por la escalera me hiciste una pregunta extraña: dónde estaba el pecho izquierdo de Célestine.

Chase se decidió por una herida abierta en la mejilla de Célestine, pero después de poner en aquel sitio el penelarva, pareció pensar que allí quedaba demasiado grande y sobresaliente. Se acercó a la mesa de las pinturas y se puso a reducirlo, raspándolo de abajo arriba con una navaja de precisión X-Acto.

—Ésa fue la pregunta. —Por lo que había dicho Roiphe, Nathan había esperado encontrar a una Chase llorosa y destrozada que lo aguardaba en el cuarto de trabajo, a oscuras. Por el contrario, la joven estaba tan radiante como el taller y con evidentes ganas de jugar—. ¿Tienes la respuesta?

Chase dejó la navaja, giró en redondo y cruzó los brazos, dándose golpecitos en los labios con el glande del pene bioplástico. La pintura de gusano, seca ya, no le dejó marcas.

—La pregunta no es realmente *tuya*, ¿verdad?

—Es la pregunta de una periodista que está en Tokio preparando un reportaje sobre los Arosteguy. Sobre el asesinato de Célestine.

Una periodista. Nathan se había distanciado de Naomi sin pensarlo, pero inmediatamente se sintió culpable por no haber explicado a Chase la relación que tenía con ella. Pero es que no podía ser una explicación breve. Optó por dejar dormir al león.

—¿Una periodista con la que estás continuamente en contacto? ¿Intercambiando noticias?

—Los periodistas son demasiado paranoicos para intercambiar noticias. A veces se ayudan con detalles.

Con un arranque que casi pareció doloroso, Chase se apartó y se acercó a Nathan, con los brazos todavía cruzados, con el pene reducido en posición abatida y sujeto en la sangría del brazo izquierdo; sus sensores ovales parecían observar a Nathan.

—Y si obtienes una respuesta, si das con la respuesta, ¿se la enviarás por correo electrónico a tu amiga la periodista? ¿Mencionarás mi nombre? Y lo que yo diga ¿se considerará una declaración válida en un caso de asesinato? ¿Algo así?

—Te protegería. Serías una fuente anónima.

Chase se colocó justo delante de Nathan, tan cerca que parecía desafiarlo. Nathan no estaba seguro en absoluto de poder protegerla. ¿Se ampararía bajo la ley francesa, la internacional, la canadiense? No tenía la menor idea. Pero deseaba más que nunca la respuesta a su pregunta, ahora que veía lo que flotaba en los ojos de ella.

—Sería un bonito detalle. Hacer eso. Protegerme —dijo la muchacha—. ¿Qué pensarías si te dijera que en realidad no hay ninguna prueba de asesinato?

—¿Quieres decir que la policía francesa no tiene pruebas para acusar a tu antiguo profesor?

—No. Quiero decir que qué pasaría si no hubiera ningún asesinato del que acusar a nadie.

—*Madame* Arosteguy..., la señora Arosteguy ¿murió accidentalmente?

Chase había dado un respingo al oír la palabra *Madame*. Era exactamente la misma reacción que el esquizofrénico Louis Wolfson habría tenido si hubiera oído una sola palabra en inglés en boca de su madre tuerta o de su padrastro. Nathan se quedó completamente consternado e intrigado. Porque aquella reacción ponía de manifiesto lo mucho que la historia de Chase estaba relacionada con París, la Sorbona, los idiomas, los Arosteguy...; en otras palabras, con el reportaje francés. Quizá la única forma de hacer justicia al reportaje fuera colaborar con Naomi, tal como ella le había propuesto. Pero ¿dónde estaba Naomi? La preocupación se le hundió en las tripas como la navaja de precisión X-Acto. Quizá necesitase reunirse con ella en París, sin esperar a que la joven llegara a Toronto.

—La señora Arosteguy no murió. La señora Arosteguy sigue viva. Eso es lo que insinúo.

—Entonces, ¿qué fue de su pecho izquierdo?

—Estás más cerca de él de lo que puedas imaginar.

Nathan se apartó de la mirada de Chase y se aproximó a la mesa de las partes corporales. De cerca parecía una mesa provisional de autopsias con los putrefactos restos de un homicidio particularmente confuso. Se volvió hacia Chase.

—¿Caliente?

—No. Frío. Muy frío. Estabas más caliente delante de mí.

Nathan se acercó otra vez a ella.

—Muy bien. No lo pillo.

La muchacha le cogió la mano y la puso sobre su pecho izquierdo. No llevaba sostén; el algodón de la camisa de marinero estaba inesperadamente áspero.

—¿Lo notas? —Nathan no pudo hacer otra cosa que encogerse de hombros. No comprendía, estaba fuera de juego—. Me lo comí, Nathan. Me comí el pecho, al menos casi todo. Hasta donde aguanté. No creo que ningún otro animal coma algo así, por lo menos no creo que coman glándulas mamarias. Tienen un sabor asqueroso. Dejamos el resto en la vivienda para que la policía dispusiera de algo de carne para analizar el ADN. Por eso creyeron que fue un asesinato. —Dejó que la mano masculina abandonara el pecho y resbalara hasta su brazo. El tacto de las pequeñas cicatrices recordaba al sarpullido que sale con el calor. La joven se apartó de él, se dirigió a la mesa y se inclinó sobre las partes corporales. Utilizando el pene a modo de visor, se puso a hacer ruidos que imitaban el obturador de una cámara, aspirando aire entre los dientes. Clic, una pierna; clic, una mano; clic, un pie. Se volvió hacia Nathan—. Eso y fotos trucadas con efectos especiales.

—¿Era realmente de ella? Digo el pecho. ¿Estaba... viva cuando te lo comiste?

—Siempre había querido que se lo extirparan. Lo decía con mucha convicción. Tenía un fuerte trastorno dismórfico corporal. Creo que Ari se la llevó a un sitio donde la ayudaron a amputárselo ella misma. Fue una colaboración. Lo congelaron y volvieron con él a la casa. Lo dejaron en el frigorífico para que lo encontrase la policía. Quedaba parte de un pezón, mucha piel, tejido graso, poca glándula.

—Si aún está viva, ¿dónde se encuentra?

—No lo sabemos. Es una persona inescrutable.

Nathan, algo nervioso, se pasó el dorso de la mano por la boca. Sabía que era un gesto delator, pero estaba obligado a prepararse para hablar.

—Sabrás sin duda que Aristide Arosteguy está muerto.

La cara de Chase se iluminó con una sonrisa de lo más radiante.

—He mirado por todo Internet. Bueno, los informes franceses no, desde luego. Al principio me sentí muy afectada, conmocionada y triste. Me entraron ganas de vomitar todo lo que tenía dentro. Porque significa mucho para mí. El profesor. Mi filósofo. Pero luego lo comprendí.

A Nathan se le ocurrió que la cara de la muchacha se desprendía del cráneo y flotaba por la habitación con alegría.

—Luego lo comprendiste.

—Está no-vivo del mismo modo que Célestine. Están juntos en alguna parte y volveré a verlos. No me refiero a ningún pedestre más allá. Me llamarán cuando estén preparados, cuando su nueva vida esté lista para ser vivida. Yo iré con ellos, estén donde estén.

Como si empezara aquel viaje, se volvió una vez más hacia la mesa de las pinturas. Hundió la base larval en el frasco de pegamento y acercó el objeto a la herida de la mejilla de Célestine. Tras meditar unos momentos, lo introdujo suavemente en el hueco que aguardaba, lo giró ceremonialmente y retrocedió un paso para tener la perspectiva adecuada. La nueva larva, más pequeña, competía ahora por la atención con la hinchada y amoratada lengua que sobresalía de la boca. Chase

lanzó un leve «ajá» de satisfacción.

Parece que Samuel Beckett tenía contractura de Dupuytren en la mano derecha, los dedos externos se le curvaban hacia dentro y le resultaba difícil y molesto dar la mano. Aquello complacía a Hervé Blomqvist, que, mientras buscaba personas famosas con la enfermedad de La Peyronie y que además montaran en bicicleta, había descubierto que muchas de las que la padecían tenían también la contractura del barón de Dupuytren, lo cual sugería más una patogénesis del sistema inmune que un problema relacionado con el ciclismo. Hervé podía considerarse ya miembro de aquel club exclusivo, pues había advertido la aparición de una fea hinchazón de la vaina tendinosa de la palma izquierda (pensó en branquias de tiburón), lo que redundaría con el tiempo en la contracción de los dedos meñique y corazón —una dolencia llamada «dedo en gatillo»—, hasta que al final ya no sería capaz de estirarlos. Estaba dispuesto a jurar que Beckett había tenido también la enfermedad de La Peyronie —al parecer había tenido una vida sexual ciertamente contraída—, aunque dudaba que pudiera confirmarse alguna vez. Sopesó el escáner portátil en 3D de la casa Creaform, con el que se había escaneado el pene, parcialmente erecto a la sazón, y fantaseó con escanear el pene de Samuel Beckett, así como el de otros famosos que padecieran la enfermedad de La Peyronie. El último escanograma que había hecho era más detallado que el que había enviado a Chase Roiphe horas antes, pero la muchacha seguramente no lo necesitaría. No, aquél iba a enviárselo a Rome Vertegaal, a algún lugar de Corea del Norte que no era Pyongyang.

El Fabrikant Bot 2 trabajaba en la planta baja, imprimiendo las últimas partes de la Bicicleta Plegable Universal del Pueblo de la Idea Juche, destinada a reemplazar los defectuosos componentes del eje de los pedales que tanto sufrimiento le habían causado mientras viajaba con el prototipo ensamblado hasta su piso de la rue Beaubourg, en el Tercer Distrito. Los tensos y acrobáticos giros que se necesitaban acababan trabando los pedales y los pedales no se movían hasta que se desmontaba y volvía a montarse todo el mecanismo de tracción. Un detallado informe enviado por Skype, con fotos y vídeos, obtuvo una rápida respuesta de Romme, que de algún modo se había convertido en gestor del proyecto Bicicleta Universal. Muy constructivo y útil, y merecedor en definitiva de que le regalaran un escanograma imprimible a vuelta de correo.

Romme conocía íntimamente el aparato sexual de Hervé, cosa lógica porque lo había guiado hasta el interior de algunos orificios durante los días salvajes de los seminarios de Arosteguy, sesiones que inevitablemente habían dado lugar a retruécanos facilones, todos relacionados con «semen». Hervé imaginaba que en Corea del Norte eran muy puritanos, porque los regímenes represivos solían serlo, y esperaba que cuando el pene regalado empezara a imprimirse Romme estuviera solo en el destartado estudio que le hubieran proporcionado, aunque sentía un placer

perverso al pensar en la posibilidad de que Romme fuera sorprendido con su torcido pene de acrilonitrilo en la mano por un estricto cuadro político y que como consecuencia fuera arrojado a las lóbregas tinieblas de un campo de reeducación como Jongori, el Campo N.º 12, que era lo más lejos que podía estarse de la capital y de la humanidad.

Aunque siempre cabía la posibilidad de que Romme aplicara al escanograma los efectos maquilladores especiales necesarios para convertir un pene de acrilonitrilo o quizá bioplástico —soso y poca cosa disfrazado de gris uniforme o de azul pastel— en un objeto vivo, vibrante, lleno de color, nervio y carácter. Dudaba que Romme tuviera tanta habilidad artística como la que había manifestado Chase bajo la tutela del equipo de efectos especiales al que habían sido asignados: Arthropoda Souterrain Effets Spéciaux, una casa franco-coreana especializada en artrópodos gigantes para escuelas y exposiciones científicas. Era una elección curiosa, por no decir algo peor, porque los artrópodos no tenían sangre roja ni piel, pero Romme había sido categórico a la hora de dirigirse a la firma en cuestión porque podía confiarse en que su personal fuera razonablemente discreto; y, para ser justos, habían demostrado tener un gran entusiasmo al crear entidades carnosas que ningún bogavante ni grillo había tenido jamás —tendones desgarrados, vasos sanguíneos rotos, glándulas endocrinas al desnudo, músculos abiertos— para dar vida a las partes del torturado cuerpo de Célestine, cuyas fotos habían convencido al jefe superior de policía de que, en efecto, se había cometido un asesinato.

En última instancia había sido Chase quien había hecho el trabajo más difícil, ya que con los chicos de Souterrain había que guardar las distancias para que no denunciaran a Hervé cuando se colgaron en Internet las fotos del escenario del crimen. Solamente Chase habría podido encargarse de construir la prótesis comestible del pecho izquierdo y la aplicación de efectos especiales que había llevado Célestine para ocultar la cicatriz de la mastectomía en la serie de las fotos caníbales. Y el factor decisivo había sido el original de aquel pecho, la única parte corporal que se había hallado realmente en casa de los Arosteguy: un tazón de carne triste y mutilada, con huellas de mordiscos y medio pezón, que se encontró en el frigorífico y cuyo ADN se certificó perteneciente a Célestine Arosteguy (su desconsolada hermana Sophie, administradora de un grupo de chalets de Chamonix, se prestó inmediatamente a proporcionar muestras). Se preguntaba si el jefe superior de policía habría tenido presencia de ánimo para analizar el pecho en busca de cáncer, aunque el empuje público parecía pedir un asesinato de naturaleza caníbal. Que el pecho hubiera sido arrancado y comido era más emocionante que si se hubiera extirpado quirúrgicamente. Las complicaciones no eran todavía bien recibidas, pero acabarían siéndolo.

La prueba del pecho-en-el-tazón aún no se había comunicado oficialmente a la prensa (el delicado tazón de Astier de Villaty, de barro cocido y hecho a mano, había sido elegido por Célestine con aquel fin, no había sido un lujo habitual), pero cuando

Hervé fue interrogado por un joven muy frío con un ceñido traje de Costume National, de chaqueta cruzada de seis botones, de rayas grises y negras, con jersey negro de cremallera y sin corbata (Hervé no tuvo más remedio que preguntarse si el traje era de alquiler, calculado para que él se sintiera cómodo frente a aquel poli) y luego por el mismísimo jefe de policía, que llevaba algo azul marino, apagado y conservador, que Hervé sospechó que era de Gucci, quedó claro como el agua que se habían tragado lo que Aristide había llamado queso de la ratonera, y que la policía estaba totalmente convencida de que tenía entre manos un homicidio importante, a pesar de que no había cadáver.

Las fotos de canibalismo se difundirían por el mundo en «el momento políticamente efectivo», en palabras de Romme (éste había prometido alterar digitalmente la cara de Hervé y Chase, pero Hervé pensaba ahora que le habría gustado estar en el centro del escándalo, fueran cuales fuesen las consecuencias). ¿Qué significaba aquello? Hervé solamente podía aventurar conjeturas. Entendía que la apoteosis de Aristide como refugiado político en Pyongyang iba a ser una bofetada en la cara del gobierno francés, que se dedicaba a hostigar a la RPDC por sus pruebas nucleares; la reacción iba a ser más interesante aún que el hecho de que el actor Gérard Depardieu, asqueado de los impuestos que pagaba, renunciase al pasaporte francés y recibiera un pasaporte ruso expedido por el propio presidente Putin e inmediatamente ridiculizado. Pero ¿las fotos de canibalismo? ¿La puesta en escena de la muerte de Célestine? ¿Eran ilustraciones de tebeo de los horrores del capitalismo, del insaciable y omnívoro *ethos* consumista de Occidente? Las esperadas declaraciones del propio Aristide, cuando llegara sano y salvo a la capital, sin duda lo aclararían todo.

Pulsó la almohadilla táctil del MacBook Pro y arrastró el archivo STL de su pene codificado a una versión coreana especial de Dropbox. El envío de aquel archivo, fuera cual fuese su contenido real, era una señal convenida entre él y Romme para indicar que se solicitaba una sesión de Skype. A pesar del aparente cariño del régimen por *Monsieur Vertegaal*, éste estaba sometido a vigilancia constante por un equipo de cinco o seis cuadros jóvenes de ambos sexos y oficialmente obligado a permanecer fuera de un radio de treinta y cinco kilómetros del centro de Pyongyang, aunque Romme decía que había conseguido ir solo en bicicleta hasta más allá de la primera barrera militar, donde los soldados adolescentes se quedaron consternados y se pusieron nerviosos al ver a un occidental, si bien se portaron con educación. Posteriormente, sin embargo, Romme había sido escoltado en un coche de élite «2.16» (Kim Jong-il había nacido un 16 de febrero y los coches de lujo con matrícula blanca especial que empezaban con esos números no tenían que parar en los puntos de control) hasta un centro de investigación de no se sabía qué naturaleza, alejado de la capital y tan secreto que no hablaba de él ni siquiera con Hervé, que estaba acostumbrado a ser la válvula de seguridad de Romme; en este caso, la válvula había sido desconectada radicalmente. Hervé intuía a veces la presencia del astuto equipo

de vigilancia, incluso lo veía rondando con nerviosismo en el fondo de la ventana de Skype de Romme, ocasiones en las que Hervé y Romme hablaban con parquedad y sobrentendidos, generalmente en inglés, porque sabían que el equipo entendía mejor el francés. La excusa, aceptada a regañadientes, era que, para hablar de tecnología, el inglés era el idioma más adecuado. Hervé temía a veces que Romme hubiera sido desterrado de la capital, una forma de castigo que no era exactamente como ser internado en un campo de reeducación, pero que daba el mismo miedo.

Hervé había esperado, en respuesta a su archivo STL, un *e-mail* cifrado que indicara la hora de la sesión de Skype, pero casi inmediatamente oyó el burbujeo ictiológico de Skype y a continuación tuvo delante la cara de Romme Vertegaal con todo su esplendor melancólico. Parecía en forma y magnífico con aquellas insignias en que se veía a los miembros de la dinastía Kim. Hervé pinchó el icono de la videocámara y en el ángulo inferior derecho de la barra de herramientas apareció una pequeña ventana con su rostro. Le gustó su aspecto y pensó que los dos eran importantes, en el sentido de subversivos y peligrosos, ideales para que algún día se hiciera una buena película sobre ellos.

—*Salut*, Romme. ¿Estás en Pyongyang?

—Hervé. Gracias por ese archivo tan gracioso. Buenos recuerdos. Tengo que hablarte después del acuerdo con Fabrikant Bot. Mis colegas están preocupados por las sanciones norteamericanas contra la RPDC, como siempre, y son partidarios de ocultar el origen norcoreano de las máquinas de Fabrikant Bot. ¿Sería sensato instalar donde fuera una fábrica francesa y no alemana? Sería parecida al montaje que tenemos pendiente con FrancoPhonics sobre los audífonos La Voz del Presidente Eterno. Éste y otros factores.

»Por el momento urge comentar las geocoordenadas de Aristide Arosteguy. Lo hemos perdido. No sabemos dónde está. Habrás visto las noticias sobre su muerte y las fotos de Twitter. No nos convencen. El detalle de los audífonos que explotan nos hace ser cautos. Creemos que es un mensaje para nosotros. *Madame A.* está muy afectada y ha estado alterando la paz de la Asociación Coreana para la Amistad. Ha estado trabajando en el guión de mi próxima película con la Unidad Cinematográfica del Grupo de Estudios de la Idea Juche y todos esperaban con impaciencia la aportación de *Monsieur Arosteguy*. Como sabes, se respeta mucho a los dos por haber apoyado *El juicioso uso de los insectos* en el Festival de Cannes.

—Me asombra oír eso —dijo Hervé—. He recibido *emails* urgentes de la chica canadiense diciendo que el *filósofo* había desaparecido después de abandonar la casa de Tokio por razones desconocidas. Sabemos que tenía que encontrarse con nuestros agentes de la RPDC, so pretexto de una consulta sobre audífonos orquestada por Elke Jungebluth. Lo lógico habría sido que desapareciera *después* del encuentro. Pensaba que estaría contigo, que incluso lo vería en esta ventana contigo e intercambiaría unas palabras con él.

—Lo hemos perdido. No llegó a ver a la audióloga en el hotel de Tokio. Nuestros

agentes estaban con ella, tal como se acordó con el mismo Arosteguy.

—¿Puede haber habido una intervención electrónica? ¿Podrían haberse manipulado los audífonos o haberse sustituido en algún momento con fines mortales? Sabemos que a Seúl no le hacía gracia que Arosteguy aterrizara en Pyongyang.

—No podemos descartar eso. Se sabe que los soviéticos emplearon audífonos explosivos en los años sesenta para matar en Bulgaria a Solovyov, el director de orquesta que desertó.

—¿Y la chica canadiense? Naomi Seberg.

—La tenemos, gracias a ti. Está en tránsito. Un pequeño inconveniente nos obligó a cambiar de planes y a enviarla en tren. Esperamos que llegue antes de una semana. *Madame A.* siente curiosidad por conocerla.

—¿Y el estado mental de la chica? —Hervé necesitaba detalles concretos; se lo merecía. Sentía un vertiginoso remordimiento por haber puesto a Naomi en la pista de Romme y los norcoreanos, pero estaba convencido de que todo aquel melodrama la emocionaría y que luego se lo agradecería, como suele decirse. También a él le emocionaba morbosamente el melodrama, el hecho de haber influido en acontecimientos internacionales de un modo casi delictivo. Era él quien había advertido a Romme del peligro que representaba Naomi para sus fines, aunque él mismo lo había propiciado al ponerla en contacto con Arosteguy. Sus motivos habían sido, como de costumbre, poco claros, incluso para sí mismo, pero en último término se trataba de la delicia de mezclar elementos inestables y explosivos y luego ponerse detrás de la barrera para ver los fuegos artificiales.

—Controlado. Nuestro equipo ha sido amable con ella, aunque los acontecimientos, obviamente, han sido estresantes. Le dijeron que se reuniría con los Arosteguy y eso pareció calmarla, aunque, claro, ya no se puede cumplir todo lo prometido. Será interesante ver cómo reacciona. Haré que se comunique contigo por Skype, cuando pueda.

Hervé observó a Romme con cierta tristeza, pensando que no había visto al Romme de verdad, al Romme malicioso, divertido, encantador e intelectualmente seductor, en ninguna de aquellas sesiones de Skype desde la RPDC. Echaba de menos a aquel Romme y se preguntó si realmente quedaría algo de él; había estado tanto tiempo vigilado, amoldándose para satisfacer las exigencias y fantasías del régimen, que cabía la posibilidad de que el efecto de la adaptación fuera irreversible. En algún momento también él debería viajar a Pyongyang, aunque fuese como un humilde turista, para comprobar si el beso del príncipe despertaba al bello durmiente.

—Pero ¿dónde la abordaron? ¿En el aeropuerto?

—Por extraño que parezca, la encontraron en la casa que nuestros agentes alquilaron en Tokio para Arosteguy. Había estado viviendo con él. Estaba sentada en la puerta, con las maletas preparadas y lista para ir a cualquier parte, pero sin saber adónde. Te leo el informe. —Los ojos de Romme no estaban donde solían estar los de las personas que se comunicaban por Skype. Pocos usuarios miraban a la cámara, en

el caso de que supieran en qué parte del Mac se hallaba situada, tan pequeña era y tan oculta estaba en el borde superior de la pantalla. Romme miraba muy a la izquierda de la ventana, entornando los ojos por el esfuerzo que le suponía leer y traducir el particularísimo dialecto del Norte—. Nuestra gente juzgó interesante que la muchacha hubiera recogido no solamente sus pertenencias, sino también las de Arosteguy, incluidos los aparatos electrónicos. El equipo apenas tuvo necesidad de limpiar la casa.

—Otra victoria del Kimunismo —dijo Hervé, sabiendo que pisaba terreno peligroso; la ironía y los chistes satíricos no eran políticamente correctos en la RPDC, aunque eran muy útiles en las conversaciones vigiladas, porque, por falta de práctica, no se comprendían. Había sido Ari el autor del término «Kimunismo» para bautizar la extraña forma de nacionalismo xenófobo que se practicaba bajo la dinastía familiar Kim; no era socialismo ni comunismo, ni siquiera la variante maoísta, a pesar de su apabullante culto a la personalidad. Ari pensaba que la provocativa severidad del régimen y su quimérica plasticidad era lo que atraía a los intelectuales franceses, de los que no se excluía.

—Hay otro cabo suelto —dijo Romme—. Espero que hayas estado en contacto epistolar con tu joven amiga Chase Roiphe.

—Claro que sí. Le he enviado el mismo archivo STL que te he mandado a ti. Hace unas horas.

En las facciones de Romme hubo un cambio repentino y peligroso, una sutil insensibilización de la mirada y una intensificación en los ojos que subvirtió la expresión habitual de Romme cuando estaba en Skype, que era alegre, entusiasta, de una simpatía incondicional, la que tenían los presentadores de los informativos norcoreanos. Esperó que los vigilantes de Romme no lo descifrarán; era una advertencia para Hervé.

—Aprecio tu espíritu travieso, pero puede que no hayas sido todo lo prudente que debías.

Hervé no estaba acostumbrado a que Romme lo reprendiera; el juego era que los dos eran iguales, jóvenes tecnócratas franceses con porvenir en la escena tecnopolítica internacional, donde la obra que se representaba se titulaba *ciberkampf*. Pero cuando se trataba de su extraña relación con Corea del Norte y el joven presidente, Kim Jong-un, ya no eran iguales. Romme había viajado primero al Reino Ermitaño con un visado de tecnología, se había implicado en los florecientes mercados tecnológicos medio clandestinos y más o menos legales, primero casi como un extranjero subversivo y luego como reconocido capitán del revolucionario y práctico sector de la tecnología *juche*. Había sido estudiante de los Arosteguy antes que él y había enrolado fácilmente a Hervé en su plan para construir un pequeño imperio dentro de un imperio en Corea del Norte. Con la connivencia de Hervé, también la pareja de filósofos había sido reclutada, hasta tal punto casaban sus reflexiones sobre consumismo y política con el retrorradicalismo del Reino Ermitaño.

Hervé se daba cuenta ahora de que había cometido un error, en realidad más de uno. Le angustiaba comprender que tenía miedo de hablar a Romme de sus planes artísticos con Chase, de contarle que le había mandado los archivos STL que habían posibilitado la impresión en 3D de las supuestas partes corporales de Célestine. Chase tenía, en su taller de Toronto, testimonios que podían probar que Célestine Arosteguy no estaba muerta, que las fotos incriminadoras de aquellas partes corporales eran únicamente fotos de reproducciones bioplásticas, falsificadas por el equipo de efectos especiales para sugerir que eran resultado de un asesinato espantoso y un descuartizamiento posterior.

—Quería mantenerla cerca y recordarle la ligereza de nuestros juegos sexuales con los Arosteguy —dijo—. Pensé que necesitaba algo fuerte para salir de la depresión en que había caído. Me dijo que no debería haberla obligado a dar mordiscos al pecho amputado de *Madame A.* y que estaba convencida de que por culpa de aquello tarde o temprano se descubriría su ADN en los restos. Por desgracia, tenía razón. Cuando convinimos en dejar lo que quedaba del pecho para convencer a la Jefatura de Policía de que se había cometido un crimen caníbal, nos olvidamos de que la saliva contiene ADN.

—¿Crees que es una mujer muy voluble?

—En la casa de Toronto donde viven los Roiphe hay una situación muy inestable. El novio de la periodista canadiense está allí, vive en la casa y busca material para un reportaje. Creo que pronto encontrará cosas que no sabía que existieran. Por ejemplo, en su estado de fuga, como ella lo llama, se mutila y se come su propia carne. Dice que es consciente de que está creando un drama *kitsch*, pero al mismo tiempo se siente impulsada a llevarlo a la práctica. El padre ha permitido que este novio, un norteamericano, sea testigo del comportamiento de la hija. Se llama Nathan Math. Suele escribir sobre temas médicos.

Una pausa.

—Creo que necesitas ir a Toronto para hacer una visita a Chase Roiphe. Necesitas evaluar la situación que hay allí. Y luego, si te hace falta ayuda, aquí tenemos activos que harán lo que sea necesario.

—Ah —dijo Hervé—. Eso sería oportunamente catártico. Entonces, ¿me costeo el viaje por los medios habituales?

La extracción de fondos de las cuentas de Vertegaal exigía realizar una serie de complejas interacciones que empezaban por la emisión de efectos bancarios en tugrik, la moneda mongola, por el Banco Golomt, de Ulán Bator; seguía una serie de conversiones y transferencias, y al final se depositaba una cantidad de euros o dólares, según las circunstancias, en una cuenta comercial a nombre de la empresa de Hervé, *Trois Médecins Français*, de la filial del Banco de Crédito Agrícola (antiguo patrocinador de un equipo ciclista que ganó un Tour de France) sita en el quai du Président Paul Doumer, todo esto para camuflar que en origen eran *won* norcoreanos.

La imagen de Romme que se veía en la ventana de Skype abrió la boca para decir

algo, pero inesperadamente se congeló, tartamudeó como si se tratara de una inquietante creación gráfica por ordenador y se desintegró en una lluvia de copos de píxeles chispeantes. Tras una elocuente pausa, la ventana de Skype desapareció, dejando momentáneamente en su lugar un cuadrado negro en el centro de la imagen de la galaxia de Andrómeda, que era el tapiz por defecto del escritorio del Mac OS X (versión Lion). (En lo sucesivo evitaría poner fondos de escritorio personalizados por razones de seguridad; anteriormente había utilizado bonitas fotos de Colnago). Mientras miraba impávidamente el siniestro agujero recién abierto en el universo, con el cordón umbilical bruscamente cortado, Hervé imaginó por un momento que no había estado hablando con el verdadero Romme Vertegaal.



DAVID PAUL CRONENBERG (Toronto, 15 de marzo de 1943) es un director de cine y guionista canadiense. Es uno de los principales exponentes de lo que se ha denominado horror corporal, el cual explora los miedos humanos ante la transformación física y la infección. Inaugura y abandera el concepto de la «nueva carne», eliminando las fronteras entre lo mecánico y lo orgánico. En sus películas, usualmente se mezcla lo psicológico con lo físico. En la primera mitad de su carrera exploró estos temas en el género fantástico, principalmente a través del horror y de la ciencia ficción, aunque su trabajo hace tiempo se ha extendido más allá de estos géneros. Junto a John Carpenter y a Wes Craven se le ha llegado a considerar dentro de un grupo denominado de «las tres C» del cine de horror contemporáneo. En 2002, fue nombrado Oficial de la Orden de Canadá.

Notas

[1] Es una frase archiconocida. La versión resumida sería: «Picasso es español, yo también. Picasso es un genio, yo también. Picasso es comunista, yo tampoco». Dalí dijo estas palabras en el curso de una conferencia en 1951. La canción de Gainsbourg es de 1968. (*N. del T.*) <<

[2] Se refiere a *El misterio Picasso* (1956) de Clouzot. (N. del T.). <<